

---

# Mistress Branican

Julio Verne

---

**textos.info**

Biblioteca digital abierta

**Texto núm. 2511**

---

**Título:** Mistress Branican

**Autor:** Julio Verne

**Etiquetas:** Novela

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 14 de marzo de 2017

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# PRIMERA PARTE

## I. El «Franklin»

Cuando emprendemos un largo viaje, se corren dos eventualidades de no ver más a nuestros amigos. Los que se quedan pueden no estar allí a la vuelta; los que parten pueden no volver. Pero apenas se preocupaban de estas eventualidades los marineros que hacían los preparativos para darse a la vela, a bordo del *Franklin*, en la mañana del 15 de marzo de 1875.

Aquel día, el *Franklin*, al mando de John Branican, iba a zarpar del puerto de San Diego (California) para emprender una navegación a través de los mares septentrionales del océano Pacífico.

Era el *Franklin* un lindo buque de novecientas toneladas, que se asemejaba en su aspecto a una goleta de tres mástiles, ampliamente aparejado con velas cangrejas, foques y galopes, gavia y juanete en su trinquete. Muy levantado en la obra muerta, ligeramente hendido en la obra viva, con la proa dispuesta para cortar el agua en ángulo agudo, su arboladura un poco inclinada hacia atrás, y de un paralelismo riguroso, su aparejo de hilos galvanizados, tan recios que parecían barras metálicas, ofrecía el último modelo de los elegantes clípers, de los que América del Norte se sirve tan ventajosamente para su gran comercio, y que compiten en velocidad con los mejores *steamers* de su marina mercante.

El *Franklin* estaba a la vez tan perfectamente construido y tan intrépidamente mandado, que, ni aun con la seguridad de obtener mayor soldada, ninguno de sus tripulantes hubiera aceptado enganche en otro buque. Todos iban a partir con la doble confianza que prestan un buen barco y un inteligente capitán.

Preparábase el *Franklin* a emprender su primer viaje de largo trayecto, por cuenta de la casa William H. Andrew de San Diego. Debía ir a Calcuta por Singapur, con un cargamento de productos de América, y volver con otro de productos de la India, con destino a uno de los puertos del litoral de California.

El capitán John Branican era un joven de unos veintinueve años de edad,

y en su fisonomía atrayente pero resuelta revelaba una energía poco común. Poseía en sumo grado una fuerza moral igual o superior a la fuerza física. Ese valor que Napoleón llamó «el de las dos de la madrugada», o sea el que hace frente a lo imprevisto, y en cualquier momento se rehace y aparece entero. La cabeza de John Branican era más bien característica que hermosa, con sus cabellos encrespados, sus ojos animados por una viva y franca mirada, que centelleaba en sus pupilas negras. Difícilmente se hubiera imaginado en un hombre de su edad una constitución más robusta y una complexión más sólida, comprobada por el vigor de sus puños, indicio del ardor de su sangre y de la fuerza de sus músculos. Y conviene insistir en que dentro de aquel cuerpo de hierro existía un alma generosa y buena, pronta al sacrificio. John Branican tenía el temperamento de esos salvadores a los que su sangre fría permite cumplir, sin vacilar, actos de heroísmo. Desde un principio había dado pruebas de su condición: una vez, en medio de los hielos de la bahía, y otra, a bordo de una chalupa zozobrada, salvando de una muerte cierta a otros niños como él. Estos instintos no habían de ser desmentidos más tarde.

Algunos años después de perder a sus padres, John Branican se casó con Dolly Starter, huérfana también, y perteneciente a una de las mejores familias de San Diego. La modesta dote de la joven estaba en relación con el estado humilde del marinero, simple lugarteniente de un buque mercante; pero había la esperanza de que Dolly heredara de un tío muy rico, Edward Starter, que hacía vida de campesino en la parte más selvática e inabordable del estado de Tennessee. Mientras la herencia llegaba, era preciso trabajar para los dos, y aun para los tres, porque el pequeño Walter (Wat, por abreviatura) vino al mundo al primer año de matrimonio de sus padres. John Branican, pues, no podía pensar en dejar su oficio de marinero, y así también lo comprendía su mujer.

Ya se pensaría en lo que habría que hacer cuando la fortuna llamase a las puertas, bien por la herencia, bien por enriquecerse al servicio de la casa Andrew. El joven marinero había hecho rápida carrera en la marina mercante. Era capitán de un buque a la edad en la que la mayor parte de sus compañeros no eran más que segundos lugartenientes en los buques de comercio. Si sus aptitudes justificaban esta precocidad, su adelanto se explicaba también por ciertas circunstancias que juntamente habían influido para que la atención pública se fijase en él.

En efecto, John Branican era popular en San Diego y en los demás puntos del litoral de California. Sus actos de abnegación le habían atraído las simpatías, no sólo de los marineros, sino también de los negociantes y armadores de la Unión.

Algunos años antes, la *Sonora*, una goleta peruana, había varado a la entrada de Coronado-Beach, y la tripulación se consideraba perdida si no se llegaba a establecer una comunicación del barco con tierra. Mas llevar una amarra a través de las salientes rocas era arriesgar cien veces la vida. En estas circunstancias, John Branican no vaciló, y se arrojó en medio de las olas que se encrespaban con extraordinaria violencia; después de ser arrollado contra los arrecifes, la terrible resaca le lanzó sobre la arena. Entonces trataron de disuadirle de su empeño, haciéndole ver el peligro de muerte que quería arrostrar. De nada hizo caso, y precipitándose hacia la goleta, llegó a ella, salvando con su valor a los tripulantes de la *Sonora*.

En el siguiente año, durante una tempestad que se desencadenó a quinientas millas al oeste del Pacífico, John Branican tuvo de nuevo ocasión de mostrar todo lo que de él se podía esperar. Era entonces lugarteniente a bordo del *Washington*, cuyo capitán acababa de ser arrastrado por un golpe de mar, del mismo modo que la mitad de la tripulación. En la embarcación no habían quedado más que John y una media docena de marineros, la mayor parte heridos. En estas circunstancias, se hizo cargo del mando del barco, casi ingobernable; a costa de grandes esfuerzos se reinstaló la bandola, y el barco pudo llegar al puerto de San Diego. Aquel casco, apenas dirigible, que encerraba un cargamento cuyo valor pasaba de quinientos mil dólares, pertenecía a la casa Andrew.

¡Qué acogida se dispensó al joven marinero cuando el *Washington* arribó al puerto de San Diego! Los sucesos del mar le habían hecho capitán; la población, a una voz, le confirmó el grado.

Entonces fue cuando la casa Andrew hizo construir el *Franklin*, cuyo mando ofreció a John. Sintiéndose este apto para desempeñarlo, aceptó el puesto que le ofrecían; y era tal la confianza que el nuevo capitán inspiraba, que no hubo dificultad alguna para dotar al barco con una buena tripulación. He aquí en qué circunstancias se disponía el *Franklin* para emprender su primer viaje a las órdenes de John Branican.

Constituía esta partida un acontecimiento para la ciudad entera. La casa

Andrew pasaba, con justicia, por ser una de las más acreditadas de San Diego. Notoriamente calificada por la seguridad de sus relaciones y la solidez de su crédito, míster William Andrew la dirigía con mano firme. No solamente se le estimaba, se le quería, y su conducta con John Branican mereció unánimes aplausos.

Nada, pues, tiene de extraño que en la mañana del ya citado 15 de marzo un considerable número de espectadores (amigos y conocidos del joven capitán, en su mayor parte) se apiñase en los malecones del muelle del *Pacific Coast Steamship* para presenciar la partida de la embarcación y proclamarle un último hurra.

Formaban la tripulación del *Franklin* doce hombres, inclusive el capitán, todos excelentes marineros, pertenecientes al puerto de San Diego, y que se consideraban dichosos por servir a las órdenes de John Branican. El segundo de a bordo era un distinguido oficial, llamado Harry Felton. Contaba cinco o seis años más que el capitán, sin que por este motivo mostrase envidia del encumbramiento de su superior. Según él, John Branican era digno de aquella distinción. Los dos habían navegado juntos y se apreciaban mutuamente. Aparte de esto, lo que hacía míster William Andrew bien hecho estaba. Harry Felton y su gente se le habían entregado en cuerpo y alma. La mayor parte ya había embarcado en algunos de sus buques. Todos formaban una especie de familia de oficiales y marineros, familia numerosa y en completa adhesión con sus jefes, la cual se acrecentaba con la prosperidad de la casa.

Así pues, no ya con celo, sino que podemos decir con entusiasmo, la tripulación del *Franklin* iba a comenzar aquella nueva campaña. Padres, madres, todos los parientes estaban allí para darles el adiós de despedida, pero como se da a aquellos cuyo próximo regreso esperamos: «adiós y hasta pronto» ¿no es verdad? Tratábase, en efecto, de un viaje de seis meses, una sencilla travesía realizada en buena época, entre California y la India, una ida y vuelta de San Diego a Calcuta, y no de una de esas expediciones de comercio y de exploraciones que arrastran un buque durante muchos años sobre los más peligrosos mares de ambos hemisferios. Estos marineros habían visto muchos viajes así, y sus familias habían acudido a despedirlos más tristes que en la presente ocasión.

Terminábanse los preparativos para darse a la vela. El *Franklin*, anclado en medio del puerto, se destacaba de las otras embarcaciones, cuyo número atestiguaba la importancia de la navegación en San Diego. Por el

sitio en que estaba no era necesario un remolcador para que emprendiese la marcha. Cuando levase anclas, bastaría que largara velas, y una ligera brisa lo pondría rápidamente fuera de la bahía, sin que tuviera que virar de bordo. El capitán John Branican no hubiera podido desear tiempo más bonancible ni viento más suave en aquella superficie de mar que brillaba a lo largo de las islas Coronado, bajo los rayos del sol.

No hay por qué decir que en este momento, las diez de la mañana, toda la tripulación estaba a bordo. Alguno de los marineros no volvería a pisar tierra firme; el viaje, pues, había comenzado para ellos. Algunos botes del puerto, atracados en la escalera de estribor, esperaban a las personas que habían ido para abrazar una vez más a sus amigos y parientes. En cuanto el *Franklin* izase velas, serían conducidos al malecón. Aunque en aquella parte del Pacífico las mareas eran suaves, lo mejor era partir con la bajamar, que no tardaría en presentarse.

Entre los visitantes merecen especial mención el jefe de la casa de comercio, míster William Andrew, y mistress Branican. También estaba allí la nodriza, que llevaba al pequeño Wat. Acompañábales míster Len Burker y su mujer, Jane Burker, prima hermana de Dolly. El segundo, Harry Felton, carecía de familia; nadie había ido, pues, a despedirle. Sus únicos deseos cifrábanse en que se cumpliesen los votos de míster William Andrew y de mistress Branican.

Harry Felton estaba en pie sobre el alcázar, donde unos seis hombres comenzaban a virar el ancla al cabrestante. Se oía el batir de los linguetes, produciendo un ruido metálico. La cadena del *Franklin* rechinaba al pasar por los escobenes, y el barco comenzaba a balancearse lentamente. El gallardete, marcado con las iniciales de la casa Andrew, flotaba al viento en la punta del palo mayor, mientras el pabellón americano, extendido por la brisa en lo alto de la vela cangreja, desenvolvía su tela rayada y sembrada de las estrellas de la Federación. Ya estaban las velas dispuestas para ser izadas en el momento en que la embarcación tomase un poco de impulso con el trinquete y los foques.

Sobre cubierta, en la entrada de la camareta, y sin perder detalle de la maniobra del aparejo, John Branican recibía las últimas instrucciones de míster William Andrew, respecto al conocimiento, es decir, la declaración que contenía el estado de las mercaderías que formaban el cargamento del *Franklin*. Después, el armador entregó el documento al joven capitán, diciendo:



—Si las circunstancias os obligan a modificar la ruta, velad, John, ante todo, por los intereses de la casa, y enviadme noticias desde el primer punto donde arribéis. Supongo que el *Franklin* hará escala en Filipinas, puesto que no pensaréis en pasar el estrecho de Torres.

—No, señor Andrew —respondió el capitán John—. No pienso aventurar el buque en los peligrosos mares del norte de Australia. Mi itinerario debe ser: las Hawai, las Marianas, Mindanao de las Filipinas, las Célebes y el estrecho de Makassar, con objeto de llegar a Singapur por el mar de Java. Para volver de Singapur a Calcuta, la ruta está indicada, y no creo que este itinerario haya de ser modificado por los vientos que encontremos al oeste del Pacífico. Si tuvieseis que telegrafiarle alguna orden importante, hacedlo, bien a Mindanao, donde quizás haga escala, o bien a Singapur, donde seguramente la haré.

—Entendido, John. En cuanto a vos, avisadme lo más pronto posible del curso de las mercancías en Calcuta. De esto regularmente dependerá que yo cambie o no mis instrucciones para el cargamento de retorno.

—Así lo haré, señor Andrew —respondió John Branican.

En este momento, se aproximó Harry Felton y dijo:

—Hemos levado ancla, capitán.

—¿Hay bajamar...?

—Ahora empieza.

—Está bien. Aguardad.

Dirigióse después, lleno de gratitud, a míster William Andrew y repitió:

—Una vez más, señor Andrew, os doy las gracias por haberme concedido el *Franklin*. Espero que sabré responder a la confianza que en mí habéis depositado...

—No lo dudo —respondió míster William Andrew— ¡y creo que no podía poner en mejores manos los negocios de mi casa!

El armador apretó fuertemente la mano del joven capitán y se dirigió fuera

de la camareta.

Mistress Branican, seguida de la nodriza que conducía al niño, acababa de reunirse con su marido y el matrimonio Burker. Llegaba el instante de la separación. El capitán John Branican apenas si tenía tiempo para recibir la despedida de su familia.

Ya hemos dicho que Dolly estaba aún en el primer año de matrimonio, y que su hijo apenas tenía nueve meses. Por lo que aquella separación le causaba una profunda pena, que hacía esfuerzos por ocultar, consiguiéndolo más que su prima Jane, mujer de temperamento débil. Profesaba esta última gran cariño a Dolly, en quien había encontrado en muchas ocasiones consuelo a los disgustos que le causaba el carácter imperioso y violento de su marido. Pero, por más que Dolly en la presente ocasión disimulaba sus temores, estos no pasaban inadvertidos a los ojos de Jane. Aunque la ausencia del capitán John sería sólo de seis meses, se trataba de la primera separación, y si Dolly era bastante fuerte para contener sus lágrimas, podría decirse que Jane lloraba por ella. En cuanto a Len Burker, era hombre a quien jamás una emoción había dulcificado la mirada. Iba y venía de un lado a otro, con los ojos secos, las manos en los bolsillos, absorto en otros pensamientos muy distantes de la escena que tenía delante. Indudablemente, él era ajeno a los sentimientos afectivos que habían llevado al barco a los otros visitantes.

El capitán John estrechó las manos de su mujer, y, atrayéndola a su pecho, le dijo con voz tierna:

—Voy a partir, Dolly querida... Mi ausencia no será larga... Dentro de algunos meses nos volveremos a ver. ¡Nada temas, mi Dolly...! En mi buque, y con mi tripulación, ¿qué podemos temer de los peligros del mar...? Sé fuerte, como lo debe ser la mujer de un marinero. A mi regreso, nuestro pequeño Wat tendrá quince meses... Ya será un buen mozo. Entonces ya hablará, y la primera palabra que oiré a mi vuelta...

—¡Será tu nombre, John! —interrumpió Dolly—. Ésa será la primera palabra que yo le enseñaré... Los dos estaremos siempre hablando de ti... ¡Mi John, escíbeme siempre que puedas...! ¡Con qué impaciencia esperaré tus cartas...! ¡Cuéntame todo lo que hayas hecho, todo lo que pienses hacer...! ¡Que yo sienta mi recuerdo unido a tus pensamientos...!

—Sí, querida Dolly, te escribiré... Te tendré al corriente del viaje... Mis

cartas serán un diario de a bordo, en el que irán mezcladas mis ternuras.

—¡Oh, John, tengo celos de este mar que va a llevarte tan lejos...! ¡Qué envidia me dan los que se aman sin que nada los separe en la vida...! Pero no... No hay que pensar en esto...

—Querida esposa, comprende que es por nuestro hijo por quien parto... Por ti misma... ¡Para asegurarnos a los dos el bienestar y la dicha...! Si llega un día en que nuestras esperanzas se realicen, ¡no nos separaremos más!

En este momento, Len Burker y Jane se aproximaron. El capitán volvióse a ellos.

—Mi querido Len —dijo—, sois los únicos parientes que tienen mi mujer y mi hijo en San Diego. ¡Os los confío!

—Confía en nosotros —respondió Len Burker, tratando de dulcificar la dureza de su voz—. Quedamos Jane y yo, y no le han de faltar cuidados a Dolly...

—Ni nuestros consuelos —añadió mistress Burker—. Ya sabes lo que te quiero, ¡Dolly de mi alma...! Nos veremos con frecuencia... Todos los días iré a hacerte compañía algunas horas. Hablaremos de John...

Sí, Jane —repuso mistress Branican—. ¡Porque yo no apartaré de él mi pensamiento!

Harry Felton vino de nuevo a interrumpir la conversación, que se prolongaba.

—Capitán —dijo— ¿será hora...?

—Sí, Harry, respondió el capitán. Dad la orden de que iven el foque y la cangreja.

El segundo se alejó para cumplimentar estas disposiciones, que anunciaban una próxima partida.

—Señor Andrew —dijo el joven capitán, dirigiéndose al armador—. El bote va a llevaros al malecón en compañía de mi mujer y sus parientes... Cuando queráis...

—Al momento —repuso míster William Andrew—, y otra vez más, ¡buen viaje!

—¡Sí! ¡Buen viaje! —repitieron los otros visitantes, que empezaban a bajar y a instalarse en los botes atracados a estribor del *Franklin*.

—¡Adiós, Len! ¡Adiós, Jane! —dijo John estrechándoles las manos.

—¡Adiós...! ¡Adiós...! —respondió mistress Burker.

—Y tú, vete, Dolly mía... No hay más remedio —añadió John—. El *Franklin* va a largar velas.

En efecto, el foque y la cangreja imprimían ya al barco un dulce balanceo. Los marineros entonaban esta canción:

Una, ya hay una,  
¡qué linda es!  
Una que viene, una que irá.  
Dos vuelven, ¡esto va bien!  
He aquí dos,  
¡qué lindas son!  
Dos que se van, dos que vendrán.  
Vuelven tres ¡esto va bien...!

Y así continuaron su canción.

Entretanto, el capitán había conducido a su mujer hasta la barandilla de la escalera. En el momento en que Dolly iba a poner el pie en el primer peldaño, sintiéndose incapaz para dirigirle la palabra, se limitó a estrecharla entre sus brazos.

Entonces, el niño, que Dolly había tomado de brazos de la nodriza, tendió los bracitos hacia su padre, agitó las manecitas sonriendo, y balbució la palabra:

—¡Pa... pá!, ¡pa... pá...!

—¡Mi John! —exclamó Dolly—. Ya has oído su primera palabra antes de separarte de él.

Por mucha que fuera la energía del joven capitán, no pudo contener una lágrima, que desde sus ojos cayó en las mejillas del pequeño Wat.

—¡Dolly! —murmuró—. ¡Adiós...! ¡Adiós...!

Y deseoso de poner fin a aquella penosa escena, gritó:

—¡Arrancad!

Un instante después, el bote desatraca y se dirigía al malecón, donde sus pasajeros desembarcaron.

El capitán John se dedicó por completo a la inspección de los preparativos para darse a la vela. El ancla comenzaba a subir hacia el escobén, y el *Franklin*, desembarazado de su último estorbo, recibía la brisa en las arriadas velas, cuyos pliegues se agitaban con violencia. El foque llegaba ya al tope del palo mayor, y la cangreja, al ser puesta en el guía, hizo orzar ligeramente el barco. Esta maniobra tenía el objeto de que el *Franklin* diera un poco de vuelta para evitar el choque con algunas embarcaciones ancladas en la entrada de la bahía.

A una nueva orden del capitán Branican, la vela mayor y la de mesana fueron izadas con una uniformidad que hacía honor a los buenos puños de la tripulación. Y el *Franklin*, después de inclinarse levemente sobre babor, enfiló la proa hacia altamar con el objeto de no tener que cambiar amuras.

Desde la parte del malecón, ocupado por numerosos espectadores, podían verse las diversas maniobras. Era un espectáculo bonito el que ofrecía aquella embarcación de tan elegantes proporciones, y a la que el viento inclinaba con sus caprichosos soplos. Durante su evolución, se aproximó como a unas sesenta brazas de la punta del malecón, donde se hallaban míster William Andrew, Dolly, Len y Jane Burker, lo que permitió al joven capitán ver aún a su esposa y a sus parientes, y enviarles el último adiós.

Oyóse claramente su voz, y todos contestaron a ella y al movimiento de su mano, extendida hacia aquellos de quienes se separaba.

—¡Adiós...! ¡Adiós! —decía.

—¡Hurra! —exclamaba la multitud, mientras que infinidad de pañuelos se agitaban al viento.

Era esta una buena prueba del cariño que a todos inspiraba John Branican. ¿Por ventura no era él uno de los hijos de la ciudad, de los cuales esta se vanagloriaba más justamente? ¡Sí! Y ninguno de los que estaban a lo largo de la bahía, para darle un adiós, faltaría a su regreso.

El *Franklin*, ya junto a la entrada del puerto, tuvo que orzar para dejar paso a un correo que tocaba en los bajos de aquel. Los dos buques cambiaron un saludo con sus pabellones, en los que lucían los colores de los Estados Unidos de América.

Mistress Branican, inmóvil sobre el malecón, seguía con la mirada el *Franklin*, que se alejaba rápidamente, empujado por una fresca brisa del nordeste. Mientras se distinguieran sus mástiles por encima de la punta Island, la joven no quería perderlo de vista.

Pero el buque no tardó en dar la vuelta a las islas Coronado, situadas fuera de la bahía. Aún mostró un instante, a unas cien brazas detrás de las rocas, el gallardete que flotaba al viento en lo más alto del palo mayor. Después desapareció.

—¡Adiós, John mío, adiós...! —murmuró Dolly.

Y un inexplicable presentimiento le impidió añadir:

—¡Hasta la vista!

## II. Antecedentes familiares

Conviene mucho señalar con rasgos más característicos a mistress Branican, a quien las diversas circunstancias de esta historia colocan en primer término.

En la época a que nos referimos, Dolly tenía veintiún años. Era de origen americano. Pero sin remontarnos mucho en la escala de sus antepasados, hubiéramos encontrado la generación que la unía con la raza española, o mejor dicho, mejicana, de la que arrancan las principales familias de este país. En efecto, su madre había nacido en San Diego, fundado ya en la época en que la Baja California pertenecía todavía a Méjico. La vasta bahía, descubierta hacía cerca de tres siglos y medio por el navegante español Juan Rodríguez Cabrillo, fue llamada al principio San Miguel, tomando su nuevo nombre en 1602. Después, en 1846, aquella provincia cambió el pabellón tricolor por las barras y estrellas de la Confederación, y desde entonces se cuenta a título definitivo entre los Estados Unidos de América.

Era mistress Branican una mujer de estatura regular, fisonomía animada por el fuego de unos grandes ojos negros y de mirada profunda, tez morena, cabellera abundante, de un color castaño muy oscuro, mano y pie mayores de los que se observan generalmente en el tipo español, y andar resuelto y gracioso. Su rostro denotaba, al mismo tiempo, energía de carácter y bondad de alma. En una palabra, una de esas mujeres que no se pueden mirar con indiferencia. En San Diego (donde la belleza de la mujer es común) pasaba, antes de su matrimonio, por una de las jóvenes más dignas de llamar la atención. Era una mujer seria, reflexiva, de buen sentido y de sano criterio; y se pensaba que estas cualidades morales habían de robustecerse y resaltar más cuando la joven contrajese matrimonio.

No había duda sobre este punto. Por muy difíciles que fueran las circunstancias en que se viese una vez casada, Dolly, convertida en mistress Branican, sabría siempre cumplir con sus deberes. Como había visto la vida frente a frente, y no a través de los engañosos colores de un

prisma, poseía un alma entera y una voluntad fuerte. Y en efecto, el amor que Dolly sentía por John era más que suficiente para que en cualquier ocasión la hiciese salir victoriosa de las pruebas más rudas. Sin incurrir en exageración, puede afirmarse que mistress Branican daría, a ser preciso, su vida por John, como este daría la suya por ella, y ambos por el niño, nacido en el primer año de su matrimonio. Sentían adoración por esta criatura que acababa de balbucir la palabra papá en el momento en que el capitán iba a separarse de ellos. Aunque por el color moreno se pareciese a Dolly, en lo demás el parecido entre el pequeño Wat y su padre era asombroso. Por su constitución vigorosa no eran de temer en él los estragos que en otros niños causan las enfermedades de la infancia. ¡Además, sería cuidado con tanto esmero...! ¡Ah! ¡Qué de ensueños para el porvenir había forjado la imaginación de los padres para aquel ser cuya vida apenas empezaba!

Sin duda alguna, mistress Branican hubiese sido la más feliz de las mujeres si la situación de John le hubiera permitido abandonar el oficio de mariner, uno de cuyos inconvenientes (y no el mayor) era la separación de ambos. Mas ¿cómo retenerle en el momento preciso en que se le había entregado el mando del *Franklin*? Además, era necesario atender a las necesidades del hogar y de la familia, que tal vez no acabaría en el nacimiento de aquel primer hijo, y la dote de Dolly no bastaba para esto. Es evidente que John Branican podía contar con la fortuna que el tío le dejase a Dolly, y serían precisas un sinnúmero de circunstancias inverosímiles para que aquella herencia se les escapara de las manos. Es cierto que mister Edward Starter, casi sexagenario, no tenía otros herederos que Dolly, pues la prima de esta, Jane Burker, pertenecía a la rama materna de la familia. Pero antes de que Dolly heredara, acaso pasarían diez o veinte años. De aquí la necesidad de que John trabajase para el presente, pudiendo esperar así, más tranquilo, el porvenir. Se hallaba, por lo tanto, decidido a continuar navegando por cuenta de la casa Andrew, máxime cuando había obtenido cierta participación en las operaciones especiales del *Franklin*. Y como a la par de ser buen mariner entendía perfectamente los asuntos de comercio, todo hacía pensar que adquiriría con su trabajo una cierta ayuda mientras esperaba la herencia de mister Edward Starter.

Digamos algo acerca de este americano, de un *americanismo* verdaderamente original.



Era hermano del padre de Dolly y, por consiguiente, tío carnal de la joven, hoy señora Branican. El padre de esta tenía cinco o seis años más que Edward, y, como quedaron huérfanos, desempeñó funciones de maestro con su hermano menor. Así es que este profesó siempre gran cariño y agradecimiento. La suerte le favoreció más que al primogénito, que siguió equivocados caminos, que rara vez conducen al logro de nuestros deseos. Aunque Edward Starter se vio obligado a separarse de su hermano con el objeto de intentar afortunadas especulaciones, comprando y desmontando terrenos en el estado de Tennessee, no por eso dejó de conservar siempre buena armonía con su hermano, a quien los negocios retenían en el estado de Nueva York. Al quedarse viudo el último, fijó su residencia en San Diego, ciudad natal de su mujer, donde murió cuando ya estaba decidido el matrimonio de su hija Dolly con John Branican. Pasado el luto, celebróse el casamiento, no contando el nuevo matrimonio con más bienes de fortuna que la modesta herencia dejada por el primogénito Starter.

Poco tiempo después de esto llegó a San Diego una carta del menor de los Starter dirigida a Dolly Branican. Esta carta, la primera que escribía a su sobrina, y la última a juzgar por su contenido, decía, poco más o menos, y en una forma tan concisa como práctica, que aunque no la conocía y se hallaba lejos de ella, no olvidaba que era su sobrina, la hija legítima de su hermano. Que el motivo de no conocerla era el haberse separado de su hermano cuando este se casó, sin que le hubiera vuelto a ver desde entonces, y que él, su tío, residía cerca de Nashville, en la parte más escondida de Tennessee, mientras ella vivía en San Diego. Y entonces, como la distancia entre Tennessee y California era de algunos cientos de millas, resultaba un viaje fatigoso en extremo, por cuya razón no lo había hecho, ni lo hacía. Y comprendiendo que para ella lo sería aún más, le rogaba que no lo emprendiese.

En realidad, este individuo era un verdadero oso, no de los de América con uñas y piel, sino de los humanos que viven completamente alejados del trato social.

A Dolly esto le importaba poco. ¿Que era sobrina de un oso? Bueno. Pero aquel oso tenía también para ella cariño de tío, y no olvidaba lo que debía a su hermano, el primogénito Starter, puesto que la hija de este sería la universal heredera de aquel hombre medio salvaje.

Añadía el menor de los Starter, en su carta, que esta fortuna era digna de

recogerse, pues ascendía a quinientos mil dólares y que, indudablemente, lejos de disminuir, iría en aumento, puesto que los negocios de los desmontes prosperaban en el estado de Tennessee. Y como consistía en tierras y ganados, además de ser fácil realizarlos a precio muy ventajoso, con toda seguridad que no habían de faltar compradores.

Aunque la forma de la carta era un tanto ruda, lo dicho... dicho estaba, y no era Starter hombre que se apartase de su primer propósito. La fortuna iría a parar a manos de mistress Branican, o a las de sus hijos, en caso de que no fuera Wat el único. En caso de que mistress Branican muriera sin descendientes directos, la referida fortuna pasaría al Estado, que no haría repulgos para tomarla.

Además, Starter decía en la carta dos cosas más:

1.º Que era soltero, y soltero había de permanecer. Bien claramente lo afirmaba. La necedad que no se comete entre los veinte y los treinta años no se comete a los sesenta. Nada podría torcer su firme voluntad en lo que se relacionaba con este punto, y su fortuna iría, por lo tanto, a poder de mistress Branican, cosa tan segura como que el Mississippi desemboca sus aguas en el golfo de Méjico.

2.º El menor de los Starter pondría todos los medios para enriquecer a su sobrina lo más tarde posible. Procuraría morir, por lo menos, centenario.

Y, por último, le rogaba que no contestase a aquella carta, máxime teniendo en cuenta la dificultad de comunicaciones entre las ciudades y la región forestal que él ocupaba en el suelo de Tennessee. Él tampoco la escribiría más, y la primera noticia que de él tendría sería la de su muerte, aunque, lógicamente, la carta en que se la comunicasen no sería de su puño y letra.

Éste era el contenido de la singular misiva que había recibido mistress Branican. No había duda de que sería la universal heredera de Starter. Llegaría un día en que se vería dueña de una fortuna de quinientos mil dólares, fortuna aumentada por el trabajo de aquel hábil roturador de bosques. Pero, no obstante esta seguridad, John Branican obraba muy acertadamente al no abandonar su oficio de marinero. Starter lo decía bien claro: pensaba llegar a los cien años, y ya se sabe lo duros de cabeza que son estos americanos del Norte. Por otra parte, John Branican pensaba que, poniendo en juego su inteligencia, su valor y su firme voluntad, sería

probable que adquiriese para su mujer y su hijo una situación holgada, mucho antes de que el tío Starter se hubiera conformado con partir para el otro mundo.

He aquí la situación del joven matrimonio en el momento en que el *Franklin* se daba a la vela con rumbo a los parajes occidentales del Pacífico. Aclarado este punto para el mejor entendimiento de los sucesos que se van a desarrollar en esta historia, fijemos ahora nuestra atención en los únicos parientes que Dolly Branican tenía en San Diego, o sea en míster y mistress Burker.

Len Burker era de origen americano. Tenía por entonces treinta y un años, y hacía algunos que había ido a vivir a la capital de la Baja California. El rasgo más característico de este yanqui de la Nueva Inglaterra, de fría expresión, muy decidido, muy activo y también muy poco comunicativo, era la reserva; no dejaba ver nada de lo que pensaba, no decía nada de lo que hacía. Era una de esas personas que se asemejan a las casas cerradas a piedra y lodo, cuyas puertas jamás han sido abiertas para nadie. Lo que le dio cierta notoriedad en San Diego fue su casamiento con Jane, por cuyo suceso vino a emparentar con John Branican. Siendo los únicos parientes que Dolly tenía en San Diego, era natural que John, al separarse de ella, la encomendase a los cuidados de Jane, sabiendo, como sabía, la mutua estimación y cariño que ambas primas se profesaban.

De seguro que la conducta de John hubiera sido otra, de conocer a fondo el carácter de Len Burker, de haber estado al tanto de la maldad que este hombre ocultaba bajo la máscara impenetrable de su fisonomía, y la facilidad con la que explotaba las conveniencias sociales, su propio decoro y los derechos de los demás. Jane se había casado con Len cinco años antes, engañada por la apariencia seductora de su futuro marido, y por una especie de fascinación que desde el primer momento ejerció sobre ella. La madre de la joven murió poco después en Boston, donde se celebró este matrimonio, cuyas consecuencias debían ser tan lamentables. La dote de Jane y su herencia materna hubieran sido más que suficientes para subvenir a las necesidades del matrimonio, de seguir Len Burker por el buen camino. Pero no fue así. Después de consumir parte de la fortuna de su mujer, Burker, muy desacreditado ya en Boston, decidió abandonar esta ciudad. Pensaba que en otra parte de América no sería perseguido por su dudosa reputación, y tropezaría con la buena suerte que en la

Nueva Inglaterra no podía ya encontrar.

Jane, a quien ya entonces no se ocultaba la clase de persona con la que se había unido, aceptó con gusto el proyecto de partida. Deseaba abandonar Boston, donde la situación de Burker daba mucho que decir por los desfavorables comentarios que de él se hacían, y, por otra parte, la idea de ir a reunirse con la única pariente que le quedaba la llenaba de regocijo. Así pues, el matrimonio Burker fue a establecerse a San Diego, donde volvieron a encontrarse Dolly y Jane. Y después de tres años de vivir en esta ciudad, Len Burker no había dado aún motivo de sospechas, por la habilidad que desplegó para disimular lo ambiguo de sus negocios.

Tales eran las circunstancias que habían reunido a las dos primas, cuando Dolly no era aún la señora Branican.

Un profundo cariño unió a las dos mujeres. Parecía que Jane, por su condición de casada, había de influir sobre Dolly, dominándola por completo; pero por efecto de la energía de esta última y del carácter débil de la primera, sucedió todo lo contrario. La joven soltera llegó a ser el apoyo de la mujer casada. Cuando se decidió el casamiento de Dolly con John Branican, Jane mostró extraordinario júbilo. En su opinión, iba a ser aquel un matrimonio modelo, que seguramente no se parecería al suyo. En el seno de la intimidad de los nuevos esposos hubiera podido Jane encontrar grandes consuelos para sus cuitas, de haberse decidido a manifestárselas; pero la influencia que sobre ella ejercía su marido impidió estas confidencias, que Jane no se atrevía a hacer nunca.

Y, entre tanto, la situación de Len Burker iba siendo cada vez más grave. Los restos de la fortuna de su mujer se habían disipado casi por completo. El caso era lógico. Aquel jugador, o, mejor dicho, especulador desenfrenado del azar, no fiaba nada al cálculo ni a la prudencia. Tal temperamento moral, refractario a los consejos de la razón, no podía acarrear, ni acarrearaba, sino deplorables resultados.

Desde su llegada a San Diego, Len Burker había abierto una oficina en *Fleet Street*, una de esas oficinas que trascienden a cuevas de ladrones, y en las que se repara poco en los medios con tal de hacer un bonito negocio. Lo de menos era la moralidad; lo único importante, enriquecerse. Len Burker era muy apto para dar cima a las combinaciones aleatorias, sin que poseyese escrúpulo alguno respecto a los recursos que empleaba; poseía gran habilidad para transformar las argucias en argumentos,

estando además siempre dispuesto a considerar como bienes propios los ajenos, y a aventurarlos en negocios peligrosos. No tardó en emprender algunos, que fracasaron poco a poco, no sin haber dejado en ellos jirones de su propia carne. En la época en que esta historia comienza, Len Burker se había limitado a emprender pequeñas especulaciones, y la escasez reinaba en su casa. Sin embargo, como antes había tratado asuntos muy importantes, gozaba aún de cierto crédito, que utilizaba para nuevos engaños.

Tal situación traería forzosamente una catástrofe. La hora de las reclamaciones y quejas no tardaría en llegar. Quizás al aventurero yanqui, transportado ahora al oeste de América, no le quedaría más recurso que huir de San Diego, como había huido de Boston. Las condiciones de aquella ciudad, de tan buen juicio, de tan potente actividad y cuyos progresos aumentaban de año en año, eran las más a propósito para que un hombre inteligente y probo encontrase éxito seguro en sus empresas. Pero para esto era preciso tener lo que le faltaba a Burker: la rectitud de los sentimientos, la justicia de las ideas y la honestidad de la inteligencia.

Hay que advertir que, tanto John Branican, como William Andrew, como todos, ignoraban la índole de los negocios que emprendía Len Burker. Y, por efecto de esta ignorancia, nadie sospechaba que el aventurero, por no emplear más duro calificativo, corriese a un desastre próximo. Acaso cuando se produjera la catástrofe, verían todos en él a un hombre a quien la fortuna no le había sonreído, y no a uno de esos hombres sin sentido moral, que en nada reparan con tal de enriquecerse. Así pues, sin haberle profesado nunca gran simpatía, John Branican no desconfiaba de Len Burker. Buena prueba de ello la daba dejando encomendada su mujer al matrimonio Burker, durante el tiempo que durase su ausencia. Estaba el capitán seguro de que no le faltarían los cuidados de aquellos en cualquier circunstancia que Dolly los necesitase. La casa de Burker estaría abierta para su mujer, y en ella sería acogida, no como amiga, sino como hermana.

Sobre este punto, pues, no debían ponerse en duda los sentimientos de Jane Burker. El cariño que experimentaba por su prima era grande y desinteresado. Y Len Burker, por su parte, lejos de censurar el afecto sincero que unía a las dos mujeres, complacíase en fomentarlo, indudablemente vislumbrando en el porvenir los beneficios que aquella alianza pudiera reportarle. No abrigaba recelo alguno de que Jane

descubriera su situación personal y los vituperables negocios en que se hallaba comprometido. No, Jane no saldría de una reserva prudente respecto al particular. Estaba seguro de dominarla, y así era, en efecto. Jane sentía pesar sobre ella la omnímoda influencia de su marido, si bien no dejaba de comprender que era un hombre sin conciencia, que había perdido todo resto de sentido moral, y que era capaz de entregarse a los actos más afrentosos. Cariño, no le tenía ninguno, ni era posible después de tantos desengaños como la infeliz había sufrido. Pero experimentaba un profundo temor: se sentía presa entre sus manos como un niño, y a una simple señal suya le seguiría al fin del mundo, si él así lo deseaba. Aunque no existiera otra razón, por su propio decoro, Jane nunca hubiera dejado ver las torturas que sufría, ni aun a su prima, que, no obstante el silencio de Jane, quizá las sospechaba.

Creemos suficientemente explicada la situación de John y Dolly Branican, por una parte, y de Len y Jane Burker, por otra. Nadie hubiera adivinado hasta qué punto había de ser modificada esta situación por sucesos inesperados, que en breve plazo habían de presentarse.

### **III. «Prospect-House»**

Hace unos treinta años, la Baja California (tercera parte aproximadamente del estado del mismo nombre) no contaba más que con treinta y cinco mil habitantes. En la actualidad, no baja de ciento cincuenta mil la cifra de su población. En la época antedicha, los terrenos de esta provincia, retirada en los conflictos del oeste de América, permanecían totalmente incultos, y sólo parecían aptos para la cría de ganado. Nadie podía adivinar el porvenir que estaba reservado a tan abandonada región, máxime cuando las vías de comunicación se reducían, por tierra, a algunos caminos trazados por las ruedas de los carromatos, y por mar, a una sola línea de paquebotes, que hacían el comercio de cabotaje.

Hacia el año 1769, existía un embrión de ciudad, algunas millas tierra adentro y al norte de la bahía de San Diego. De suerte que la actual población puede ostentar en la historia del país el honor de haber sido el pueblo más antiguo fundado en la comarca de California.

Cuando el Nuevo Continente, unido a la vieja Europa por simples vínculos coloniales que el Reino Unido se obstinaba en estrechar, dio una violenta sacudida, aquellos lazos se rompieron. La unión de los Estados del Norte de América se realizó bajo la bandera de la independencia. Inglaterra no conservó más que jirones de aquella bandera, el Dominion y Columbia, cuyo ingreso en la Confederación indudablemente no estaba lejos. El movimiento separatista se había propagado entre las poblaciones del centro, que no tendieron más que a un fin: librarse de todas sus trabas, cualesquiera que fuesen.

No era el yugo anglosajón el que entonces oprimía a California. Perteneecía a los mejicanos, y de ellos fue hasta 1846, momento en que, después de haber sido libertada para entrar en la república federal, la ciudad de San Diego, creada once años antes, llegó a ser lo que debió ser desde un principio: americana.

La bahía de San Diego es hermosa, pudiendo compararse a la de Nápoles, aunque la comparación es más exacta haciéndola con las de

Vigo o Río de Janeiro. Doce millas de longitud por diez de anchura dan espacio suficiente para que pueda anclar en ella una flota mercante; y, desde el punto de vista militar, tiene bastante extensión para las maniobras de una escuadra. Forma una especie de óvalo, y, abierta al oeste por un estrecho brazo de mar, se halla al abrigo por todas partes, por su situación entre las puntas Island y Loma o Coronado. Los vientos de altamar la respetan, y las tormentas del océano Pacífico apenas agitan su superficie; en ella entran las embarcaciones sin esfuerzo, pudiendo echar anclas en su fondo, que mide veintitrés pies como mínimo. Es el puerto más seguro, de más fácil entrada y el más apropiado para hacer escala que el litoral del oeste ofrece al sur de San Francisco y al norte de San Quintín.

Situada en condiciones tan ventajosas, era evidente que la antigua población ensancharía con el tiempo su primer perímetro. Ya había sido preciso levantar tiendas de campaña para un destacamento de caballería acampado en los terrenos cercanos, cubiertos de maleza. Más adelante, y merced a la iniciativa de míster Horton, cuya intervención fue de resultados provechosos, se construyó una ciudad aneja en aquel punto, que ha llegado a ser la verdadera ciudad que se levanta sobre las colinas situadas al norte de la bahía. El engrandecimiento de la ciudad se operó con la rapidez característica de los americanos. Un millón de dólares, sembrados en aquel suelo, hicieron germinar casas de particulares, edificios públicos, oficinas y hoteles o villas. En el año 1885, San Diego contaba ya con una población de quince mil almas, que hoy se ha extendido hasta treinta y cinco mil. Su primer ferrocarril data de 1881. El *Atlantic and Pacific road*, el *Southern California road* y el *Southern Pacific road* la ponen en comunicación con el resto del continente, mientras la compañía *Pacific Coast Steamship* establece relaciones frecuentes entre los puertos de San Francisco y San Diego.

Es esta última una población alegre y confortable, de delicioso clima y excelentes condiciones higiénicas. La campiña que se extiende por sus alrededores es de una incomparable fertilidad. La vid, el olivo, el naranjo y el limonero de allí pueden competir con los mejores árboles, frutos y legumbres de los países del norte. Unidas Normandía y Provenza, darían por resultado una población semejante a la que nos referimos.

Está construida con esa libertad de orientación y esa originalidad tan provechosa para la higiene, que únicamente se encuentran en poblaciones



donde hay terreno para ello. Tiene, pues, plazas, *squares*, calles de gran longitud y árboles que dan sombra por todas partes. En resumen, allí está la salud como razón directa del clima tan generosamente concedido a la afortunada población.

Como en toda ciudad moderna, y más si es americana, en esta, de la cual estamos hablando, se encuentra por todas partes el progreso. La alumbrada el gas, y a una simple señal, cualquiera de sus habitantes obtiene luz; el teléfono y el telégrafo funcionan de manera pasmosa, y existen unos mástiles de una altura de ciento cincuenta pies, que esparcen luz eléctrica por las calles. Si aún no se distribuye la leche bajo presión por alguna *Compañía general láctea*, y si tampoco funcionan en San Diego las aceras locomóviles, que pueden desarrollar una velocidad de cuatro leguas por hora, no tardarán en implantarse estos descubrimientos y otros de mayor importancia...

Añádanse a todos estos adelantos las instituciones, mediante las cuales se elabora la vida de las grandes colectividades: una aduana, cuyas operaciones aumentan día a día en número e importancia, dos bancos de crédito, una cámara de comercio, una sociedad de emigración, grandes oficinas, numerosos establecimientos mercantiles, en los que se realizan grandes negocios, sobre todo en maderas y harinas, iglesias destinadas a los diferentes cultos, tres mercados, un teatro, un gimnasio, tres grandes escuelas, *Russ County, Court House, Maronic and old fellows*, destinadas a niños pobres, y otros muchos centros de enseñanza, de los que el niño sale apto para obtener diplomas o títulos universitarios; añádase todo esto, decimos, y podrá formarse una idea del porvenir de una población joven aún, excesivamente celosa de la defensa de sus intereses, tanto morales como materiales, y en cuyo seno se acumulan tan variados elementos de prosperidad. ¿Y tienen periódicos?, preguntaréis. Tres diarios, entre ellos el *Herald*, y cada uno de los cuales da un suplemento semanal. Y los turistas ¿cuentan con alojamientos en buenas condiciones de comodidad? También podemos contestar afirmativamente, pues, sin contar los hoteles de segundo orden, tienen a su disposición magníficos establecimientos: el *Horton-House*, el *Florence-Hotel* y el *Gerard-Hotel* con sus cien habitaciones, y a la otra orilla de la bahía, dominando la playa de la punta Coronado, y en un sitio delicioso y rodeado de encantadores chalés, álzase un nuevo hotel, cuyo coste no habrá bajado de cinco millones de dólares.

Así pues, turistas de todos los países, tanto del Viejo como del Nuevo Continente, no dudéis un momento, y partid a visitar a la joven y activa capital de la Baja California, que en ella seréis hospitalariamente acogidos por sus generosos habitantes, y si acaso os arrepentís del viaje... ¡será por la pena que os cause el tener que abandonar tan deliciosa ciudad!

San Diego es una población llena de animación y de movimiento, pero muy reglamentada en sus infinitos negocios, como la mayor parte de las ciudades de América. Si el movimiento es signo de vida, puede decirse que allí se vive, en el verdadero sentido de la palabra: apenas alcanza el tiempo para las transacciones comerciales. Pero si esto sucede a los que por su instinto o sus hábitos se lanzan en tal torbellino, el que lleve una existencia ociosa languidece y se aburre en la gran ciudad, porque al cesar la actividad, las horas transcurren muy lentamente.

Este tedio lo experimentaba mistress Branican, después de la partida del *Franklin*. Desde que se casó, participaba de los trabajos a los que se dedicaba su marido; puede decirse que estaba asociada a ellos. Aun no estando embarcado, el capitán John tenía muchas ocupaciones, por la íntima relación en que se hallaba con la casa Andrew. Además de las operaciones comerciales en las que él tomaba parte directamente, inspeccionaba la construcción del buque cuyo mando había de tomar, y esta inspección la hacía, no sólo con sumo cuidado, sino con verdadero cariño. No perdonaba el más pequeño detalle; su interés era muy semejante al del propietario que hace levantar la casa donde ha de pasar toda su vida. Y mayor que el de aquel aún, porque un barco no es solamente una casa y un medio de comerciar y hacer fortuna, sino un complicado armazón de madera y hierro, al que se confía la existencia de muchos hombres; un fragmento del suelo natal, separado y unido a él en sus idas y venidas, y cuyo destino, por desgracia, no es siempre acabar su carrera marítima en el sitio en el que nació.

Dolly solía acompañar al capitán John en sus expediciones al astillero. Las cuadernas, que se alzaban sobre la quilla inclinada; las costillas, que ofrecían el aspecto del esqueleto de un gigantesco mamífero marino; los tablones, ya ajustados unos con otros; el casco, de forma original y compleja; el puente, donde se destacaban las anchas escotillas destinadas a la carga y la descarga; los mástiles, echados sobre el suelo en espera de que fueran colocados más tarde; los trabajos de instalación interior; la distribución de la tripulación; la toldilla y sus camarotes... todo este

espectáculo interesaba sobremanera a la joven. Aquel buque, el *Franklin*, iba a defender contra el revuelto océano Pacífico la vida de John y de sus compañeros de a bordo, y Dolly asociaba su cariño a todo aquello. No había plancha a la que no hiciese una especie de salutación, ni martillazo que, en mitad del estrépito del astillero, no repercutiese en su corazón. Por su parte, John la iniciaba en aquel trabajo, enseñándole el destino y la aplicación de cada pieza de madera o de metal, explicándole el plan general de construcción, y Dolly amaba aquel buque del cual John iba a ser jefe... ¡después de Dios! Algunas veces ella se preguntaba por qué no había ella de acompañar al capitán, participando con él de los riesgos de la navegación, y por qué el *Franklin* no había de traerlos juntos otra vez a San Diego. ¡Sí! Dolly hubiera deseado no separarse de su marido... ¿Acaso en las poblaciones del norte, tanto del Viejo como del Nuevo Continente, no se había ya introducido la costumbre de vivir familias enteras a bordo de un barco, navegando todos juntos años y años?

Pero entonces se acordaba de Wat, y comprendía lo inútil de sus anhelos. ¿Iba a dejarle abandonado a los cuidados de una nodriza, lejos de las caricias maternas, o iba a exponerle a los peligros y contingencias de un viaje por mar? Ninguna de las dos cosas era posible. No había, pues, más remedio que quedarse en San Diego cerca de su hijo, a fin de cuidar de aquella vida, que era la suya, rodeándole de cariño y ternura para que, rebosando salud y alegría, pudiese sonreír a su padre cuando este regresara. Por otra parte, la ausencia del capitán John no debía durar más que seis meses. En Calcuta, el *Franklin* tomaría su cargamento de retorno y se restituiría al puerto de San Diego; y era también muy conveniente que la mujer de un marino se acostumbrase a estas separaciones, aunque siempre fueran muy dolorosas para su corazón.

Preciso era resignarse, y Dolly se resignó. Mas, después de partir John, cuando aquella actividad, que constituía su elemento de vida, cesó en torno de ella, ¡qué monótona, qué vacía, qué desconsolada se le hubiera hecho la existencia, si no hubiera absorbido toda su atención aquel niño en quien concentró su cariño!

La casa de John Branican ocupaba una de las últimas llanuras, en la parte alta de las colinas que guarnecen el litoral al norte de la bahía. Dicha edificación tenía la forma de un chalé indio, rodeado de un jardín plantado de olivos y naranjos y cerrado por una sencilla verja de madera. Precedía a la planta baja una galería, a la que se abrían la puerta y las ventanas del

salón y del comedor; el piso principal ostentaba un hermoso balcón corrido a lo largo de la fachada y coronado por una cornisa elegantemente moldeada. La sencillez y el atractivo eran las notas más sobresalientes de esta casa. El salón y el comedor, que ocupaban la planta baja, estaban amueblados modestamente; en el piso superior había dos habitaciones, la de mistress Branican y la del niño; y detrás de la casa existía un pabellón accesorio, destinado a la cocina y el servicio. Ésta era la disposición interior del chalé. *Prospect-House* estaba orientado al mediodía, gozando, por lo tanto, de una bella situación. Desde él podía contemplarse la ciudad entera y la parte de la bahía hasta los establecimientos de la punta Loma. Estaba algo lejos de la población; pero esta ligera desventaja era fácilmente compensada por su hermoso emplazamiento, a propósito para respirar las brisas del sur, cargadas de los olores salinos del Pacífico.

En esta casa iban a transcurrir para Dolly las largas horas de ausencia. La nodriza y una criada bastaban para el servicio de la casa, y las únicas personas que la frecuentaban eran mister y mistress Burker: Len pocas veces, Jane muy a menudo. Mister William Andrew, cumpliendo su palabra, visitaba también a Dolly, deseoso de comunicarle todas las noticias del *Franklin* que le llegaban directa o indirectamente. Antes que las cartas puedan llegar a su destino, los periódicos de la marina dan cuenta de los encuentros y escalas de los barcos, así como de todos los sucesos del mar que puedan ser de algún interés para los armadores y navieros, y por lo tanto Dolly estaría al corriente de todo lo que ocurriese. En cuanto a las relaciones de sociedad y vecindad, nunca las había solicitado, acostumbrada como estaba desde un principio al aislamiento de *Prospect-House*; pero, aunque hubiese sido de otro modo, tales relaciones no bastarían para llenar el hueco dejado por la ausencia de John. Hasta el regreso de este, *Prospect-House* estaría vacío para ella.

Muy penosos se le hicieron los primeros días de ausencia. No salía de *Prospect-House*, donde su prima Jane la visitaba diariamente. Las dos se ocupaban con cuidado del pequeño Wat y hablaban del capitán.

Al quedarse sola, muchas veces pasaba largos ratos asomada al balcón corrido, y su mirada se perdía mucho más allá de la bahía, sobre la punta Island y las islas Coronado, traspasando la línea en que parecían unirse el cielo y el agua... El *Franklin* ya estaría muy lejos... Dolly se transportaba con el pensamiento a altamar, y se embarcaba con su marido... Y, cuando algún buque aparecía a lo lejos, con dirección hacia el puerto, Dolly

pensaba que un día el *Franklin* haría lo mismo. También aparecería a lo lejos, como un punto que iría agrandándose hasta distinguirse la forma del barco; y después... allí, a bordo, estaría John, a quien ella reconocería al momento...

La salud del pequeño Wat se resentía algo con la reclusión absoluta en el encierro de *Prospect-House*. La semana siguiente a la partida del capitán hacía un tiempo muy hermoso, y la brisa mitigaba el naciente calor; en vista de lo cual mistress Branican se propuso hacer algunas excursiones por los alrededores. Llevaba a la nodriza con el niño e iban a pie cuando el paseo se limitaba a las cercanías de San Diego hasta las casas de Old Town, la antigua ciudad. Estos paseos sentaban de maravilla al niño, que se robustecía por momentos, y cuando la nodriza se detenía, golpeaba sus manecitas corriendo hacia su madre. Algunas veces las excursiones eran más largas, y entonces una bonita carretela, alquilada en las proximidades, conducía a los tres, o a los cuatro, ya que mistress Burker tomaba de vez en cuando parte en la jira. Un día fueron a la colina de Knob-Hill, sembrada de lindas villas, que domina el *Florence-Hotel*, y desde donde la vista se pierde al oeste, más allá de las islas. Otro día, hacia la parte de las rocas de Coronado-Beach, sobre las cuales rompen con gran estruendo las olas. Después visitaron los *Lechos de Mussel*, donde la pleamar cubre de rocío las soberbias rocas del litoral. Dolly tocaba con el pie el océano, que llevaba hasta ella como un eco para los lejanos parajes por donde John navegaba entonces; aquel océano cuyas oleadas asaltarían quizás al *Franklin* a miles de millas en altamar. Allí permanecía Dolly, inmóvil, viendo en su imaginación el buque y murmurando el nombre de John.

El 30 de marzo, hacia las diez de la mañana, y hallándose mistress Branican asomada al balcón, vio a mistress Burker que venía en dirección a *Prospect-House*. Jane apresuró el paso, indicándole con la mano que era portadora de buenas noticias. Dolly bajó en seguida, y antes de que Jane tuviera tiempo para abrir, ya estaba ella a la puerta del chalé.

—¿Qué hay, Jane...? —preguntó.

—Querida Dolly —respondió mistress Burker—, traigo buenas nuevas. Vengo de parte del señor Andrew a decirte que el *Boundary*, que ha entrado esta mañana en el puerto de San Diego, ha comunicado con el *Franklin*...

—¿Con el *Franklin*...?

—Sí. Cuando me he encontrado al señor Andrew en *Fleet Street* acababan de avisarle, y como a él no le es posible venir hasta después del mediodía, yo he venido a decírtelo...

—¿Y hay noticias de John...?

—Sí, Dolly.

—¿Cuáles...? ¡Habla pronto!

—Hace ocho días el *Franklin* y el *Boundary* se han cruzado en altamar y han cambiado correspondencia.

—¿Había alguna novedad a bordo?

—Ninguna. Como los barcos casi se tocaban, los dos capitanes han hablado, y la última palabra que se ha oído desde el *Boundary* ha sido tu nombre.

—¡Mi pobre John! —exclamó mistress Branican, mientras de sus ojos se escapaba una lágrima de agradecimiento.

—Dolly, ¡qué contenta estoy por haber sido la primera que te ha dado tan grata nueva!

—¡Y cuánto te lo agradezco! ¡No sabes lo feliz que me has hecho...! ¡Ah! ¡Si pudiera tener todos los días noticias de John, de mi querido John...! El capitán del *Boundary* le ha visto... John le ha hablado..., y me envía con él otro adiós.

—Sí, sí... y ya te digo, no había novedad a bordo.

—Jane, quiero ver al capitán del *Boundary*... Me dará más detalles. ¿Dónde se han encontrado...?

—Eso no lo sé, pero constará en el diario de a bordo. El capitán del *Boundary* te dará informes más completos.

—Pues bien, Jane, espérame un momento; voy a arreglarme. Pronto concluyo... vendrás conmigo...

—Dolly, hoy no podemos ir. No es posible subir a bordo del *Boundary*.

—¿Por qué?

—Como llegó esta mañana, está en cuarentena.

—¿Y por cuánto tiempo?

—Por veinticuatro horas solamente... Se trata de una simple fórmula, pero nadie puede quebrantarla.

—¿Y cómo es que el señor Andrew ha tenido conocimiento del encuentro?

—Por una orden que la aduana le ha comunicado de parte del capitán. ¡Tranquilízate, querida...! No hay ninguna duda sobre la noticia que acabo de darte, y mañana mismo la verás confirmada... Ten paciencia un día más, Dolly.

—Bien, Jane. Mañana, a las nueve de la mañana, iré a tu casa. Me acompañarás para subir a bordo del *Boundary*, ¿verdad...?

—Con mucho gusto, querida Dolly. Mañana te espero. Como ya se habrá levantado la cuarentena, el capitán podrá recibimos...

—Creo que el capitán es amigo de mi marido. ¿No se llama Ellis?

—Sí; y el *Boundary* también pertenece a la casa Andrew.

—Bien, pues convenido, Jane; estaré en tu casa a la hora que te he dicho... ¡Qué largo me va a parecer el día de hoy! Quédate a almorzar conmigo...

—Aceptado, Dolly. Burker no irá a casa hasta la noche; podemos, pues, estar juntas toda la tarde...

—¡Gracias, querida Jane! Y hablaremos de John, como siempre...

—¿Y Wat...? ¿Y nuestro bebé...? —preguntó mistress Burker.

—¡Ah! Muy bien... Alegre como un pájaro... ¡Qué felicidad cuando su padre le vea! Mira, yo quisiera llevarle mañana con la nodriza... Ya sabes que no puedo estar ni un solo instante separada de él... No estaré

tranquila si no le tengo junto a mí...

—Tienes razón; es una buena idea. El paseo le sentará admirablemente bien. El tiempo es hermoso... la bahía parece un estanque... ¡Nuestro Wat hará su primer viaje por mar...! ¿Convenido...?

—Sí, sí, convenido —respondió mistress Branican.

Hasta las cinco de la tarde Jane permaneció en *Prospect-House*; al despedirse de su prima, le repitió que la esperaría al día siguiente, según habían acordado, para ir a visitar el *Boundary*.



#### IV. A bordo del «Boundary»

El día siguiente, se madrugó más en *Prospect-House*. Continuaba haciendo un tiempo hermoso. La brisa procedente de la tierra iba disolviendo las últimas brumas de la noche, que aún se cernían sobre el mar. Mientras mistress Branican concluía su aseo, la nodriza vistió al pequeño Wat. Como se había acordado que almorzarían en casa de los Burker, Dolly no quiso tomar más que un ligero desayuno, que le permitiera esperar hasta el mediodía. Probablemente, en la visita al capitán Ellis emplearían dos o tres horas. ¡Tendría tanto interés lo que contase el valiente marinero!

Mistress Branican y la nodriza, que llevaba en sus brazos al niño, salían del chalé al mismo tiempo que los relojes de San Diego daban las ocho y media. Bajaron a buen paso las amplias calles de la parte alta de la población, orladas de villas y jardines, y se internaron por las calles más estrechas, formadas por multitud de casas que se apiñaban. Era el barrio del comercio.

En este, en *Fleet Street*, vivía Len Burker, no lejos del muelle, propiedad de la compañía *Pacific Coast Steamship*. En suma, cuando llegaron Dolly, la nodriza y el niño a casa de los Burker, habían andado un gran trecho, pues tuvieron que atravesar toda la ciudad. Eran las nueve cuando Jane abrió a mistress Branican la puerta de su casa.

El aspecto de esta era, más que sencillo, triste, con las ventanas y persianas cerradas la mayor parte del tiempo. Len Burker no recibía otras visitas que las de hombres de negocios; no tenía ninguna relación con la vecindad, y apenas le conocían en *Fleet Street*. Sus ocupaciones le obligaban a faltar de su casa desde la mañana hasta la noche. Salía con frecuencia de viaje, generalmente a San Francisco, para operaciones de las que nunca hablaba con su mujer. Aquella mañana no estaba en su escritorio cuando llegó mistress Branican, y Jane le excusó de que no les acompañase en su viaje al *Boundary*, añadiendo que a la hora del almuerzo Len ya estaría de vuelta.

—Ya estoy dispuesta, Dolly —dijo después de besar al niño—. ¿No quieres descansar un momento...?

—No estoy cansada —respondió mistress Branican.

—¿Deseas algo...?

—No, Jane. Lo que quiero es ver en seguida al capitán Ellis... Te ruego, pues, que marchemos.

La servidumbre de mistress Burker se reducía a una vieja mulata que trajo su marido de Nueva York cuando vino a establecerse a San Diego. Llamábase Nô, y había sido nodriza de Len. Siempre la había considerado como de la familia, y su adhesión a Len era muy grande; a veces le tuteaba como cuando de niño lo tenía en los brazos. Aquella mujer ruda e impasible era la única persona que había ejercido alguna influencia sobre Len Burker, quien le dejaba amplias facultades para gobernar su casa. ¡Cuántas veces Jane había tenido que sufrir el dominio de aquella mujer, que llegaba hasta la grosería, y cuyas exigencias aprobaba su marido! Pero las soportaba, del mismo modo que las de este, con una resignación que no era más que debilidad de carácter. Dejaba pasar las cosas, y Nô para nada la consultaba en lo concerniente a la dirección de la casa.

En el momento en que Jane iba a salir, la mulata le ordenó que volviera antes del mediodía, para que no tuviera que esperar Len Burker, que ya estaría de vuelta a la hora del almuerzo, añadiendo que su amo tenía que hablar con mistress Branican de un asunto importante.

—¿De qué se trata? —preguntó Dolly a su prima.

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa? —respondió mistress Burker—. ¡Vámonos, Dolly, vámonos!

Mistress Branican, Jane y la nodriza, que llevaba al niño, salieron de la casa dirigiéndose hacia el malecón, al que llegaron poco después.

El *Boundary*, cuya cuarentena acababa de ser levantada, no había entrado aún en el puerto para descargar a lo largo del malecón reservado a la casa Andrew. Estaba anclado frente a la bahía, a unas ciento veinte brazas de la punta Loma. Había, pues, que atravesar la bahía para poder abordar el buque, que no debía descargar hasta dos horas después. Los *steams-launches*

, especie de barcos de vapor destinados a este servicio, recorrían el trayecto indicado, cerca de dos millas, cada media hora.

Dolly y Jane tomaron asiento en un *steam-launch*, en compañía de una docena de pasajeros. La mayor parte eran amigos o parientes de los tripulantes del *Boundary*, deseosos de aprovechar los primeros instantes en que ya era libre el acceso a bordo de dicha embarcación. El *steam-launch* largó su amarra, desatracoó del malecón, y, empujado por su hélice, se dirigió oblicuamente a través de la bahía, jadeando a cada golpe de vapor.

En la límpida claridad de la atmósfera, la bahía podía ser apreciada en toda su extensión. En la parte alta, el anfiteatro que formaban las casas de San Diego; la colina dominando la parte vieja de la población; la boca del puerto entre las puntas Island y Loma; el inmenso hotel de Coronado, de arquitectura palaciega, y, por último, el faro, que desde la puesta del sol proyectaba sus resplandores, embelesadores al reflejarse en la inquieta superficie del mar.

El barco de vapor iba sorteando diestramente algunos navíos anclados acá y allá, algunas barcas que venían en sentido contrario, y las chalupas pescadoras cuyas velas agitaba el viento.

Mistress Branican estaba sentada en uno de los bancos, entre Jane y la nodriza, que tenía al niño en brazos. Éste iba despierto, con los ojos muy abiertos, como apropiándose en sus pupilas de aquella claridad que parecía avivada por el soplo de la brisa. Mostrábase inquieto cuando alguna pareja de gaviotas pasaba por encima de la embarcación, lanzando agudos graznidos. El niño rebosaba salud, con sus mejillas frescas y sus sonrosados labios, húmedos aún de la leche que había extraído del pecho de la nodriza antes de salir de la casa de los Burker. Su madre le miraba con arrobamiento infinito, inclinándose hacia él de cuando en cuando para besarle; el niño sonreía como en pago de la caricia, y, echado sobre el regazo del ama, dejaba que su mirada vagase por lo alto.

La vista del *Boundary* atrajo bien pronto la atención de Dolly. Separado de los otros barcos, destacábanse en mitad de la bahía sus tres mástiles con sus banderas flotando al viento en el fondo azul del cielo. El *Boundary* estaba tranquilo, evitando el embate de las olas, con la proa enfilada al oeste y sujeto a la cadena, fuertemente tendida. Sobre él venían a deshacerse las últimas ondulaciones de las olas.

Toda la vida de Dolly estaba concentrada en su mirada. Pensaba en John, embarcado en un buque que parecía hermano del que ella veía. ¡Eran tan semejantes uno y otro! ¿Acaso no eran hijos de la casa Andrew? ¿No tenían el mismo puerto de matrícula? ¿No habían salido del mismo astillero?

Dolly, dominada por el encanto de la ilusión, y con la fantasía aguijoneada por el recuerdo, se abandonaba a la idea de que su marido se encontraba a bordo del barco que tenía ante los ojos... Que la esperaba... que al verla extendía su mano... que ella iba a precipitarse en sus brazos... El nombre de John se le venía a los labios, y hasta creía oír que él le respondía pronunciando el suyo...

Un leve grito de su hijo la volvió a la realidad... No era el *Franklin* el barco hacia donde iban; era el *Boundary*. Aquel estaba lejos, muy lejos; ¡miles de millas le separaban de las costas americanas!

—Algún día estará también allí, en ese mismo sitio, ¿no es verdad?  
—murmuró mirando a mistress Burker.

—Sí, querida Dolly —respondió Jane—, ¡y será John el que nos reciba a bordo!

Jane comprendía que cuando su prima interrogaba al porvenir, le asaltaba una vaga inquietud.

En aquel momento, el *steam-launch* acababa de recorrer, en un cuarto de hora, las dos millas que separan el malecón de San Diego de la punta Loma. Los pasajeros desembarcaron en el pontón de la playa, haciendo lo mismo mistress Branican con Jane, la nodriza y el niño. Aún distaban más de ciento veinte brazas del *Boundary*.

Al pie del pontón, y para el servicio del buque, había un bote tripulado por dos marineros. Después de asegurarse de que el capitán Ellis estaba a bordo, mistress Branican dio su nombre, y ambos marineros se pusieron a sus órdenes para conducirla al *Boundary*.

Unos cuantos golpes de remo bastaron para franquear la distancia. El capitán Ellis, reconociendo en seguida a mistress Branican, llegó hasta el portalón, mientras que Dolly subía la escalera, acompañada de Jane, no

sin haber recomendado a la nodriza que tuviese cuidado con el niño. El capitán las condujo a la toldilla, mientras el segundo de a bordo daba comienzo a los preparativos para llevar al *Boundary* al malecón de San Diego.

—Señor Ellis —preguntó Dolly en seguida—, he sabido que os habéis avistado con el *Franklin*...

—Sí, señora —respondió el capitán—, y puedo afirmaros que iba viento en popa. Así se lo he manifestado a míster William Andrew.

—¿Habéis visto a John...?

—El *Franklin* y el *Boundary* han pasado tan cerca a contrabordo, que el capitán Branican y yo hemos podido cambiar algunas palabras.

—¡Sí, le habéis visto! —repitió Dolly, como si hablara consigo misma, y buscando en la mirada del capitán algún reflejo de la imagen del *Franklin*.

Mistress Burker hizo al mismo tiempo algunas preguntas, que Dolly escuchó atentamente, aunque su mirada, al parecer distraída, iba a perderse en el horizonte, lejos de la boca del puerto.

—Aquel día —continuó el capitán—, el viento era favorable, y el *Franklin* marchaba a toda vela. El capitán John estaba en la toldilla con el anteojo en la mano. Había orzado un cuarto para acercarse al *Boundary*. Yo no había podido cambiar, porque tenía que ceñir el viento hasta casi relingar.

Los términos que empleaba el capitán no eran, indudablemente, bien comprendidos por mistress Branican; pero ¿qué importaba? Le bastaba entender que aquel que le hablaba había visto a John y había hablado con él.

—Cuando estuvimos de costado —continuó el capitán Ellis—, vuestro esposo, señora, me saludó con la mano, gritando: «¡No hay novedad, Ellis! ¡Cuando arribéis a San Diego, dad noticias mías a mi mujer... a mi querida Dolly!».

Se separaron los barcos y minutos después ya estaban muy lejos el uno del otro.

—¿Y qué día encontrasteis al *Franklin*? —preguntó mistress Branican.

—El 23 de marzo, a las once y veinticinco de la mañana.

Aún hubo que precisar más aquellos detalles, y el capitán indicó sobre la carta el punto exacto en que ambos barcos se habían cruzado. A los 140° de longitud y 20° de latitud, es decir, a mil setecientas millas de San Diego.

—Suponiendo que continúe siendo el tiempo favorable, lo cual es casi seguro, porque la estación está ya muy avanzada —añadió Ellis—, puede afirmarse que el capitán John hará una travesía rápida y feliz en las aguas del norte del Pacífico. Además, como que en cuanto llegue a Calcuta tendrá que cargar, no estará en la ciudad india mucho tiempo; el retorno, pues, a América se efectuará muy pronto. La ausencia del *Franklin* no puede durar más de cinco o seis meses, según los cálculos de la casa Andrew.

En tanto que el capitán Ellis respondía a las preguntas de mistress Burker y a las de mistress Branican, esta se figuraba que se encontraba a bordo del *Franklin*, y que el que le hablaba en aquellos momentos era John...

En este instante el segundo de a bordo subió a la toldilla y anticipó al capitán que los preparativos iban a terminar. Los marineros, colocados en el castillo de proa, sólo esperaban la orden para poner en marcha el buque.

El capitán Ellis invitó a mistress Branican a que desembarcase, a menos que prefiriera permanecer a bordo y atravesar la bahía en el *Boundary*, desembarcando luego en el muelle de la casa Andrew. En esto emplearía cerca de dos horas.

De buena gana hubiera aceptado mistress Branican el ofrecimiento del capitán Ellis; pero tenía que almorzar al mediodía, y no quería hacer esperar a Len Burker, que para aquella hora ya estaría de regreso en su casa. Comprendía que Jane, después de lo que la mulata le había dicho, tampoco podía faltar. Suplicó, pues, al capitán que ordenase que la condujeran al pontón, con objeto de poder embarcarse en el primer *steam-launch* que partiese. Se hizo de este modo. Despidiéronse mistress Branican y mistress Burker del capitán, no sin que este antes diese un beso en las sonrosadas mejillas del pequeño Wat. Y las dos mujeres, precedidas de la nodriza, se embarcaron en un bote del *Boundary*, llegando al pontón algunos momentos después.

Mientras llegaba el barco de vapor, que salía entonces del muelle de San Diego, mistress Branican observaba la maniobra del *Boundary*. Al compás

del rudo canto del contramaestre, los marineros arrollaban el ancla al cabrestante; el buque ya iba enfilando la proa en dirección a la boca del puerto, mientras el segundo de a bordo mandaba izar el gran foque, la vela del trinquete y la cangreja. Con este velamen y la marea que empezaba, el *Boundary* iría descansadamente al puesto que le correspondía en el muelle.

Pronto atracó el *steam-launch*, lanzando algunos silbidos para llamar a los pasajeros rezagados. No debía parar más que cinco minutos. Mistress Branican, Jane Burker y la nodriza tomaron asiento en la banqueta de estribor, mientras los demás pasajeros, unos veinte más o menos, se paseaban de proa a popa. Sonó el último silbido, se puso en movimiento la hélice, y la embarcación se alejó de la costa.

No eran más que las once y media; sobraba, pues, tiempo para llegar a *Fleet Street* a la hora convenida, puesto que la travesía de la bahía se realizaba en un cuarto de hora. A medida que la embarcación se alejaba, mistress Branican seguía contemplando al *Boundary*, el cual, habiendo ya levado ancla y largado velas, tomaba la dirección del puerto. Cuando estuviera amarrado delante del muelle de San Diego, Dolly podría visitar al capitán Ellis cuantas veces quisiera.

El *steam-launch* avanzaba con rapidez. Las casas de la ciudad se iban agrandando sobre el pintoresco anfiteatro en el cual estaba escalonada. Faltaba solamente un cuarto de milla para llegar al desembarcadero.

—¡Atención! ¡Atención! —gritó entonces un marinero apostado en la proa, volviéndose hacia el timonel, que estaba de pie sobre el puentecillo junto a la chimenea del vapor.

Al oír este grito, mistress Branican miró hacia la parte del puerto, donde entonces se hacía una maniobra que atrajo la atención de los demás pasajeros. Casi todos se asomaron a la proa del *steam-launch*.

Una goleta bergantín que acababa de salir de la fila de buques del muelle, aparejaba para alejarse de la bahía, con la proa enfilada hacia la punta Island. Le ayudaba en su maniobra un remolcador que debía conducirla fuera de la boca del puerto, y que ya había tomado cierta velocidad.

En este momento la goleta bergantín se hallaba en el derrotero del barco de vapor y demasiado cerca de este, por lo que era preciso evitarle

pasando a su popa. Esto era lo que había motivado el grito del marinero al timonel.

Los pasajeros sufrieron alguna inquietud, tanto más justificada cuanto que el puerto estaba sembrado de embarcaciones ancladas por todas partes. Por un movimiento instintivo, todos retrocedieron a popa.

La maniobra estaba indicada, desde luego. Era necesario parar a fin de que pasaran la goleta y el remolcador, y no continuar hasta que el camino quedase libre. Esto era difícil, porque algunas chalupas de pesca, impulsadas por el viento, cruzaban en todas direcciones por delante de los muelles de San Diego.

—¡Atención! —gritó de nuevo el marinero de proa.

—¡No hay que temer nada! —respondió el timonel—. Aún tengo mucha agua por delante.

Pero la gente del remolcador, atemorizada al ver aparecer en la boca del puerto un gran *steamer*, dieron a aquel un movimiento inesperado, haciéndole virar rápidamente sobre babor.

Se oyeron gritos de terror, a los que se unieron los de la tripulación de la goleta bergantín, que trataba de ayudar la maniobra del remolcador gobernando con el mismo rumbo.

Entonces apenas separaban veinte pies al remolcador del *steam-launch*.

Jane se había levantado llena de susto, mientras mistress Branican, con un movimiento instintivo, acababa de coger al niño de los brazos de la nodriza y le apretaba contra su seno.

—¡A estribor! ¡A estribor! —gritó el capitán del remolcador al timonel del *steam-launch*, indicándole con un ademán el rumbo que debía seguir.

El timonel, que no había perdido un solo punto de su sangre fría, dio un fuerte golpe, a fin de ponerse fuera de la ruta del remolcador, comprendiendo que a este le era imposible detenerse, y que la goleta bergantín, que ya había tomado un poco de velocidad, podía abordarle de costado.

Al fuerte golpe de timón tan vigorosamente dado, el *steam-launch* se



inclinó bruscamente a la banda de estribor, y, como sucede en tales casos, los pasajeros perdieron el equilibrio, y cayeron hacia el mismo lado.

Sonaron nuevos gritos, pero que esta vez ya indicaban espanto. En un principio se creyó que la embarcación iba a zozobrar, hundida con el peso de los pasajeros.

En aquel momento, mistress Branican, que se hallaba en pie junto a la baranda, no pudo recobrar el equilibrio, y fue lanzada por encima de aquella, desapareciendo con el niño.

La goleta bergantín rozaba el *steam-launch* sin tocarlo. Había desaparecido, pues, todo peligro de abordaje.

—¡Dolly! ¡Dolly! —gritó Jane, a quien uno de los pasajeros detuvo en el momento en que iba a caer también.

Rápidamente, un marinero del *steam-launch* saltó al agua hacia el sitio por donde mistress Branican y su hijo habían caído.

Cuando el marinero llegó cerca de aquella, flotaba, sostenida por los vestidos, en la superficie del agua; el niño seguía en sus brazos.

El barco se había detenido casi en seguida; no le sería, pues, difícil al marinero, vigoroso y buen nadador, volver a aquel, llevando a mistress Branican. Desgraciadamente, en el momento en que la asió por la cintura, la infeliz madre abrió los brazos, agitándose medio ahogada, y la criatura cayó al fondo.

Cuando mistress Branican fue subida a bordo y depositada sobre el puente, había perdido el conocimiento.

De nuevo aquel valeroso marinero (un hombre de treinta años, llamado Zach Fren) se arrojó al mar, se sumergió varias veces, buceó alrededor del barco, pero fue en vano... No pudo encontrar al niño; sin duda había sido arrastrado por alguna corriente.

Entretanto, los pasajeros prestaban a mistress Branican los cuidados que su situación reclamaba. Jane, desolada, y la nodriza, enloquecida, trataban de hacerla volver en sí. El *steam-launch*, inmóvil, esperaba a Zach Fren, que renunciaba a toda esperanza de hallar al pequeño Wat.

Lentamente, Dolly empezó a recobrar sus sentidos, balbuceó el nombre de Wat, y su primera exclamación fue:

—¡Mi hijo!

Zach Fren subió por fin a bordo. No traía al niño en sus brazos...

—¡Mi hijo! —seguía gritando Dolly.

Después, irguiéndose, separó a los que la rodeaban, corrió hacia la popa, y a no detenerla, se hubiera precipitado al agua...

Fue preciso, pues, sujetarla, mientras el *steam-launch* volvía a emprender su marcha con rumbo al muelle de San Diego.

Pálido el semblante, convulsa, crispadas las manos, mistress Branican volvió a caer sobre el puente, y se quedó inmóvil.

Minutos después, el *steam-launch* llegó al desembarcadero, y mistress Branican fue conducida a casa de Jane. Len Burkner, que acababa de entrar, envió a la mulata en busca de un médico.

Éste llegó en seguida, y con grandes esfuerzos se consiguió que Dolly volviese de nuevo en sí.

Entonces, mirando con los ojos fijos, murmuró:

—¿Qué pasa...? ¿Qué ha sucedido...? ¡Ah! Ya sé...

Después se sonrió, exclamando:

—¡Es mi John...! ¡Ya vuelve...! ¡Ya vuelve a reunirse con su mujer y su hijo...! ¡John...! ¡Ahí le tenéis!

Mistress Branican había perdido la razón.

## V. Pasan tres meses

Cómo explicar el efecto que produjo en San Diego aquella doble catástrofe: ¡la muerte del niño y la locura de la madre! Se sabe cuántas simpatías gozaba en San Diego la familia Branican, y el interés que inspiraba el joven capitán del *Franklin*. Apenas habían pasado quince días desde su partida, y había perdido a su hijo... ¡Y su mujer estaba loca...! A su vuelta, en su hogar vacío, no hallaría ni las sonrisas del pequeño Wat ni las ternuras de Dolly, que ni siquiera le conocería. ¡El día en que el *Franklin* entrase en el puerto, no sería saludado por los hurras de la multitud!

Pero no debía esperarse a la vuelta de John Branican para comunicarle la horrible desgracia que acababa de caer sobre él. Míster William Andrew no podía dejar al capitán John en la ignorancia de lo que había sucedido, expuesto a que por una circunstancia fortuita supiese de una manera inopinada la espantosa catástrofe. Precisaba expedir inmediatamente un despacho a uno de sus corresponsales en Singapur. De esta manera, John conocería la terrible verdad antes de su llegada a las Indias.

Sin embargo, míster William Andrew quiso retardar el envío del despacho. Quizá Dolly no hubiese perdido irremisiblemente la razón. Quizá los cuidados de los que estaba rodeada se la hiciesen recobrar. ¿Por qué descargar sobre John aquel doble golpe, comunicándole la muerte de su hijo y la locura de su mujer, cuando aún no se sabía si aquella locura se había de curar en breve plazo?

Míster William Andrew, después de haber conversado con el matrimonio Burker, decidió suspender la ejecución de su idea hasta que se conociese el dictamen definitivo de los médicos sobre el estado mental de Dolly. Por ventura estos casos de enajenación repentina ¿no dejan concebir más esperanzas de curación que los debidos a una lenta desorganización de la vida intelectual? ¡Sí...! Y convenía esperar algunos días, o quizás algunas semanas.

En San Diego la consternación era general. Continuamente, infinidad de personas acudían a la casa de *Fleet Street* para saber noticias de mistress

Branican. Entretanto, se habían hecho minuciosas pesquisas en la bahía a fin de hallar el cuerpo del niño, pero sin obtener resultado alguno. Probablemente había sido arrastrado por las olas en la marea baja. ¡Pobre niño, que ni aun tendría una tumba adonde fuese a rezar su madre... si recobraba la razón!

Los médicos hicieron constar, en primer lugar, que la locura de mistress Branican presentaba los caracteres de una melancolía tranquila. Nada de crisis nerviosas, ni de ataques violentos, que obligan a encerrar a esta clase de enfermos impidiéndoles todo movimiento. Por lo que no pareció necesario adoptar precauciones contra los excesos a los que tan frecuentemente se entregan los alienados, ya sea contra los demás o contra ellos mismos. Dolly no era más que un cuerpo sin alma, una inteligencia en la que no había quedado huella alguna de la horrible desgracia. Tenía los ojos secos, la mirada apagada. Parecía no ver ni oír. No estaba en el mundo. Sólo vivía la vida de la materia.

Tal fue el estado de mistress Branican durante el primer mes que siguió al funesto accidente. Se había tratado la cuestión de si sería conveniente llevarla a una casa de dementes, donde se le prestasen los cuidados más especiales. Ésta fue la opinión de míster William Andrew, y se hubiera seguido su consejo de no haber mediado Len Burker con una idea que modificó aquella determinación.

Un día, Len Burker fue a visitar a míster William Andrew a su oficina, y le dijo:

—Ahora ya tenemos la certeza de que la locura de Dolly no ofrece peligro para que sea preciso encerrarla en un manicomio; y puesto que no tiene más familia que nosotros, deseamos que quede encomendada a nuestro cuidado. Dolly quería mucho a mi mujer, y ¡quién sabe si la intervención de Jane será más eficaz que la de gente extraña! Si llegaran a presentarse crisis, ya habría tiempo para prevenirlas y adoptar las medidas más convenientes. ¿Qué pensáis de esto, señor Andrew?

El honrado armador no respondió sin cierta vacilación, porque no experimentaba gran simpatía por Len Burker, por más que él no supiese nada de la comprometida situación en que este se encontraba, ni sospechase de su honradez. Mas, como Dolly no tenía otra pariente que Jane y esta le profesaba un cariño sincero, lo más acertado era confiar la enferma a sus cuidados para que la desgraciada pudiese estar constante y

cariñosamente rodeada de las atenciones que su estado requería.

—Puesto que queréis asumir esta carga —respondió míster William Andrew—, yo no veo inconveniente, señor Burkner, en que Dolly sea confiada a su prima, cuyo desinterés no puede ponerse en duda...

—¡Desinterés que no le faltará jamás! —añadió Len Burkner.

Pero lo dijo con tono frío y grosero, con aquel acento desagradable del que no podía desprenderse.

—Apruebo vuestro propósito —repuso míster William Andrew—. Sin embargo, permitidme una observación: pienso que tal vez en vuestra casa de *Fleet Street*, en el barrio ruidoso del comercio, la pobre Dolly no se encontrará en condiciones favorables para su restablecimiento. Porque lo que ella necesita es tranquilidad, aire puro...

—Tanto es así —repuso Len Burkner—, que nuestra intención es llevarla a *Prospect-House*, yéndonos a vivir con ella. El chalé le es familiar, y la vista de los objetos a los que estaba acostumbrada podrá ejercer una saludable influencia en su ánimo. Allí estará a cubierto de importunidades... Tiene el campo tras la puerta... Jane la llevará de paseo por aquellos alrededores que ella conoce y por donde iba con su hijo... Lo que propongo, ¿no lo aprobaría el mismo John en nuestro caso? ¿No sería muy triste para él encontrarse a su vuelta con que su mujer estaba en un hospital, entregada a manos mercenarias...? Señor Andrew, no hay más remedio que apurar cuantos recursos estén a nuestro alcance para mejorar el estado de la infortunada paciente.

Aquellas palabras parecían dictadas por los más nobles sentimientos, y, sin embargo, no inspiraban gran confianza.

No obstante, su proposición, en las condiciones que la presentaba, debía ser aceptada, y míster William Andrew no pudo hacer otra cosa que agradecerla, añadiendo que el capitán John le estaría profundamente reconocido por ello.

El día 27 de abril, mistress Branican fue conducida a *Prospect-House*, donde se instalaron, el mismo día. Jane y Len Burkner. Aquella determinación fue aprobada por todos.

Fáciles son de adivinar los móviles a los que obedecía la conducta de Len Burker. El mismo día en que ocurrió la catástrofe, se recordará que Len Burker quería hablar con Dolly de cierto asunto. Proponíase pedirle cierta cantidad de dinero. Pero, después de aquel día, la situación había cambiado. Era probable que Len Burker se encargase de los intereses de su pariente, quizás en calidad de tutor, y ya en funciones, encontraría medios, ilícitos sin duda alguna, pero que le permitieran ganar tiempo. Esto lo había presentido Jane; y si bien podía considerarse feliz en poder consagrarse por completo a Dolly, temblaba al sospechar los proyectos que su marido trataba de ocultar bajo pretexto de sentimientos humanitarios.

La existencia fue, pues, organizada en aquellas nuevas condiciones en *Prospect-House*. Dolly se instaló en la misma habitación, de la que había salido poco antes para recibir tan espantoso golpe. Ya no entraba allí la madre, entraba una pobre loca. Aquel chalé tan querido, aquel salón, donde algunas fotografías recordaban al ausente, aquel jardín, en el que los dos habían pasado días tan felices, nada le decían del pasado. Jane ocupaba el cuarto contiguo al de mistress Branican, y Len Burker había hecho suya la sala de la planta baja, que servía de gabinete al capitán John.

Desde aquel día, Len Burker volvió a sus ocupaciones habituales. Todas las mañanas bajaba a San Diego, a su oficina de *Fleet Street*, donde continuaba sus manejos. Pero pudo observarse que nunca dejó de volver por la noche a *Prospect-House*, y no hizo más que cortas ausencias fuera de la ciudad.

No hay que decir que la mulata había seguido a su amo a la nueva morada, en la que pensaba continuar siendo lo que siempre había sido, una persona despreciable con cuya devoción podía contar absolutamente. La nodriza del pequeño Wat fue despedida, aunque ella ofreciera dedicarse al servicio de mistress Branican. En cuanto a la criada, quedaba provisionalmente en el chalé para ayudar a Nô, que sola no hubiera bastado para las necesidades de la casa.

Por lo demás, no había nadie como Jane para los cuidados cariñosos y asiduos que exigía el estado de Dolly. Su cariño había aumentado, si esto era posible, desde la muerte del niño, de la que se acusaba haber sido la primera causa. Si ella no hubiera ido a ver a Dolly a *Prospect-House*, si no le hubiese sugerido la idea de visitar al capitán del *Boundary*, el niño

estaría aún al lado de su madre, consolándola en las largas horas de ausencia... ¡y Dolly no habría perdido la razón!

Sin duda, entraba en los propósitos de Len Burker que los cuidados de Jane parecieran suficientes a los que se interesaban por la situación de mistress Branican. Así, mister William Andrew reconoció que la pobre mujer no podía estar en mejores manos. En el curso de sus visitas observaba, sobre todo, si el estado de Dolly tenía alguna tendencia a mejorar, con la esperanza de que el primer mensaje dirigido al capitán John a Singapur o a las Indias no le anunciara una doble desgracia: su hijo muerto..., su mujer... ¿Acaso no estaba también como muerta? ¡Pues bien, no! Él no podía creer que Dolly, en la fuerza de la juventud, cuyo espíritu era tan elevado, cuyo carácter era tan enérgico, hubiera sufrido un golpe mortal en su inteligencia. ¿No podía tratarse solamente de un fuego oculto por la ceniza? ¿No era posible que reviviese algún día...? Sin embargo, ya habían transcurrido cinco semanas y ningún relámpago de razón había disipado aún aquellas tinieblas. Ante una locura tranquila, reservada, lánguida, no turbada por la excitación psicológica, los médicos no parecían abrigar la más leve esperanza, y no tardaron en suspender sus visitas. El mismo mister William Andrew, perdiendo la esperanza por la curación, iba con menos frecuencia a *Prospect-House*, porque le era penoso estar en presencia de aquella desgraciada, tan indiferente e inconsciente a la vez.

Cuando Len Burker tenía que pasar el día fuera de su casa, la mulata recibía orden de vigilar muy de cerca a mistress Branican. Sin entorpecer en nada los cuidados de Jane, casi nunca la dejaba sola, y refería fielmente a su amo todo lo que había observado en el estado de Dolly. Sobre todo se las ingeniaba muy bien para despedir a algunas personas que todavía iban al chalé para tener noticias.

«Los médicos lo habían prohibido —decía ella...— Necesitaba absoluta tranquilidad... Aquellos desórdenes podían provocarle crisis muy graves...». La misma mistress Burker daba la razón a Nô cuando alejaba a los visitantes como inoportunos, que nada tenían que hacer allí. Así es que mistress Branican se hallaba completamente aislada.

«¡Pobre Dolly! —pensaba Jane—, si su estado empeorase, si su locura se volviese furiosa, si se entregase a excesos..., se la llevarían..., la encerrarían en un sanatorio..., quizás ya no la vería... ¡No! ¡Dios haga que me la dejen...! ¿Quién podría atenderla con mayor cariño que yo?».

Durante la tercera semana de mayo, Jane quiso probar algunos paseos alrededor del chalé, pensando que su prima experimentaría algún bien en ello. Len Burker no se opuso, pero bajo la condición de que las acompañara Nô, como medida de prudencia. «El paseo, al aire libre, añadió, puede determinar un cambio en Dolly, hacer nacer en su espíritu la idea de la fuga, y Jane no tendría la fuerza suficiente para impedirlo». Todo se podía temer de una loca, quizá incluso que atentara contra sí misma... No había que exponerse a otra desgracia.

Muchas veces, mistress Branican salía, pues, apoyada en el brazo de Jane. Se dejaba llevar como un ser pasivo, sin demostrar interés por nada.

Al principio de estos paseos no se produjo incidente alguno. Pero la mulata observó que el carácter de Dolly mostraba cierta tendencia a modificarse. Su calma habitual era reemplazada por una visible exaltación, que podía tener fatales consecuencias. Muchas veces la vista de los niños le producía una crisis nerviosa. ¿Sería esto el recuerdo de lo que había perdido...? ¿Volvía a ocupar su pensamiento el pequeño Wat? Fuese lo que fuese, aun suponiendo aquello como un síntoma favorable, era seguido de una agitación cerebral de inquietante naturaleza.

Un día, mistress Burker y la mulata fueron con mistress Branican a la cumbre de Knob-Hill. Dolly se volvió hacia el horizonte del mar, pero parecía que su alma estaba vacía de ideas, como sus ojos estaban vacíos de miradas.

De pronto, su semblante se animó, un ligero temblor agitó su cuerpo, en su mirada dibujóse un resplandor singular, y, con mano trémula, señaló hacia un punto que brillaba en altamar.

—¡Allí...! ¡Allí! —exclamó.

Era una vela que se destacaba en el azul del cielo, con su blancura iluminada por los rayos del sol.

—¡Allí...! ¡Allí! —repitió Dolly.

Y su voz, profundamente alterada, no parecía pertenecer a una criatura humana.

Mientras Jane la miraba con espanto, la mulata movía la cabeza en señal



de descontento. Después cogió a la enferma por el brazo, y le dijo:

—¡Venid... venid...!

Dolly no la oía.

—¡Ven, querida Dolly, ven! —dijo Jane.

Y trataba de llevársela, de desviar sus miradas de la vela que se dibujaba en el horizonte.

Dolly se resistía.

—¡No... no! —exclamó.

Y rechazó a la mulata con una fuerza de la que jamás se la hubiese creído capaz.

Mistress Burker y Nô se mostraron muy inquietas. Acaso temían que se les escapase. Irresistiblemente atraída por aquella inquietante visión, en la que dominaba el recuerdo de John, ¿no podría lanzarse por las pendientes de Knob-Hill y precipitarse a la playa?

Pero, súbitamente, aquella excitación cesó. El sol acababa de ocultarse tras una nube, y la vela ya no aparecía brillando en la superficie del inmenso océano.

Dolly se quedó inerte, con el brazo caído, la mirada apagada, sin conciencia de su estado. Los suspiros comprimidos que convulsivamente levantaban su pecho habían cesado, como si la vida hubiese desaparecido de allí. Entonces Jane la cogió de la mano; ella se dejó llevar sin resistencia, y entró tranquila en *Prospect-House*.

Desde este día, Len Burker resolvió que Dolly no pasease más que por dentro del jardín, y Jane no tuvo otro remedio que conformarse con aquella orden.

Entonces fue cuando míster William Andrew decidió avisar al capitán John, puesto que el estado mental de mistress Branican no daba esperanzas de mejoría. No era en Singapur donde debía estar ya el *Franklin*; había que dirigir el mensaje a Calcuta para que John lo recibiese a su llegada a las Indias.

Y sin embargo, aunque míster William Andrew no conservaba ya esperanza respecto a Dolly, los médicos pensaban que aún podría producirse una modificación en su estado mental, merced a una sacudida violenta; por ejemplo, que su marido apareciera ante sus ojos. Este cambio, en verdad, era la única esperanza que quedaba, y, por débil que fuese, míster William Andrew no la perdía. Así pues, en su mensaje telegráfico, después de haber suplicado a John que no desesperase, le encargaba que confiase al segundo, Harry Felton, el mando del *Franklin*, regresando lo antes posible a San Diego. A ser preciso, este excelente hombre hubiese sacrificado sus intereses más caros por intentar aquella última prueba para Dolly; también pidió al joven capitán que le contestase telegráficamente sobre el particular.

Cuando Len Burker tuvo conocimiento del referido mensaje, que míster William Andrew creyó conveniente comunicarle, lo aprobó, si bien manifestando sus temores de que la vuelta de John fuese impotente para producir un cambio del que se pudiera esperar algún saludable efecto. Pero Jane se acogió a aquella esperanza. ¡Sí! La vuelta de John podría devolver la razón a Dolly, y Len Burker prometió escribirle en dicho sentido, a fin de que no demorase su regreso a San Diego.

Durante algunas semanas, ninguna mejoría sobrevino en el estado de mistress Branican. Si la vida física no estaba absolutamente turbada en ella, si su salud no dejaba nada que desear, la alteración de su fisonomía era visible. Aunque no tenía entonces más que veintiún años, sus facciones ya estaban marchitas, el tinte sonrosado de su tez había palidecido, como si el fuego del alma se hubiese apagado. Pocas veces se la veía, si no era en el jardín del chalé, sentada en un banco o paseando con Jane, que la cuidaba con cariño y celo incansables.

En los comienzos del mes de junio, hacía dos meses y medio que el *Franklin* había zarpado de San Diego. Desde su encuentro con el *Boundary*, no habían tenido más noticias de él. Desde esta fecha, después de haber hecho escala en Singapur, salvo caso de accidentes poco probables, debía estar a punto de llegar a Calcuta. Ningún huracán excepcional se había señalado en el norte del Pacífico ni en el océano Índico, que hubiera podido ocasionar el retardo a un velero de rápida marcha.

Sin embargo, míster William Andrew no dejaba de preocuparse por la falta de noticias circunstanciadas. No comprendía que su corresponsal no le

hubiese indicado el paso del *Franklin* por Singapur. En cuanto a que no hubiese hecho escala, era imposible suponerlo, puesto que el capitán John tenía órdenes precisas en este punto. En fin, dentro de algunos días ya se sabría lo que había sucedido cuando el *Franklin* llegara a Calcuta.

Transcurrió una semana. El 15 de junio aún no se tenían noticias. Entonces se expidió un comunicado al corresponsal de la casa Andrew, pidiendo respuesta inmediata acerca de John Branican y del *Franklin*.

Dos días después llegó la contestación.

En Calcuta no se sabía nada del *Franklin*. La goleta americana no había sido encontrada, hasta aquella fecha, ni en el océano Índico ni en el golfo de Bengala.

La sorpresa de míster William Andrew se trocó en inquietud, y, como es casi imposible guardar el secreto de un telegrama, se esparció el rumor de que el *Franklin* no había llegado aún ni a Calcuta ni a Singapur.

¿Iba a caer otra desgracia sobre la familia Branican, desgracia que alcanzaría también a las familias de San Diego que tenían individuos en la tripulación del *Franklin*?

Len Burker experimentó alguna impresión con aquellas noticias alarmantes. Sin embargo, nunca había demostrado gran cariño hacia el capitán John, y no era hombre capaz de afligirse por las desgracias ajenas, ni aun tratándose de individuos de su propia familia. Como quiera que fuese, desde el día en que se pudo temer seriamente por la suerte del *Franklin*, parecía más sombrío, más receloso, más reservado para todo, aun para sus negocios. No se le veía más que de cuando en cuando en las calles de San Diego y en su oficina de *Fleet Street*; parecía querer quedarse encerrado en *Prospect-House*.

En cuanto a Jane, su cara pálida, sus ojos enrojecidos por las lágrimas, su fisonomía profundamente abatida revelaban que entonces debía de estar pasando por terribles pruebas.

Poco después de esto se operó un cambio en el personal del chalé. Sin motivo aparente, Len Burker despidió a la sirvienta que había conservado para ayudar a Nô, y cuyo servicio no daba lugar a queja alguna.

Quedó, pues, solamente la mulata encargada de los manejos de la casa. A excepción de Jane y de ella, nadie volvió a estar junto a mistress Branican. Mister William Andrew, que se encontraba muy quebrantado de salud por aquellos reveses de fortuna, suspendió sus visitas a *Prospect-House*. Además, ante la pérdida casi probable del *Franklin*, ¿qué hubiera podido decir o hacer? Sabía también que, después de sus anteriores visitas, Dolly había recobrado toda su calma, y que las crisis nerviosas habían desaparecido. Vivía aún, más bien vegetaba, en un estado de inconsciencia tranquila, que era el carácter propio de su locura, y su salud no exigía cuidados más especiales.

A fines de junio, mister William Andrew recibió un segundo mensaje de Calcuta. Las correspondencias marítimas no indicaban el *Franklin* en ninguno de los puntos que debía tocar: Filipinas, las Célebes, el mar de Java y el océano índico. Y como aquel barco hacía ya tres meses que había salido de San Diego, era de suponer que se había perdido por completo, por colisión o por naufragio, antes de llegar a Singapur.

## **VI. El final de un año triste**

Aquella serie de graves acontecimientos, de los cuales acababa de ser víctima la familia Branican, colocaba a Len Burkner en un estado sobre el que debe fijarse la atención muy especialmente.

No se habrá olvidado que la situación pecuniaria de mistress Branican era demasiado modesta, aunque ella debía ser la única heredera de su tío Edward Starter. Siempre retirado en su vasta posesión forestal, relegado, por así decirlo, en la parte más infranqueable del estado de Tennessee, aquel ente original no daba nunca noticias de su vida. Como no tenía entonces más que cincuenta y nueve años, su fortuna podía hacerse esperar mucho tiempo.

Quizá el mismo Edward Starter hubiese revocado sus disposiciones testamentarias de haber sabido que su única pariente, mistress Branican, había perdido la razón después de la muerte de su hijo. Pero ignoraba aquella doble desgracia, y no era cosa de extrañar, puesto que había rehusado toda correspondencia. Evidentemente, Len Burkner hubiera podido violar aquella prohibición como consecuencia de los cambios que habían sobrevenido en la existencia de Dolly, y la misma Jane le había dejado comprender que su deber exigía que avisase a Edward Starter; pero imponiendo silencio a su mujer, se guardó muy bien de seguir su ejemplo.

Su propio interés le decía que se abstuviera, y entre su interés y su deber, no era hombre que dudara un instante. Sus negocios cada día tomaban un giro más difícil para que dejase escapar la fortuna que acaso le reservaba el porvenir.

Efectivamente, la situación era muy sencilla: si mistress Branican moría sin dejar sucesión, su prima Jane sería su única heredera. Por eso, desde la muerte del pequeño Wat, Len Burkner había comprendido que se acrecentaban los derechos de su mujer, es decir, los suyos, en la herencia de Edward Starter.

Y, en realidad, los sucesos venían preparándose para que algún día pasase a él aquella enorme herencia. No solamente había muerto el hijo, y la madre estaba loca, sino que, después del dictamen de los médicos, sólo la vuelta del capitán John hubiera podido modificar su estado mental.

Y precisamente, la suerte del *Franklin* inspiraba las más vivas inquietudes. Si continuaba la falta de noticias algunas semanas, si John Branican no había sido encontrado en el mar por otros barcos, si la Casa Andrew ignoraba que su embarcación hubiese arribado a puerto alguno, era que el *Franklin* y su tripulación no volverían nunca a San Diego. Entonces no quedaría más que Dolly, privada de razón, entre la fortuna que debía de llegarle y Len Burker. Y aguijoneado por su desesperada situación, ¿qué no intentaría aquel hombre sin conciencia cuando la muerte de Edward Starter hubiese puesto a Dolly en posesión de su cuantiosa herencia?

Mas, evidentemente, mistress Branican no podía heredar si no sobrevivía a su tío. Len Burker tenía, pues, interés en que la existencia de Dolly se prolongase hasta el día en que el caudal de Edward Starter hubiese pasado a su poder. Tan sólo dos eventualidades podían desbaratar sus planes: o la muerte próxima de mistress Branican, o la vuelta del capitán John, caso de que, habiendo naufragado en alguna isla desconocida, llegase a repatriarse. Pero esto último era, cuando menos, muy dudoso, debiendo considerarse como segura la pérdida total del *Franklin*.

Tal era la situación de Len Burker, tal era el porvenir que vislumbraba, y esto precisamente en el momento en que sus apuros eran mayores. Si la justicia llegaba a intervenir en sus negocios, hubiera tenido que responder de notorios abusos de confianza. Parte de los fondos que le habían sido confiados por imprudentes, o que él se había agenciado con ilegales manejos, habían desaparecido de su caja. Acabarían por presentarse reclamaciones, por más que con el dinero de unos amortizase las deudas de otros. Aquel estado de cosas no podía durar. La ruina se aproximaba, peor que la ruina, la deshonra, y, sobre todo, lo que mayor mella hacía en un hombre como aquel, su procesamiento bajo las más graves acusaciones.

Mistress Burker sospechaba, sin duda, que el estado de los negocios de su esposo estaba muy comprometido, pero no creía que llegase el caso de que la justicia interviniese en el asunto. Hasta entonces, las consecuencias no se dejaban sentir mucho en el chalé de *Prospect-House*.

Cuando Dolly fue atacada de enajenación mental, hubo que pensar en nombrarle un curador. Len Burkner era muy indicado para desempeñar este cargo, en razón de ser pariente de mistress Branican, y tendría, por lo tanto, la administración de su fortuna. El dinero que el capitán John había dejado para ayudar a las necesidades de la casa se hallaba a su disposición, y lo había empleado en sus necesidades personales.

Era poca cosa, en suma, pues el viaje del *Franklin* no debía durar más que cinco o seis meses, pero la dote que había aportado Dolly al matrimonio, aunque no pasaba de unos dos o tres mil dólares, podría emplearla en contentar a los impacientes, y con ello ir ganando tiempo, que era lo esencial.

Así pues, aquel malvado no vaciló en abusar de su cargo de curador. Malversó los fondos que constituían el haber de su pupila y pariente. Merced a estos medios ilícitos, pudo obtener una tregua para lanzarse a nuevos negocios. Puesto ya sobre la ruta que conduce al crimen, si era preciso, Len Burkner no retrocedería; llegaría hasta el fin.

Por otra parte, el retomo del capitán John le inspiraba menos temor cada vez. El tiempo pasaba, y la casa Andrew no recibía noticias del *Franklin*, cuyo paradero se ignoraba desde hacía seis meses. Transcurrieron agosto y septiembre. Ni en Calcuta ni en Singapur se sabía nada del barco americano. Ahora se consideraba definitivamente como perdido: era un duelo general para San Diego. ¿Cómo había perecido? Allí abajo, las opiniones no variaban gran cosa, si bien todo eran conjeturas. En efecto, desde la partida del *Franklin* muchos otros buques habían zarpado con igual rumbo, y como no habían hallado de él huella alguna, había motivo para establecer esta hipótesis, muy verosímil: el *Franklin*, atrapado por uno de esos formidables huracanes, una de esas irresistibles trombas que se dejan sentir en el mar de las Célebes o en el de Java, había perecido por completo. Nadie sobreviviría a aquel desastre.

El 15 de octubre de 1875 hacía ya siete meses que el *Franklin* había zarpado, y todo hacía creer que no volvería más.

Era tal la convicción en la ciudad, que se abrieron suscripciones a beneficio de las familias de las víctimas de la catástrofe. Toda la tripulación del *Franklin*, oficiales y marineros, pertenecía al puerto de San Diego, donde quedaban mujeres, niños, padres, amenazados por la miseria si no se acudía en su socorro.

La iniciativa de aquellas suscripciones la tomó, como era natural, la casa Andrew, que se suscribió por una importante suma. Por interés y por prudencia, Len Burkner quiso contribuir también a aquella obra caritativa. Las demás casas de comercio de la ciudad, los propietarios y los vendedores siguieron el ejemplo, de donde resultó que las familias de la tripulación ausente pudieron ser socorridas desahogadamente, lo que alivió un poco las consecuencias del siniestro marítimo.

Mister William Andrew consideraba, además, como un deber moral asegurar a mistress Branican la vida material, ya que estaba privada de la vida intelectual. Sabía que al partir el capitán no había dejado más que lo preciso para las necesidades de la casa, calculando que no había de prolongarse su ausencia más de seis o siete meses. Pero pensando que aquellos medios tocarían a su fin, y no queriendo que Dolly fuese una carga para sus parientes, resolvió hablar sobre este punto con Len Burkner.

El 17 de octubre por la tarde, aunque su salud no se hallaba aún restablecida por completo, el digno armador tomó el camino de *Prospect-House* y, después de haber subido al barrio alto de la ciudad, llegó ante el chalé.

Al exterior no había cambiado nada, excepto que las persianas, tanto de la planta baja como del primer piso, se hallaban herméticamente cerradas. Se hubiera creído que era una casa deshabitada, silenciosa, llena de misterio.

Mister William Andrew llamó a la puerta. Nadie contestó. Parecía que nadie había notado su llegada.

¿Sería que en aquel momento no había nadie en *Prospect-House*?

Mister William Andrew volvió a tocar la campanilla, a cuyo sonido siguió el ruido de una puerta lateral que se abría.

En el umbral apareció la mulata, que en cuanto reconoció a mister William Andrew, no pudo reprimir un gesto de disgusto, que pasó inadvertido para este.

Sin embargo, no se adelantó, y antes de que abriese la puerta mister William Andrew le preguntó desde la verja:



—¿No está mistress Branican?

—No... señor Andrew... —respondió Nô, con una singular vacilación, en la que se mezclaba el miedo.

—¿Dónde ha ido...? —dijo mister William Andrew.

—Está de paseo con mistress Burker.

—¡Ah! Yo creía que había renunciado a aquellos paseos que la sobreexcitaban y le ocasionaban crisis...

—Sí, claro... —respondió Nô—. Pero es que desde hace algunos días... mistress Branican ha reemprendido los paseos... parece que le son provechosos...

—Siento que no me lo hayan prevenido. ¿El señor Burker está aquí?

—No sé...

—Tened la bondad de cercioraros, y, si está, decidle que deseo hablarle.

Antes que la mulata respondiese —y quizás se hubiese visto muy apurada para responder—, se abrió la puerta de la planta baja. Len Burker apareció en la escalinata, atravesó el jardín y se adelantó diciendo:

—Tomaos la molestia de entrar, señor Andrew. Dolly ha salido con Jane.

Len no dijo esto con el tono seco que le era peculiar, sino con voz ligeramente turbada.

Como, después de todo, mister William Andrew había ido allí exclusivamente para ver a Len Burker, atravesó la puerta de entrada. Después, sin aceptar el ofrecimiento que le hizo de pasar al salón de la planta baja, se sentó sobre uno de los bancos del jardín.

Len Burker, tomando entonces la palabra, confirmó lo que la mulata había dicho; hacía algunos días que mistress Branican había reemprendido sus paseos por los alrededores de *Prospect-House*, lo que parecía irle muy bien para su salud.

—¿Y volverá pronto? —preguntó mister Andrew.

—No creo que Jane la traiga hasta la hora de comer —respondió Burker.

El armador pareció muy contrariado, porque necesitaba estar en su casa de comercio a la hora del correo. Además, Len Burker no le ofreció tampoco que esperase allí la vuelta de mistress Branican.

—¿Y habéis notado alguna mejoría en Dolly? —preguntó.

—No, desgraciadamente, señor Andrew. Es de temer que se trate de una locura totalmente incurable.

—¡Quién sabe, señor Burker! Lo que parece imposible para los hombres, es posible para Dios.

Len Burker movió la cabeza como hombre que no cree gran cosa en la intervención divina en los asuntos de este mundo.

—Lo más lamentable —dijo míster William Andrew—, es que acaso no podemos contar con la vuelta del capitán John, teniendo que renunciar, por lo tanto, a la influencia que podía haber ejercido su presencia en la pobre Dolly. Ya sabréis, señor Burker, que hemos renunciado a toda esperanza de que vuelva el *Franklin*...

—Lo sé, señor Andrew, y es una desgracia más añadida a tantas otras. Y sin embargo, a menos que la Providencia no se mezcle en el asunto —y dijo esto con una ironía poco oportuna—, el capitán puede volver.

—Hace ya siete meses que se carece de noticias del *Franklin* —observó míster William Andrew—, y cuando yo no he podido averiguar nada...

—Pues nada prueba que el *Franklin* haya ido a pique —repuso Len Burker—. Quizá haya tropezado con alguno de los muchos escollos de los mares que ha debido cruzar. ¿Quién sabe si John y sus marineros se han refugiado en alguna isla desierta...? Y si esto fuese así, aquellos hombres, fuertes y atrevidos, ya trabajarán para repatriarse... ¿No pueden, acaso, construir un barco con los despojos del suyo...? ¿No pueden haber sido vistas sus señales por algún buque que pasase cerca de la isla...? Evidentemente, hay que esperar cierto tiempo para que todas estas eventualidades se produzcan. ¡No...! Yo no desespero por la vuelta de John... si no dentro de algunas semanas... de algunos meses... Hay muchos casos de naufragos a quienes se creía perdidos... ¡y luego han

vuelto al puerto!

Len Burker había hablado esta vez con una volubilidad que no era habitual en él. Su fisonomía, tan impasible, se había animado. Parecía que, hablando de esta manera, haciendo valer razones más o menos especiosas respecto de naufragios, no era a míster William Andrew a quien respondía, sino a sí mismo, a sus propias incertidumbres, al temor que sentía de ver aparecer en alta mar, si no el *Franklin*, a John y su gente a bordo de otro barco. Esto hubiera sido el desengaño más grande de su vida, un golpe terrible para su planes.

—Sí, sí —respondió entonces míster William Andrew—, ya lo sé... existen casos de salvamentos casi milagrosos... Todo lo que habéis dicho lo he pensado muchas veces... ¡Pero no puedo conservar esperanza alguna! Como quiera que sea, y de esto he venido a hablaros, deseo que Dolly no siga siendo para vos una carga...

—¡Oh, señor Andrew!

—No, señor Burker, y me permitiréis que los honorarios del capitán John queden a disposición de su mujer, mientras viva...

—Os lo agradezco en nombre de ella —respondió Len Burker—. Esa generosidad...

—No creo hacer más que cumplir con un deber —repuso míster William Andrew—. Y como supongo que el dinero dejado por John a su partida debe de haber sido gastado en su mayor parte...

—Indudablemente, señor Andrew —respondió Len Burker—, pero Dolly no está sin familia, y también nosotros tenemos la obligación de ayudarla... aunque sólo sea por cariño...

—Sí... sé que podemos contar con el desinterés de mistress Burker. Sin embargo, dejadme asegurar de alguna manera el porvenir de la esposa de John, quizás ya de su viuda..., por más que esté seguro de que a vuestro lado no ha de faltarle nada.

—Hágase a vuestro gusto, señor Andrew.

—Os he traído, pues, señor Burker, el sueldo devengado por el capitán John desde la partida del *Franklin*, y, en vuestra calidad de tutor, cobraréis

en mi caja, todos los meses, los respectivos honorarios.

—Puesto que lo deseáis... —respondió Len Burker.

—Si queréis ahora entregarme un recibo de la suma que os traigo...

—Con mucho gusto, señor Andrew.

Len Burker pasó a su despacho con el objeto de extender el recibo.

Cuando volvió al jardín, míster William Andrew, contrariado de no haber visto a Dolly y no poderla aguardar más tiempo, le hizo presente su agradecimiento por el interés que, tanto él como Jane, demostraban por su infortunada pariente, quedando acordado que, a la menor novedad que ocurriese en el estado de Dolly, Len Burker avisaría al señor Andrew. Con esto se despidió el último, siendo acompañado por el primero hasta la puerta. Detúvose en esta un momento con la esperanza de ver regresar a Dolly a *Prospect-House* en compañía de Jane, y después se alejó con dirección a San Diego.

Entonces Len Burker llamó a la mulata, y le dijo:

—¿Sabe Jane que el señor Andrew acaba de presentarse en el chalé?

—Probablemente, Len. Le ha visto llegar y marcharse.

—Si volviese por aquí, y supongo que en algún tiempo no vendrá, es preciso que Jane no le vea... ¡y sobre todo Dolly...! ¿Oyes, Nô?

—Yo vigilaré, Len.

—Y si Jane insiste...

—¡Oh! —exclamó Nô—. Si tú ordenas una cosa, Jane no tratará de oponerse a tu voluntad.

—Bueno, ¡pero es preciso evitar sorpresas...! Podrían encontrarse por una casualidad, y entonces... entonces todo estaría perdido.

—Cuenta conmigo, Len, y no temas nada. ¡Nadie entrará en *Prospect-House*... en tanto que no nos convenga!

Y en efecto, en los dos meses siguientes nadie franqueó los umbrales de

la casa. Jane y Dolly no salían ni aun al pequeño jardín. No se las veía ni en él ni asomadas a las ventanas del primer piso, que permanecieron cerradas. Respecto a la mulata, no salía más que cuando las necesidades de la casa lo exigían, y en este caso por el menor tiempo posible, y nunca en ausencia de Len Burkner, a fin de que Dolly y Jane no quedasen solas. También pudo observarse que, durante los últimos meses del año, Len Burkner no fue, sino muy raras veces, a su oficina de *Fleet Street*, e incluso pasaron semanas que no apareció por allí, como si quisiese abandonar sus actuales negocios por otros que le ofrecían más porvenir.

En estas condiciones acabó aquel año de 1875, tan funesto para la familia de John. Este perdido en medio del océano, Dolly privada de razón, y su tierno hijo ahogado en las profundidades de la bahía de San Diego.

## VII. Diversos acontecimientos

No hubo ninguna noticia referente al *Franklin* durante los primeros meses de 1876. Ningún indicio de su paso por los mares de Filipinas, las Célebes o Java, como tampoco por los parajes de la Australia septentrional. Por otra parte, no se podía admitir la hipótesis de que el capitán John se hubiera aventurado atravesando el estrecho de Torres. Únicamente al norte de las islas de la Sonda, y a treinta millas de Batavia, una goleta federal había encontrado y llevado a San Diego un pedazo de estrave, suponiendo que pertenecía al *Franklin*. Mas, examinado detenidamente, se demostró de un modo palmario que aquel fragmento era de una madera más vieja que los materiales empleados para la construcción del referido buque.

Por otra parte, este fragmento no hubiera podido ser encontrado más que en dos casos: que el *Franklin* hubiera chocado contra algún escollo, o que hubiera sido abordado en altamar, y, en este último caso, era imposible que no se hubiera sabido algo, a menos de suponer que los dos buques hubieran naufragado después del abordaje. Era preciso desechar esta hipótesis, puesto que desde hacía diez meses no se tenía ninguna noticia de la desaparición de algún barco. Tampoco era verosímil la suposición de un naufragio en la costa. La opinión general suponía que el *Franklin* había perecido víctima de uno de esos tornados propios de los parajes de Malasia, y a los que ningún buque resiste.

Así es que, transcurrido un año de la desaparición del *Franklin*, fue definitivamente clasificado entre los buques perdidos, o supuestamente perdidos, que figuran en gran número en los anales de los siniestros marítimos.

El invierno de 1875-1876 había sido excesivamente riguroso hasta en la feliz región de la Baja California, donde el clima es generalmente templado. Con los fríos excesivos, que persistieron hasta fines de febrero, nadie se extrañó de que mistress Branican no hubiese salido de *Prospect-House* ni aun para tomar el aire en el jardín.

Sin embargo, de haberse prolongado aquella reclusión hubiera concluido por excitar las sospechas de la vecindad, por más que todos supusieran que la causa de esta reclusión era la de que Dolly hubiera sufrido alguna agravación en su enfermedad, y que de ningún modo considerasen a aquella como efecto del interés que Len Burkner tenía en sustraerla a las miradas de la gente. Así que nadie pensó en un secuestro. En lo que se refiere a mister William Andrew, se había visto obligado a permanecer en su casa durante gran parte del invierno, por más que, impaciente por conocer el estado de Dolly, se proponía visitarla en *Prospect-House* tan pronto como le fuera posible.

Desde los primeros días de marzo, mistress Branican volvió a sus paseos por los alrededores de *Prospect-House*, acompañada de Jane y la mulata. Algún tiempo después, y en una visita que mister William Andrew hizo a la joven, pudo apreciar que la salud de esta no inspiraba alguna inquietud. Físicamente, su estado era lo más satisfactorio posible. Pero moralmente no se notaba en ella mejoría de ninguna clase: inconsciencia, falta de memoria y de inteligencia, siempre eran estos los caracteres de aquella degeneración mental. En los paseos que podían evocar sus recuerdos, en presencia de los niños que encontraba en su camino, a la vista del mar, en cuyo horizonte se dibujaban velas lejanas, mistress Branican no experimentaba la emoción que en otros tiempos la hubiera turbado profundamente. Ya no trataba de huir, no habiendo, por lo tanto, peligro en dejarla sola con Jane. Toda idea de resistencia, todo conato de reacción se habían extinguido; vivía en la más completa indiferencia. Cuando mister William Andrew la volvió a ver, comprendió que aquella locura era incurable.

Por aquella época, la situación de Len Burkner estaba cada vez más comprometida. El patrimonio de mistress Branican, de cuyo depósito había abusado, fue insuficiente para llenar el abismo abierto bajo sus pies, y la lucha en la que se obstinaba iba a tener fin con sus últimos recursos. Tal vez dentro de algunos meses, quizás de algunas semanas, estaría bajo la acción de persecuciones judiciales, cuyas consecuencias no podría evitar más que abandonando San Diego.

Una sola circunstancia podría salvarle, y no era de esperar, a menos con oportunidad. Si mistress Branican vivía, su tío Edward Starter también vivía, gozando de una perfecta salud. Aunque no sin grandes precauciones, con el objeto de evitar que Starter se enterase de ello, Len

Burker había conseguido tener noticias de aquel yanqui, encerrado en el fondo de sus tierras de Tennessee.

Robusto y vigoroso, en la plenitud de sus facultades morales y físicas, dado que apenas tenía los sesenta años, Starter pasaba su existencia al aire libre, en medio de las praderas y los bosques de aquel inmenso territorio, empleando su actividad en partidas de caza, que allí abundaba, y en excursiones de pesca en los numerosos ríos que cruzan aquella comarca, corriendo sin cesar a pie o a caballo, y administrando por sí mismo y sólo por sí mismo sus vastos dominios. Decididamente, era uno de esos rudos campesinos del norte de América que mueren centenarios y que conservan hasta la hora de su muerte la plenitud de sus fuerzas físicas.

No había, pues, que contar en un breve plazo con aquella herencia, siendo muy probable que el tío sobreviviese a la sobrina.

Por lo tanto, las esperanzas de Len Burker se disipaban, presentándose ante este la catástrofe que sólo la muerte de Starter podía detener.

Dos meses transcurrieron, dos meses durante los cuales su situación fue de mal en peor. Rumores poco tranquilizadores empezaron a correr acerca de él, no sólo por San Diego, sino por fuera de la ciudad. Fue amenazado por sus acreedores, que se veían defraudados. Por primera vez, míster William Andrew tuvo conocimiento de este estado de cosas, y muy inquieto por la situación de mistress Branican, adoptó la resolución de obligar al tutor de esta a rendirle cuentas, y en caso preciso pensaba depositar los intereses de mistress Branican en otra persona más digna de confianza. Respecto a Jane Burker, profundamente entregada a su prima, Andrew no tenía nada que reprocharle.

Ya en esta época, Burker había disipado las dos terceras partes de la fortuna de Dolly, sin que le quedase de aquella más que dos mil quinientos dólares.

Y en medio de las reclamaciones que le presionaban por todas partes, dos mil quinientos dólares eran para él como una gota de agua en la bahía de San Diego. Únicamente en el caso de que se decidiese a abandonar la ciudad, los residuos de la fortuna de mistress Branican le servirían de algo.

No tardaron en presentarse denuncias contra Len Burker, por estafa y



abuso de confianza. Expidióse contra él una orden de arresto. Mas Len Burker había desaparecido el día antes de presentarse los agentes.

Dirigiéronse estos acto seguido a *Prospect-House*, pero Len Burker había partido del chalé a media noche, obligando a su mujer a que le siguiese. Únicamente la mulata quedó al lado de mistress Branican.

En vista de esto, y con el fin de encontrar las huellas de Len Burker, se ordenaron activas pesquisas en San Diego, en San Francisco y en diversos puntos del estado de California; pero las pesquisas resultaron infructuosas.

Divulgada por San Diego la noticia de la desaparición de Len, se elevó un inmenso clamor contra el indigno agente de negocios, cuyo déficit, ya conocido, se elevaba a una suma considerable.

Aquel mismo día, 17 de mayo, el señor William Andrew, en una visita que hizo a primera hora a *Prospect-House*, pudo convencerse de que no restaba nada de los bienes pertenecientes a mistress Branican, la cual había quedado absolutamente sin recursos. Su indigno tutor no le había dejado ni aun con qué subvenir a sus primeras necesidades.

El señor William Andrew adoptó al momento el único partido que quedaba: hacer entrar a mistress Branican en un sanatorio, donde su situación estaría asegurada, y despedir a Nô, que no le inspiraba ninguna confianza.

De este modo, si Len Burker esperaba que la mulata quedara con Dolly y le tuviera al corriente de los cambios que en adelante sufriese su estado de salud o de fortuna, se había equivocado por completo.

Nô, obligada a dejar *Prospect-House*, partió aquel mismo día. Pensando que buscaría medios para reunirse con los esposos Burker, la policía vigiló a la mulata durante algún tiempo. Pero aquella mujer, muy desconfiada y astuta, logró despistar a los agentes, y desapareció a su vez, sin que pudiera saberse nada más de ella.

Entonces quedó abandonado el chalé de *Prospect-House*, donde John y Dolly habían vivido tan felices, ¡donde tantos ensueños habían forjado para la felicidad de su hijo!

Fue al sanatorio del doctor Brumley, que ya había asistido a mistress

Branican, adonde esta fue conducida por mister William Andrew. ¿Experimentaría su estado mental algún cambio con esto? En vano se esperó. Permaneció tan indiferente como había estado en *Prospect-House*. La única particularidad digna de observarse fue que en ella renacía una especie de instinto natural después del naufragio de su razón. A veces canturreaba una canción de bebé, como si quisiera hacer dormir un niño entre sus brazos. Pero el nombre del pequeño Wat no salió de sus labios.

A lo largo del año 1876 no hubo ninguna noticia de John Branican. Los pocos que aún esperaban que, si el *Franklin* no volvía, volviera su capitán y su tripulación, tuvieron que renunciar a toda esperanza. La confianza no podía resistir indefinidamente a la destructora acción del tiempo. Así que aquella eventualidad de encontrar a los naufragos fue debilitándose día a día, hasta que quedó reducida a la nada a fines de 1877, cuando hacía ya más de dieciocho meses que no se sabía nada del buque desaparecido.

Lo mismo sucedió con los esposos Burker. Las pesquisas fueron infructuosas; no se sabía en qué país se habían refugiado, en qué sitio se ocultaban, bajo un falso nombre, indudablemente.

Y, ciertamente, Len Burker hubiera tenido razón para quejarse de su mala suerte por no haber podido sostener un poco más su situación en su oficina de *Fleet Street*. Dos años después de su desaparición, se realizaba la contingencia sobre la cual había basado el edificio de sus planes; podía decirse que Len Burker había zozobrado a la vista del puerto.

A mediados del mes de junio de 1878, míster William Andrew recibió una carta dirigida a Dolly Branican. Aquella carta participaba la repentina muerte de Edward Starter. El yanqui había perecido en un accidente. Una bala, disparada por uno de sus compañeros de caza, le había atravesado el corazón, matándole en el acto.

Al abrirse su testamento, se vio que dejaba toda su fortuna a su sobrina Dolly Starter, esposa del capitán John Branican. El estado en que actualmente se hallaba su heredera no había podido cambiar su voluntad, puesto que él ignoraba que estuviese loca, como ignoraba también la desaparición del capitán John.

Ninguna de estas noticias había llegado al fondo del estado de Tennessee, en aquel inaccesible y agreste dominio donde, según la voluntad de Edward Starter, no penetraban ni cartas ni periódicos.

La fortuna del testador podía ser valuada en dos millones de dólares, en granjas, bosques, ganados y en valores comerciales de diversas clases.

Ésta era la herencia que la muerte casual de Edward Starter hacía recaer sobre su sobrina. ¡Con qué alegría hubiese celebrado San Diego aquel enriquecimiento de la familia Branican, si Dolly fuese aún esposa y madre en plena posesión de su inteligencia, si John estuviese allí para participar con ella de aquella riqueza! ¡Qué uso le hubiera dado la caritativa mujer! ¡A cuántos desgraciados hubiera socorrido! Pero no. Los intereses de aquella fortuna se acumularían sin provecho para nadie. Imposible saber si en el desconocido retiro donde se había refugiado, Len Burker tuvo conocimiento de la muerte de Edward Starter y de los bienes considerables que dejaba.

Míster William Andrew, administrador de los bienes de Dolly, adoptó la determinación de enajenar las tierras de Tennessee, las granjas, los bosques y las dehesas, que hubiesen sido difíciles de administrar a tanta distancia. Se presentaron numerosos compradores, y las ventas realizáronse en excelentes condiciones. Las sumas obtenidas, convertidas en valores bien garantizados, unidas a las que formaban parte importante de la herencia de Edward Starter, fueron depositadas en las cajas del *Consolidated National Bank* de San Diego. La pensión de mistress Branican en la casa del doctor Brumley no debía absorber más que una pequeña parte de los intereses, que se acumularían anualmente al capital, y este, con tal acumulación, acabaría por constituir una de las mayores fortunas de la Baja California.

No obstante aquel cambio de fortuna, no se trató de sacar a mistress Branican de casa del doctor Brumley. Esta casa ofrecía todo el bienestar y todos los cuidados que sus amigos podían desear. Allí quedó, pues, y allí, sin duda, concluiría su mísera y vana existencia, a la que el porvenir parecía negar toda clase de felicidad.

Por más que el tiempo pasaba, el recuerdo de los golpes que había sufrido la familia Branican, todavía estaba vivo en San Diego, y la simpatía que Dolly inspiraba era tan sincera y tan profunda como el primer día.

Comenzó el año 1879, y todos los que creían que transcurriría como los anteriores, sin traer cambio alguno en esta situación, se engañaron absolutamente.

En efecto, en los primeros meses del nuevo año, el doctor Brumley y los médicos agregados a la casa se vieron vivamente impresionados por ciertos cambios presentados en el estado mental de mistress Branican. Aquella calma desesperante, aquella apática indiferencia que mostraba por todos los detalles de la vida material se trocaban gradualmente en una agitación especial. ¿Acaso serían crisis, seguidas de una reacción, en las que la inteligencia se anonadase aún más profundamente? ¡No! Parecía que Dolly experimentaba la necesidad de volver a la vida intelectual, que su alma trataba de romper las ligaduras que le impedían explayarse por el exterior. Los niños que le presentaban obtuvieron una mirada y aun una sonrisa. No hay que olvidar que en *Prospect-House*, durante el primer período de su locura, había sentido aquellos relámpagos de instinto, desvanecidos después de la crisis. Ahora, por el contrario, estas impresiones tendían a persistir. Parecía que Dolly se hallaba como la persona que, interrogándose a sí misma, trata de buscar en su memoria lejanos recuerdos.

¿Recobraría el juicio mistress Branican? ¿Se operaba en ella una regeneración? ¿Volvería la joven a su vida moral...? ¿Quién lo sabía? Ahora que no tenía ni marido ni hijo, era de lamentar que aquella curación, aquel milagro, se manifestase, porque sería para hacerla más infeliz.

Fuese como fuese, los médicos entrevieron la posibilidad de obtener este resultado. Todo fue puesto en obra para producir, en el ánimo de mistress Branican, resultados duraderos y saludables. Creyóse conveniente sacarla de la casa del doctor Brumley y llevarla a *Prospect-House* e instalarla de nuevo en su habitación del chalé. Con esto se consiguió que tuviese conciencia de aquel cambio operado en su existencia; Dolly parecía más animada al encontrarse en nuevas condiciones.

Con los primeros días de la primavera, era entonces el mes de abril, se reemprendieron los paseos a los alrededores. Llevaron a Dolly muchas veces a la playa de la punta Island. Seguía con la vista los barcos que cruzaban por altamar, y su mano se extendía hacia el horizonte. Pero ya no trataba de escapar como antes y huir del doctor Brumley que la acompañaba. No se alteraba por el sordo rumor de las olas que cubrían la playa con su espuma. ¿Había que pensar que aquella imaginación la arrastraba al derrotero del *Franklin*, en el momento en que este abandonaba San Diego y sus altas velas desaparecían tras las alturas del acantilado...? Sí... ¡quizás...! Y sus labios, un día, murmuraron el nombre

de John.

Era evidente que la enfermedad de mistress Branican entraba en un período cuyas diversas fases debían estudiarse cuidadosamente. Poco a poco, según fue habituándose a la vida del chalé, iba reconociendo acá y allá objetos que le eran queridos. Su memoria se reconstruía en aquel medio, que por tanto tiempo había sido el suyo. Comenzaba a fijar su atención en un retrato del capitán John, colgado en una pared de su habitación. Cada día le miraba con más insistencia, y una lágrima, inconsciente aún, se escapó de sus ojos.

¡Sí! De no tener la seguridad de la pérdida del *Franklin*, si John hubiese estado a punto de volver, si apareciese de repente, quizá Dolly recobraría la razón... Pero no había que contar ya con la vuelta de John.

He aquí por qué el doctor Brumley quiso provocar en aquella desgraciada una sacudida exenta de peligro. Quería obrar antes de que aquella mejoría se disipase, antes de que cayese otra vez en aquella indiferencia que había sido la característica de su locura en los cuatro primeros años. Puesto que parecía que su alma todavía vibraba a un soplo de los recuerdos, era preciso imprimir una vibración suprema. ¡Sí! Todo antes que dejar a Dolly caer en aquel letargo parecido a la muerte.

Y este fue el consejo de mister William Andrew, que animó al doctor Brumley a intentar aquella prueba.

El día 27 de mayo fueron ambos a *Prospect-House* en busca de mistress Branican. Un carruaje que les esperaba a la puerta condujo a los tres por las calles de San Diego hasta los muelles del puerto, deteniéndose en el embarcadero. Un *steam-launch* tomaba a los pasajeros que querían ser conducidos a la punta Loma.

La intención del doctor no era la de reconstruir la escena de la catástrofe, sino la de volver a colocar a mistress Branican en la misma situación que estaba cuando fue herida tan bruscamente en su razón.

En aquel momento, la mirada de Dolly brillaba con extraordinario resplandor, encontrándose muy animada. Se operaba una especie de remoción en todo su ser.

El doctor y mister William Andrew la llevaron al *steam-launch*, y, apenas

puso el pie sobre el puente, pudo observarse bien claramente su actitud. Instintivamente fue a ocupar la esquina de la banqueta de estribor, el mismo sitio que ocupó cuando tenía al niño entre sus brazos. Luego miró al fondo de la bahía, como si sus ojos buscaran al *Boundary*.

Los pasajeros de la embarcación, que ya habían reconocido a mistress Branican, y ya advertidos por mister Andrew de lo que se trataba, experimentaron por la pobre demente una profunda emoción. Iban a ser testigos de una escena de resurrección... no de resurrección de un cuerpo, sino de un alma...

No hay para qué decir que se habían adoptado toda clase de precauciones, a fin de evitar que, en un acceso de locura, Dolly se arrojase al agua.

Ya habían atravesado cerca de media milla, sin que las miradas de Dolly se hubieran separado de la punta Loma. Cuando se separaron de este punto fue para fijarse en las maniobras de un buque mercante que a toda vela entraba en el puerto para ir a colocarse en el sitio destinado a la cuarentena.

Operóse en Dolly una brusca transformación... Levantóse del asiento, mirando al buque...

Pronto vio que no era el *Franklin*, y moviendo la cabeza exclamó:

—¡John mío...! ¡También tú volverás pronto..., y allí estaré yo para recibirte!

En seguida pareció como si investigase el fondo del agua de la bahía... ¡Acababa de reconocerla! Lanzó un grito desgarrador y, volviéndose hacia el señor Andrew:

—Señor Andrew —dijo—: ¿y él...? ¿Y mi pequeño Wat...? ¿Y el hijo de mi alma...? Allí... Allí... ¡Sí, me acuerdo bien... me acuerdo...!

Y con los ojos inundados de lágrimas, cayó de rodillas sobre el puente de la embarcación.



## VIII. Situación difícil

Al volver Dolly a la razón, podía considerarse como una muerta que había vuelto a la vida. Puesto que había resistido a aquel recuerdo funesto, aquella evocación de la escena, y aquel relámpago de su memoria no le había aterrado, ¿podía esperarse que aquella regeneración de su cerebro sería definitiva? Pero ¿no sucumbiría de nuevo su inteligencia cuando tuviera conocimiento de que desde hacía cuatro años nada se sabía del *Franklin*, al que se consideraba perdido, y que no volvería a ver jamás al capitán John...?

Dolly, alterada por la profunda emoción que acababa de experimentar, fue inmediatamente conducida a *Prospect-House*. Ni míster William Andrew ni el doctor Brumley quisieron separarse de ella, y con ayuda de las mujeres destinadas a su servicio, se le prestaron todos los cuidados que su estado reclamaba.

Pero tan ruda había sido la sacudida, que se inició una fiebre intensa, acompañada algunas veces de inquietante delirio, en opinión de los médicos, si bien Dolly había entrado nuevamente en plena posesión de sus facultades intelectuales. Cuando llegara el momento de hacerle saber toda la extensión de su desgracia, ¡cuántas precauciones sería preciso tomar!

La primera pregunta de Dolly fue acerca del tiempo que había estado privada de razón.

—Hace dos meses —respondió el doctor Brumley, que ya esperaba la pregunta.

—¿Sólo dos meses? —murmuró.

¡Y a ella que le había parecido un siglo!

—¡Dos meses! —añadió—. Entonces John no puede volver todavía, porque no hace más que dos meses que partió. ¿Y... sabe que nuestro



hijo...?

—Míster Andrew le ha escrito —respondió el doctor sin vacilar.

—¿Y se han recibido noticias del *Franklin*...?

Se le respondió que indudablemente el capitán John había escrito desde Singapur, pero que sus cartas no habían podido llegar aún. Sin embargo, si había de darse crédito a las correspondencias marítimas, el *Franklin* no tardaría en llegar a las Indias, esperándose mensajes telegráficos de un momento a otro.

Habiendo preguntado Dolly cómo no estaba allí Jane, el doctor respondió que los esposos Burker estaban de viaje, ignorándose la fecha de su regreso.

A míster William Andrew le fue encomendado el encargo de participar a Dolly la supuesta catástrofe del *Franklin*. Pero se acordó que nada de esto le diría hasta que su razón estuviera suficientemente asegurada para soportar aquel nuevo golpe. Era preciso, además, irle revelando poco a poco los hechos, manifestándole, finalmente, que ninguno había sobrevivido al naufragio.

También se le ocultó lo concerniente a la herencia adquirida por la muerte de Edward Starter. Siempre sabría demasiado pronto que ella era la única poseedora de aquella fortuna, de la que su marido no podría participar.

Durante los quince días siguientes, mistress Branican no tuvo comunicación alguna con el exterior. Únicamente estaban junto a ella el señor William Andrew y el doctor Brumley. La fiebre, muy intensa al principio, empezaba a disminuir, y no tardaría mucho tiempo en desaparecer. Tanto por el delicado estado de su salud como por la dificultad que el doctor encontraba para responder a algunas de sus preguntas, demasiado embarazosas, aquel había prescrito a la enferma un absoluto silencio. Evitándose sobre todo aquello que tenía alguna relación con el pasado, y que pudiera hacerla comprender que habían transcurrido cuatro años desde la muerte de su hijo y la salida del capitán John. El año 1879 debía continuar siendo para mistress Branican, por algún tiempo, el año 1875.

Dolly no tenía más que un deseo, una impaciencia muy comprensible:

recibir la primera carta de su marido. Calculaba que, estando el *Franklin* a punto de llegar a Calcuta, si es que no había llegado ya, la casa Andrew debía de recibir en breve un telegrama avisando la llegada... El correo transoceánico no se haría esperar... También ella, cuando estuviese restablecida del todo, escribiría a John... ¡Ay! ¿Qué le diría en aquella carta, la primera que le iba a escribir después de casados, ya que no se habían separado antes de la partida del *Franklin*...? ¡Cuánta tristeza contendría la misiva!

Remontándose al pasado, Dolly se acusaba de ser causa de la muerte de su hijo... ¡Aquel nefasto día 31 de marzo volvió a su memoria...! Si hubiese dejado al pequeño Wat en *Prospect-House*, ¡aún viviría...! ¿Por qué lo llevó en su visita al *Boundary*? ¿Por qué rehusó el ofrecimiento del capitán Ellis, que le proponía quedarse a bordo hasta que llegase el barco al muelle de San Diego...? ¿Por qué, en un arranque irreflexivo, había arrancado de brazos de la nodriza a la infeliz criatura, en el mismo momento en que el *steam-launch* evolucionaba rápidamente para evitar un abordaje...? Ella se había caído... ¡Wat se le había escapado de los brazos... a ella...!, ¡a su madre...! ¡Y ella no había tenido el instinto de apretarle contra sí en un estrecho abrazo...! Y cuando el marinero la subió a bordo, el niño ya no estaba allí... ¡en sus brazos...! ¡Pobre hijo del alma...! Su madre no podía ir a llorarle sobre su tumba. ¡Ni siquiera le quedaba este consuelo!

Aquel cuadro lúgubre, evocado en su agitado espíritu, le hacía perder la calma que tanto necesitaba. Muchas veces le asaltaba un fuerte delirio, producto de intensa fiebre, que producía honda inquietud al doctor Brumley. Afortunadamente, tales crisis fueron aplacándose poco a poco, hasta que al fin desaparecieron. Ya no inspiraba temor alguno el estado mental de mistress Branican. Aproximábase el momento en que mister William Andrew podría decírselo todo.

Cuando Dolly entró en el período de franca convalecencia, pudo dejar el lecho. La instalaron en una meridiana delante de las ventanas de su habitación, desde donde podía abarcar con la mirada toda la bahía, y más allá de la punta Loma hasta el horizonte del mar. Allí permanecía inmóvil horas y horas.

Quiso escribir a John; sentía viva necesidad de hablarle de su hijo, al que no vería más, y dejó desbordar toda su amargura en aquella carta que John no leería.

Mister William Andrew tomó la carta, prometiendo unirla a las suyas y enviarla por el correo de Indias; con esto Dolly quedó más tranquila, guardando en lo íntimo de su ser la esperanza de tener, fuese por donde fuese, noticias del *Franklin*.

Sin embargo, este estado de cosas no podía prolongarse. Evidentemente, Dolly sabía, tarde o temprano, lo que trataba de ocultársele por exceso de prudencia. Cada día que pasaba, concentraba más su pensamiento en que no tardaría en llegar carta de John, y en que la vuelta del marinero se aproximaba. ¡Cuanto más tiempo alimentase aquella esperanza, más terrible sería el desengaño!

Se confirmó esto después de una conversación que tuvieron el 19 de junio mistress Branican y mister William Andrew.

Por primera vez, después de su enfermedad, Dolly bajó al jardín de *Prospect-House*, en donde mister William Andrew la encontró sentada en un banco, delante de la escalinata del chalé. Se sentó junto a ella, y cogiéndole las manos se las oprimió afectuosamente.

En aquel estado de convalecencia tan avanzada, mistress Branican ya se sentía fuerte. Sus facciones habían tomado aquel tinte sonrosado de otro tiempo, si bien sus ojos se hallaban siempre llorosos.

—Veo que vuestra curación hace rápidos progresos, mi querida Dolly —dijo míster William Andrew—. ¡Sí. Estáis mejor!

—Ciertamente, señor Andrew —repuso Dolly—, pero me parece que he envejecido mucho en estos dos meses... ¡Qué cambiada me va a encontrar mi pobre John...! ¡Iré yo sola a esperarle... nadie más!

—¡Valor, Dolly, valor...! No os permito que os dejéis abatir... Ahora soy vuestro padre... ¿lo oís? Vuestro padre..., ¡y quiero que me obedezcáis!

—¡Sí, señor Andrew!

—Bien, Dolly.

—Han remitido mi carta, ¿no es cierto...? —preguntó esta.

—Sin duda... y ahora hay que tener un poco de paciencia mientras llega la

respuesta... Algunas veces se hace esperar mucho el correo de Indias... ¿Vais a llorar...? ¡Os suplico que no lloréis, Dolly, concededme ese favor...!

—Bien quisiera, señor Andrew, pero no puedo; ¡cuando pienso que yo tengo la culpa de todo... yo!

—¡No, hija mía, no! Dios os ha puesto a prueba... ¡una prueba terrible!, pero todo dolor tiene su fin. Él lo quiere así.

—¡Dios mío! —murmuró— ¡Que me devuelva a mi John!

—Mi querida Dolly, ¿vino hoy el médico? —preguntó el señor Andrew.

—Sí, y dice que voy muy bien... Recobro las fuerzas, y pronto podré salir...

—¡Pero no antes de que él lo ordene, Dolly!

—No, señor Andrew, os prometo no cometer imprudencias.

—Confío en vuestra promesa.

—¿Aún no habéis recibido noticias del *Franklin*, señor Andrew?

—No, y no deja de llamarme la atención... A veces tienen que emplear mucho tiempo los barcos para ir a las Indias...

—Yo creo que John podía haber escrito desde Singapur... ¿Será que no habrá hecho escala allí?

—Es muy probable. Y, con que haya perdido el correo por algunas horas, es lo suficiente para que las cartas se tirasen otros quince días.

—De manera... ¿que no os sorprende que no haya llegado aún la carta de John...?

—De ningún modo —respondió mister William Andrew, que comprendía el giro embarazoso que tomaba la conversación.

—Y los periódicos de marina ¿no indican nada del *Franklin*...?

—No... desde que se cruzó con el *Boundary*... hará cerca de...

—Sí... hará dos meses... ¿Y por qué, Dios mío, se entongarían el *Franklin* y el *Boundary*? De no haberse efectuado este encuentro, yo no hubiera ido a bordo de este... y mi hijo...

La cara de mistress Branican se había alterado, y algunas lágrimas cayeron de sus ojos.

—Dolly —dijo el señor Andrew—, ¡no lloréis, os lo suplico, no lloréis!

—¡Oh, señor Andrew..., no puedo contenerme...! A veces me asaltan terribles presentimientos... Parece que me amenaza otra nueva desgracia... ¡Estoy inquieta por John!

—¡No hay motivo para tal inquietud...!

—Señor Andrew —preguntó mistress Branican—, ¿os sería posible enviarme alguno de esos periódicos que traen noticias marítimas? Desearía leerlos...

—Así lo haré, querida Dolly. Por otra parte, si se tuviese alguna noticia del *Franklin*, bien la de haberse cruzado con él, o bien la de su próxima llegada a las Indias, como yo lo sabría antes que nadie, en seguida...

Era conveniente dar otro giro a la conversación. De seguir en la presente, mistress Branican acabaría por notar las dudas y vacilaciones con que mister Andrew le respondía. Éste no conservaba la suficiente sangre fría para afrontar las miradas que Dolly le dirigía. Ya iba a hablarle de la muerte de Edward Starter y de la considerable fortuna que ella había heredado, cuando Dolly le preguntó:

—¿Me habéis dicho que Jane Burker y su marido están de viaje...? ¿Hace mucho que se han marchado de San Diego...?

—No... dos o tres semanas...

—¿Y volverán pronto...?

—No sé —respondió el señor Andrew—. No hemos recibido ninguna noticia...

—¿No se sabe dónde están?

—Lo ignoro, querida Dolly. Len Burker tiene negocios importantes, muy aventurados... Tal vez haya ido lejos... muy lejos.

—¿Y Jane...?

—Ha debido acompañar a su marido... Y nada más puedo decirlos...

—¡Pobre Jane! —exclamó Dolly—. Le profesó gran cariño, ¡y me alegraría tanto volverla a ver...! Es la única pariente que me queda.

Dolly, sin duda, no se acordaba de su tío ni del lazo familiar que los unía.

—¿Y cómo es que Jane no me ha escrito ni una vez siquiera? —preguntó Dolly.

—Estabais ya muy enferma cuando míster Burker y su mujer se marcharon de San Diego...

—Es verdad, señor Andrew, ¿y para qué escribir a quien no puede comprendemos? ¡Pobre Jane...! ¡Cuántas quejas tendrá contra la vida! ¡Muy dura ha sido esta para ella! Siempre temí que Len Burker se lanzase a alguna especulación de resultados funestos. ¡También John lo temía!

—Y sin embargo —dijo el señor Andrew—, nadie esperaba tan fatal desenlace...

—¿Acaso a consecuencia de malos negocios Len Burker ha abandonado San Diego...? —preguntó vivamente Dolly.

Y miraba al señor Andrew, cuya inquietud aumentaba.

—Señor Andrew —continuó—, ¡no me ocultéis nada...! ¡Deseo saberlo todo...!

—Pues bien, Dolly, no quiero ocultaros por más tiempo una desgracia, que no tardaríais en conocer... En efecto, la situación de Len Burker se había agravado considerablemente en estos últimos tiempos... No ha podido hacer frente a sus compromisos, se han formulado reclamaciones, y, bajo la amenaza de una detención, ha debido huir...

—¿Y Jane le ha seguido...?

—Él, sin duda, la habrá forzado a ello. Ya sabéis que su voluntad era nula ante la de su marido...

—¡Pobre Jane...! ¡Pobre Jane! —murmuró mistress Branican—. ¡Cuánto la compadezco! ¡Ay! ¡Si yo hubiera podido ayudarla...!

—Si hubieseis podido hacerlo, hubierais salvado a Len Burker, ya que no por él, por su mujer al menos...

—¡Y estoy segura que John hubiera aprobado el empleo dado por mí a nuestra modesta fortuna!

El señor William Andrew guardóse muy bien de decirle que su patrimonio había sido malversado por Len Burker. Esto valdría tanto como confesar que había sido su tutor, y Dolly podría preguntar cómo, en el corto espacio de dos meses, habían ocurrido tantos sucesos. Así pues, el señor William Andrew se limitó a responder:

—No habléis de vuestra modesta posición... ¡El presente ha cambiado mucho!

—¿Qué queréis decir?

—Que sois rica... ¡inmensamente rica!

—¿Yo...?

—Vuestro tío, Edward Starter, ha muerto...

—¿Ha muerto...? ¡Ha muerto...! ¿Y cuándo...?

—¿Cuándo...? Pues hará...

El señor William Andrew estuvo a punto de venderse, manifestando a Dolly la fecha exacta de la muerte de Edward Starter, acaecida dos años antes, lo cual hubiera sido declararle toda la verdad.

Dolly pensó que con la muerte de su tío y la desaparición de su prima quedaba sin familia. Al conocer la muerte de Starter, a quien apenas conocía, cuya herencia no esperaban John y ella no más que como se espera en una cosa lejana, cuando supo que esta herencia ascendía a dos millones de dólares, sólo vio en ella la ocasión del bien que hubiese podido

hacer.

—¡Ah, señor Andrew! Yo hubiera ido a socorrer a la pobre Jane, salvándola con mi fortuna de la ruina y de la vergüenza... Pero ¿dónde estará ahora...? ¿Qué será de ella...?

Míster Andrew repitió que las pesquisas hechas para encontrar a Len Burker no habían dado resultado alguno. Tal vez Len Burker se había refugiado en algún lejano territorio de los Estados Unidos, o tal vez había salido de América. Era imposible averiguarlo.

—Sin embargo —replicó mistress Branican—, si no hace más que algunas semanas que Jane y él han salido de San Diego, todavía es posible saber dónde están...

—Sí, algunas semanas —se apresuró a responder míster William Andrew.

Hay que confesar que, a pesar del interés que Jane inspiraba a mistress Branican al tener noticia de su fortuna, pensaba más en que, gracias a ella, su marido no volvería a separarse de su lado. El viaje que estaba haciendo a bordo del *Franklin*, por cuenta de la casa Andrew, sería el último.

¡Y sí sería el último, porque el capitán John no debía volver...!

—¡Ah, señor Andrew! —exclamó Dolly, respondiendo a un pensamiento—. Cuando vuelva mi marido, no se embarcará más. Sacrificará sus aficiones por mí, y viviremos juntos, siempre juntos, sin nada que pueda separarnos...

Ante la idea de que aquella felicidad sería deshecha con una palabra que era preciso pronunciar pronto, míster William Andrew no se sentía dueño de sí. Apresuróse a poner fin a aquella conversación; mas, antes de despedirse, obtuvo de mistress Branican la promesa de que no cometería ninguna imprudencia, aventurándose a salir antes de tiempo, y que no recobraría su vida habitual mientras no se lo permitiese el doctor, y concluyó diciendo que, así que recibiese directa o indirectamente noticias del *Franklin*, se las comunicaría al momento.

Cuando después refirió aquella entrevista al doctor Brumley, este no ocultó su temor de que una indiscreción pusiera a mistress Branican al corriente



de toda la verdad. Que su locura había durado cuatro años, que desde esta fecha nada se sabía del *Franklin*, que no volvería a ver a John. ¡Sí! No había ninguna duda; era preferible que estas noticias las supiese por boca del señor Andrew o del doctor mismo, los que tomarían toda clase de precauciones para comunicárselas.

Acordóse, pues, que pasados ocho días, cuando ya no hubiera motivo justificado para prohibir a Dolly que saliese del chalé, se le declararía todo.

—¡Y que Dios le dé fuerzas para soportar tan terrible golpe! —concluyó el señor Andrew.

Durante la última semana de junio, la existencia de mistress Branican continuó siendo en *Prospect-House* lo que había sido hasta entonces. Gracias a los cuidados de los que estaba rodeada, iba recobrando la fuerza física, al mismo tiempo que la energía moral. La difícil situación en que se hallaba el señor Andrew se complicaba ante las preguntas de Dolly, a las que no sabía qué responder.

En la tarde del día 23 fue a verla con objeto de entregarle una fuerte suma de dinero y darle al mismo tiempo cuenta de su fortuna, depositada en valores mobiliarios en el *Consolidated National Bank* de San Diego.

Aquel día, Dolly apenas hacía caso de lo que le había dicho el señor Andrew, mostrándose indiferente a toda conversación que no fuera acerca de su marido. ¡Cómo! ¿No había carta? Esto la inquietaba profundamente... ¿Qué es lo que sucedía que la casa Andrew aún no había recibido un mensaje que anunciase la llegada del *Franklin* a las Indias?

El armador trató de calmarla diciéndole que acababa de enviar telegramas a Calcuta, y que no tardarían en contestarle. Pero Dolly insistió de nuevo en sus ideas, turbándole singularmente cuando le dijo:

—Señor Andrew, hay un hombre del que no nos hemos ocupado aún: del hombre que me salvó y que trató de salvar a mi pobre hijo... de aquel marinero...

—¿De aquel marinero...? —repitió el señor Andrew con visible vacilación.

—Sí... de aquel hombre valeroso a quien debo la vida —replicó mistress

Branican—. ¿Ha sido recompensado...?

—Naturalmente, Dolly.

Y en realidad así había sucedido.

—¿Sabéis si está en San Diego, señor Andrew...?

—No..., Dolly. Según mis noticias, ha vuelto a embarcarse...

Después de haber abandonado el servicio de la bahía, aquel marinero había hecho muchas campañas en el comercio y actualmente estaba navegando.

—Pero al menos, ¿podréis decirme cómo se llama...? —preguntó Dolly.

—Se llama Zach Fren.

—¿Zach Fren...? Bueno. Gracias, señor Andrew —dijo Dolly sin insistir más sobre este punto.

Pero desde aquel día Zach Fren no cesó de ocupar el pensamiento de Dolly. Ésta había enlazado en su espíritu el recuerdo de aquel hombre con el de la catástrofe acaecida en la bahía de San Diego. Cuando Zach Fren terminase su navegación, ella ya le buscaría. Hacía poco tiempo que había partido. Averiguaría en qué buque se había embarcado, buque que sin duda sería de San Diego, y volvería dentro de seis meses..., tal vez un año..., y entonces... Pero entonces ya habría vuelto el *Franklin*, y John y ella recompensarían a Zach Fren..., pagándole su deuda de reconocimiento... ¡Sí! John no podría tardar en traer el *Franklin*, a cuyo mando renunciaría. ¡Ya no se separarían más el uno del otro!

—¡Y aquel día... aquel día —pensó—, nuestros besos se mezclarán con lágrimas!

## IX. Revelaciones

Mister Andrew continuaba deseando y temiendo la entrevista con Dolly, en la que esta conocería la desaparición definitiva del *Franklin*, y la pérdida de la tripulación y del capitán, pérdida de la que no se dudaba en San Diego. La razón de Dolly, ya una vez desvanecida, ¿podría resistir el nuevo golpe? Nada importaba que hubiesen transcurrido cuatro años desde la partida de John. Para la esposa de este, la noticia de su muerte sería como si hubiese ocurrido la víspera. El tiempo, que cicatriza tantas heridas, ¿no había pasado para ella!

Mientras mistress Branican permaneciese en *Prospect-House*, no era de temer ninguna indiscreción. El señor Andrew y el doctor Brumley habían tomado sus precauciones en lo que se refería a este punto, impidiendo la entrada en el chalé de periódicos y cartas. Pero Dolly ya se sentía fuerte para arriesgarse a salir de *Prospect-House*, y aunque el doctor se lo había prohibido, ¿no podría salir sin decir nada...? No era, pues, posible dudar, y sería preciso poner a Dolly al corriente de todo antes de que tuviera noticia de ello por otro conducto.

Ahora bien, después de la conversación mantenida con el señor Andrew, Dolly se decidió a salir sin prevenir a las mujeres que estaban a su servicio, las cuales hubieran procurado disuadirla de su empeño. Si bien esta salida no podía perjudicarla en su salud, podía, sin embargo, acarrear funestos resultados en el caso en que por una casualidad llegase a conocer la verdad, sin la conveniente preparación que el caso demandaba.

Al abandonar *Prospect-House*, Dolly tenía la idea de investigar algo acerca de Zach Fren.

Desde que conocía el nombre de este marinero no dejaba de pensar en él.

—Se han ocupado de él —pensaba—. Sí... le habrán dado algo de dinero, y yo no he podido intervenir en ello por mí misma... Se ha marchado, según dicen, hace cinco o seis semanas..., pero no importa. Tendrá hijos... mujer... familia... pobres gentes, ¡sin duda! Mi deber es visitarlos,

atender a sus necesidades, asegurarles el bienestar... Los veré, ¡y haré por ellos lo que debo!

En el caso de que Dolly hubiese consultado este propósito con mister Andrew, ¿no le hubiese sido difícil a este disuadirla de aquel acto de agradecimiento y caridad?

El 21 de junio, a las nueve de la mañana, Dolly salió del chalé sin que nadie advirtiese su salida. Vestía de luto, el luto por su hijo, a quien suponía muerto dos meses antes. Cuando traspasó la puerta del jardín, sintió profunda emoción. ¡Era la primera vez que salía sola!

El tiempo era hermoso, aunque se sentía un poco de calor, por haber ya empezado el estío en California, calor atenuado por la brisa del mar.

Dolly se internó por las calles de la parte alta de la ciudad. Absorta por la idea de lo que iba a hacer, y con la mirada distraída, no observó los cambios operados en aquel barrio, como algunas recientes edificaciones que en otras circunstancias hubieran atraído su atención. Por lo menos, no tuvo de ello más que una percepción muy vaga, cosa nada extraña, puesto que las modificaciones no eran de gran importancia, ni alteraban el camino que en otras ocasiones acostumbraba seguir para llegar a la bahía. No encontró más que dos o tres personas, que al reconocerla la miraron con cierto asombro.

Al pasar delante de una iglesia católica, no lejos de *Prospect-House*, y de la que había sido una de las más asiduas feligresas, experimentó un irresistible deseo de entrar. El sacerdote comenzaba a decir la misa en el momento en que ella se disponía a arrodillarse en una silla baja, en un oscuro ángulo de la iglesia. Su alma elevó plegarias por su hijo, por su esposo, por todos aquellos a los que amaba. Los pocos fieles que asistían a la misa no habían casi reparado en ella, y cuando se marchó ya no quedaba nadie.

Entonces se fijó en un detalle que no dejó de sorprenderla. Le pareció que el altar no era el mismo que aquel ante el cual había tenido costumbre de orar.

El que ahora veía era más rico, de estilo más moderno, y estaba colocado en un presbiterio que parecía ser de construcción muy reciente. ¿Acaso la capilla había sido reformada hacía poco...? Esta impresión fue tan fugitiva,

que se disipó cuando comenzó a bajar por las calles de aquel barrio del comercio, donde entonces reinaba una extraordinaria animación. A cada paso la verdad podía aparecérselo ante los ojos... un cartel con una fecha, un horario de ferrocarriles, o de salida de los barcos del Pacífico... un anuncio de una fiesta o espectáculo con la fecha de 1879... Bastaba esto para que Dolly comprendiera bruscamente que el señor Andrew y el doctor Brumley le habían engañado, que su locura había durado cuatro años, y no algunas semanas... Y deducir, por tanto, la consecuencia de que, no desde hacía dos meses, sino cuatro años, el *Franklin* había salido de San Diego... y el habérselo ocultado significaba que John no había vuelto, ¡y que tal vez no volvería nunca!

Iba ya a dirigirse hacia los muelles, cuando tuvo la idea de ir a casa de Len Burker, que no quedaba lejos.

—¡Pobre Jane! —murmuró.

Cuando hubo llegado a la oficina de *Fleet Street*, sintió alguna pena al reconocerla. Luego experimentó una gran inquietud, mezclada de sorpresa...

La antigua casa, estrecha y sombría, habíase transformado en un gran edificio de arquitectura anglosajona, compuesto de muchos pisos, con altas ventanas, y con grandes rejas en la planta baja. Encima del tejado, y en lo alto de la magnífica linterna que coronaba el edificio, flotaba al viento una bandera que tenía bordadas las iniciales H. W. Sobre la puerta había la siguiente inscripción, en letras doradas:

HARRIS WADANTON AND Co.

Dolly pensó que se había engañado. Miró a la derecha e izquierda. Sí. Allí era donde ella había ido a ver a su prima Jane... En aquel mismo sitio estaba la casa de Len Burker...

Al asegurarse de ello, pasóse la mano por los ojos... Un inexplicable presentimiento le oprimía el corazón... La infeliz no podía darse cuenta de lo que experimentaba en aquellos momentos...

La casa de comercio de míster Andrew no estaba lejos. Dolly apresuró el paso, y la distinguió a la vuelta de la calle. Al principio tuvo el pensamiento de entrar en ella, pero comprendió que sería más conveniente hacerlo a la

vuelta, después de haber preguntado en las oficinas de los *steam-launchs*, cerca del embarcadero, las señas del marinero, y de haber visitado a la familia de este.

Dolly, pues, continuó su camino con el espíritu inquieto, la mirada indecisa y el corazón palpitante. Ahora, ya se fijaba en las personas que encontraba a su paso, experimentando como una irresistible necesidad de acercarse a ellas para preguntarles... ¿Qué les iba a preguntar? La hubiesen tomado por una loca... ¿Lo estaría efectivamente? Ella misma lo dudada. ¿No había lagunas en su memoria...? ¿Era quizás que no había recobrado por completo su razón...?

En tal estado de ánimo llegó al muelle. Al otro lado, la bahía se mostraba en toda su extensión. Algunos barcos se preparaban para echar anclas, y otros para zarpar. ¡Qué recuerdos traía a Dolly aquel movimiento del puerto! Apenas habían pasado tres meses, que se encontraba también en aquel mismo sitio, desde el que había visto al *Franklin* hacer sus maniobras para dirigirse al canal.

¡Allí había recibido el último adiós de John...! Después, el barco había doblado la punta Island... Las altas velas se habían destacado un momento por encima del litoral, y, por último, el buque había desaparecido en altamar.

Algunos pasos más, y Dolly se encontró delante de las oficinas de los *steam-launchs*, junto al pontón. Uno de los barcos de vapor desatraca en aquel momento, tomando la dirección de la punta Loma.

Dolly le siguió con la mirada, escuchando el ruido que formaba el vapor al escapar por la extremidad de la chimenea.

¡Qué triste recuerdo le invadía entonces el espíritu! El recuerdo de su hijo, cuyo cuerpecito no le había sido devuelto por aquellas aguas que la atraían... ¡que la fascinaban...! Dolly se sentía desfallecer, como si le faltase tierra bajo sus pies... La cabeza le daba vueltas, y estuvo a punto de caer.

Un instante después, mistress Branican entraba en las oficinas de los *steam-launchs*.

A la vista de aquella mujer, de pálido semblante y de facciones contraídas,

el empleado que estaba sentado ante una mesa se levantó y acercándole una silla la dijo:

—¿Estáis bien, señora?

—No es nada —respondió Dolly—. Un momento de debilidad... Pero ya estoy mejor...

—Tened la bondad de sentaros mientras llega el vapor. Tardará diez minutos, a lo más...

—Muchas gracias, señor. Vengo solamente a pedir algunos informes, que tal vez podáis darme.

—¿A propósito de qué, señora?

Dolly, que se había sentado, después de llevarse la mano a la frente, como si quisiera coordinar sus ideas, dijo:

—¿Habéis tenido a vuestro servicio un marinero llamado Zach Fren...?

—Sí, señora —respondió el empleado—. Aunque no estuvo mucho tiempo entre nosotros, me acuerdo perfectamente de dicho marinero.

—El que arriesgó su vida por salvar a una mujer... a una infeliz madre...

—En efecto, ya recuerdo... mistress Branican... ¡Sí...! Es él.

—¿Y está embarcado ahora...?

—Sí.

—¿En qué barco...?

—En el *Californian*.

—¿De San Diego...?

—No, señora, de San Francisco.

—¿Con rumbo...?

—A Europa.

Fatigada mistress Branican, guardó silencio por un momento, mientras el empleado esperaba que le dirigiese más preguntas. Repuesta la primera, preguntó:

—¿Zach Fren es de San Diego...?

—Sí, señora.

—¿Podéis decirme dónde vive su familia...?

—Siempre oí decir a Zach Fren que estaba solo en el mundo. No creo que le quede pariente alguno ni en San Diego ni en otra parte.

—¿No está casado...?

—No, señora.

Dolly no podía dudar de la respuesta del empleado, para el que Zach Fren debía de ser bastante conocido.

Nada le quedaba, pues, por hacer. Puesto que aquel bravo marinero carecía de familia, era preciso que Dolly esperase el regreso a América del *Californian*.

—¿Se sabe cuánto debe durar el viaje de Zach Fren? —preguntó.

—No puedo decíroslo, señora, porque la travesía del *Californian* será larga.

—Os doy las gracias —dijo mistress Branican—. Hubiera tenido una verdadera satisfacción en encontrar a Zach Fren, pero, por lo que me decís, pasará mucho tiempo antes de que se realicen mis deseos...

—¡Creo que sí, señora!

—Sin embargo, ¿no es posible que se tengan noticias del *Californian* en algunas semanas...?

—¿Noticias...? —respondió el empleado—. La casa de San Francisco, a la que pertenece el navío, ya ha debido recibirlas varias veces...

—¿Ya...?



—¡Sí, señora!

—¿Y decís que muchas veces...?

Y al repetir esto, mistress Branican, que se había levantado de su asiento, fijó su mirada en el empleado, como si no comprendiera lo que escuchaba.

—He aquí la *Shipping-Gazette* —respondió el empleado—. Anuncia que el *Californian* ha salido de Liverpool hace ocho días...

—¡Hace ocho días! —murmuró mistress Branican, cuya mano tembló al tomar el periódico.

Pasado un rato, con voz tan profundamente alterada que apenas pudo ser oída por el empleado, preguntó:

—¿Pues cuánto tiempo hace que Zach Fren ha partido...?

—Cerca de año y medio...

—¡Año y medio! —exclamó Dolly, apoyándose en uno de los lados de la mesa. Su corazón cesó de latir durante algunos instantes.

De repente, sus ojos se fijaron en un cartel colgado en la pared, que indicaba el servicio de la estación de verano de los *steam-launchs*.

Aquel anuncio estaba encabezado con estas palabras:

MARZO 1879

¡Marzo 1879! ¡Luego la habían engañado...! ¡Hacía cuatro años que había muerto su hijo...! ¡Cuatro años que su esposo había salido de San Diego...! ¡Su locura había durado todo este tiempo...! ¡Sí! Y si el señor Andrew y el doctor Brumley se lo habían ocultado, esto significaba que desde esos cuatro años no se tenían noticias ni de John ni del *Franklin*.

Y en medio de la sorpresa del empleado, mistress Branican fue asaltada por un espasmo violento. Pudo dominarse con un supremo esfuerzo, y, lanzándose fuera de aquellas oficinas, marchó rápidamente a través de las calles de la parte baja de la villa.

Los que vieron pasar aquella mujer pálida y con los ojos extraviados,

supusieron que estaba loca.

Y si la desgraciada Dolly no lo estaba, ¿no podría volver a estarlo...?

¿Adónde se dirigía? Hacia la casa del señor Andrew, adonde llegó en pocos minutos, casi sin darse cuenta. Franqueó la oficina, pasando por delante de los dependientes, que no tuvieron tiempo de detenerla, y abrió la puerta del gabinete en que se encontraba el armador. Éste se quedó estupefacto al ver entrar a mistress Branican, espantado al observar sus facciones descompuestas y su horrible palidez.

Antes de que mister William Andrew hubiese podido dirigirle la palabra, Dolly exclamó:

—¡Lo sé todo... lo sé...! Me habéis engañado... ¡He estado durante cuatro años loca...!

—¡Calmaos, querida Dolly...!

—¿Y el *Franklin*...? ¡Contestad...! Hace también cuatro años que ha partido, ¿no es eso...?

El señor Andrew bajó la cabeza.

—¿Y desde ese tiempo no habéis tenido noticias de él...? —insistió Dolly.

El señor Andrew no contestó nada. Las lágrimas fueron su única respuesta.

Mistress Branican cayó sobre una silla... Había perdido el conocimiento.

El señor Andrew llamó a una de las mujeres de la casa, que se apresuró a socorrer a Dolly, y mandó a uno de sus dependientes en busca del doctor Brumley, que vivía en aquel mismo barrio. El doctor vino en seguida.

El señor Andrew le puso al corriente de la situación. Por una indiscreción o por una casualidad, él ignoraba cómo Dolly lo había sabido todo, en *Prospect-House* o en las calles de San Diego, aunque esto era lo menos importante. Sabía, pues, que durante cuatro años había estado loca, que hacía cuatro años había muerto su hijo, y que durante este tiempo no se habían recibido noticias del *Franklin*...

A costa de grandes esfuerzos, el doctor Brumley consiguió hacer recobrar

el sentido a la desgraciada Dolly dudando si su cerebro podría resistir aquel golpe, que era el más fuerte de cuantos había sufrido.

Dolly recobró el sentido, con la conciencia de todo cuanto le habían revelado. Su mirada, llena de lágrimas, interrogaba al señor Andrew, que, arrodillado a sus pies, le tenía las manos cogidas.

—¡Hablad... hablad... señor Andrew!

Éstas fueron las únicas palabras que pudieron escaparse de sus labios.

Con la voz entrecortada por los sollozos, el señor Andrew le manifestó las inquietudes que le había causado la falta absoluta de noticias del *Franklin* ... Que había enviado cartas y mensajes a Singapur y a las Indias, contestándole que el barco no había llegado allí... que se habían llevado a cabo innumerables pesquisas a fin de averiguar el derrotero de aquel... ¡y sin que existiera el más leve indicio que pudiese dar alguna luz sobre el naufragio!

Mistress Branican le escuchaba inmóvil, en silencio, con la mirada fija. Y cuando el señor Andrew terminó, murmuró:

—¡Mi hijo muerto...! ¡Mi marido muerto...! ¿Por qué Zach Fren no me dejó morir también?

De pronto se animó su semblante, revelándose en él con tanta fuerza su habitual energía, que el doctor Brumley se asustó de aquella transformación.

—¿Conque desde las últimas pesquisas no se ha sabido nada del *Franklin* ...? —preguntó con voz resuelta.

—Nada —contestó el señor Andrew.

—¿Lo dais, pues, por perdido...?

—Sí... desgraciadamente.

—¿Y tampoco ha podido obtenerse noticia alguna de John y de su tripulación...?

—Ninguna, mi pobre Dolly. Y ya no tenemos ninguna esperanza...

—¡Ya no hay esperanza...! —respondió mistress Branican con tono casi irónico.

Y, levantándose, tendió la mano hacia una de las ventanas, desde la que se distinguía el horizonte del mar, mientras el señor Andrew y el doctor Brumley la contemplaban con espanto, como temerosos de su estado mental.

Pero Dolly conservaba la plenitud de sus facultades intelectuales, e iluminada la mirada por el fuego de su alma, repitió:

—¡Ya no hay esperanza...! ¿Decís que no hay esperanza, señor Andrew...? Si John está perdido para vos, ¡no lo está para mí...! Esa fortuna que, según vos, me pertenece, ¡no la quiero sin él...! ¡Y la consagraré toda a buscar a John y a sus compañeros del *Franklin*...! ¡Y con la ayuda de Dios, yo los encontraré...! ¡Sí... los encontraré!

## X. Preparativos

Iba a comenzar una nueva vida para mistress Branican. Si bien tenía la completa certeza de que su hijo había muerto, no pasaba lo mismo en lo que concernía a su marido. ¿No era posible que John y su tripulación, sobreviviendo al naufragio, se hubiesen refugiado en alguna de las numerosas islas de esos mares de las Filipinas, las Célebes o Java? ¿No era posible que hubiesen sido secuestrados por alguna horda indígena, sin quedarles medios para huir? Mistress Branican se aferró a esta esperanza con una tenacidad tan extraordinaria que no tardó en provocar una reacción en la idea que hasta entonces habían tenido los habitantes de San Diego en lo que se refería al naufragio del *Franklin*. Dolly no podía creer que John y la tripulación hubiesen perecido, y tal vez a la fijeza de aquella idea debió el hecho de conservar intacta su razón. A no ser que, según pensaban algunos, fuese aquella una especie de monomanía, una de las fases de su locura, que hubiera podido llamarse «la locura a ultranza de la esperanza». Pero como se verá más adelante, tal locura no existía. Mistress Branican había entrado en pleno dominio de su razón, conservando aquella claridad de juicio que siempre la caracterizó. Su vida no tenía más que un objetivo: encontrar a John, y hacia él marcharía con una fortaleza de ánimo que habían de acrecentar las circunstancias. Puesto que Dios permitió que Zach Fren la salvase de una muerte cierta; puesto que permitió que su razón no se hubiese oscurecido para siempre; puesto que ponía en sus manos todos los medios de acción que la fortuna trae consigo, significaba con esto que John no había perecido, que ella le salvaría. Aquella fortuna sería empleada en toda clase de pesquisas, en pródigas recompensas, en procurarse medios para su empresa. No quedaría ni una sola isla que el capitán John hubiera recorrido que no fuera visitada, inspeccionada detenidamente. Lo que lady *Franklin* había hecho por John *Franklin* lo haría Dolly por John Branican, y ella saldría victoriosa en la misma empresa en la que salió derrotada la viuda de aquel ilustre almirante.

Desde aquel día los amigos de Dolly comprendieron que el deber que les correspondía no era otro que el de animar a aquella enérgica mujer en sus

investigaciones, y ayudarla con sus esfuerzos en aquella nueva fase de su existencia. Esto fue lo que hizo el señor Andrew, aunque sin esperanzas de obtener un buen resultado de aquellas tentativas de encontrar a los sobrevivientes del naufragio. Llegó, pues, a ser el consejero más íntimo de mistress Branican, auxiliado por el capitán del *Boundary*, cuyo buque estaba entonces desarmado en San Diego. El capitán Ellis, hombre resuelto y con el que se podía contar en todas las ocasiones por su amistad íntima con John, recibió aviso para ir a conferenciar con mistress Branican y el señor Andrew.

Celebráronse frecuentes entrevistas en *Prospect-House*, modesta casa que mistress Branican no quiso abandonar, a pesar de su favorable cambio de fortuna. Allí era donde John la había dejado al partir, allí era donde la encontraría cuando volviese. No pensaba introducir ninguna modificación en su existencia, en tanto que su marido no regresase a San Diego. Viviría con su acostumbrada modestia, sin hacer más gastos extraordinarios que aquellos que reclamasen la empresa que se proponía y sus obras de caridad.

Sus propósitos pronto fueron conocidos en la ciudad, experimentando todos un movimiento de simpatía hacia aquella mujer que no se conformaba con ser viuda de John Branican. Se la quería, se la admiraba, se la veneraba, ya que sus desgracias justificaban esta veneración. Y había mucha gente que no solamente hacía votos por que saliese airoso en la campaña que iba a emprender, sino que creía en el éxito de la misma. Cuando Dolly bajaba de los barrios altos para ir a casa del señor Andrew o a la del capitán Ellis, todos se inclinaban ante el paso de aquella mujer seria y triste, con sus vestidos de luto y diez años envejecida, cuando sólo contaba con veinticinco. Pero Dolly, absorta en sus pensamientos, no veía nada de aquellas deferencias que se dirigían hacia su persona.

La primera cuestión que se trató en las conversaciones de Dolly, míster Andrew y el capitán Ellis fue lo que se relacionaba con el derrotero que el *Franklin* debía haber seguido, pues este era el primer punto que debía ser establecido con rigurosa exactitud.

La casa Andrew había expedido su barco para las Indias, haciendo escala en Singapur, donde debía dejar parte de su cargamento. Ahora bien, tomando rumbo al oeste de la costa americana, era probable que el capitán John hubiese pasado por el archipiélago de Hawai o de las

Sandwich. Después de haber atravesado la Micronesia, había debido de pasar por las Marianas y Filipinas, y más tarde por las Célebes y el estrecho de Makassar, llegando al mar de Java, al sur del cual están las islas de la Sonda, a fin de llegar a Singapur. Al extremo oeste del estrecho de Malaca, formado por la península de este nombre y la isla de Java, se extiende el golfo de Bengala, en el que, fuera de las islas Nicobar y de las Andamán, los naufragos no hubieran podido encontrar refugio. Además, estaba fuera de duda que el capitán John Branican no había aparecido por el golfo de Bengala. Y, desde el momento en que él no había hecho escala en Singapur, lo cual era muy cierto, no había traspasado el límite del mar de Java y de las islas de la Sonda.

Suponer que el *Franklin*, en vez de tomar el rumbo de la Malasia, hubiese buscado el camino de Calcuta a través de los difíciles parajes del estrecho de Torres, yendo a lo largo de la costa septentrional de Australia, en opinión de los marineros era inadmisibles. Por su parte, el capitán Ellis afirmaba que John Branican hubiera podido cometer aquella imprudencia de aventurarse en medio de los peligros del referido estrecho. Tal hipótesis fue, por lo tanto, absolutamente descartada; las pesquisas debían hacerse solamente sobre los parajes de la Malasia.

En efecto, en los mares de las islas Carolinas, Célebes y Java, las islas y los islotes se cuentan por millares; allí era, pues, solamente, donde la tripulación del *Franklin* podía estar abandonada o retenida por alguna tribu, sin medio alguno de volver a su país, en el supuesto de que hubiera sobrevivido a algún siniestro marítimo.

Decidióse, por lo tanto, en vista de esto, verificar una expedición a los mares de Malasia. Y una vez acordado, mistress Branican hizo una proposición de gran importancia. Preguntó al capitán Ellis si tendría inconveniente en tomar el mando de aquella expedición.

El capitán Ellis entonces se encontraba libre, puesto que el *Boundary* había sido desarmado por la casa Andrew. Así pues, aunque sorprendido por la inesperada proposición, no vaciló en ponerse a disposición de mistress Branican, con el consentimiento del señor Andrew, que agradeció al capitán su oferta.

—No hago más que cumplir con mi deber —respondió este—. Haré todo lo que de mí dependa para encontrar a los sobrevivientes del *Franklin*... Si el capitán John viviese...

—¡John vive! —interrumpió mistress Branican con tal seguridad, que los más incrédulos no se hubieran atrevido a contradecirla.

El capitán Ellis discutió diversos puntos que debían ser resueltos. Sería fácil reclutar una tripulación que secundase sus esfuerzos, pero quedaba en pie la cuestión del barco. Era evidente que no se podía utilizar el *Boundary* para una expedición de aquella naturaleza. Un buque de vela no debía aventurarse en tal empresa; se necesitaba un barco de vapor.

Precisamente entonces, en el puerto de San Diego había algunos *steamers* muy adecuados para aquella navegación. Mistress Branican encargó, pues, al capitán Ellis la adquisición del más rápido de todos, poniendo a su disposición los fondos necesarios al efecto. Algunos días después se efectuó la venta, y mistress Branican se convirtió en la propietaria del *Davitt*, cuyo nombre fue cambiado por el de *Dolly-Hope*, de favorable augurio.

Era un *steamer* de hélice de novecientas toneladas, y cuyos pañoles podían almacenar gran cantidad de carbón, lo que permitía prevenirse para una larga travesía, sin necesidad de hacer nuevas provisiones. Su aparejo era de goleta de tres palos, provisto de un velamen considerable. Su máquina, de una fuerza efectiva de mil doscientos caballos, desarrollaba una velocidad media de quince nudos por hora. En tales condiciones de velocidad y tonelaje, el *Dolly-Hope*, muy maniobrable, muy ligero y muy seguro, debía responder a las exigencias de una travesía por medio de mares sembrados de islas, islotes y escollos. Hubiera sido difícil hacer una elección más apropiada para aquella expedición.

Dos o tres semanas bastaron para el arreglo del *Dolly-Hope*, o sea para repasar sus calderas, probar la máquina, reparar su aparejo y su velamen, regular sus brújulas y hacer provisión de carbón y de víveres para un viaje que quizás durase más de un año. El capitán Ellis estaba resueltamente decidido a no abandonar los parajes en los que el *Franklin* pudiera haberse perdido, a no ser después de haber explorado hasta las últimas rocas. Había dado su palabra de marinero, y no era hombre capaz de volverse atrás.

Unir a un buen buque una excelente tripulación es acrecentar las probabilidades de éxito, y, en lo que respecta a este punto, el capitán Ellis no pudo menos de felicitarse por los auxilios que le prestó la población marítima de San Diego. Los mejores marineros se ofrecieron a servir a sus



órdenes, disputándose todos un sitio en aquel barco que iba en busca de unos náufragos que pertenecían a las familias de la ciudad.

La tripulación del *Dolly-Hope* se componía de un segundo de a bordo, un lugarteniente, un maestro, un contramaestre y veinticinco hombres, contando los maquinistas y fogoneros. El capitán Ellis tenía la seguridad de la adhesión incondicional de aquellos hombres, por dura y peligrosa que fuera la expedición a los mares de la Malasia.

Es inútil decir que mistress Branican no permanecía ociosa mientras se hacían los esfuerzos del capitán Ellis con incesante afán, resolviendo, a precio de dinero, todas las dificultades, sin omitir nada que pudiera asegurar el éxito de la expedición.

Al mismo tiempo, la caritativa mujer tampoco había olvidado a las pobres familias de los que la desaparición del vapor dejó en la miseria, en lo cual no había hecho más que completar las medidas ya adoptadas por la casa Andrew, y apoyadas por suscripciones públicas. Así pues, la existencia de estas familias estaba suficientemente asegurada, hasta el momento en que la tentativa de mistress Branican les devolviese los náufragos del *Franklin*.

Dolly tampoco olvidaba la desgraciada situación de Jane; conocía el gran cariño que esta le profesaba, y su conducta noble durante el tiempo que la tuvo postrada la enfermedad. Y no dudaba de que también en aquel momento hubiera estado a su lado en *Prospect-House*, si los deplorables negocios de Len Burker no le hubieran obligado a abandonar San Diego y, sin duda, también los Estados Unidos. Por más que la conducta de Len Burker mereciera reproches, lo cierto era que la de Jane para Dolly Branican había sido siempre la de una cariñosa pariente, cuyo desinterés llegaba a la abnegación. Dolly, pues, conservaba un vivo recuerdo de Jane, y una de sus penas más hondas era la de no poder atestiguarle su cariño ayudándola. A pesar de las diligencias practicadas por el señor Andrew, fue imposible saber lo que les había sucedido a los esposos Burker. Lo que nada tenía de extraño, puesto que se ignoraba su paradero, y aunque este hubiera sido conocido, no sería posible que Dolly les llamase a San Diego, donde tantas acusaciones pesaban sobre Len Burker; pero de saberlo Dolly, hubiese encontrado medios de hacer llegar hasta Jane los socorros de los que su prima debía tener necesidad.

El 27 de julio, el *Dolly-Hope* se hallaba dispuesto a zarpar. Mistress

Branican fue a bordo por la mañana, a fin de recomendar por última vez al capitán Ellis que no omitiese medio alguno para descubrir el paradero del *Franklin*. Dolly no dudaba del éxito. ¡Volvería John, volvería la tripulación...! Y repitió estas palabras con tal convicción, que los tripulantes aplaudieron con entusiasmo. Todos participaban de su fe: los parientes, los amigos, todos cuantos habían ido a presenciar la partida del *Dolly-Hope*.

Entonces, el capitán Ellis se dirigió a mistress Branican y al señor Andrew, que le habían acompañado a bordo, y les dijo:

—Ante vos, señora, y ante el señor Andrew, en nombre de mis oficiales y de mi tripulación, juro, ¡sí!, juro no retroceder ante fatiga ni peligro alguno, para encontrar al capitán John y a los náufragos del *Franklin*. Este vapor que habéis armado y al que le habéis dado el nombre de *Dolly-Hope* sabrá justificar su título...

—Con la ayuda de Dios y de la buena voluntad de los que en El confían  
—concluyó mistress Branican.

—¡Hurra! ¡Hurra por John y Dolly Branican!

La multitud que se apiñaba en los muelles del puerto contestó como un eco inmenso a aquellos vítores.

Largadas sus amarras e impulsado por las primeras vueltas de la hélice, el *Dolly-Hope* evolucionó para alejarse de la bahía. Cuando franqueó la boca del puerto, puso el timón hacia el sudoeste, y, bajo la acción de su potente máquina, se alejó muy pronto de la costa americana.

## XI. Primera campaña en la Malasia

Después de haber recorrido dos mil doscientas millas, el *Dolly-Hope* divisó la montaña de Mauna Kea, que domina a quince mil pies la isla Hawai, la más meridional del grupo de las Sandwich.

Además de cinco grandes islas y de tres más pequeñas, existen en este grupo multitud de islotes sobre los cuales no era preciso hacer pesquisas acerca del *Franklin*. Era evidente que este naufragio hubiera sido conocido hacía mucho tiempo de haberse efectuado sobre los numerosos escollos de este archipiélago, incluso los de Medo-Manou, que sólo son frecuentados por las aves marinas. Las Sandwich poseen una población muy numerosa (cien mil habitantes sólo en la isla Hawai) y, por el considerable número de misioneros franceses, ingleses y americanos que residen en ellas, la noticia del desastre hubiera llegado pronto a los puertos de California.

Además, cuatro años antes, cuando el *Boundary* se había cruzado con el *Franklin*, ambos barcos se encontraban ya al otro lado del grupo de las Sandwich. El *Dolly-Hope* continuó, pues, su rumbo hacia el sudoeste, a través del admirable mar del Pacífico, que merece su nombre durante algunos meses de la estación de estío.

Seis días después, el veloz *steamer* había franqueado la línea convencional trazada por los geógrafos de sur a norte entre la Polinesia y la Micronesia. En la parte occidental de los mares de la Polinesia, el capitán Ellis no tenía que practicar investigación alguna. Pero al otro lado, los mares de la Micronesia están llenos de islas, islotes y arrecifes, donde el *Dolly-Hope* empezaría su peligroso empeño de buscar los indicios de un naufragio.

El 22 de agosto se hizo escala en Otia, la isla más importante del grupo de las Marshall, visitada por Kotzebue y los rusos en 1817. Este grupo, repartido en una extensión de treinta millas de este a oeste y trece de norte a sur, no tiene menos de sesenta y cinco islotes o attolons.

Aunque el *Dolly-Hope* hubiera podido hacer su provisión de agua en algunas horas en la aguada de la isla, prolongó su escala en esta durante cinco días. Embarcado en la chalupa del buque, el capitán Ellis recorrió aquellos lugares, pudiendo convencerse de que desde los últimos cuatro años ningún barco se había perdido en los escollos. Halláronse algunos restos en los islotes Mulgrave; pero eran troncos de abetos, de palmeras, de bambúes, arrastrados por las corrientes de norte y sur, y de los cuales se sirven los habitantes para construir sus piraguas. El capitán Ellis supo de labios del gobernador de la isla de Otia que, desde 1872, sólo había que mencionar la pérdida de un buque destrozado en los atolones del este, y era un bergantín de nacionalidad inglesa, cuya tripulación había podido repatriarse ulteriormente.

Después de haber abandonado el archipiélago de las Marshall, el *Dolly-Hope* siguió su rumbo hacia las Carolinas. Al pasar desatraco su chalupa en la isla Oualam, cuya exploración no dio resultado. El 3 de septiembre emprendió la travesía del vasto archipiélago que se extendía entre los 12° de latitud norte y el 3° de latitud sur, por una parte, y por otra entre los 129° de longitud este y los 170° de longitud oeste, o sea doscientas veinticinco leguas de norte a mediodía de ambos lados del ecuador, y cerca de mil leguas de oeste a este.

El *Dolly-Hope* permaneció tres meses en los mares de las Carolinas, suficientemente conocidas desde que los trabajos de Lükte, el valiente navegante ruso, completaron los de los franceses Duperrey y Dumont d'Urville. Hubo necesidad de todo este tiempo para visitar sucesivamente los principales grupos que forman este archipiélago, y que son: las Péliou, Dangereuses-Matelotes, Mártires, Saavedra, Sonsorol, Mariera, Anna, Lord-North, etcétera.

El capitán Ellis había tomado como centro de sus operaciones *Yap* o *Gouap*, que pertenece al grupo de las Carolinas propiamente dichas, y que comprende cerca de quinientas islas. El buque de vapor dirigió sus pesquisas hasta los puntos más alejados. Este archipiélago había sido teatro de numerosos naufragios, entre otros, el del *Antílope* en 1793, y el acaecido al capitán americano Barnard entre las islas Moriz y Lord North en 1832.

Durante el período del que hablamos, la adhesión de la tripulación del *Dolly-Hope* no se desmintió un momento, sin que ninguno de aquellos valientes vacilase ante el peligro ni ante las fatigas de aquella navegación

por medio de infinitos arrecifes, entre aquellos estrechos pasos, cuyas profundidades se hallan erizadas de excrecencias coralígenas. A estos peligros se unía el ocasionado por el mal tiempo, que empezaba a dejarse sentir en aquellos parajes, donde los vientos se desencadenan con horrible impetuosidad, y en donde son tan numerosos los siniestros.

Todos los días, los botes del *Dolly-Hope* registraban las pequeñas ensenadas de aquellos sitios, en cuyos fondos las corrientes podían haber arrojado algún fragmento del *Franklin*. Los marineros cuidaban, al desembarcar, de ir bien pertrechados de armas, porque no se trataba de investigaciones parecidas a las que se hicieron para encontrar al almirante *Franklin* sobre tierras desiertas en las comarcas árticas; las islas que inspeccionaban ahora estaban en su mayor parte habitadas, y el cargo del capitán Ellis consistía sobre todo en seguir el procedimiento empleado por Entrecasteaux, cuando registró los atolones, donde se suponía debió perderse La Pérouse. Era necesario relacionarse con los indígenas. La tripulación del *Dolly-Hope* fue acogida con manifestaciones hostiles por alguna de aquellas hordas que eran poco hospitalarias, produciéndose a veces agresiones que fue preciso rechazar con la fuerza. Dos o tres marineros recibieron heridas, que felizmente no tuvieron consecuencias.

Desde este archipiélago de las Carolinas, el capitán Ellis escribió a mistress Branican sus primeras cartas, conducidas por buques que iban con rumbo a América. Pero estas cartas no contenían nada referente a las huellas del *Franklin* ni de sus naufragos. No habiéndose obtenido resultado en las investigaciones practicadas en las Carolinas, el capitán pensaba continuarlas al oeste comprendiendo la Malasia en toda su extensión. Allí había probabilidades más fundadas de encontrar a los sobrevivientes del naufragio, tal vez sobre alguno de aquellos numerosos islotes de los cuales apenas hablan los trabajos hidrográficos, ni aun después de los tres reconocimientos practicados en aquella parte del Pacífico.

El día 2 de diciembre, el *Dolly-Hope* llegó a la isla de Luzón, también llamada Manila, situada a setecientas millas al oeste de las Carolinas. Dicha isla, una de las mayores de las Filipinas, es, en opinión de los geógrafos, la más importante de los archipiélagos malayos, e incluso de toda Oceanía. Este grupo, descubierto por Magallanes en 1521, se extiende desde el 5° al 21° de latitud norte y desde el 14° al 123° de longitud oeste.

El *Dolly-Hope* no hizo más que descansar en este sitio. ¿Cómo admitir que el *Franklin* se hubiera elevado tanto en los mares de China, dirigiéndose a Singapur? Por esta razón el capitán Ellis decidió establecer su centro de operaciones en la isla Mindanao, al sur del archipiélago, es decir, en el mismo derrotero que debía haber seguido el capitán John Branican para pasar al mar de Java.

El *Dolly-Hope* echó ancla en la costa sudoeste, en el puerto de Zamboanga, residencia del gobernador de quien dependen los tres alcaldes de la isla.

Mindanao comprende dos partes: una española y otra independiente, regida por un sultán que tiene su residencia en Selangán.

Era preciso, pues, que el capitán Ellis tomara sus primeros informes acerca de las indicadas autoridades, para proporcionarse noticias de un naufragio del que hubiese podido ser teatro el litoral de Mindanao. Todos se pusieron incondicionalmente a su disposición. Pero de sus investigaciones resultó que, por lo que hacía relación a la región española, desde hacía cinco años no se había registrado siniestro marítimo alguno.

En la parte independiente de la isla, habitada por los mindanayos, los caragos, los lutas, los subanis y otras muchas hordas salvajes consideradas como caníbales, las investigaciones ofrecían más dificultad, por el interés que estas hordas tienen en ocultar cuantos desastres ocurren. También se encuentran allí muchos corsarios que, con sus ligeras embarcaciones armadas de falconetes, apresan a los buques mercantes arrojados sobre aquel litoral por los vientos del oeste y, una vez en su poder, los destruyen. Era muy posible que de haber corrido esta suerte el *Franklin*, el gobernador no hubiese tenido conocimiento de ello. Los únicos informes que pudo dar respecto a la porción de la isla sometida a su autoridad, fueron, desde luego, considerados insuficientes.

El *Dolly-Hope*, pues, tuvo que desafiar aquellos mares tan duros y peligrosos en la estación de invierno. Se hicieron desembarcos en diversos puntos de la costa, y los marineros se aventuraron en aquellos admirables bosques de tamarindos, bambúes, ébanos negros, caobos salvajes, madera de hierro, mangles, que constituyen una de las mayores riquezas de Filipinas. En medio de los fértiles campos, donde se ven mezclados los productos de las zonas templadas y tropicales, el capitán

Ellis y sus hombres visitaron algunas aldeas en las que esperaban encontrar indicios, restos de algún naufragio, prisioneros retenidos por las tribus malayas; pero sus investigaciones resultaron infructuosas, y el *steamer* viose obligado a regresar a Zamboanga, muy combatido por los fuertes temporales, habiendo escapado milagrosamente de los arrecifes sumergidos de aquellos parajes.

La exploración del archipiélago filipino duró menos de dos meses y medio, porque además de las principales islas de Luzón y Mindanao, había tenido que detenerse en otras de menos importancia como Mindoro, Leyte, Samar, Panay, Negros, Cebú, Masbate, Palawan, Catanduanes, etc.

Después de haber registrado las Basilán, al sur de Zamboanga, el capitán Ellis se dirigió al archipiélago de Joló, donde arribó el 25 de febrero del año 1880.

Joló era un verdadero nido de piratas, en el que los indígenas pululan en medio de estas numerosas islas, cubiertas de una confusión de juncos, diseminados entre la extremidad sur de Mindanao y el norte de Borneo. Sólo un puerto es frecuentado alguna vez por los buques que atraviesan el mar de China y las dársenas de la Malasia, situado entre la isla principal que le ha dado nombre; este puerto es Bevuan.

En él hizo escala el *Dolly-Hope*, pudiendo establecer algunas relaciones con el sultán y los datous, que gobiernan una población de seis o siete mil habitantes. Como el capitán Ellis no escatimaba regalos, ni en dinero ni en especie, pronto le pusieron los indígenas sobre la pista de algunos naufragios de los que aquellas islas, rodeadas de corales y madréporas, habían sido teatro.

Mas entre los despojos encontrados no se reconoció ninguno que hubiera podido pertenecer al *Franklin*. Además, los náufragos habían perecido, o se habían repatriado.

La nueva provisión de carbón que el *Dolly-Hope* había hecho en Mindanao tocaba a su fin, ya muy aligerad: al acabar su navegación a través de los laberintos del archipiélago de Joló. Le quedaba, no obstante, suficiente combustible para pasar al mar de las Célebes y dirigirse hacia las islas Maratoubas para alcanzar Bandger-Massing, puerto situado al sur de Borneo.

El capitán Ellis, pues, lanzóse por aquella dársena cerrada como un lago, por una parte por las islas malayas, y por otra por un círculo de islotes. El mar de las Célebes está mal defendido, a pesar de estos obstáculos naturales, contra el furor de las tempestades. Y, si bien pueden elogiarse los esplendores de aquellas aguas, en las que hormigueaban zoófitos de brillantes colores y moluscos de mil especies, si la fantasía de los navegantes puede llegar a compararla con un parterre de flores marinas, sin embargo, los tifones que allí azotan hacen sombra a tan maravilloso cuadro.

El *Dolly-Hope* tuvo la prueba de ello en la noche del 28 al 29 de febrero. Durante el día, el viento había ido refrescando gradualmente, y aunque al caer la tarde fue disminuyendo, compactos nubarrones de tonos lívidos y amontonados en el horizonte hacían presagiar una noche tormentosa.

Hacia las once, el viento que había reinado durante el día transformóse en un violento huracán, y el mar se desencadenó con extraordinaria impetuosidad.

El capitán Ellis, temiendo por la máquina del *Dolly-Hope*, quiso prevenir todo accidente que pudiera comprometer la expedición, y temporejó, de manera que no hubiera necesidad de esforzar el trabajo de la hélice para que su barco fuese sensible a la acción del timón.

No obstante estas precauciones, se desencadenó el tornado con gran intensidad; las olas rompían con tanta violencia, que el *Dolly-Hope* no pudo evitar formidables golpes de mar. En muchas de estas súbitas guiñadas del barco, el agua se precipitó en grandes masas sobre la cubierta, abriendo las escotillas y acumulándose en la bodega. Pero los tableros resistieron e impidieron que el agua inundase la caldera y la máquina. Esto fue muy favorable, porque, de apagarse sus fuegos, el *Dolly-Hope* habría quedado a merced de los vientos, y ya ingobernable por los costados, hubiérase visto perdido.

En aquellas circunstancias críticas, la tripulación mostró tanto valor como sangre fría, secundando valientemente los esfuerzos de los oficiales y del capitán. Éste, en verdad, había puesto gran cuidado para elegir su gente entre los marineros de San Diego. El barco, pues, salvóse merced a la habilidad y precisión de sus maniobras.

Después de quince horribles horas de tormenta, el mar se calmó, y cuando



ya se iban acercando a la isla de Borneo, la tempestad había desaparecido. En la mañana del 2 de marzo el *Dolly-Hope* divisó las islas Maratoubas.

Estas islas, que geográficamente dependen de Borneo, fueron objeto de las exploraciones más minuciosas que se realizaron durante la primera quincena del referido mes. Merced a algunos presentes, los jefes de las hordas se prestaron a las exigencias de la investigación. Pero como estos parajes de Malasia están infestados de piratas, había el temor de que el capitán John Branican y su gente hubiesen sido asesinados.

Un día, hablando de esta posibilidad con el segundo de a bordo, el capitán Ellis le dijo:

—Es muy posible que la pérdida del *Franklin* sea debida a un ataque de esta índole. Esto explicaría por qué hasta aquí no hemos descubierto ningún indicio de naufragio. Estos piratas no se vanaglorian de sus hazañas. Cuando desaparece un buque, se echa la culpa a los tifones... ¡y he ahí todo!

—Tenéis razón, capitán. No faltan piratas en estos mares, y será preciso que redoblemos la vigilancia al pasar el estrecho de Makassar.

—Indudablemente, pero nos hallamos en mejores condiciones que en las que se encontraba John Branican para escapar de esos miserables. Con vientos irregulares y cambiantes, un velero no puede maniobrar a voluntad. Pero, mientras nuestra máquina funcione, no serán las embarcaciones malayas las que puedan alcanzarnos. Sin embargo, recomiendo la vigilancia más completa.

El *Dolly-Hope* embocó el estrecho de Makassar, que separa el litoral de Borneo de las Célebes. Durante dos meses, o sea desde el 15 de marzo al 15 de mayo, y después de haber renovado su provisión de carbón en el puerto de Damaring, el capitán Ellis registró todas las dársenas de la parte este.

La isla Célebes, descubierta por Magallanes, tiene una extensión de ciento noventa y dos leguas de longitud por veinticinco de latitud. Está trazada de tal manera que algunos geógrafos la han comparado con una tarántula, cuyas enormes patas están representadas por pequeñas penínsulas. La belleza de sus paisajes, la riqueza de sus productos, la favorable

disposición de sus montañas, la igualan a la soberbia Borneo. Pero sus múltiples costas recortadas ofrecen tantos refugios a la piratería, que la navegación por el estrecho es realmente peligrosa.

A pesar de esto, el capitán Ellis realizó su obra con la mayor exactitud. En tanto que sirviéndose de los botes del buque visitaba las dársenas, no dejaba extinguir el fuego de las calderas del *Dolly-Hope*, dispuesto para volver al barco a la menor señal de peligro.

Al aproximarse a la parte meridional del estrecho, el *Dolly-Hope* pudo navegar con más seguridad. Aquella parte de la isla Célebes está bajo el dominio de Holanda. La capital de estas posesiones es Makassar, Wlaardingen en otro tiempo, defendida por Rotterdam. El 17 de mayo el capitán hizo escala en este punto, a fin de dar algo de reposo a su gente y reponer el combustible del barco. Si bien no pudo descubrir nada que le pusiera sobre las huellas de John Branican, en este puerto tuvo una noticia muy importante respecto al derrotero que debía de haber tomado el *Franklin*: hacia el 3 de mayo de 1875, había sido visto a diez millas de Makassar y con rumbo al mar de Java. Se tenía, pues, la certeza de que no había perecido en los mares de Malasia. Y era más lejos de Célebes y de Borneo, es decir, en el mar de Java, donde había que ir en busca de sus huellas, continuando hasta Singapur.

El capitán escribió desde este punto a mistress Branican, dándole detallada noticia de todo y reiterándole su promesa de tenerla al corriente de sus investigaciones, que habían ahora de localizarse en el mar de Java y las islas de la Sonda.

Porque convenía que el *Dolly-Hope* no traspasase el meridiano de Singapur, término de su campaña hacia el oeste. A la vuelta completaría la obra recorriendo las orillas meridionales del mar de Java y las islas que lo limitan; y después, dirigiéndose a través de las Molucas, volvería al océano Pacífico o a la tierra americana.

El *Dolly-Hope* zarpó de Makassar el 23, atravesó la parte inferior del estrecho que separa la isla Célebes de la isla Borneo, yendo a hacer escala en Bandger-Massing. Allí reside el gobernador de la isla de Borneo, o Kalimantan, si le hemos de dar su verdadero nombre geográfico. En este punto se compulsaron minuciosamente los registros de marina; nada había referente al *Franklin*, ni que se le hubiese visto por aquellos parajes. Esto no tenía nada de extraño, en la suposición de que hubiera pasado de largo

el mar de Java.

Diez días después, el capitán Ellis tomó rumbo al sudoeste, yendo a anclar al puerto de Batavia, en la extremidad de aquella inmensa isla de Java, de origen esencialmente volcánico y casi siempre coronada con las llamas de sus numerosos cráteres...

Bastaron algunos días para que la tripulación rehiciera sus provisiones en aquella gran ciudad, capital de las posesiones holandesas de Oceanía. El gobernador general, a quien las correspondencias marítimas habían puesto al corriente de los esfuerzos de mistress Branican para encontrar a los naufragos del *Franklin*, recibió al momento al capitán Ellis, pero sin que desgraciadamente pudiese darle informe alguno sobre el destino del *Franklin*. La opinión general de los marineros de Batavia era que la goleta americana, sorprendida por algún tornado y a falta de todo amparo, habría zozobrado. Como prueba de esta opinión, se citaba el nombre de algunos barcos perdidos en el primer semestre de 1875, y de los cuales el mar no había devuelto resto alguno a la costa.

Después de haber abandonado Batavia, el *Dolly-Hope*, dejando a babor el estrecho de la Sonda, que comunica el mar de Java con el de Timor, divisó las islas de Billitow y de Bangka. En otro tiempo, las cercanías de aquellas islas estaban infestadas de piratas, y los barcos que iban allí a cargar minerales de hierro y estaño, sólo a costa de grandes esfuerzos se libraban de sus ataques. Pero la policía marítima ha acabado por destruirlos, y no era fácil que el *Franklin* y su tripulación hubieran sido víctimas de sus agresiones.

El *Dolly-Hope* continuó con rumbo hacia el noroeste, visitando las islas del litoral de Sumatra, pasando por la península de Malaca y llegando a la isla de Singapur en la mañana del 27 de junio, después de una travesía retrasada por los vientos contrarios.

La necesidad de hacer algunas reparaciones en la máquina obligó al capitán a permanecer quince días en el puerto, que está situado al sur de la isla. A pesar de su poca extensión, esta posesión, de tanta importancia desde el punto de vista de su comercio con Europa y América, ha llegado a ser una de las más ricas del Extremo Oriente, desde el día en que los ingleses fundaron su primera factoría en 1818.

Ya sabemos que antes de ir a Calcuta el *Franklin* debía entregar en

Singapur parte de su cargamento por cuenta de la casa Andrew, así como también que la goleta americana no había pasado por allí. Y, sin embargo, el capitán Ellis quiso aprovechar su permanencia en Singapur para obtener noticias relativas a los siniestros acaecidos en el mar de Java durante los últimos años.

Ahora bien, en el supuesto de que el *Franklin* hubiera sido visto a la altura de Makassar, y de que no hubiera llegado a Singapur, era preciso admitir la posibilidad de un naufragio entre estos dos puntos, a no ser que el capitán John Branican hubiera abandonado el mar de Java, saliendo por uno de los estrechos que separan las islas de la Sonda para bajar hacia el mar de Timor. Pero... ¿qué razón había para esto, estando como estaba consignado a Singapur? El cambio de ruta era inadmisibile.

Las noticias suministradas respecto a los desastres acaecidos desde los últimos cinco o seis años en el mar de Java habían dado resultados negativos. En vista de ello, el capitán Ellis juzgó oportuno despedirse del gobernador de Singapur para regresar a América.

El 25 de agosto se prepararon para darse a la vela con un tiempo muy tempestuoso. El calor era excesivo, propio de aquel mes y de aquella parte de la zona tórrida, solamente situada a algunos grados debajo del ecuador. Durante las últimas semanas de este mes, el *Dolly-Hope* fue muy combatido por los temporales. Esto no obstante, al pasar por las islas de la Sonda no dejó punto alguno sin explorar. Visitó sucesivamente la isla de Madura, una de las veinte regencias de Java; Bali, una de las posesiones más comerciales de aquellas; Lombok y Sumbawa, cuyo volcán de Tombovo amenazaba entonces con una erupción tan desastrosa como la de 1815.

Entre estas islas se abren infinitos estrechos que dan paso al mar de Timor. El *Dolly-Hope* debía, pues, marchar con gran precaución para evitar las corrientes, de gran impetuosidad en aquella parte, que arrastran los buques hacia el oeste, sitio peligroso porque en esta parte es donde se desencadena el terrible monzón. Se comprende, pues, el gran riesgo que los barcos corren en las travesías por aquellos mares, y, sobre todo, los veleros, que no tienen bastante fuerza de locomoción. De aquí esas catástrofes frecuentes en el interior de la zona malaya.

Desde la isla de Flores, el capitán Ellis siguió, aunque inútilmente, la cadena de islas que cierra al sur el mar de las Molucas. Después de tantas

decepciones, no es extraño que la tripulación empezase a desconfiar del éxito de la empresa. Sin embargo, hasta que la exploración terminase, no había por qué renunciar a toda esperanza. Era posible que el capitán John, al abandonar Mindanao, en vez de descender por el estrecho de Makassar, hubiese atravesado el archipiélago y el mar de las Molucas para llegar al mar de Java y divisar la isla Célebes. No obstante, pasaba el tiempo, y en el diario de a bordo no constaba nada sobre la suerte del *Franklin*. Ni en Timor, ni en los tres grupos que forman el archipiélago de las Molucas, el de Amboina, residencia del gobernador general, que comprende Ceram y Buru, el de Banda y el de Gilolo, fue posible adquirir noticias de algún buque perdido entre aquellas islas, en la primavera de 1875. Desde el 23 de septiembre, fecha de la llegada del *Dolly-Hope* a Timor, hasta el 27 de diciembre, cuando llegó a Gilolo, se habían practicado innumerables pesquisas, a las cuales los holandeses se prestaron de buen grado; pesquisas que no arrojaron luz alguna sobre aquella catástrofe.

El *Dolly-Hope* había, pues, terminado su expedición. En aquella isla Gilolo, la más importante de las Molucas, concluía el círculo que el capitán Ellis se había propuesto seguir en la Malasia. La tripulación tuvo entonces algunos días de descanso, que tanto necesitaba, y, sin embargo, ¡qué cosa no hubiesen intentado aquellos bravos marineros, aun a costa de mayores peligros, si por fortuna se hubiese presentado un nuevo indicio!

Ternate, la capital de la isla de Gilolo, que domina el mar de las Molucas y donde reside un representante holandés, proveyó al *Dolly-Hope* de víveres y carbón para su viaje de retorno. Allí acabó aquel año 1881, el sexto transcurrido desde la desaparición del *Franklin*.

El capitán Ellis se hizo a la mar en la madrugada del 9 de enero, con rumbo al nordeste. Era la época de la mala estación; la travesía fue penosa, y retardada por los vientos contrarios. El 23 de enero el *Dolly-Hope* fue visto por los semáforos de San Diego.

Aquella campaña de la Malasia había durado diecinueve meses. Y, a pesar de los esfuerzos del capitán Ellis y de la adhesión de su tripulación, el secreto del *Franklin* continuaba en la misteriosa profundidad de los

mares.

## XII. Un año más

Las cartas que mistress Branican había recibido durante el tiempo que duró la expedición, no le permitían abrigar esperanza de que el éxito coronase aquella tentativa, y mucho menos después de la última de aquellas, en la que se le participaban las investigaciones que el capitán Ellis practicaba en las Molucas.

Al saber que el *Dolly-Hope* estaba a la vista de San Diego, mistress Branican, acompañada por el señor Andrew, fue al puerto, y apenas echó anclas el *steamer*, ambos se hicieron conducir a bordo.

En la actitud del capitán Ellis y de su gente se revelaba claramente que la segunda campaña realizada no había tenido más suerte que la primera.

Mistress Branican, después de haber estrechado la mano del capitán, se dirigió hacia los tripulantes, tan fatigados por aquel penoso viaje, y les dijo con voz firme:

—¡Capitán Ellis, amigos míos, os doy infinitas gracias...! ¡Habéis hecho lo que yo esperaba de vosotros! El éxito no ha coronado vuestros esfuerzos, pero ¿desesperáis por eso? ¡Yo no...! ¡No desespero de encontrar a John y a sus compañeros del *Franklin*...! Mi esperanza está en Dios... ¡Él la realizará!

Estas palabras fueron pronunciadas con tal seguridad, revelaban tan rara energía, decían tan resueltamente que mistress Branican no perdería nunca la fe, que su convicción hubiera debido pasar a todos los corazones. Mas, si bien se la escuchó con todo el respeto debido a su actitud, nadie puso en duda la pérdida del *Franklin* y de su tripulación.

Y, sin embargo, ¡quién sabe si hubiese sido mejor participar de aquella intuición especial de que está dotada la mujer! El hombre se fija sólo en los hechos y sus consecuencias, mientras que a veces la mujer vislumbra más claramente el porvenir, gracias a sus cualidades intuitivas. Es esta una especie de instinto genial que la guía y le da cierta presciencia de las

cosas... ¿Quién sabe si mistress Branican no tendría algún día razón, contra la opinión general?

El señor Andrew y ella pasaron después al comedor de oficiales del *Dolly-Hope*, donde el capitán Ellis les dio detallada cuenta de su expedición. Los mapas de la Polinesia y de la Malasia, extendidos sobre la mesa, permitían seguir con la vista el derrotero del *steamer*, sus escalas en los diversos puntos explorados, las observaciones recogidas en los principales puertos y lugares de aquellas regiones, y las pesquisas practicadas en aquellos islotes e islas, con minuciosa perseverancia e infatigable celo.

Después, para terminar, dijo:

—Permitidme ahora, mistress Branican, llamar más especialmente vuestra atención sobre esto: la última vez que se avistó al *Franklin* fue en la punta sur de Célebes, el 3 de mayo de 1875, unas siete semanas después de su partida de San Diego, y desde esta fecha nadie lo ha visto en parte alguna. Ahora bien, puesto que no ha llegado a Singapur, es indudable que la catástrofe se ha producido en el mar de Java. ¿Cómo...? No hay más que dos hipótesis: la primera, que el *Franklin* ha zozobrado o perecido en alguna colisión sin dejar rastro; la segunda, que ha sido destrozado contra los escollos, o destruido por los piratas malayos, y, en estos dos últimos casos, hubiésemos debido encontrar algunos restos. Pero, a pesar de nuestras pesquisas, no hemos podido hallar la prueba material de la destrucción del *Franklin*.

La conclusión que de aquella argumentación se desprendía era que no quedaba más remedio que admitir uno de los dos casos de la primera hipótesis, atribuyendo la pérdida del buque a haberse desencadenado alguno de aquellos tornados tan frecuentes en los mares malayos. Pero el segundo caso de esta hipótesis, o sea el de una colisión, tampoco podía ser admitido, porque se hubieran tenido noticias del barco que abordara el *Franklin*, y tarde o temprano el secreto del encuentro habría sido conocido. No debía, pues, abrigarse esperanza alguna.

Así lo comprendía el señor Andrew, y bajaba tristemente la cabeza ante la mirada de mistress Branican, que no cesaba en sus preguntas.

—¡No...! —dijo ella al fin—. ¡El *Franklin* no ha zozobrado...! ¡No...! ¡John y su tripulación no pueden haber perecido...!



Y en vista de esta insistencia, le fue preciso al capitán Ellis referirle todos los detalles del caso. Dolly no se convencía por esto, y continuaba preguntando y discutiendo, sin ceder un ápice de su idea.

La conversación se prolongó tres horas más, y cuando mistress Branican se disponía a despedirse del capitán Ellis, este le preguntó si pensaba desarmar el *Dolly-Hope*.

—De ninguna manera, capitán —respondió—, y sentiría mucho que vos y vuestra tripulación tuvierais intención de abandonarlo. ¿Puede afirmarse que no aparecerán nuevos indicios, los suficientes como para intentar una nueva expedición? Si vos consintieseis en continuar con el mando del *Dolly-Hope*...

—Con mucho gusto, mistress —respondió el capitán Ellis—. Pero dependo de la casa Andrew, y pudiera tener necesidad de mis servicios...

—No os detenga tal consideración, querido Ellis —dijo el señor Andrew—. Yo estoy conforme en que continuéis a disposición de Dolly, puesto que ella lo desea.

—Entonces, señor Andrew, mi tripulación y yo no abandonaremos el *Dolly-Hope*...

—Y yo os ruego, capitán —dijo Dolly—, que le conservéis siempre en disposición de hacerse a la mar a cualquier hora.

El consentimiento prestado por el armador no significaba más que sus deseos de complacer a Dolly. Pero tanto él como el capitán no dudaban de que esta renunciaría a una segunda expedición, en vista de los inútiles resultados de la primera. Aunque el tiempo no consiguiese debilitar en Dolly el recuerdo de la catástrofe, acabaría al menos por extinguir en ella todo resto de esperanza.

Obedeciendo, pues, a la voluntad de mistress Branican, el *Dolly-Hope* no fue desarmado, y el capitán Ellis y sus hombres continuaron en sus puestos respectivos, como si aún se hallasen navegando. Después de diecinueve meses de navegación por los procelosos mares de la Malasia, era necesario hacer importantes reparaciones; había que carenar el casco, renovar el aparejo, poner calderas nuevas y cambiar algunas piezas de la máquina. Cuando se terminaron estos trabajos, el *Dolly-Hope* se avitualló,

hizo provisión de carbón, y quedó en estado de hacerse a la mar.

Mistress Branican había recobrado su vida habitual en *Prospect-House*, sin tener intimidad con otras personas que el señor Andrew y el capitán Ellis. No vivía más que de recuerdos y esperanzas, sin apartar de su pensamiento la doble desgracia de la que era víctima. El pequeño Wat hubiera tenido entonces siete años, la hermosa edad en la que los primeros destellos de razón iluminan esos cerebros tan impresionables..., ¡y el pequeño Wat no existía! Después, Dolly llevaba su pensamiento hacia Zach Fren, aquel valiente que había arriesgado la vida por ella, y que no estaba todavía de vuelta en San Francisco. Pero no podía tardar mucho. Los anales de la marina habían dado cuenta repetidas veces del *Californian*, y, sin duda, antes de terminar el año 1881 regresaría al puerto de partida. Cuando esto sucediera, mistress Branican llamaría a Zach Fren y le pagaría su deuda de gratitud, asegurando su porvenir.

Entretanto, mistress Branican auxiliaba a las familias víctimas de la pérdida del *Franklin*. Y si alguna vez salía de *Prospect-House* y descendía a los barrios bajos de la villa, era solamente para visitar sus modestas viviendas, para prestarles sus cuidados, para hacer obras de caridad. Su generosidad se manifestaba en todas las formas, preocupándose tanto de las necesidades materiales de sus protegidos como de las morales. En los primeros meses de aquel año consultó con el señor Andrew un proyecto que trataba de poner en práctica: la fundación de un hospicio del que quería dotar a San Diego, destinado a recoger a los niños abandonados, a los huerfanitos de padre y madre.

—Señor Andrew, dijo el armador. —En recuerdo de mi hijo quiero dedicarme a esta fundación y proveerla de los medios necesarios para su conservación. No dudo de que John, a su regreso, aprobará mi idea. ¿Qué mejor empleo podríamos dar a nuestra fortuna?

El señor Andrew, no teniendo objeción que hacer, se ofreció a mistress Branican para todas las diligencias necesarias para la fundación de aquel establecimiento. Ciento cincuenta mil dólares debían emplearse para la adquisición de un inmueble conveniente y para retribuir anualmente los diversos servicios.

El pensamiento de Dolly fue realizado con prontitud, gracias a la ayuda que le prestó el Municipio.

Como la construcción hubiera sido tarea para mucho tiempo, se adquirió un vasto edificio, situado en buenas condiciones higiénicas en la parte alta de San Diego, hacia Old Town. Un hábil arquitecto puso el edificio en disposición de servir para el objeto al que se destinaba, consiguiendo dejarlo en condiciones de alojar cincuenta niños, con el personal suficiente para su cuidado e instrucción. Rodeado de un gran jardín cubierto de hermosos árboles, cruzado por arroyuelos, ofrecía, en lo concerniente a la higiene, los sistemas reclamados por la experiencia.

El 19 de mayo, este hospicio, que recibió el nombre de *Wat-House*, fue inaugurado en medio del general aplauso de la ciudad, que quiso en aquella ocasión demostrar a mistress Branican su extraordinaria simpatía. Sin embargo, la caritativa mujer no asistió a la ceremonia, y no abandonó su chalé. Pero una vez que hubo algunos niños recogidos en *Wat-House*, ella iba a visitarlos cada día con cariño maternal. Los niños podían hasta la edad de doce años permanecer en el hospicio. Cuando lo permitía la edad, se les enseñaba a leer y escribir, procurando siempre darles educación moral y religiosa, al mismo tiempo que enseñarles un oficio, que variaba en consonancia con las aptitudes de cada uno. Los que pertenecían a familias de marineros y mostraban predilección por el mar, eran embarcados en calidad de grumetes. Y parecía que Dolly experimentaba por estos últimos una afección más directa, en recuerdo, sin duda, de su esposo.

A fines de 1881 no había llegado ninguna noticia relativa al *Franklin* a San Diego ni a ninguna otra parte. Por más que habían ofrecido considerables premios al que descubriese el más ligero indicio, no fue posible lanzar al *Dolly-Hope* a una segunda expedición. Y, sin embargo, mistress Branican no desesperaba. ¡Quién sabe si lo que no había ocurrido en el año 1881 ocurriría en 1882...!

Entretanto, ¿qué había sido del matrimonio Burker? ¿En qué lugar se había refugiado Len Burker para ponerse a salvo de las órdenes dictadas contra él? La policía había acabado por abandonar toda pesquisa relacionada con este particular, y mistress Branican debía renunciar a saber lo acaecido a Jane, a pesar de causarle profunda y triste impresión la suerte de su infortunada prima. El no haber recibido carta alguna de Jane le llenaba de asombro, pensando que aquella podía haberlo hecho sin comprometer la seguridad de su marido. ¿Ignoraban, pues, los dos que Dolly, apenas recobrada su razón, había enviado un buque en busca de su

esposo, y que esta expedición no había dado resultado? Esto era inadmisibles, puesto que los periódicos de ambos mundos habían seguido las diversas fases de aquella empresa. ¿Podía, pues, creerse que Len y Jane Burker no hubieran tenido conocimiento de ello? Tampoco debían ignorar el cambio de fortuna operado en mistress Branican por la muerte de su tío, y que esta se encontraba, por lo tanto, en situación de prestarles ayuda, máxime teniendo en cuenta la difícil posición del matrimonio. Y a pesar de todo esto, ni uno ni otra habían pensado en mantener correspondencia con ella.

Enero, febrero y marzo habían transcurrido, y ya parecía que el año 1882 no iba a traer modificación alguna en el actual estado de cosas, cuando sobrevino una circunstancia llamada a arrojar alguna luz sobre la catástrofe del *Franklin*.

El 27 de marzo, el *steamer Californian*, a bordo del cual estaba el marinero Zach Fren, ancló en la bahía de San Francisco, después de un largo viaje por los mares de Europa.

En cuanto mistress Branican tuvo conocimiento de la vuelta de este buque, escribió a Zach Fren, entonces contramaestre a bordo del *Californian*, invitándole a partir inmediatamente para ir a verla a San Diego.

Como Zach Fren tenía precisamente intención de volver a su ciudad natal a fin de descansar en ella algunos meses, respondió que en cuanto pudiese desembarcar iría a San Diego, y que su primera visita sería a *Prospect-House*. Esto era cuestión de unos días.

Al mismo tiempo se esparció una noticia que, de confirmarse, tendría gran resonancia en los Estados de la Confederación. Se decía que el *Californian* había recogido un resto que verosímilmente provenía del *Franklin*... Un periódico de San Francisco añadía que el *Californian* había encontrado aquel resto al norte de Australia, en los parajes comprendidos entre el mar de Timor y el de Arafura, a lo largo de la isla de Melville, al oeste del estrecho de Torres.

Desde el momento en que esta noticia llegó a San Diego, el señor Andrew y el capitán Ellis, conocedores de ella por parte telegráfico, se apresuraron a ir a *Prospect-House*.

A la primera palabra que se le dijo respecto al caso, mistress Branican

tornóse pálida, y, con aquel tono que denotaba en ella una convicción absoluta, dijo:

—¡Tras este resto encontraremos al *Franklin*, y tras el *Franklin* a John y a sus compañeros!

En realidad, el hallazgo de aquel resto era un hecho de suma importancia.

Por fin se había encontrado algo del barco perdido. Dolly ya poseía un eslabón de aquella cadena que enlazaba el presente con el pasado.

Inmediatamente, hizo llevar un mapa de Oceanía, y después el capitán Ellis y el señor Andrew debían tratar el modo de realizar una nueva expedición. Dolly quería que este punto se resolviese acto seguido.

—De forma —observó el señor Andrew—, ¿que no había hecho rumbo a Singapur, atravesando las Filipinas y Malasia?

—¡Pero eso es imposible! —respondió el capitán Ellis.

—Sin embargo —repuso el armador—, de seguir ese itinerario, no se hubiese encontrado ese resto en el mar de Arafura, al norte de la isla de Melville.

—No me lo explico —dijo el capitán—. Lo que sé es que el *Franklin* ha sido visto al pasar por el sudoeste de la isla Célebes, después de haber salido del estrecho de Makassar. Por lo tanto, si ha pasado por el estrecho es porque venía del norte y del este. ¡No ha podido, pues, dirigirse por el estrecho de Torres!

Discutióse ampliamente este punto, conviniendo, por fin, en que el capitán Ellis tenía razón.

Mistress Branican escuchaba las objeciones y las respuestas sin hacer observación alguna. Pero la contracción de su frente indicaba con qué tenacidad rehusaba dar como segura la pérdida de John. ¡No! ¡No podía creerlo en tanto que no tuviese pruebas materiales de su muerte!

—Pienso como vos, querido Ellis, que el *Franklin* ha debido atravesar el mar de Java con rumbo a Singapur.

—Hay que convenir al menos, señor Andrew, en que el buque ha debido

naufragar entre Singapur y la isla Célebes.

—Así lo creo, pero ¿cómo hubiera podido llegar el resto del barco hasta los parajes de Australia, si el *Franklin* se hubiese destrozado contra algún escollo del mar de Java?

—Sólo de una manera puede explicarse —respondió el capitán—, admitiendo que ese fragmento ha sido arrastrado a través del estrecho de la Sonda o de uno de los otros estrechos que separan las islas de los mares de Ti mor y de Arafura.

—¿Van hacia aquel lado las corrientes?

—Sí, señor Andrew, y añadido también que si el *Franklin*, después de alguna tempestad, hubiese quedado desamparado, podía haber sido arrastrado por uno de esos estrechos para ir a perderse sobre los arrecifes, al norte del litoral de Australia.

—En efecto —respondió el señor Andrew—, es la única explicación aceptable. El haberse encontrado un resto del barco, transcurridos seis años desde el naufragio, significa que aquel ha sido arrancado de los escollos sobre los que ha zozobrado el *Franklin*.

Ningún marinero hubiera combatido una hipótesis tan verosímil.

Mistress Branican, cuyas miradas no se apartaban del mapa extendido sobre la mesa, comentó entonces:

—Puesto que, según todas las probabilidades, el *Franklin* ha sido arrojado sobre la costa de Australia, y puesto que no han sido encontrados los sobrevivientes del naufragio, es porque han sido hechos prisioneros por alguna horda indígena...

—Pero eso, querida Dolly, es imposible, porque... —respondió mister William Andrew.

Mistress Branican iba a protestar de la duda que parecía indicar el señor Andrew cuando intervino el capitán, diciendo:

—Falta saber si el fragmento cogido pertenece realmente al *Franklin*.

—¿Lo dudáis? —preguntó Dolly.

—Pronto podremos resolver este punto —respondió el armador—, porque he dado orden de que nos sea remitido el fragmento...

—De todos modos, es preciso —dijo Dolly— que el *Dolly-Hope* esté en condiciones de hacerse a la mar.

Tres días después de esta conversación, el contramaestre Zach Fren, que acababa de llegar a San Diego, se presentó en el chalé de *Prospect-House*.

Zach Fren era un hombre de unos treinta y siete años, de constitución vigorosa y rostro curtido por el aire del mar. Su fisonomía, franca y atractiva, inspiraba confianza; era uno de esos marineros que en seguida se ganan las simpatías de sus compañeros, y que no retroceden ante el peligro.

Mistress Branican le dispensó una acogida tan afectuosa y llena de gratitud, que el valiente marinero no encontraba palabras con que contestar.

—Amigo mío —le dijo Dolly después de dar curso a los primeros desahogos de su corazón—, vos... vos habéis sido quien me salvó la vida, vos quien hicisteis todos los esfuerzos posibles para salvar la de mi hijo... ¿Con qué podré pagaros?

El marinero respondió que no había hecho más que su deber. Un marinero que no se hubiese portado como él no merecería tan honroso nombre... Su única pena era el no haber podido salvar al pequeño Wat. En fin, nada se le debía por aquello. Agradeció mucho a mistress Branican sus buenos deseos, y le pidió permiso para poder visitarla algunas veces, mientras él estuviese en tierra...

—¡Con qué impaciencia os he estado esperando durante estos dos últimos años! Supongo que estaréis a mi lado el día en el que el capitán John regrese...

—¡El día en el que el capitán John vuelva...! —exclamó Zach Fren.

—¿Creéis vos...?

—¿Que ha perecido el capitán John...? ¡No... no lo creo!

—¿Entonces tenéis esperanza...?

—Más que esperanza, mistress Branican... Completa seguridad. ¿Acaso un capitán como mister John se pierde como un sombrerillo que se lo lleva el viento...? Vamos..., ¡eso no se ha visto nunca!

Lo que decía Zach Fren, y la seguridad que su acento revelaba, hacían palpar el corazón de Dolly. No era ella sola la que pensaba que John volvería..., había otro que participaba de sus esperanzas... el mismo que la había salvado. Aquello parecía una indicación de la Providencia.

—¡Gracias, Zach Fren, gracias! No sabéis el bien que me hacéis. ¡Repetidme..., repetidme que el capitán John ha sobrevivido al naufragio...!

—¡Ah, sí..., señora Branican! Ya tendremos la prueba cuando se le encuentre... Y si eso no es una prueba...

Después Zach Fren dio a Dolly detalles sobre las circunstancias en que fue encontrado por el *Californian* el fragmento del barco. Por último, mistress Branican le dijo:

—Zach Fren, estoy decidida a emprender en seguida nuevas pesquisas.

—Bien... y esta vez darán resultado. Y yo tomaré parte en ellas, si lo permitís.

—¿Aceptaréis uniros al capitán Ellis...? —preguntó Dolly.

—¡De todo corazón!

—¡Gracias, Zach Fren...! Estando vos a bordo del *Dolly-Hope*, habrá una probabilidad más de triunfo...

—Así lo creo —respondió Zach Fren— y estoy dispuesto a partir...

Dolly apretó la mano de Zach Fren como la de un amigo. Quizá le extraviase su imaginación, pero se figuraba que el contraamaestre saldría airoso de una empresa en la que otros habían sido vencidos.

Ante todo, y en consonancia con lo expuesto por el capitán Ellis, era preciso obtener la certeza de que el fragmento recogido y llevado por el *Californian*



pertenecía al *Franklin*.

Cumpliendo las órdenes dadas por mister William Andrew, aquel fragmento fue conducido a San Diego mediante el ferrocarril y transportado a los astilleros. Allí se sometió al examen del ingeniero y del maestro que habían dirigido la construcción del *Franklin*.

El fragmento encontrado por la tripulación del *Californian*, a unas diez millas de la costa de la isla Melville, era un trozo de estrave, o más bien de la parte esculpida, digámoslo así, que forma la proa en los barcos de vela. Se hallaba muy deteriorado, no por una larga permanencia en el agua, sino por haber estado expuesto a la intemperie. De aquí la deducción de que había debido permanecer mucho tiempo incrustado en los arrecifes, contra los que el barco se había destrozado, y de los que después, probablemente, por una impetuosa corriente, habría sido arrancado, encontrándolo más tarde los marineros del *Californian*. En cuanto al buque, ¿sería el del capitán John...? Sin duda, porque los restos de escultura, reconocidos en aquel fragmento, eran muy semejantes a los que adornaban la proa del *Franklin*.

Esto fue lo que se dedujo en San Diego, sin que los constructores dudasen de ello. La madera empleada en aquella proa era evidente que provenía de las reservas del astillero. Pudo observarse también la huella de la armadura de hierro que une el espolón con la extremidad del estrave, y los restos de una capa de pintura de color bermellón con filete dorado en un ramo dibujado en la parte delantera.

Así pues, el fragmento encontrado por el *Californian* pertenecía, sin duda, al buque de la casa Andrew, inútilmente buscado en las aguas de Malasia.

Resuelto este punto, era admisible la explicación dada por el capitán Ellis; puesto que el *Franklin* había sido visto en el mar de Java, al sudeste de la isla Célebes, era preciso que algunos días después hubiese sido arrastrado por el estrecho de la Sonda u otros de los que se abren en el mar de Timor o en el de Arafura, para ir a perderse contra el acantilado de la costa de Australia.

Estaba, pues, plenamente justificado el envío de un barco con el objeto de explorar la gran dársena comprendida entre las islas de la Sonda y la costa norte de Australia. ¿Tendría aquella campaña mejor éxito que la de Filipinas, Célebes y Molucas? Así se debía esperar.

Aquella vez, mistress Branican tuvo la idea de formar parte personalmente en la expedición, embarcándose en el *Dolly-Hope*. Pero el capitán Ellis y mister William Andrew, a quienes se unió Zach Fren, consiguieron disuadirla, no sin grandes esfuerzos. Una navegación de esta naturaleza, que tal vez sería muy larga, hubiera podido verse malograda por la presencia de una mujer a bordo.

Excusado es decir que el bravo Zach Fren fue admitido en calidad de contramaestre, y el capitán Ellis tomó sus últimas disposiciones para hacerse a la mar en el plazo más breve posible.

### XIII. Campaña en el Mar de Timor

El *Dolly-Hope* zarpó de San Diego el 3 de abril del año 1882, a las diez de la mañana. A lo largo de la costa de América, el capitán Ellis tomó una dirección más hacia el sudoeste que en la primera campaña, pues pretendía alcanzar lo antes posible el mar de Arafura, pasando el estrecho de Torres, al otro lado del cual había sido encontrado el fragmento de espolón del *Franklin*.

El día 26 de abril se divisaron las islas Gilbert, esparcidas en medio de aquellos parajes donde la calma del viento en el Pacífico, durante aquella parte del año, hacen tan penosa y lenta la navegación para los veleros. Después de haber dejado al norte los dos grupos de Scarborough y de Kingsmill, que componen este archipiélago, situado a ochocientas millas del litoral de California, al sudeste de las Carolinas, el capitán Ellis entró en el grupo de Vanikoro, visible a una distancia de quince leguas merced a la montaña Kapogo, que despunta en el horizonte.

Estas islas, cubiertas de verdor, fértiles en extremo y pobladas de impenetrables bosques en toda su extensión, pertenecen al archipiélago Viti. Están rodeadas de arrecifes madreporicos, lo que constituye un peligro para acercarse a ellas. En aquel punto, como es sabido, fue donde Dumont d'Urville y Dillon encontraron los restos de los barcos de La Pérouse, la *Recherche* y la *Espérance*, que habían salido de Brest en 1791 y que, arrojados sobre los arrecifes de Vanikoro, no debían volver.

Al ver aquella isla y recordar su triste celebridad, apoderóse de los hombres del *Dolly-Hope* un presentimiento muy natural. ¿Habría el *Franklin* corrido la misma suerte que los barcos de La Pérouse? Al igual como Dumont d'Urville y Dillon, ¿no encontraría a su vez el capitán Ellis los restos del barco que buscaba? Y si no descubría el sitio de la catástrofe, ¿permanecería aún en el misterio la suerte del capitán John y sus compañeros?

Doscientas millas más allá, el *Dolly-Hope* atravesó oblicuamente el archipiélago de las Salomón, llamado en otro tiempo Nueva Georgia o

Tierras Arsácidas.

Este archipiélago contiene diez grandes islas, diseminadas en un área de doscientas leguas de longitud y cuarenta de anchura, entre las cuales se encuentran las islas Carteret, conocidas también por el nombre de islas de la *Massacre*, y cuyo nombre indica las sangrientas escenas de las que habían sido teatro.

El capitán Ellis no tenía ningún informe que pedir a aquellos indígenas, ni ninguna investigación que hacer en tales parajes. No se detuvo allí, sino que apresuró la marcha hacia el estrecho de Torres. Tanto él como Zach Fren sentían viva impaciencia de llegar pronto a aquella parte del mar de Arafura, donde había sido encontrado el fragmento del *Franklin*. En este punto se haría la investigación con tan exquisito cuidado, que tal vez asegurase el éxito.

Las tierras de la Papuasía, llamadas también Nueva Guinea, no estaban muy lejos. Algunos días después de haber atravesado el archipiélago de las Salomón, el *Dolly-Hope* divisó el archipiélago de las Louisiades y pasó de largo las islas Rossel, Entrecasteaux, Trobriand y gran número de islotes, que desaparecían bajo la gran bóveda que formaban sus infinitos cocoteros.

Al fin, y después de una travesía de tres semanas, los vigías descubrieron en el horizonte las altas costas de Nueva Guinea, más tarde las puntas del cabo York, destacadas del litoral de Australia, que limitan al norte y al sur el estrecho de Torres.

El paso por este estrecho es peligrosísimo; y a menos de no estar obligados a ello, los capitanes de barcos de altura se guardaban muy bien de aventurarse por allí. Las compañías de seguros marítimos no garantizan los siniestros que en tal punto sucedan.

Las corrientes que van incesantemente de este a oeste arrastrando las aguas del Pacífico hacia el océano Índico y los lugares de aguas poco profundas que allí existen hacen la navegación extremadamente expuesta. Tan sólo se puede aventurar el paso durante algunas horas del día, cuando la posición del sol permite distinguir claramente los rompientes.

Ya a la vista del estrecho de Torres, el capitán Ellis, hablando con su segundo oficial y Zach Fren, preguntó a este:

—¿Estáis seguro de que fue a la altura de la isla Melville donde el *Californian* encontró el fragmento del *Franklin*?

—Seguro —respondió Zach Freen.

—¿Será preciso, por lo tanto, atravesar poco más de quinientas millas desde el estrecho hasta el mar de Arafura...?

—Comprendo, capitán, lo que esto os contraría —respondió Zach Fren—. Dándose las corrientes regulares de este a oeste, parece que puesto que el trozo del espolón ha sido recogido hacia la isla Melville, el *Franklin* ha debido perderse a la altura del estrecho de Torres...

—Sin duda, Zach Fren, y ¿será preciso deducir de aquí que John Branican había ido a elegir este peligroso paso para ir a Singapur? Esto no puedo admitirlo. A no ser que haya ocurrido alguna circunstancia extraña, sigo creyendo que ha debido atravesar las aguas de la Malasia, como nosotros las hemos atravesado en nuestra primera expedición, puesto que el *Franklin* fue visto al sur de las islas Célebes.

—Y como este hecho no puede ser discutido —hizo observar el segundo—, resulta de aquí que si el capitán Branican ha penetrado en el mar de Timor, no ha podido llegar a él sino por uno de los estrechos que separan las islas de la Sonda.

—No tiene vuelta de hoja —dijo Ellis—, y no comprendo cómo el *Franklin* ha sido arrastrado hacia el este. Una de dos, o estaba o no estaba desamparado. En el primer caso, las corrientes han debido arrastrarlo a muchos cientos de millas al oeste del estrecho de Torres; y en el segundo, ¿para qué volver hacia el estrecho, estando Singapur en dirección opuesta?

—No sé qué pensar —respondió el segundo—. Si el fragmento se hubiese encontrado en el mar de las Indias, esto podría explicarse por un naufragio acaecido en las islas de la Sonda, o en la costa oeste de Australia...

—Pero como el fragmento ha sido encontrado a la altura de la isla Melville —interrumpió el capitán—, esto parece indicar que el *Franklin* se ha perdido en aguas del Arafura, cerca del estrecho de Torres, o en este mismo.

—Tal vez —dijo Zach Fren— las contracorrientes que existen a lo largo de la costa de Australia han arrastrado el fragmento hacia el estrecho, y en este caso el naufragio pudo haberse producido al oeste del mar de Arafura.

—Ya lo veremos —dijo el capitán—. Pero, entretanto, maniobremos como si el *Franklin* se hubiera perdido en los arrecifes del estrecho de Torres...

—Y si maniobramos bien —dijo Zach Fren—, ¡encontraremos al capitán John!

Esto era el mejor partido que se podía tomar, y, en efecto, fue el que se tomó.

El estrecho de Torres puede calcularse en una anchura de treinta millas. Difícilmente podría formarse una idea del hormigueo de sus islotes y arrecifes, cuya situación apenas ha sido descrita ni aun por los mejores hidrógrafos. Pueden contarse por lo menos novecientos, a flor de agua la mayor parte, midiendo los mayores de tres a cuatro millas de circunferencia. Son habitados por tribus de andamanes, muy temibles para las tripulaciones que caen en sus manos, como lo prueba la matanza de los marineros del *Chesterfield* y del *Hormuzier*.

Cruzando de una a otra en sus ligeras piraguas, de construcción malaya, van fácilmente de Nueva Guinea a Australia, y viceversa. De refugiarse el capitán John y sus compañeros en alguno de aquellos islotes, les hubiera sido muy fácil llegar a la costa australiana desde alguna de las pequeñas poblaciones del golfo de Carpentaria o de la península del cabo York, y su repatriación no hubiese ofrecido dificultades. Pero como ninguno de ellos había aparecido, la única hipótesis admisible era la de que habrían caído en poder de los indígenas del estrecho, y no hay que esperar de estos salvajes consideración alguna para con sus prisioneros; los matan, los degüellan sin piedad, sin que queden huellas de tan sangrientas catástrofes.

Esto es lo que pensaban, tanto el capitán Ellis como los tripulantes del *Dolly-Hope*. De haberse, pues, perdido el barco en el estrecho de Torres, esta debía de haber sido la suerte de la gente del *Franklin*. Quedaba la hipótesis de que el capitán John no se hubiera aventurado por el estrecho; pero ¿cómo explicar entonces el hallazgo del fragmento del espolón en la isla Melville?

El capitán Ellis se lanzó intrépidamente por aquellos formidables pasos, adoptando al mismo tiempo cuantas medidas reclamaba la prudencia. Con un *steamer*, oficiales celosos, una tripulación valiente y sangre fría, contaba salir adelante por aquel laberinto de escollos y tener a raya a los indígenas que intentaran atacarles.

Cuando por una u otra razón los barcos embocan el estrecho de Torres, cuya entrada está cubierta de bancos de corales por la parte del océano Pacífico, se prefiere seguir a lo largo de la costa de Australia. Pero al sur de la Papuasias existe una isla bastante grande, la de Murray, que el capitán Ellis quería visitarla con cuidado.

Por esto el *Dolly-Hope* se adelantó entre los dos peligrosos arrecifes designados con los nombres de Eastern Fields y Boot Reefs. Como este último, por la disposición de sus rocas, presenta a lo lejos la forma de un buque zozobrado, creyeron al principio que eran los restos del *Franklin*, y de aquí una gran emoción, que sólo duró un momento, porque la chalupa bien pronto hizo constatar que allí no había más que un montón de masas coralígenas.

Al aproximarse a la isla Murray vieron muchos botes formados con simples troncos de árboles hendidos a golpes de hacha o al fuego, provistos de balancines que aseguran su estabilidad en el mar, conducidos con grandes remos por cinco o seis naturales del país. Éstos empezaron a lanzar gritos, o más bien aullidos feroces. Pero el *Dolly-Hope* pudo, a poca velocidad, dar la vuelta a la isla, sin ser objeto de ninguna agresión. No vieron ningún resto de naufragio sobre estas islas. Únicamente negros de formas atléticas, lanuda cabellera teñida de rojo, piel brillante, labios abultados y nariz larga. Estos salvajes, a la vista del barco, agitaban sus lanzas, flechas y arcos, reunidos en apiñados grupos bajo los cocoteros, que allí son innumerables.

Durante un mes, hasta el 10 de junio, y después de haberse avituallado en Somerset, uno de los puertos de la Australia septentrional, el capitán Ellis visitó minuciosamente el espacio comprendido entre el golfo de Carpentaria y Nueva Guinea. Hizo estada en las islas Mulgrave, Banks, Horn, Albany, Booby, esta última hendida de oscuras cavernas, en una de las cuales está establecido el buzón de cartas del estrecho de Torres. Pero los navegantes no se contentan con echar sus cartas en este sitio, ya que la recogida no es regular. En la isla Booby, por mutuo acuerdo de los

marinos de los diversos Estados, hay establecidos depósitos de carbón y víveres, sin temor de que sean saqueados por los indígenas, porque la violencia de las corrientes no permite que sus frágiles embarcaciones se acerquen allí.

Haciéndoles presentes de ínfimo valor, se consiguió en diversas ocasiones comunicar con algunos *mados* o jefes de aquellas islas. Ellos, en cambio, ofrecían *kaiso* e *incras*, o sea pequeñas conchas pulimentadas, que constituyen su moneda. Siendo imposible entenderse ni hacerse entender con aquellos andamanes, lo fue también saber si tenían conocimiento de algún naufragio, cuya fecha coincidiese con la desaparición del *Franklin*. De todos modos, no parecía que tuviesen herrajes, armas o utensilios de fabricación americana, ni tampoco se encontraron piezas de madera, ni restos de mástiles, ni de botalones que hubieran podido provenir de la destrucción de un barco. Así pues, cuando el capitán Ellis abandonó definitivamente aquellos parajes, aunque no pudiese afirmar definitivamente que el *Franklin* no había naufragado entre aquellos arrecifes, al menos no encontró indicio de ello.

Se trataba entonces de explorar el mar de Arafura, continuación del de Timor, entre el grupo de las pequeñas islas de la Sonda al norte, y el litoral australiano al sur. En cuanto al golfo de Carpentaria, el capitán Ellis no juzgó oportuno visitarlo, pues si algún naufragio hubiera acaecido los vecinos moradores tendrían noticia de ello. Era sobre la costa de la Tierra de Arnhem donde él pensaba, desde luego, continuar sus investigaciones. A la vuelta exploraría la región septentrional del mar de Timor y los muchos pasos que le dan acceso, con sus numerosas islas.

Esta navegación sobre los acantilados de la Tierra de Arnhem, cuajada de islotes y arrecifes, exigió un mes de trabajo, hecho con un celo y una audacia a prueba de obstáculos. Pero, a pesar de todo, desde la punta occidental del golfo de Carpentaria hasta el de Van Diemen, los informes faltaron por completo. En ninguna parte la tripulación del *Dolly-Hope* pudo encontrar restos del naufragio. Ni los indígenas de Australia ni los chinos que comercian con algunas holoturias comestibles en aquellos mares proporcionaron noticia alguna. Por otra parte, si los tripulantes del *Franklin*, habiéndose salvado del naufragio, hubieran caído en manos de aquellas tribus de caníbales, ninguno de ellos se hubiera salvado, de no haber sido por un milagro.

El 11 de julio, a los 130° de longitud, el capitán Ellis empezó a practicar el



reconocimiento de la isla Melville y de la isla Bathurst, ambas separadas por un paso bastante estrecho. A diez millas al norte de este grupo, había sido encontrado el fragmento del *Franklin*, y para que no hubiese sido arrastrado más lejos hacia el oeste, era preciso que las corrientes lo arrancaran de los arrecifes poco antes de la llegada del *Californian*. Era posible, pues, que no estuviese lejos el teatro de la catástrofe.

Esta exploración duró cerca de cuatro meses, porque no se limitó solamente al periplo de ambas islas, sino que se extendió hasta las líneas costeras de la Tierra de Arnhem, hasta el canal de la Reina, y aun hasta la embocadura del río Victoria.

Las investigaciones hacia el interior eran muy difíciles de practicar, puesto que hubiera sido arriesgar mucho sin la probabilidad de obtener informes. Las tribus que pueblan los territorios del norte del continente australiano son extraordinariamente temibles. Recientemente, y el capitán Ellis acababa de saberlo en una de las escalas de su campaña, se habían consumado en aquellos parajes nuevos actos de canibalismo. La tripulación de un barco holandés, el *Groningue*, atraída por falsas demostraciones de los habitantes de la isla Bathurst, fue sacrificada y devorada por aquellas bestias feroces, puesto que este es el nombre que les cuadra. El que tenga la desgracia de caer allí prisionero, puede decir que está destinado a la muerte más espantosa.

Sin embargo, aunque este hecho hubiera ocurrido a los tripulantes del *Franklin*, no sería posible que el capitán Ellis supiera cómo y cuándo, y era fácil que encontrase algunos restos del naufragio, sobre todo teniendo en cuenta que sólo habían transcurrido ocho meses desde que el *Californian* encontró el fragmento del espolón al norte de la isla Melville.

Así pues, el capitán Ellis y su tripulación se dedicaron a explorar detenidamente las ensenadas, los arrecifes, todos los escondites de aquella costa, sin cuidarse para nada de las fatigas y peligros a que se exponían. Esto explica el largo tiempo empleado en aquella exploración: fue larga, pues importaba que fuese minuciosa.

El *Dolly-Hope*, en muchas ocasiones, estuvo expuesto a destrozarse contra las rompientes aún no reconocidas; muchas veces también se vio casi en peligro de ser abordado por los indígenas, de los que había que rechazar las flechas con disparos de fusil cuando se encontraban a distancia, y con hachas cuando intentaban el abordaje.

Ni en las islas Melville y Bathurst, ni en la Tierra de Arnhem hasta la embocadura del río Victoria, ni en el estrecho de Torres, se encontró informe alguno ni resto de naufragio.

He aquí, pues, el estado en el que se encontraba la expedición el 3 de noviembre. ¿Qué partido tomaría el capitán Ellis? ¿Daría su misión por terminada en lo referente al litoral de Australia y sus islas e islotes? ¿Debía pensar en el retorno, una vez exploradas las pequeñas islas de la Sonda, en la parte septentrional del mar de Timor? En una palabra, ¿tenía la seguridad de haber hecho todo lo que humanamente se podía hacer?

Como se comprende fácilmente, el bravo marinero dudaba de renunciar a su empresa, aun habiéndola llevado hasta aquellos parajes de Australia.

Un incidente puso término a sus dudas.

En la mañana del 4 de noviembre, se paseaba con Zach Fren en la popa del *steamer*, cuando el contramaestre le mostró algunos objetos que flotaban a media milla del *Dolly-Hope*. No eran pedazos de madera ni fragmentos de tablones o de troncos de árboles, sino haces de hierbas amarillentas, especie de algas arrancadas de las profundidades submarinas, y que seguían los contornos de la costa.

—¡Qué cosa más rara! —observó Zach Fren—. Juraría que esas hierbas no provienen del oeste ni aun del sudoeste. ¿Las traerá alguna corriente del lado del estrecho?

—Sí —respondió el capitán—, y acaso sea una corriente local que se dirija al este, a menos que no exista allí un desplazamiento de marea.

—No lo creo —respondió Zach Fren—, porque al clarear el día recuerdo haber visto gran cantidad de ellas con dirección hacia arriba.

—¿Estáis seguro de ello...?

—¡Cómo estoy seguro de que al fin encontraremos al capitán John!

—Bueno, si esa corriente existe, podría suponerse que el fragmento del *Franklin* hubiera venido del oeste, a lo largo de la costa australiana.

—Así lo creo —respondió Zach Fren.

—Entonces no tenemos que dudar. ¿Debemos prolongar el reconocimiento de esas costas a través del mar de Timor hasta el extremo de la Australia occidental?

—Jamás he estado más convencido, capitán Ellis, porque está probado que existe una corriente en la costa cuya dirección, muy acentuada, va a tocar la isla Melville. Suponiendo que el capitán Branican se haya perdido en los parajes del oeste, esto explicaría que un resto de su buque haya podido ser llevado a los parajes en los que lo ha encontrado el *Californian*.

El capitán Ellis llamó al segundo para consultarle sobre la conveniencia de continuar la navegación hacia el oeste.

El segundo fue de la opinión de que la existencia de esta corriente local exigiría que la navegación fuese dirigida de modo que se llegase al punto de su nacimiento.

—Continuemos, pues, nuestra ruta al oeste —dijo el capitán— porque no se trata de llevar dudas a San Diego, sino la certeza de que nada queda ya del *Franklin*, ¡si es que ha perecido en la costa de Australia!

En consecuencia de esta justificada determinación, el *Dolly-Hope* puso rumbo hacia la isla Timor, con objeto de renovar su combustible.

Después de una escala de cuarenta y ocho horas, volvió a bajar hacia el promontorio de Londonderry, que se proyecta en el ángulo de la Australia occidental.

Al abandonar Queen's Channel, el capitán Ellis siguió aproximándose todo lo posible a los contornos del continente, partiendo de Turtle-Point. La dirección de la corriente de este a oeste era muy manifiesta en aquel punto.

No se trataba de uno de esos efectos de marea que cambian con el flujo y el reflujo, sino de un movimiento permanente de las aguas de abajo arriba en la parte meridional del mar de Timor. A consecuencia de esto, había necesidad de llegar a este mar, registrando los huecos y arrecifes, en tanto que el *Dolly-Hope* no se encontrase en altamar frente al océano índico.

Al llegar a la entrada del golfo de Cambridge, que baña la base del monte Cockburn, el capitán Ellis juzgó que sería imprudente aventurar el buque en el fondo de este largo embudo erizado de escollos, y donde las orillas

estaban frecuentadas por temibles tribus. Así pues, la chalupa, tripulada por media docena de hombres bien armados, fue puesta a las órdenes de Zach Fren, con el objeto de visitar el interior de aquel golfo.

—Evidentemente —observó el capitán Ellis—, de caer John Branican y sus hombres en poder de los indígenas de esta parte del continente, no sería posible que ninguno hubiera sobrevivido. Pero lo que nos importa saber es si todavía existen restos del *Franklin*, en el caso de que los australianos lo hayan destruido en el golfo de Cambridge...

—¡Lo que no me extrañaría en esos bribones! —exclamó Zach Fren.

Éste cumplía a conciencia los deberes que le imponía su cargo de contramaestre. Condujo la chalupa hasta la isla Adolfo, casi al interior del golfo. Allí dio la vuelta, no encontrando nada que le hiciese proseguir más lejos sus investigaciones.

El *Dolly-Hope* continuó su rumbo más allá de Cambridge, dobló el cabo de Dusséjour y remontó hacia el noroeste, a lo largo de la costa que pertenece a una de las grandes divisiones de Australia, conocida con el nombre de Australia occidental. Allí son numerosos los islotes, y las ensenadas tienen formas muy caprichosas. Pero ni en el cabo Rhuliers ni en el promontorio de Londonderry obtuvieron resultado las fatigas tan valientemente desafiadas por la tripulación.

Las fatigas y los peligros fueron más graves aún cuando el *Dolly-Hope* dobló el promontorio de Londonderry. Sobre aquella costa, batida por las grandes olas del océano Índico, existen pocos sitios de abrigo para un buque desamparado. Un *steamer* está siempre a merced de su máquina, que puede faltarle cuando las sacudidas del balanceo son debidas a violentos golpes de mar. Desde este promontorio hasta la bahía Collier, en el York-Sund y en la bahía Brunswick, no se ve más que un intrincado laberinto de islotes, bajos fondos y arrecifes, sólo comparables a los del estrecho de Torres. En los cabos Talbot y Bougainville la costa se defiende por una resaca tan monstruosa, que sólo pueden abordar a ella las embarcaciones de los indígenas, merced a que con el contrapeso de sus balancines no zozobran fácilmente. La bahía Admiralty, abierta entre el cabo Bougainville y el cabo Voltaire, está de tal modo cubierta de rocas, que la chalupa corrió más de una vez riesgo de zozobrar. Pero nada detenía el ardor de la tripulación, aquellos hábiles marineros prontos a desafiar los mayores peligros.

El capitán Ellis se lanzó al otro lado de la bahía Collier, a través del archipiélago Buccaneer. Su intención no era pasar el cabo Lévéque, cuya punta alcanza el King-Sund al noroeste. El estado atmosférico, que tendía a mejorarse día a día, le preocupaba poco. En aquella parte del océano Índico, situada en el hemisferio austral, los meses de octubre y noviembre corresponden a los de abril y mayo del hemisferio boreal. Podía, pues, continuarse la campaña, ayudados por las condiciones favorables de la estación. Pero no había que prolongarla indefinidamente, sino hasta el punto en que la corriente litoral, que se remontaba hacia el este arrastrando los fragmentos hasta la isla Melville, dejara de sentirse.

Esto fue lo que pasó a finales de enero de 1883, después de que el *Dolly-Hope* acabara, sin fruto alguno, el reconocimiento del largo estuario del King-Sund, en el fondo del cual desemboca el río Fitz-Roy. En la entrada de este la chalupa sufrió un furioso ataque de los nativos de aquel país, siendo heridos dos hombres, de poca gravedad, por fortuna. Merced a la sangre fría del capitán Ellis, aquella tentativa no acabó en desastre.

Después de que el *Dolly-Hope* salió de King-Sund, fue a parar a la altura del cabo Lévéque. El capitán Ellis consultó entonces con su segundo y el contramaestre, y, después de examinar detenidamente los mapas, decidióse dar por terminada allí mismo la expedición, en el límite del decimoctavo paralelo del hemisferio austral. Al otro lado del King-Sund, la costa es abierta, sin que se vea más que algún que otro islote. La porción de la Tierra de Tasmania, la que limita con el mar de las Indias, figura aún en blanco en los atlas de publicación reciente, porque no hay interés en ir más lejos hacia el suroeste, ni en visitar los contornos del archipiélago Dampier.

No quedando en el *Dolly-Hope* más que una pequeña cantidad de carbón, lo mejor era ir con rumbo directo a Batavia, donde podrían reponer por completo el combustible. Después, el *Dolly-Hope* volvería al Pacífico, atravesando el mar de Timor a lo largo de las islas de la Sonda. Pasóse el cabo al norte y bien pronto el *Dolly-Hope* perdió de vista la costa de Australia.

## XIV. La Isla Browse

El espacio comprendido entre la costa noroeste de Australia y la parte occidental del mar de Timor no posee ninguna isla de gran importancia, y apenas los geógrafos conocen algunos islotes. Lo que allí se encuentran son grandes escollos, formaciones coralígenas designadas con los nombres de *banks*, de *rocks* y de *riffs* o de *shoals* en los puntos de Lynher-Riff, Scotts-Riff, Seringapatam-Riff, Korallen-Riff, Courtier-Shoal, Rowley-Shoal, Hibernia-Shoal, Sahul-Bank, Echo-Rock, etc. La posición de la mayor parte de estos escollos está perfectamente determinada, y aproximadamente la de algunos otros. Es posible que todavía quede por descubrir alguno de esos arrecifes tan importantes, sobre todo los que están a flor de agua. En medio de estos parajes, donde se aventuran algunas veces los barcos que vienen de las Indias, la navegación es difícil y ofrece grandes peligros.

El tiempo era bueno, y a pesar de los rompientes, el mar estaba en calma. Ningún desperfecto había sufrido la máquina del *Dolly-Hope* desde la salida de San Diego, funcionando perfectamente. Todas estas circunstancias del tiempo y del mar hacían presagiar una favorable travesía entre el cabo Lévéque y la isla de Java, que era el camino que debía seguirse para la vuelta, únicamente retardado por las escalas que el capitán Ellis pensaba hacer, con objeto de practicar sus últimas exploraciones en las pequeñas islas de la Sonda.

Durante los primeros días no hubo accidente alguno. Se impuso la más severa vigilancia a los vigías. Apostados estos en sus sitios, debían señalar, de tan lejos como fuera posible, esos *shoals* y esos *riffs*, algunos de los cuales apenas sobresalían de las aguas.

Hacia las cinco de la mañana del 7 de febrero, uno de los marineros, subido sobre el palo de mesana, gritó:

—¡Arrecife a babor!

Como el arrecife no era visible para los que iban en el puente, Zach Fren

se lanzó hacia los obenques para reconocer él mismo la posición indicada.

En seguida distinguió claramente una masa de rocas, a seis millas del ancho del lado de babor.

No era ni un *rock* ni un *shoal*, sino más bien un islote dispuesto en escarpa, que sobresalía hacia el noroeste. Dada la distancia, y suponiendo que se presentara en su anchura, podía suponerse que este islote fuera una isla de cierta extensión.

Algunos minutos después, Zach Fren volvió a bajar para comunicar esta nueva al capitán Ellis, y este dio la orden de virar un cuarto, a fin de aproximarse al islote.

Cuando al mediodía hubo tomado altura y hecho su punto, el capitán anotó en el diario de a bordo que el *Dolly-Hope* navegaba a 14° 07' de latitud sur, y a 133° 13' de longitud este. Habiendo consultado este punto con la carta, se vio que coincidía con el yacimiento de una isla llamada Browse por los geógrafos modernos, y situada cerca de doscientas cincuenta millas de York-Sund, en la costa de Australia.

Como esta isla estaba casi en su rumbo, el capitán decidió seguir sus contornos, aunque no tenía intención de detenerse.

Una hora más tarde al *Dolly-Hope* sólo le faltaba una milla para llegar a la isla Browse. El mar, un poco agitado, batía con fuerza y salpicaba cubriendo con espuma una lengua de tierra que avanzaba al nordeste. No pudiendo ser vista más que oblicuamente, no podía aún juzgarse la extensión de la isla; sólo se distinguía una superficie ligeramente ondulada.

Como no había tiempo que perder, el capitán Ellis, después de aminorar la marcha del *steamer*, iba a dar al maquinista la orden de activarla de nuevo, cuando Zach Fren llamó su atención diciéndole:

—Capitán... mirad allá abajo... ¿No es un mástil lo que sale por encima del cabo?

Y el contramaestre tendió la mano hacia el cabo nordeste, terminado bruscamente por una alta roca cortada a pico.

—¿Un mástil...? ¡No...! Me parece que no es más que un tronco de árbol  
—respondió el capitán Ellis.

Y tomando el anteojo, miró atentamente el objeto señalado por Zach Fren.

—Es verdad —añadió después—, tenéis razón, ¡es un mástil...! Y creo ver un pedazo de pabellón agitado por el viento... ¡Sí...!, ¡sí...! ¡Debe ser una señal...!

—Entonces, debemos ir hacia allí —dijo el contraamaestre.

—Eso pienso —respondió el capitán.

Y dio orden de dirigir el rumbo hacia la isla, a poca velocidad.

Se hizo así, y el *Dolly-Hope* se fue aproximando a los arrecifes que circundaban la isla en una extensión de cerca de trescientos pies. No obstante la poca fuerza del viento, el mar les batía con violencia, impulsado por las corrientes.

Pronto pudieron apreciarse claramente los detalles de la costa. El aspecto de esta era salvaje, árido, solitario, sin una franja de verdor, llena de cavernas, donde la resaca producía ruidos de trueno. Por algunos sitios, la playa de arena amarillenta cortaba la línea de las rocas, encima de las cuales revoloteaban bandadas de aves marinas. El mástil, colocado a la punta extrema del promontorio, era indudablemente una punta del bauprés; pero era imposible distinguir el color de la tela que en la extremidad de aquel, hecha ya jirones, era agitada por la brisa.

—¡Allí hay náufragos...! —gritó Zach Fren.

—¡Sí! —dijo el segundo—. O por lo menos los ha habido.

—No cabe duda —añadió el capitán— que un barco encalló en esta isla.

—Y es seguro —dijo el segundo— que allí los náufragos han encontrado refugio, y aún están ahí, puesto que la bandera no ha desaparecido, lo que indica que no han sido auxiliados por ningún buque; cosa nada extraña, por ser muy pocos los que se dirigen a estos sitios desde Australia o la India.

—Supongo, capitán —dijo Zach Fren—, que visitaremos esta isla.

—Sí, pero no veo un camino por el que el *steamer* pueda llegar hasta ella.



Antes de tomar alguna determinación, demos la vuelta a su alrededor; si hay náufragos, forzosamente han de vernos y nos harán alguna señal...

—Y en el caso de no ver a nadie, ¿qué haremos...? —preguntó Zach Fren.

—Trataremos de desembarcar donde nos sea posible —respondió el capitán—. Aun en el caso de que no se hallen náufragos en esta isla, pueden existir indicios de naufragio de gran interés para nuestra empresa.

—¿Quién sabe...! —murmuró Zach Fren.

—¿Quién sabe...? —repuso el capitán—. ¿Suponéis acaso que el *Franklin* ha podido ser arrojado sobre esta isla, tan lejos de su ruta...?

—¿Por qué no, capitán...?

—Aunque sea inadmisible —respondió el capitán Ellis—, no debemos detenernos por eso. ¡Intentaremos desembarcar!

El proyecto de dar la vuelta a la isla Browse fue puesto inmediatamente en práctica. Manteniéndose por prudencia a una distancia de un cable de los arrecifes, el *Dolly-Hope* no tardó en doblar las diversas puntas que la isla proyectaba hacia el norte. El aspecto del litoral no variaba: hileras de rocas que parecían haberse cristalizado bajo una forma casi idéntica, peñones rudamente combatidos por las olas, escollos cubiertos de espuma, hacían impracticable el desembarco. En la parte de atrás se distinguían grupos de cocoteros, dominando una planicie pedregosa, sin ninguna huella de cultivo. Ningún habitante. Ninguna morada. Ni una chalupa, ni una barca de pesca. Mar e isla desiertos. Únicamente numerosas bandadas de gaviotas, volando de roca en roca, animaban aquella triste soledad.

Si bien la isla no ofrecía grandes recursos a los náufragos, era por lo menos un refugio.

La isla Browse mide de seis a siete millas de circunferencia, lo que el *Dolly-Hope* comprobó al dar la vuelta a los contornos del sur. En vano la tripulación del *steamer* buscaba la entrada de un puerto, o, a falta de este, una ensenada entre las rocas, al abrigo de las cuales el *steamer* podía haber pasado algunas horas. Pronto se comprendió que un desembarco solamente era posible empleando los botes, y aun así sería preciso encontrar un paso que permitiese echar pie a tierra.

Poco después, a la una del mediodía, el *Dolly-Hope* ya se encontraba a sotavento de la isla. Como la brisa venía del noroeste, las olas batían con menos fuerza el pie de las rocas. En este sitio, la costa describía una larga concavidad, formando una especie de vasta rada de poco abrigo, donde cualquier barco podía anclar sin gran riesgo mientras no cambiase el viento. Decidióse que el *Dolly-Hope*, sin echar anclas en aquel sitio, anduviera a poca máquina, en tanto que la chalupa fuera a tierra. Únicamente faltaba encontrar un lugar a propósito para el desembarco, en aquellos arrecifes blanqueados por la espuma de la resaca.

Registrando la arena con el catalejo, el capitán Ellis distinguió una especie de cortadura acanalada, recortada en el macizo de la isla, por la cual un arroyuelo bajaba al mar.

Después de haber mirado a su alrededor, Zach Fren aseguró que podía efectuarse el desembarco al pie de la cortadura. La costa parecía ser menos acantilada, y su perfil terminaba en ángulo agudo. Vieron un estrecho paso a través del arrecife, y sobre el cual el mar no se estrellaba.

El capitán Ellis mandó disponer la chalupa, que en menos de media hora estuvo lista, y se embarcó en compañía de Zach Fren, su timonel, el maquinista, el fogonero y uno de los tripulantes, armado con un arpón. Llevaban a bordo, por prudencia, dos fusiles, dos hachas y algunas pistolas. Durante la ausencia del capitán, el segundo debía dirigirse con el *Dolly-Hope* hacia la rada, poniendo atención a cuantas señales se le hicieran.

A la una y media, la embarcación desatraco, dirigiéndose a la orilla, a más de una milla de distancia, y se internó por aquel pequeño estrecho, mientras que millares de gaviotas atronaban el espacio con sus estridentes graznidos. Algunos momentos después, aquella se deslizaba lentamente hacia una playa arenosa, cortada aquí y allá por aristas vivas. El capitán Ellis, Zach Fren y los dos marineros desembarcaron, dejando al maquinista y al fogonero de guardia en la chalupa, que debían mantener a presión. Subieron los cuatro por la cortadura por la que se deslizaba el arroyo hasta el mar, y llegaron a lo alto de la planicie.

Alzábase, a unos cien metros de distancia, un enorme peñasco, cuya cúspide dominaba la playa en unas treinta yardas.

A él se dirigieron el capitán y sus compañeros, y subiendo, no sin algunas dificultades, pudieron inspeccionar desde lo alto la isla en toda su extensión.

Ésta, en realidad, no era más que un pedazo de tierra de forma oval, parecido a un caparazón de tortuga, cuya cola figuraría ser el cabo. Un poco de tierra vegetal cubría por algunos sitios aquella extensión, que no era de origen madreporico como los atolones de la Malasia o los grupos coralígenos del estrecho de Torres. Esparcidos acá y allá, algunos trozos cubiertos de verdor aparecían entre el granito; pero había más musgo que hierba, más piedras que raíces, más abrojos que arbustos.

¿De dónde podía nacer aquel arroyo, cuyo cauce, perfectamente visible en una parte de su curso, serpenteaba hasta perderse en las pendientes de la llanura? ¿Provenía de algún manantial interior? Era difícil precisar este punto, aunque las miradas llegaban hasta el mástil de señal.

Colocados sobre la cresta del cerro, el capitán y su gente inspeccionaron en todas direcciones: ni un rastro de humo empañaba la atmósfera, ni un ser humano se veía a su alrededor. Pero no cabía duda de que la isla Browse había estado habitada; lo que era poco probable es que lo estuviera todavía.

—¡Triste refugio para los náufragos! —exclamó entonces el capitán Ellis—. Si han estado aquí durante largo tiempo, ¿cómo han podido vivir?

—Sí... —respondió Zach Fren—. Esto no es más que una planicie casi desnuda. Solamente algunos árboles esparcidos acá y allá... Apenas la roca estaba cubierta de hierba... Sin embargo, ¡vale más tener la roca bajo los pies que el agua sobre la cabeza!

—En el primer momento ¡sí! —dijo el capitán—, pero ¿y después...?

—Después —observó Zach Fren—, es posible que los náufragos que se refugiaron aquí hayan sido recogidos por algún barco...

—Como es igualmente posible que hayan sucumbido a las privaciones...

—¿Por qué pensáis eso, capitán?

—Porque, de haber salido de un modo o de otro de la isla, hubieran tenido la precaución de echar a tierra el mástil de señal. Es de temer que el

último de estos desgraciados haya perecido antes de recibir socorro. ¿Por qué no nos dirigimos hacia ese mástil? Tal vez allí encontraremos algún indicio acerca de la nacionalidad del barco perdido en estos parajes.

El capitán Ellis, Zach Fren y los dos marineros descendieron por los taludes del cerro y se dirigieron hacia el promontorio que se divisaba al norte. Pero apenas habían avanzado unos cien pasos, cuando uno de los hombres se detuvo para recoger un objeto con el que su pie acababa de tropezar.

—¡Calla! ¿Qué es esto...? —dijo.

—Dadme —respondió Zach Fren.

Era una hoja de uno de esos cuchillos que llevan los marineros a la cintura, metida en su correspondiente vaina de cuero, rota a raíz del mango y toda mellada. Indudablemente, la habrían arrojado como inservible.

—¿Y bien, Zach...? —preguntó el capitán.

—Busco —respondió aquel— alguna señal que pueda indicar la procedencia de esta hoja.

En efecto, era de suponer que esta tuviese una marca de fábrica. Pero estaba oxidada de tal modo, que era ante todo necesario raspar la espesa corteza que la cubría.

Zach Fren llevó a cabo la operación, no sin gran dificultad, descifrando sobre el acero estas palabras: *Sheffield England*.

Parecía, pues, que esta hoja había pertenecido a un marinero inglés. Sin embargo, no podía afirmarse, ya que los productos de la fábrica Sheffield están extendidos por todo el mundo. Si no encontraban otro objeto, no podrían asegurar nada respecto a la nacionalidad de los náufragos.

El capitán Ellis y sus compañeros continuaron hacia el promontorio. Sobre este suelo, que no surcaba sendero alguno, la marcha fue muy penosa. Aun admitiendo que hubiera sido hollado por pies humanos, esto se remontaría a una época difícil de determinar, pues toda huella había desaparecido bajo la hierba y los musgos.

Después de haber recorrido cerca de dos millas, el capitán Ellis se detuvo cerca de un grupo de cocoteros, de pobre apariencia, y cuyos frutos, caídos ya desde hacía tiempo, no eran más que polvo y podredumbre.

Hasta entonces, no se había recogido ningún otro indicio; pero unos pasos más allá, sobre la pendiente de una pequeña cañada, fue fácil reconocer algunas señales de cultivo: en medio de la maleza quedaban algunas batatas silvestres. Un marinero descubrió bajo unos matorrales un azadón, al parecer de origen americano, a juzgar por su mango, aunque no podía determinarse, por estar este carcomido por la humedad.

—¿Qué pensáis de esto, capitán? —pregunto Zach Fren.

—Pienso que por ahora nada puede afirmarse —respondió el capitán Ellis.

—Sigamos entonces —dijo Zach Fren, haciendo señas a los marineros para que le siguieran.

Después de haber descendido por las pendientes que arrancaban de la meseta, llegaron al extremo sobre el cual se destacaba el promontorio norte. En este punto se hendía una estrecha sinuosidad, cortando la cresta, y que permitía descender sin gran fatiga hasta una playa arenosa. Esta playa, que medía cerca de un acre de extensión, hallábase rodeada de rocas de un brillante tono rojo, barridas sin cesar por los golpes de la resaca.

Sobre la arena estaban esparcidos diferentes objetos, indicando que seres humanos habían hecho permanencia prolongada en aquel punto de la isla: hebillas de hierro, pedazos de cristal, botes de conservas, cuya procedencia americana no era dudosa; también había otros utensilios de uso en la marina, como eran trozos de cadena, eslabones rotos, fragmentos de aparejo de hierro galvanizado, y de arpones y garruchas rotas, argollas de hierro, restos de poleas, un arganeo torcido, una palanca de bomba, pedazos de esparto, una placa de palastro de una pieza, sobre el origen de los cuales no podían equivocarse los marineros del *Californian*.

—No es un buque inglés el que se ha perdido en esta isla —dijo el capitán Ellis—, sino un barco de los Estados Unidos...

—¡También podemos decir que ha sido construido en uno de nuestros puertos del Pacífico! —añadió Zach Fren. Y de esta opinión participaron

los dos marineros.

A pesar de todo, no se podía creer que aquellos restos fueran los del *Franklin*.

Como no se encontraban ni velas ni casco de buque alguno, podía pensarse que el barco estaba en el mar, y los náufragos se habrían refugiado a bordo al bajar la marea.

El capitán Ellis adquirió bien pronto la prueba material de que el naufragio había tenido lugar sobre los arrecifes.

A un cable de distancia de la playa, en medio de un grupo de rocas, y a flor de agua, vio el casco de un buque arrojado en la costa. Madera y hierro, todo estaba destrozado, fragmentado y dispersado, sin duda por los golpes de resaca que lo arrastró sobre los escollos.

El capitán Ellis, Zach Fren y los demás marineros contemplaron con profunda emoción los restos de aquella catástrofe. Del casco del buque no quedaban más que maderos deformados, hebillas y barras rotas, un pedazo del timón, muchas virutas del puente, pero nada de la parte exterior, nada de la arboladura, que tal vez hubiese sido aprovechada para las necesidades subsiguientes al naufragio. Entre aquellos restos no había ninguna parte, de las que forman un barco, que estuviera completa. En medio de estas rocas de aristas cortantes, dispuestas como los caballos de Frisia, se explicaba que el barco hubiera sido deshecho, hasta el punto de no poder haberse utilizado ninguno de sus restos.

—Busquemos —dijo el capitán Ellis—, y tal vez encontremos una letra, una señal, un nombre, algo, en suma, que permita reconocer la nacionalidad de este barco...

—¡Sí! —dijo Zach Fren—. ¡Dios quiera que no sea el *Franklin* el que hemos encontrado en tal estado!

¿Existiría el indicio que buscaba el capitán? Y suponiendo que la resaca hubiera respetado alguna tabla de proa o de popa, donde se encuentra el nombre de los buques, ¿no era fácil que estuviera ya borrado por las intemperies del cielo o las brumas del mar?

Pero las investigaciones resultaron infructuosas. Y aunque algunos de los

objetos recogidos eran de origen americano, no era bastante para afirmar que habían pertenecido al *Franklin*.

Admitiendo que los náufragos hubieran encontrado refugio en la isla Browse, y así lo indicaba el mástil colocado sobre el peñón, durante el tiempo que en ella estuvieran, era de presumir que habrían buscado asilo en el fondo de alguna gruta próxima a la playa, para poder utilizar con mayor comodidad los restos amontonados entre las rocas.

No tardó uno de los marineros en descubrir la gruta que había estado ocupada por los sobrevivientes del naufragio. Estaba abierta en el centro de una enorme masa granítica, en el ángulo formado por la planicie y la playa.

El capitán Ellis y Zach Fren se apresuraron a unirse al marinero que los llamaba. ¿Tal vez aquella gruta encerraba la clave del misterio del siniestro...? ¿Tal vez revelaría el nombre del barco zozobrado...?

En la gruta no se podía penetrar sino por una estrecha abertura abocinada, cerca de la cual se veía la ceniza de un hogar exterior, cuyo humo había ennegrecido las paredes de granito.

El interior, de una extensión de diez pies de alto por veinte de profundidad y quince de ancho, era suficiente para servir de alojamiento a una docena de personas. Como único mobiliario había un lecho de hierba seca, un banco hecho con pedazos de bordas del barco, dos bancos de la misma procedencia, una mesa coja, que probablemente provendría del comedor de oficiales del barco, y algunos utensilios de servicio, como platos de hierro, tres tenedores, dos cucharas, un cuchillo, tres vasos de metal, todo oxidado. En un extremo, un barril tumbado, que debió servir para la provisión de agua potable. Sobre la mesa, una lámpara de a bordo, abollada y oxidada, y que sin duda hacía mucho tiempo que no se había usado. Por una y otra parte, diversos objetos de cocina esparcidos y algunos vestidos andrajosos, arrojados sobre el lecho de hierba.

—¡Desgraciados! —exclamó Zach Fren—. ¡A qué estado se han visto reducidos durante el tiempo que han permanecido en esta isla!

—No han podido salvar ni aun sus trajes —dijo el capitán—. Esto demuestra con qué violencia ha sido arrojado el barco a la costa. ¡Todo ha sido hecho pedazos! ¿Cómo se habrá arreglado esta gente para

proporcionarse alimentos...? ¡No dispondrían más que algo de grano, y de los botes de conservas que habrán apurado hasta el último...! ¡Qué vida la suya en esta isla, y cuánto han debido padecer!

Así debía de haber sido, en efecto, y sumando a esto los recursos de la pesca, aquellos náufragos habrían podido subvenir a sus necesidades. La cuestión de si estarían aún en la isla se resolvió negativamente. De haber sucumbido, era probable que se encontraran los restos del último que hubiera muerto, pero las minuciosas pesquisas que con este objeto se hicieron, en el interior y fuera de la gruta, no dieron resultado alguno.

—Esto me hace creer —dijo Zach Fren— que los náufragos han logrado salir de la isla...

—¿Y cómo? —respondió el capitán Ellis—. ¿Han podido acaso construir con los restos del buque una embarcación en condiciones de sostenerse sobre las aguas...?

—No, capitán. No han podido ni siquiera construir un bote. Creo más probable que el mástil que pusieron como señal haya sido visto por algún barco que les habrá recogido...

—No es posible, contramaestre.

—¿Por qué, capitán?

—Porque, de ser lo que decís, todo el mundo tendría noticias del caso, a menos que el barco que les recogió hubiera perecido también, lo que no es muy probable. Descarto, pues, la hipótesis de que los náufragos de la isla Browse hayan sido salvados en esas condiciones.

—¡Bueno! —dijo Zach Fren, no muy convencido—. Pero si no han podido construir una chalupa, nada prueba que todos los botes de a bordo hayan sido también destrozados, y en este caso...

—Aun en este caso —interrumpió el capitán—, como no se han tenido noticias de naufragio alguno desde hace años en los parajes de la Australia Occidental, hay que pensar que la embarcación ha zozobrado durante esta travesía de muchos cientos de millas entre la isla Browse y la costa de Australia.

Este argumento era incontestable, y así lo comprendió Zach Fren; pero no



queriendo renunciar a saber lo que había sucedido a los náufragos, preguntó:

—¿Entonces, vuestra intención es visitar las otras partes de la isla...?

—Sí... por escrúpulo de conciencia —respondió el capitán—. Pero antes vamos a derribar el mástil de señal, con el objeto de que los buques no se aparten de su ruta, ya que aquí no hay nadie a quien salvar.

El capitán, Zach Fren y los dos marineros exploraron por última vez la playa, y después de subir por la cortadura hecha sobre la planicie, se dirigieron hacia la extremidad del peñón.

Fue preciso que dieran la vuelta por una profunda excavación, especie de estanque pedregoso de aguas pluviales, y tomaron en seguida su primitiva dirección.

De repente, el capitán Ellis se detuvo.

En aquel sitio, el suelo presentaba cuatro pequeñas prominencias paralelas. Probablemente, esto no hubiera atraído su atención, de no haber, sobre cada una de aquellas, una crucecita de madera, ya medio podrida.

—¡Al fin! —exclamó el capitán—. ¿Es posible que sepamos...?

No era ocasión de tener escrúpulos para registrar aquellas tumbas, examinar los cuerpos que encerraban, analizar su estado y buscar algún indicio de la nacionalidad de los mismos.

Los dos marineros se pusieron a la obra, separando la tierra con sus cuchillos. Indudablemente, habían transcurrido muchos años desde que aquellos cadáveres fueron enterrados, porque el suelo no encerraba otra cosa que osamentas. El capitán Ellis hizo recubrir las tumbas y colocar las cruces en la posición en que antes estaban.

Se presentaba la siguiente duda: ¿Qué había sucedido al que cumplió con aquellos desgraciados los últimos deberes? Si también había muerto, ¿no se encontraría su esqueleto abandonado en algún otro punto de la isla?

El capitán Ellis no lo esperaba.

—No conseguiremos —dijo— saber el nombre del barco que se ha perdido sobre la isla Browse... ¿Volveremos, pues, a San Diego, sin haber descubierto los restos del *Franklin*, sin saber lo que ha sido de John Branican y su gente...?

—¿Y por qué este buque no ha de ser el *Franklin*? —exclamó uno de los marineros.

—¿Y por qué ha de serlo? —preguntó Zach Fren.

Y nada, en efecto, probaba que aquellos fueran los restos del *Franklin*, y parecía, por lo tanto, que la segunda expedición del *Dolly-Hope* no había de ser más afortunada que la primera.

El capitán Ellis permaneció en silencio, con la mirada fija sobre aquel suelo en el que los náufragos habían hallado el fin de sus miserias con el de su vida. ¿Eran compatriotas, americanos como él...? ¿Eran acaso los que el *Dolly-Hope* iba a buscar...?

—¡Al mástil de señal! —dijo.

Zach Fren y sus hombres le siguieron a lo largo de la rocosa pendiente, camino que llevaba al promontorio.

Veinte minutos tardaron en recorrer la media milla que les separaba del mástil. El suelo estaba sembrado de espinos y lleno de piedras.

Cuando llegaron al mástil, observaron que este estaba fuertemente clavado en una excavación rocosa, lo que explicaba que hubiera resistido, sin caer, largas y rudas tormentas. No se habían engañado al reconocerlo con el antejo como un pedazo de bauprés.

El andrajo puesto en la punta del mismo era un jirón de lona de la vela, deshilachado por el viento y sin indicio de nacionalidad.

Preparábase los dos marineros, a una orden del capitán, para derribar el mástil, cuando Zach Fren gritó:

—¡Capitán...! ¡Ved...! ¡Allí...!

—¿Qué hay, contramaestre...?

—¡Aquella campana!

Sobre una armadura de madera en buen estado, había una campana cuyo badajo estaba mohoso.

Los náufragos, por lo visto, no se habían limitado a colocar el mástil de señal, sino que habían trasladado allí la campana de a bordo, con la esperanza de que fuera oída por algún buque que pasara cerca de la isla... ¿Pero tendría aquella campana el nombre del barco al que pertenecía?

El capitán Ellis se dirigió hacia ella, deteniéndose de pronto.

Bajo la misma vio un esqueleto, o, por mejor decir, un montón de huesos, a los que no se adherían más que algunos harapos.

Los sobrevivientes del naufragio habían sido, pues, cinco; los cuatro enterrados, y aquel hombre, que sin duda en sus últimos momentos salió de la cueva, llegó arrastrándose hacia el sitio donde estaba la campana, la hizo sonar con la esperanza de ser oída por algún buque que pasara, y cayó allí mismo, para no levantarse más.

Después de ordenar a los marineros que abriesen una tumba donde enterrar aquellos restos, el capitán Ellis hizo señas a Zach Fren para examinar juntos la campana...

Sobre el bronce, y en bajorrelieve, estaban grabadas las siguientes palabras y cifras:

FRANKLIN.  
1875

## XV. El náufrago viviente

Mientras el *Dolly-Hope* proseguía su segunda campaña por el mar de Timor, con el resultado tan poco satisfactorio que se conoce, mistress Branican, sus amigos y las familias de la tripulación del *Franklin* habían pasado por todas las angustias de la espera. ¡Cuántas ilusiones había hecho forjar aquel pedazo de madera recogido por el *Californian*, y que sin duda pertenecía al *Franklin*! ¿Llegaría el capitán Ellis a descubrir los restos del naufragio sobre alguna de las islas de aquel mar o sobre algún punto del litoral de Australia? ¿Encontraría a John Branican, a Harry Felton y a los doce marineros embarcados bajo sus órdenes? ¿Llevaría a San Diego uno o muchos de los sobrevivientes de la catástrofe?

Desde la partida del *Dolly-Hope*, se habían recibido dos cartas del capitán Ellis. En la primera indicaba el inútil resultado de la exploración practicada por el estrecho de Torres hasta el confín del mar de Arafura. En la segunda decía que las islas Melville y Bathurst habían sido visitadas sin encontrar huella del *Franklin*. También decía a mistress Branican que la expedición iba a continuar siguiendo el mar de Timor hasta la parte occidental de Australia, pasando por los diversos archipiélagos que confinan con la Tierra de Tasman. El *Dolly-Hope* regresaría a San Diego cuando hubiera registrado las pequeñas islas de la Sonda, cuando perdiera toda esperanza de recoger un nuevo indicio.

Después de esta segunda carta, ninguna otra noticia tuvo mistress Branican. Transcurrieron bastantes meses, y ya se esperaba que el *Dolly-Hope* fuera señalado por los semáforos de San Diego.

En todo el año 1882 mistress Branican no recibió noticia alguna del buque, aunque esto no era de extrañar, porque a través del océano Pacífico las comunicaciones son lentas e irregulares. Así pues, no había razón alguna para temer por la suerte del *Dolly-Hope*, por más que todos mostraban impaciencia por volver a verle.

A fines de febrero de 1883, el señor William Andrew comenzaba a inquietarse pensando que la expedición del *Dolly-Hope* se prolongaba

demasiado. Todas las mañanas, gran número de personas iba a la punta Island con la esperanza de ver a lo lejos el buque. Por mucha que fuera la distancia a la que apareciese, los marineros de San Diego lo hubieran reconocido en seguida sólo por su paso, como se distingue un francés de un alemán, o un inglés de un americano.

En la mañana del 27 de marzo apareció al fin el *Dolly-Hope*, a nueve millas, marchando a todo vapor, y ayudado por una fresca brisa del noroeste. Pasada una hora, habría entrado en el puerto y echaría sus anclas en el interior de la bahía.

Esparcióse al momento la noticia, y la población en masa se dirigió a los muelles, parte a la punta Island y parte a la punta Loma.

Mistress Branican y míster William Andrew, acompañados de algunas personas que tenían vivos deseos de entrar en comunicación con la tripulación del *Dolly-Hope*, se embarcaron en un remolcador y se dirigieron hacia aquel. La muchedumbre estaba dominada por una extraña inquietud, y cuando el remolcador traspuso el último muelle para salir del puerto, no se oyó el menor grito.

Todos pensaban que si el capitán Ellis hubiera salido con éxito de su última campaña, la noticia habría corrido el mundo entero.

Veinte minutos después, mistress Branican, el señor Andrew y sus compañeros se acercaban al *Dolly-Hope*.

Bien pronto conocieron el resultado de la expedición. En el límite oeste del mar de Timor, sobre la isla Browse, era donde se había perdido el *Franklin* ... Allí habían encontrado refugio los naufragos..., ¡y allí habían muerto!

—¿Todos...? —preguntó mistress Branican.

—¡Todos! —respondió el capitán Ellis.

La consternación fue general cuando el *Dolly-Hope* vino a anclar en medio de la bahía, con el pabellón plegado en alto en señal de duelo. El duelo de los naufragos del *Franklin*.

El *Dolly-Hope* salió de San Diego el 3 de abril de 1882, y regresaba el 27 de marzo de 1883. Un año había durado aquella campaña, durante la cual no decayeron los ánimos ni por un instante, y que no había tenido más

resultado que destruir las últimas esperanzas.

Durante el breve espacio de tiempo que mistress Branican y el señor Andrew permanecieron en el buque, el capitán Ellis les hizo conocer sumariamente los hechos relativos al naufragio del *Franklin* entre los arrecifes de la isla Browse.

Mistress Branican, aunque supo que no existía duda alguna respecto de la pérdida de John y sus compañeros, no perdió su actitud habitual: ni una lágrima se escapó de sus ojos, ni articuló pregunta de ninguna clase. Puesto que el *Franklin* se había estrellado contra aquellos escollos, puesto que ningún tripulante había sobrevivido a la catástrofe, ¿qué preguntas tenía que hacer? Sabía todo lo que deseaba. Los detalles de la expedición ya se los comunicarían más tarde. Después de haber estrechado la mano del capitán y de Zach Fren, fue a sentarse a la popa del *Dolly-Hope*, ensimismada, y, no obstante las noticias que le daban, sin resignarse a desesperar aún, ¡no sintiéndose viuda de John Branican!

Así que el *Dolly-Hope* hubo echado ancla, rogó al señor Andrew, al capitán y a Zach Fren que fuesen a *Prospect-House* aquella misma tarde, con objeto de saber detalladamente todo lo que habían hecho durante la expedición por el estrecho de Torres, el mar de Arafura y el de Timor.

Un bote llevó a tierra a mistress Branican. La muchedumbre le abrió paso respetuosamente, mientras ella atravesaba el muelle, dirigiéndose hacia la parte alta de San Diego.

Un poco antes de las tres, el señor Andrew, el capitán y Zach Fren se presentaron en el chalé, siendo inmediatamente conducidos a la planta baja, donde se encontraba mistress Branican.

Una vez sentados en torno a una mesa, sobre la cual estaba desplegado un mapa de los mares de la Australia septentrional, Dolly preguntó:

—Capitán Ellis, ¿queréis darme cuenta de vuestra expedición?

El capitán Ellis habló con la misma seguridad que si leyese en su libro de a bordo, sin omitir detalle alguno, ni olvidar incidente, dirigiéndose de vez en cuando a Zach Fren para confirmar sus palabras. Refirió minuciosamente las exploraciones operadas en el estrecho de Torres, en el mar de Arafura, en las islas Melville y Bathurst, entre los archipiélagos de la Tierra de

Tasman, por más que esto fuera menos interesante. Mistress Branican escuchaba en silencio y con la mirada fija en el rostro del capitán.

Al llegar en su relación a los episodios acaecidos en la isla Browse, relató punto por punto cuanto había pasado desde que el *Dolly-Hope* vio el mástil de señal colocado sobre el peñón. Mistress Branican, siempre en silencio y con ligero temblor en las manos, veía todos los detalles, como si una fuerza misteriosa los hiciera reaparecer ante sus ojos. Veía el desembarco del capitán y sus hombres en la embocadura de la bahía, la subida al cerro, la hoja de cuchillo encontrada en el suelo, las huellas de cultivo, el azadón abandonado, la playa donde se habían acumulado los restos informes del *Franklin*, en aquel amontonamiento de rocas donde el barco no había podido ser arrojado sino por la más horrible de las tormentas, la gruta que los náufragos habitaron, el descubrimiento de las cuatro tumbas, el esqueleto del último de aquellos desgraciados al pie del mástil de señal, cerca de la campana de alarma... En este momento, Dolly se levantó como si hubiese oído los toques de aquella campana en las soledades de *Prospect-House*...

El capitán Ellis, sacando de su bolsillo un medallón, se lo mostró a Dolly.

Era el retrato de esta, un medallón fotográfico, medio borrado, que ella había dado a John cuando salió a bordo del *Franklin*, y que pesquisas posteriores a las que quedan relatadas habían hecho encontrar en un oscuro rincón de la gruta.

Este medallón indicaba que John era uno de los náufragos que habían buscado refugio en la isla. ¿Pero indicaba también que John fuese uno de los que habían perecido en la desnudez y el abandono...?

Sobre la mesa estaba desplegado el mapa de los mares australianos, aquel mapa delante del cual, y durante siete años, Dolly había evocado tantas veces el recuerdo de John. Dijo al capitán que le mostrase la isla Browse, punto apenas perceptible en el mapa y perdido en los parajes batidos por los tifones del océano índico.

—De haber llegado allí algunos años antes, tal vez hubiéramos encontrado vivos a John y a sus compañeros...

—Sí, tal vez —murmuró el señor Andrew—. Allí se debió conducir al *Dolly-Hope* en su primera expedición... Mas ¿quién podía pensar que el *Franklin*

fuera a perderse sobre una isla del océano Índico...?

—Nadie, en efecto —dijo el capitán Ellis—, dada la ruta que debía seguir, y que sin duda ha seguido, puesto que el *Franklin* ha sido visto al sur de las islas Célebes... ¿Tal vez el capitán John, no siendo ya dueño de su barco, había sido arrastrado hacia los estrechos de la Sonda, en el mar de Timor, y lanzado hasta la isla Browse?

—Sí... no es dudoso —respondió Zach Fren.

—Capitán —dijo mistress Branican—. Buscando el *Franklin* en los mares de la Malasia, habéis cumplido vuestro deber... ¡Pero era a la isla Browse donde se debió ir, desde luego...! ¡Sí...! ¡Allí era!

Después, queriendo apoyar en datos ciertos su tenacidad de conservar una última esperanza, dijo:

—A bordo del *Franklin* iban el capitán John, el segundo, Harry Felton, y doce marineros. Habéis encontrado en la isla los restos de cuatro hombres, que habían sido enterrados, y el quinto muerto al pie del mástil de señal... ¿Qué pensáis que les habrá sucedido a los otros nueve?

—Lo ignoramos —respondió el capitán Ellis.

—Ya lo sé —repuso insistiendo mistress Branican—, y os pregunto: ¿cuál pensáis que ha sido su suerte?

—Quizás han perecido mientras el *Franklin* se estrellaba contra los arrecifes de la isla...

—¿Admitís, pues, que sólo cinco han sobrevivido al naufragio...?

—Desgraciadamente, esa es la explicación más aceptable —añadió el señor Andrew.

—No soy de esa opinión —respondió mistress Branican—. ¿Por qué razón John, Felton y los doce hombres de la tripulación no han podido llegar a la isla sanos y salvos...? ¿Por qué nueve de ellos no han de haber podido abandonarla más tarde...?

—¿Y cómo, mistress Branican? —respondió vivamente el capitán Ellis.



—Pues embarcándose en una chalupa construida con los restos del buque...

—Señora —dijo el capitán—. Hemos creído que eso era imposible. Zach Fren puede decirnos en qué estado encontramos los restos del barco.

—Pero... ¿y en alguno de sus botes...?

—Aun admitiendo que no hubieran sido destrozados, los botes del *Franklin* carecían de condiciones para aventurarse en una travesía hacia la costa de Australia o las islas de la Sonda.

—Y además —replicó el señor Andrew—, si nueve de los náufragos han podido salir de la isla, ¿qué razón había para que quedasen en ella los otros cinco?

—Yo añado —dijo el capitán— que, suponiendo que han tenido una embarcación de cualquier clase y que han salido a bordo de ella, los que han hecho esto, o han perecido en el mar o han sido víctimas de los indígenas de Australia, puesto que no han reaparecido.

Mistress Branican, sin mostrar indicio de flaqueza de ánimo, dirigióse a Zach Fren y le dijo:

—¿Pensáis lo mismo que el capitán Ellis?

—¡Bah! Yo pienso —contestó moviendo la cabeza— yo pienso... que si bien han podido suceder así las cosas, ¡también han podido suceder de otro modo!

—Mi opinión es —dijo mistress Branican— que nada se puede asegurar de la suerte de esos nueve hombres, cuyos restos no se han encontrado en la isla. En lo que respecta a vos, a vuestra tripulación, capitán Ellis, habéis hecho cuanto puede pedirse a la más intrépida abnegación.

—¡Lo que yo deseaba es que el éxito hubiera coronado nuestros esfuerzos, señora!

—Mi querida Dolly —dijo el señor Andrew—, creo que la conversación ha durado bastante. Con vuestro permiso, pues, nos retiramos.

—Sí, amigo mío. Necesito estar sola. Pero todas las veces que el capitán

Ellis quiera volver a visitarme, tendré un placer inmenso en hablar con él de John y de sus compañeros...

—Estaré siempre a vuestra disposición, señora —dijo el capitán.

—Y vos tampoco olvidéis, Zach Fren, que mi casa es vuestra.

—¿Mía...? —respondió este—. ¿Y el *Dolly-Hope*...?

—¿El *Dolly-Hope*? —dijo mistress Branican, como si aquella pregunta le pareciese inútil.

—¿No queréis —dijo el señor Andrew—, si se presenta ocasión de venderlo...?

—¡Venderlo! —respondió vivamente Dolly—. ¡Venderlo! ¡No, señor Andrew, jamás!

Mistress Branican y Zach Fren se habían comprendido con una mirada.

A partir de aquel día, Dolly vivió retirada en *Prospect-House*, donde había hecho que le llevaran los objetos encontrados en la isla Browse, los utensilios de los que se habían servido los náufragos, la lámpara de a bordo, el pedazo de lona puesto en lo alto del mástil de señal, la campana del *Franklin*, etc.

En cuanto al *Dolly-Hope*, una vez conducido al puerto y amarrado, fue confiado a la custodia de Zach Fren. Los tripulantes, generosamente recompensados, tenían ya asegurada su existencia, estando obligados a volver a bordo del *Dolly-Hope* en el momento en que se creyera necesaria otra nueva expedición.

Zach Fren visitaba con frecuencia *Prospect-House*, y mistress Branican complacíase en verlo, en hablar con él y en volver a oír de sus labios los diversos incidentes de la expedición. Además de esto, el considerar las cosas de la misma manera, les aproximaba. Ni una ni otro creían que se hubiera pronunciado la última palabra sobre la catástrofe del *Franklin*, y Dolly repetía al contraмаestre:

—¡Zach Fren, ni John ni sus ocho compañeros han muerto!

—¿Los ocho...? No sé —respondía invariablemente el contraмаestre—,

¡pero el capitán vive...!

—¡Sí...!, ¡vive...! ¿Y dónde ir a buscarlo, Zach Fren? ¿Dónde estará mi pobre John?

—Ciertamente en alguna parte, mistress Branican. Y si no vamos, ¡ya recibiremos noticias tuyas! No digo por correo, ¡pero de algún modo las recibiremos...!

—¡John vive, Zach Fren!

—De no ser así, ¿habría podido salvaros...? ¿Dios hubiera permitido que os salvara...? No... no es posible. Sería preciso pensar que no era la suma bondad.

Y Zach Fren, con su rudeza habitual, y mistress Branican, con la obstinación que, en lo que se refería a este punto, la caracterizaba, se unían para conservar una esperanza que ni el señor Andrew ni sus amigos tenían.

Durante el año 1883, nada ocurrió que atrajese la atención pública en lo que a la catástrofe del *Franklin* se refería. El capitán Ellis, encargado del mando de otro buque de la casa Andrew, había vuelto a hacerse a la mar. Mister William Andrew y Zach Fren eran las únicas personas a quienes recibía en su casa mistress Branican. Ésta se dedicaba por completo al cuidado de los niños acogidos en *Wat-House*.

Educábanse allí unos cincuenta seres infelices, unos muy pequeños, otros de más edad. Mistress Branican los visitaba todos los días, ocupándose de su salud, de su educación y de su porvenir. La considerable suma dedicada al asilo permitía hacer felices, hasta donde esto era posible, a aquellos pobres niños huérfanos de padre y madre. Cuando llegaban a la edad en la que podían dedicarse a un aprendizaje, Dolly los colocaba en los talleres, las casas de comercio y los astilleros de San Diego, aunque sin abandonarlos por eso. En el dicho año de 1883, tres o cuatro de los hijos de marineros estuvieron en condiciones de embarcarse bajo las órdenes de capitanes de toda la confianza de Dolly. Iniciados como grumetes, de los trece a los dieciocho años serían novicios, pasando luego a marineros, después a contra maestres, teniendo así la seguridad de conseguir un buen oficio en su edad madura, y un retiro honroso en su ancianidad. Y esto quedó demostrado después, ya que el hospicio de *Wat-House*

estaba destinado a constituir el plantel de los bravos marineros que hacen honor a la población de San Diego y a otros puertos de California.

Además de estas ocupaciones, mistress Branican no dejaba de ser la bienhechora de los pobres. Ninguno de estos llamaba en vano a la puerta de *Prospect-House*. Con los intereses considerables que le rendía su fortuna, sabiamente administrada por el señor Andrew, concurría a remediar las desgracias de todos, y principalmente las de las familias de los marineros del *Franklin*... Y de estos últimos, ¿no pensaba ella que algún día regresarían?

El único objeto de sus conversaciones con Zach Fren era la suerte de los naufragos, de los cuales ninguna huella se había encontrado en la isla Browse. Persistía en ella la idea de que la habrían abandonado en una embarcación construida por ellos. Sin embargo, habían transcurrido tantos años, que era una locura esperar todavía.

En la soledad de la noche, y en el fondo de un sueño agitado y lleno de extrañas pesadillas, Dolly veía aparecer ante ella al capitán John... Había sido salvado del naufragio y recogido en aquellos lejanos mares... El buque que le repatriaba estaba ya a la vista del puerto... John entraba en San Diego... Y lo más extraordinario era que estas ilusiones persistían al despertar, y Dolly las consideraba como realidades.

En esto mismo se obstinaba Zach Fren. Aquella idea estaba incrustada en su cerebro como las clavijas de roble en las cuadernas de un buque. Repetíase que no se habían encontrado más que cinco naufragos, y que los nueve restantes habían podido abandonar la isla Browse, y que se equivocaban los que afirmaban la imposibilidad de construir una embarcación con los restos del *Franklin*. Era cierto que el tiempo transcurrido ya era mucho; pero Zach Fren no quería pensar en ello. Comunicaba sus ilusiones a Dolly, cosa que mister Andrew veía con disgusto. ¿No se podía temer que tal sobreexcitación fuera peligrosa para aquel cerebro herido ya una vez por la locura? Inútil era cuanto sobre este particular decía a Zach Fren. Éste siempre respondía:

—Yo no desistiré de mi idea, y me agarraré a ella como un ancla que ha hecho buena presa.

En 1890 hacía ya catorce años que el capitán John y sus hombres habían abandonado el puerto de San Diego. Mistress Branican contaba entonces

treinta y siete años. Aunque sus cabellos comenzaban a blanquear y su tez se marchitaba, en sus ojos brillaba el mismo fuego que en otros tiempos, y no parecía haber perdido nada de aquella energía que la caracterizaba, y para probarla de nuevo, sólo esperaba una ocasión oportuna.

¿Acaso no le era posible, imitando la conducta de lady *Franklin*, organizar expediciones sobre expediciones, gastando su fortuna entera en encontrar las huellas de John y sus compañeros? Sí, mas ¿dónde iría a buscarlos...? La opinión general era que aquel drama marítimo había tenido el mismo desenlace que la expedición del ilustre almirante inglés... ¿No habían perecido los tripulantes del *Franklin* en los parajes de la isla Browse, como los tripulantes del *Erebus* y del *Terror* en medio de los hielos de los mares árticos...?

Durante estos últimos años, en los que no se tuvieron nuevas noticias de las huellas del resto de la tripulación del *Franklin*, mistress Branican no había cesado de practicar numerosas indagaciones con el fin de averiguar el estado actual de Len Burker. Pero por esta parte tampoco había noticia alguna. Ninguna carta se recibió en San Diego. Todo inducía a creer que Len Burker, después de abandonar América, había ido a establecerse con un nombre supuesto en algún lejano país, lo cual constituía una nueva pena para mistress Branican. ¡Qué feliz le hubiera hecho, de estar a su lado, a aquella pobre mujer a la que tanto cariño profesaba...! ¡Jane hubiera sido una compañera devota...! Pero estaba muy lejos, y no menos perdida para Dolly que el capitán John.

Habían terminado los seis primeros meses del año 1890, cuando un periódico de San Diego reprodujo en su número del 26 de julio una noticia que debía causar, y se puede decir que causó, una gran sensación en ambos continentes.

Dicha noticia estaba tomada del periódico de Australia, el *Morning-Herald* de Sidney, y decía así:

«Recordarán nuestros lectores que las últimas pesquisas hechas hace siete años por el *Dolly-Hope*, a fin de encontrar a los sobrevivientes del naufragio, no tuvieron éxito. Debía, por lo tanto, creerse que los náufragos habían sucumbido todos antes de arribar a la isla Browse, o después de haberla abandonado.

»Ahora bien, la cuestión no está resuelta del todo.

»Uno de los oficiales del *Franklin*, Harry Felton, el segundo del capitán John, acaba de llegar a Sidney. Ha sido encontrado en las orillas del Parru, uno de los afluentes del Darling, casi en el límite de Nueva Gales del Sur y del Queensland, y conducido a Sidney. Pero su estado de postración es tal, que no se ha podido obtener de él detalle alguno, siendo de esperar que muera de un día a otro. Se ha dado aviso de este encuentro a los interesados de la catástrofe del *Franklin*».

El 27 de julio, e inmediatamente después que el señor Andrew tuvo conocimiento de este suceso, se dirigió a *Prospect-House*, donde Zach Fren se encontraba en aquel momento.

Mistress Branican, puesta al corriente de todo, contestó:

—Parto en seguida para Sidney.

—¿Para Sidney...? —preguntó el señor Andrew.

—Sí —respondió Dolly.

Y volviéndose hacia Zach Fren, le dijo:

—¿Me acompañaréis?

—Donde vayáis.

—¿Se halla en estado el *Dolly-Hope* de hacerse a la mar?

—No —respondió el señor Andrew—. Se tardará tres semanas para armarlo...

—Antes de tres semanas, tengo que estar en Sidney. ¿Hay algún paquebote que vaya a salir para Australia...?

—Esta noche saldrá el *Oregon* de San Francisco.

—Zach Fren, estaremos esta noche en San Francisco.

—Mi querida Dolly —dijo enternecido el señor Andrew—, ¡que Dios os reúna con vuestro John...!

—¡Él nos reunirá, así lo espero! —respondió Dolly. Aquella misma noche, y a cosa de las once, un tren especial condujo a mistress Branican y a Zach Fren a la capital de California.

A la una de la madrugada el *Oregon* partía de San Francisco con rumbo a Sidney.

## XVI. Harry Felton

El *steamer Oregon* había hecho con una velocidad media de diecisiete nudos por hora aquella navegación, favorecida por un hermoso tiempo, normal en aquella parte del Pacífico y en aquella época del año. Parecía que aquel buque participaba de la impaciencia de mistress Branican y de Zach Fren. Excusado es decir que los oficiales, pasajeros y tripulación demostraban sus simpatías por aquella intrépida mujer, tan digna de ellas por su desgracia y por la energía con la que la soportaba.

Cuando el *Oregon* se encontró entre los 33° y 51' de latitud sur y 148° y 40' de longitud este, los vigías señalaron tierra. El 15 de agosto, y después de una travesía de siete mil millas, llevada a cabo en diecinueve días, el *steamer* penetraba en la bahía de Port-Jackson, entre aquellas escarpadas rocas pizarrosas abiertas como enorme puerta que da entrada al Pacífico.

Dejando a derecha e izquierda los pequeños golfos, sembrados de villas y construcciones que llevan los nombres de Watson, Vaucluse, Rose, Double y Elisabeth, el *Oregon* pasó por delante de Earme-Love, Sidney-Love, y fue a amarrar en el muelle de desembarco de Darling-Harbour, que es el mismo puerto de Sidney.

A la primera persona que vio a bordo, que era un agente de la aduana, le preguntó mistress Branican:

—¿Harry Felton...?

—Vive, señora —respondió el agente adivinando quién era la que le hablaba.

Esto nada tenía de extraño, puesto que toda la población de Sidney sabía que mistress Branican venía a bordo del *Oregon*, y era esperada con impaciencia.

—¿Dónde está Harry Felton? —añadió.



—En el hospital de la Marina.

Mistress Branican, acompañada de Zach Fren, desembarcó en seguida. La muchedumbre la recibió con la misma deferencia que en San Diego, y que Dolly encontraba en todas partes.

Un carruaje les condujo al hospital de la Marina, donde fueron recibidos por el médico de guardia. Dolly preguntó a este:

—¿Harry Felton ha podido hablar...? ¿Tiene conocimiento...?

—No, mistress —respondió el médico—. Este infortunado no ha vuelto en sí... y es posible que no pueda hablar... ¡Va a morir de un momento a otro!

—¡Es preciso que Harry Felton no muera! —exclamó Dolly—. ¡Sólo él sabe si el capitán John y alguno de sus compañeros viven aún! ¡Sólo él puede decir dónde están...! He venido para ver a Harry Felton... para oírle...

—Mistress, os conduciré inmediatamente junto a él —dijo el médico.

Algunos instantes después, mistress Branican y Zach Fren estaban en la habitación ocupada por Harry Felton.

Seis semanas antes, unos viajeros que atravesaban la provincia de Ulakarara, en Nueva Gales del Sur, al límite inferior del Queensland, al llegar a la orilla izquierda del Parru vieron un hombre que yacía al pie de un árbol. Estaba cubierto de andrajos, desfallecido por las privaciones y quebrantado por la fatiga. No fue posible hacerle recobrar el conocimiento. De no haber hallado en uno de sus bolsillos un nombramiento de oficial de la marina mercante, no se hubiera sabido quién era.

Se trataba de Harry Felton, el segundo del *Franklin*.

¿De dónde llegaba? ¿De qué lejana parte del continente de Australia había partido? ¿Cuánto tiempo hacía que andaba errante por aquellas espantosas soledades de los desiertos del centro? ¿Había sido hecho prisionero por los indígenas, consiguiendo escapar? ¿Dónde había dejado a sus compañeros, si por ventura quedaba alguno? ¿Había sido él quizás el único sobreviviente de aquel desastre, acaecido catorce años antes...? Hasta entonces todas estas preguntas habían quedado sin respuesta.

Existía, pues, gran impaciencia por saber de dónde venía Harry Felton, cuál había sido su existencia desde el naufragio del *Franklin* en los arrecifes de la isla Browse, y por saber, en fin, la última palabra de la catástrofe en cuestión.

Harry Felton fue conducido a la estación más próxima, Oxley, desde la que el ferrocarril le llevó a Sidney. El *Morning-Herald*, informado antes que ningún otro periódico de la llegada del naufrago a la capital de Australia, se ocupó de este punto en el artículo que ya se conoce, añadiendo que el segundo del *Franklin* no había aún podido responder a ninguna de las preguntas que se le habían dirigido.

Mistress Branican no hubiera podido reconocer a Harry Felton, de no saber quién era. No contaba aquel más que cuarenta y seis años y aparentaba sesenta. ¡Y aquel hombre, casi cadáver, era el único que podía decir lo que había sido del capitán John y de su tripulación...!

Hasta aquel día los cuidados más asiduos habían sido inútiles para mejorar el estado de Harry Felton; estado que indudablemente provenía de las fatigas sufridas durante las semanas, meses quizá, que había durado su viaje por la Australia central. Un síncope podía extinguir de un momento a otro el soplo de vida que aún quedaba en aquel cuerpo. Desde su ingreso en el hospital, apenas había abierto los ojos, ignorándose en absoluto si se daba cuenta de lo que pasaba en torno suyo. Se le sostenía con un poco de alimento, y él no parecía notarlo. Era de temer que sus continuados padecimientos hubieran causado honda mella en sus facultades intelectuales, destruyendo aquella memoria de la que acaso dependía la salvación de los demás naufragos.

Mistress Branican, sentada a la cabecera del lecho de Harry Felton, espiaba los menores movimientos de sus ojos, el murmullo de su voz, esperando alguna palabra de sus labios, cualquier indicio, en suma, de gran valor para ella en las presentes circunstancias. Lo mismo hacía Zach Fren.

Pero aquella luz de inteligencia tan ansiosamente aguardada no brilló ni en aquel día ni en el siguiente. Cuando Harry Felton abrió los ojos, mistress Branican no encontraba en ellos más que una mirada inconsciente.

Sin embargo, ella no desesperaba, como tampoco Zach Fren, que repetía:

—Si Harry Felton reconoce a la mujer de su capitán, se hará comprender por ella, ¡aunque sea sin hablar!

Era importante, en efecto, que el segundo del *Franklin* reconociese a mistress Branican, siendo de esperar que con ello experimentara una impresión saludable. Se obraría, pues, con extraordinaria prudencia en tanto que el enfermo se acostumbrara a la presencia de Dolly, y poco a poco, reconstruyéndose en su memoria los recuerdos del *Franklin*, podría indicar por señas lo que no pudiese decir...

Por más que varias veces se aconsejó a mistress Branican que saliese de la alcoba para tomar algo de reposo, ella no quiso nunca abandonar la cabecera del lecho.

—Harry Felton —contestaba— puede morir, y, si con su última palabra exhala el último suspiro, es preciso que yo esté cerca de él para escucharla... ¡No lo abandonaré!

Por la tarde pareció iniciarse una ligera mejoría en el estado de Harry Felton, y abriéronse muchas veces sus ojos, pero sin dirigir la mirada a mistress Branican. Ésta, inclinada sobre él, le llamaba. Repetía los nombres del capitán John, del *Franklin*, de San Diego... No pedía más que una palabra, una sola.

—¿Viven...? ¿Viven aún?

Después, pensaba en que todos habían tenido que pasar por los mismos sufrimientos de Harry Felton, y al momento rechazaba esta idea. ¡No! ¡No era posible que su esposo hubiera seguido a Harry Felton...! Había quedado con los otros allá... muy lejos... ¿Dónde...? ¿En poder de alguna tribu del litoral de Australia...? ¿Cuál sería esta tribu...? Sólo Harry Felton lo podía decir. ¡Y su inteligencia estaba anonadada! ¡Sus labios continuaban sin articular una sílaba!

Al llegar la noche, aumentó el abatimiento de Harry Felton. Sus ojos ya no se abrían; su mano se enfriaba, igual como si se retirara al corazón el resto de vida que le quedaba. ¿Iba, pues, a morir aquel hombre sin pronunciar una palabra...? Entonces Dolly recordó que también ella había pasado días penosísimos cuando perdió la razón durante tantos años. Y así como nada se pudo obtener entonces de ella, ¡tampoco se podría

ahora obtener nada de aquel desgraciado!

Al amanecer, el médico, muy inquieto por el estado de postración de Harry Felton, le aplicó medicamentos más enérgicos, sin obtener resultado. Aquel hombre no tardaría en expirar...

Mistress Branican iba, pues, a ver desvanecidas por completo las ilusiones que la vuelta de Harry Felton le había hecho concebir... A la luz que este hubiera podido traer sucedería una oscuridad profunda, que nada podría disipar. Entonces... ¡ah! Entonces todo habría terminado.

Los principales médicos de Sidney se reunieron en consulta, por decisión de Dolly, y después de haber examinado al enfermo se declararon impotentes para devolverle la vida.

—¿No podéis, pues, hacer nada por este desgraciado? —preguntó mistress Branican.

—No, imposible —respondió uno de los médicos.

—¡Ni aun darle un minuto de inteligencia... un minuto de recuerdo...!

¡Aquel minuto lo hubiera pagado mistress Branican con su fortuna entera!

Pero lo que no está en poder de los hombres, está en el de Dios. A Él deben dirigirse todos cuando faltan los recursos.

Y Dolly, una vez retirados los médicos, se arrodilló ante el lecho, elevando sus súplicas a Dios. En esta actitud la encontró Zach Fren.

De repente, este último, que se había aproximado nuevamente al enfermo con objeto de ver si aún vivía, exclamó:

—¡Mistress...! ¡Mistress!

Dolly se levantó, creyendo que Zach Fren se había encontrado un cadáver...

—¿Ha muerto...? —preguntó.

—¡No... mistress... no...! Ved... Ha abierto los ojos... y mira...

En efecto, los ojos de Harry Felton brillaban bajo los párpados levantados.

Habíase coloreado ligeramente su rostro; sus manos se agitaron. Parecía salir de aquel letargo en el que hacía tanto tiempo estaba sumido. Después, fijando su mirada en mistress Branican, se dibujó en sus labios una ligera sonrisa.

—¡Me ha reconocido! —exclamó Dolly.

—¡Sí...! —respondió Zach Fren—. Sabe que la mujer de su capitán está junto a él... Va a hablar...

—Y si no puede... ¡que Dios permita por lo menos que se haga comprender!

Y cogiendo la mano de Harry Felton, que oprimió ligeramente la suya, se inclinó hacia él y le preguntó:

—¿Y John...? ¿Y John...?

Con una mirada, Harry Felton indicó que la había oído y entendido.

—¿Vive...? —volvió a preguntar Dolly.

—¡Sí!

Por débil que fuera la voz con que este sí fue pronunciado, Dolly la oyó perfectamente.

## XVII. Sí y no

Mistress Branican hizo llamar en seguida al médico. Éste, no obstante el cambio producido en el estado mental de Harry Felton, comprendió que aquello no era más que la última manifestación de una vida que bien pronto se extinguiría.

El moribundo, por su parte, no parecía ver más que a mistress Branican, no fijando su atención ni en Zach Fren ni en el médico. Lo que le restaba de inteligencia se concentraba en la mujer de su capitán, de John Branican.

—Harry Felton —preguntó mistress Branican—, si John vive, ¿dónde le habéis dejado...? ¿Dónde está?

Harry Felton no respondió.

—No podrá hablar —dijo el médico—, pero tal vez podremos obtener de él respuestas por señas...

—Pues en este caso estoy segura de interpretarlas perfectamente —dijo Dolly.

—Esperad —dijo Zach Fren—. Es preciso que se le hagan las preguntas de cierta manera; y como nosotros nos entendemos entre marineros. Dejadme hacer. Que mistress Branican coja la mano de Harry Felton, que no aparte de él sus ojos, y yo le preguntaré. Él dirá sí o no con la mirada, y esto es bastante.

Mistress Branican, inclinándose sobre Harry Felton, le cogió la mano.

Si Zach Fren hubiera comenzado su interrogatorio preguntando dónde estaba John Branican, hubiera sido imposible obtener una indicación satisfactoria, porque esto sería lo mismo que obligar a Harry Felton a pronunciar el nombre de una comarca, provincia o población, cosa imposible en su estado. Mejor era llegar a este punto gradualmente, tomando la historia del *Franklin* a partir del último día en el que había sido

visto, hasta en el que Harry Felton se había separado del capitán John.

—Felton —dijo Zach Fren con voz clara—. Tenéis junto a vos a mistress Branican, la mujer de John, el capitán del *Franklin*. ¿La habéis reconocido...?

Los labios del enfermo no articularon nada, pero un movimiento de sus ojos y una presión de su mano respondieron afirmativamente.

—El *Franklin* —continuó Zach Fren— no ha sido visto en ninguna parte después de haberlo visto en la isla Célebes... ¿Me oís bien...?

Nueva afirmación con la mirada.

—Bueno, escuchadme. Abriendo y cerrando los ojos me diréis si lo que pregunto es o no exacto.

Indudablemente, Harry Felton había comprendido.

—Al abandonar el mar de Java —continuó Zach Fren— ¿el capitán John ha pasado al de Timor?

—Sí.

—¿Por el estrecho de la Sonda...?

—Sí.

—¿Voluntariamente...?

Esta pregunta fue contestada con una señal negativa, de la que no se podía dudar.

—¡No! —dijo Zach Fren.

Resultaba, pues, cierto lo que siempre, tanto él como el capitán Ellis, habían pensado. Para que el *Franklin* pasara del mar de Java al de Timor, era preciso que se hubiera visto obligado a ello.

—¿Fue motivado por una tempestad...? —preguntó Zach Fren.

—Sí.

—¿Un violento tornado que probablemente os sorprendería en el mar de Java...?

—Sí.

—¿Y que os arrojó al estrecho de la Sonda...?

—Sí.

—¿Tal vez el *Franklin* estaba desamparado de arboladura, y el timón inservible...?

—Sí.

Mistress Branican miraba fijamente a Harry Felton, sin pronunciar una sola palabra.

Queriendo Zach Fren reconstituir las diversas fases de la catástrofe, continuó en estos términos:

—¿No habiendo podido orientarse el capitán John, desde días antes, ignoraba dónde se encontraba...?

—Sí.

—¿Y después de haber sido arrastrado durante algún tiempo hacia el oeste del mar de Timor, fue a perderse en los arrecifes de la isla Browse...?

Un ligero movimiento indicó la sorpresa de Harry Felton, que evidentemente ignoraba el nombre de la isla sobre la que el *Franklin* se había destrozado, y de la cual ninguna observación había permitido demostrar la posición en el mar de Timor.

Zach Fren continuó:

—Cuando abandonasteis San Diego, estabais a bordo el capitán John, vos y doce marineros, en total, catorce... ¿Erais también catorce al abandonar el *Franklin*?

—No.

—¿Habían, pues, perecido algunos en el momento en el que el navío se



estrellaba contra las rocas...?

—Sí.

—¿Uno...? ¿Dos...?

Una señal afirmativa aprobó este último número. Faltaban, por lo tanto, dos marineros cuando los náufragos echaron pie a tierra en la isla Browse.

Atendiendo al consejo del médico, se dio un poco de reposo a Harry Felton, visiblemente fatigado por este interrogatorio.

Algunos minutos después, este continuó, obteniendo Zach Fren algunos informes respecto al modo en el que el capitán John, Harry Felton y sus diez compañeros habían subvenido a sus necesidades. Los náufragos hubieran muerto de hambre de no tener algunas provisiones de conserva y harina recogidas en la costa, y de no contar también con los recursos de la pesca. Sólo muy raras veces habían visto pasar algún buque a lo largo de la isla. Mas su pabellón, izado en el mástil de señal, no fue advertido nunca, y esta era la única esperanza que tenían entonces.

Entonces Zach Fren preguntó:

—¿Cuánto tiempo habéis permanecido en la isla Browse...? ¿Un año... dos... tres... seis años?

—Sí —contestó Harry Felton al llegar Zach Fren a este último número.

¡Desde 1875 hasta 1881 el capitán John y sus compañeros habían, pues, vivido solos en aquella isla!

Mas ¿cómo les fue posible abandonarla? He aquí uno de los puntos más importantes que Zach Fren abordó con esta pregunta:

—¿Es que habéis podido construir una embarcación con los restos del buque...?

—No.

También era cierto, por lo tanto, lo que habían pensado Zach Fren y el capitán Ellis al explorar el sitio de la catástrofe: de aquellos restos no se había podido construir un solo bote.

Habiendo llegado a este punto del interrogatorio, Zach Fren se encontró muy perplejo para saber de qué modo los náufragos habían podido abandonar la isla Browse.

—¿Decís —preguntó— que ningún barco vio vuestras señales...?

—No.

—¿Entonces fue un *prao* de Malasia? ¿Una embarcación de los indígenas de Australia que abordó allí...?

—No.

—¿Una chalupa...? ¿La chalupa de un barco que fue arrojado sobre la isla...?

—Sí.

—¿Alguna chalupa zozobrada...?

—Sí.

Esclarecido este punto, Zach Fren pudo deducir las consecuencias naturales.

—¿Y pudisteis poner aquella chalupa en condiciones de hacerse a la mar?

—Sí.

—¿Y el capitán John se sirvió de ella para ganar la costa más próxima a sotavento?

—Sí.

Pero ¿cómo no se habían embarcado todos en aquella chalupa? Esto era un punto muy importante de conocer.

—¿Sin duda aquella chalupa era muy pequeña para llevar doce pasajeros...?

—Sí.

—¿Y partisteis siete, el capitán, vos y cinco hombres...?

—Sí.

Y entonces pudo leerse en la mirada del moribundo el ansia por que fuesen a salvar a los que quedaron en la isla Browse.

A una señal de Dolly, Zach Fren se abstuvo de decir que los cinco marineros habían perecido después de la salida del capitán.

Se concedió otro rato de descanso a Harry Felton, cuyos ojos se habían cerrado y cuya mano seguía oprimiendo la de Dolly.

Ésta, transportada con el pensamiento a la isla Browse, asistía a todas aquellas escenas, veía los esfuerzos de John para salvar a sus compañeros... ¿Adónde se había dirigido aquella chalupa...?

Harry Felton abrió de nuevo los ojos. Zach Fren volvió a interrogarle:

—¿De modo que el capitán John, vos y cinco hombres salisteis de la isla de Browse...?

—Sí.

—¿Y la chalupa puso el cabo al este a fin de ganar la costa más próxima a la isla...?

—Sí.

—¿Era la costa de Australia...?

—Sí.

—¿Fue arrojada sobre la costa por alguna tempestad al fin de su travesía...?

—No.

—¿Habéis podido ponerlos al abrigo en alguna de las ensenadas del litoral de Australia...?

—Sí.

—¿Tal vez cerca del cabo Lévéque...?

—Sí.

—¿Acaso en York-Sund...?

—Sí.

—Al desembarcar, ¿caísteis en manos de los indígenas...?

—Sí.

—¿Os hicieron prisioneros...?

—Sí.

—¿A todos...?

—No.

—¿Percieron algunos en el momento del desembarco en York-Sund...?

—Sí.

—¿Sacrificados por los indígenas...?

—Sí.

—¿Uno...? ¿Dos...? ¿Tres...? ¿Cuatro...?

—Sí.

—¿No erais, pues, más que tres cuando los australianos os llevaron al interior del continente...?

—Sí.

—¿El capitán John, vos y uno de los marineros...?

—Sí.

—Y este último... ¿permanece aún con el capitán John...?

—No.

—¿Murió antes de vuestra partida...?

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo...?

—Sí.

Así, el capitán John y Harry Felton eran actualmente los únicos sobrevivientes del *Franklin*, y uno de ellos no viviría mucho.

Algo difícil fue obtener de Harry Felton el esclarecimiento de lo que se relacionaba con el capitán John, esclarecimiento que convenía tener con una extrema precisión. Más de una vez tuvo Zach Fren que suspender el interrogatorio. Cuando lo reanudaba, mistress Branican le hacía dirigir preguntas sobre preguntas a fin de saber cuanto había sucedido en aquellos nueve años, es decir, desde el día en el que el capitán John y Harry Felton fueron hechos prisioneros por los indígenas del litoral de Australia. Se supo que se trataba de tribus nómadas..., a quienes los prisioneros debieron seguir durante sus incesantes peregrinaciones por la Tierra de Tasman, arrastrando la más miserable existencia... ¿Por qué habían sido hechos prisioneros...? ¿Sería para aprovecharse de sus servicios, o tal vez para obtener una gruesa suma por su rescate de las autoridades inglesas, si se presentaba la ocasión? Sí. Y este hecho tan importante pudo ser formalmente establecido por las respuestas de Harry Felton a las preguntas de Zach Fren. Algunas otras preguntas permitieron, además, asegurar que el capitán John y Harry Felton habían estado tan bien guardados, que durante nueve años no encontraron ocasión de escapar.

Al fin esta circunstancia se había presentado. El capitán y Harry Felton se dieron cita en un punto determinado para reunirse y huir juntos. Pero alguna circunstancia desconocida por Harry Felton no permitió a John acudir al sitio indicado. Harry Felton esperó muchos días, y no queriendo escapar solo, había intentado reunirse de nuevo a la tribu; pero esta ya no estaba en aquellos lugares... Decidido a volver para librar a su capitán si él llegaba a una de las aldeas del interior, emprendió su camino a través de las regiones del centro, ocultándose para evitar caer en manos de los indígenas, aniquilado por los calores y sintiéndose morir de hambre y de fatiga... Durante seis meses, había vagado de esta manera hasta caer

inanimado junto a la orilla del Parru, en la frontera meridional del Queensland.

Allí, como se ha dicho, fue reconocido gracias a los papeles que sobre sí llevaba, siendo conducido a Sidney, donde su vida se había prolongado, como por milagro, con objeto de que pudiese revelar lo que durante tantos años se trató de averiguar en vano.

De forma que, de todos sus compañeros, el único sobreviviente era el capitán John, prisionero de una tribu nómada que recorría los desiertos de la Tierra de Tasman.

Zach Fren pronunció diversos nombres de tribus, que ordinariamente frecuentan estos territorios, y al citar los indas, Harry Felton hizo una señal afirmativa. Zach Fren comprendió también que durante el invierno esta tribu acampa habitualmente en las orillas del río Fitz-Roy, uno de los que desembocan en el golfo Lévéque, al noroeste del continente australiano.

—¡Allí iremos en busca de John, y allí le encontraremos! —exclamó mistress Branican.

Y Harry Felton lo comprendió, porque su mirada se animó ante la idea de que el capitán John sería salvado por ella...

Harry Felton había cumplido su misión. Mistress Branican, su última confidente, sabía en qué parte del continente australiano era preciso llevar a término las investigaciones...

Y volvió a cerrar los ojos, no teniendo ya pregunta alguna que contestar.

He aquí el estado al que había sido reducido aquel hombre tan valiente y animoso, herido de muerte por las fatigas y privaciones, y, sobre todo, por el funesto clima de Australia... Por haberlo afrontado sucumbía en el momento en el que sus desgracias podían haber terminado. ¿No era él quien esperaba al capitán John para huir juntos a través de las soledades de la Australia central? ¿No amenazaban los mismos peligros a los que marchasen en busca de aquella tribu de los indas?

Este pensamiento no vino a la mente de mistress Branican. Mientras el *Oregon* la llevaba al continente australiano, había concebido y combinado el plan de una nueva expedición, y no faltaba más que ponerlo en práctica.

Harry Felton murió a las nueve de la noche aproximadamente. Una vez aún Dolly le había llamado por su nombre. Una vez aún él la había oído. Habíanse abierto sus párpados y de sus labios se escapó este nombre.

—¡John...! ¡John!

Después, apoderóse de él el estertor de la agonía, y al fin su corazón cesó de latir...

Aquella misma noche, en el momento que Dolly salió del hospital, se le acercó un jovencito que esperaba en el dintel de la puerta.

Era un grumete de la marina mercante, que servía en el Brisbane, uno de los paquebotes que hacen las escalas de la costa australiana, entre Sidney y Adelaida.

—¿Mistress Branican...? —dijo con voz temblorosa.

—¿Qué queréis, hijo mío? —respondió Dolly.

—¿Ha muerto Harry Felton...?

—¡Ha muerto!

—¿Y el capitán John...?

—¡Vive...! ¡Él vive!

—Gracias, mistress Branican —dijo el joven grumete.

Dolly apenas había visto las facciones del joven, el cual se retiró sin decir quién era ni el motivo de sus preguntas.

Al día siguiente, celebráronse las exequias por Harry Felton, asistiendo los marineros del puerto de Sidney y una gran parte de la población.

Mistress Branican se colocó detrás del féretro y acompañó hasta el cementerio al que había sido el leal compañero, el fiel amigo del capitán

John. Cerca de ella iba el joven grumete, a quien no reconoció entre todos los que iban en el fúnebre cortejo del segundo del *Franklin*.



# SEGUNDA PARTE

## I. Navegando

Habiendo sido abierto el istmo de Suez por Ferdinand Lesseps, puede decirse que el continente africano se ha convertido en una isla. Cuando suceda lo mismo con el istmo de Panamá y el canal se termine, podrá aplicarse también el calificativo de islas a América del Sur y a la del Norte. Estos inmensos territorios estarán entonces rodeados de agua por todas partes. Pero como por su extensión conservaron durante largo tiempo el nombre de continentes, es lógico aplicárselo también a Australia o Nueva Holanda, que se encuentra en idénticas condiciones.

En efecto, Australia mide tres mil novecientos kilómetros en su mayor longitud, del este al oeste, y tres mil doscientos en su mayor anchura, de norte a sur. Por lo tanto, el resultado de estas dimensiones constituye una superficie de cerca de cuatro millones ochocientos treinta mil kilómetros cuadrados, o sea unas siete partes de las nueve que constituyen el área de Europa.

El continente de Australia se halla actualmente dividido, según los autores de los atlas recientemente publicados, en siete provincias separadas por líneas imaginarias, que se cortan formando ángulos rectos, y sin que para ello se hayan tenido en cuenta los accidentes orográficos e hidrográficos:

Al este, en la parte más poblada, se encuentra el Queensland, capital Brisbane; Nueva Gales del Sur, capital Sidney, y Victoria, capital Melbourne.

En el centro, la Australia septentrional y la Tierra Alexandra, que carecen de capital, y la Australia meridional, capital Adelaida.

Por último, al oeste, la Australia occidental, que se extiende de norte a sur, y cuya capital es Perth.

Conviene añadir que los australianos tratan de constituir una confederación con el nombre de *Commonwealth of Australia*. El gobierno inglés rechaza este título, pero, sin duda, la confederación será un hecho

cuando se efectúe la separación.

Pronto veremos, en este relato, cómo mistress Branican se aventura por las provincias más peligrosas y menos conocidas de este continente, animada por aquella vaga esperanza, por aquella idea, casi irrealizable, de encontrar al capitán John y arrancarlo de las manos de la tribu que le retenía prisionero desde hacía nueve años. Pero ¿no sería posible que los indas no hubiesen respetado su vida, después de la evasión de Harry Felton?

El proyecto de mistress Branican era salir de Sidney en cuanto le fuera posible. Podía contar con la adhesión de Zach Fren y con la inteligencia tan firme y práctica que le caracterizaba. Ambos, en una larga conversación y delante del mapa de Australia, habían discutido las medidas más rápidas y más favorables que debían decidir el éxito de aquella tentativa. La elección del punto de partida era de gran importancia, y se acordó:

1.º A expensas y bajo la dirección de mistress Branican, se organizaría una caravana provista de los mejores medios de búsqueda y de defensa, y con todo el material necesario para un viaje por los desiertos de la Australia central.

2.º Convenía que aquella exploración comenzase en un plazo muy breve, dirigiéndola por las vías más rápidas de tierra y mar hasta el confín de las comunicaciones establecidas entre el litoral y el centro del continente.

En primer lugar, la cuestión de llegar al litoral noroeste, es decir, al punto de la Tierra de Tasman, donde habían arribado los náufragos del *Franklin*, fue puesta a discusión. Este rodeo hubiera ocasionado una considerable pérdida de tiempo, seguida de dificultades de entidad, tanto en lo que concernía a la parte del personal, como a la del material. Nada aseguraba que, entrando en Australia por el oeste, la expedición encontraría con más facilidad a la tribu que retenía al capitán John Branican, a aquellos indígenas nómadas que recorren la Tierra Alexandra y los distritos de la Australia occidental. Por lo tanto, este punto resolvióse en sentido negativo.

Tratóse, en segundo lugar, del derrotero más conveniente para dar principio a la expedición. Debía seguirse la misma dirección que llevara Harry Felton por la Australia central. Y aunque no fuese completamente conocida, estaba indicada, por lo menos, por el punto donde se encontró al

segundo del *Franklin*, es decir, las orillas del Parra, en el límite del Queensland y Nueva Gales del Sur, al noroeste de esta última provincia.

Desde 1770 su parte oriental se hallaba extensamente colonizada y civilizada. Fue en esta época cuando el capitán Cook exploró Nueva Gales del Sur, tomando posesión, en nombre del rey de Inglaterra, del continente ya descubierto por el portugués Manuel Godenbho y por los holandeses Verschoor, Hartog, Carpenter y Tasman. En 1787, siendo ministro Pitt, el comodoro Philipp fue a fundar la colonia penitenciaria de Botany-Bay, de donde en menos de un siglo había de surgir una nación de cerca de tres millones de habitantes. Actualmente, en este continente existe todo lo que constituye la grandeza y prosperidad de un país: ratas, canales, ferrocarriles, cruzando las diversas localidades del Queensland, Nueva Gales del Sur, Victoria y la Australia meridional, líneas de paquebotes entre los diferentes puertos del litoral; en fin, no falta nada en aquella parte del continente. Y puesto que mistress Branican se encontraba en Sidney, en esta opulenta y populosa capital hallaría los medios necesarios para la organización de la proyectada caravana, máxime cuanto que antes de salir de San Diego, mistress Branican, por mediación de míster William Andrew, se había hecho abrir un crédito importante en el *Central Australian Bank*. Podía, pues, fácilmente procurarse hombres, vehículos, caballerías de tiro y silla, todo lo necesario para una expedición por Australia, quizá para atravesarla por completo de este a oeste, o sea un trayecto de dos mil doscientas millas aproximadamente. Pero ¿debía ser elegido Sidney como punto de partida?

Examinada detenidamente esta cuestión, y teniendo en cuenta la opinión del cónsul americano, muy al corriente del estado actual de la geografía australiana, Adelaida, la capital de la Australia meridional, pareció el lugar más indicado como base de operaciones. Siguiendo la línea telegráfica, cuyos hilos van desde esta ciudad al golfo de Van Diemen, es decir, de sur a norte, casi sobre el meridiano 139, los ingenieros han establecido un ferrocarril que pasa más allá del sitio donde llegó Harry Felton. Este ferrocarril serviría para que los expedicionarios llegaran más rápidamente a las regiones de la Tierra Alexandra y de la Australia occidental, que pocos viajeros habían visitado hasta entonces.

La primera resolución adoptada fue, pues, que la expedición sería organizada en Adelaida, transportándose hasta el final del ferrocarril, que describe un recorrido de cuatrocientas millas aproximadamente, o sea

unos setecientos kilómetros.

¿Por qué camino iría mistress Branican de Sidney a Adelaida? De existir un ferrocarril directo entre ambas capitales, no hubiera habido duda. Porque, si bien es cierto que existe uno que atraviesa el Murray sobre el límite de la provincia de Victoria hasta la estación de Albury, continuando por Benella y Kilmore hasta Melbourne, y que a partir de esta ciudad se dirige a Adelaida, no pasaba de la estación Horscham, y más allá el mal servicio de comunicaciones hubiera podido ocasionar grandes retrasos.

Así, mistress Branican resolvió ir a Adelaida por mar. Era un trayecto de cuatro días, y, añadiendo a estos unas cuarenta y ocho horas que dura la escala de los paquebotes en Melbourne, desembarcaría en la capital de la Australia meridional después de una navegación de seis días a lo largo de las costas. Aunque se hallaban entonces en el mes de agosto, que corresponde al de febrero del hemisferio boreal, el tiempo estaba en calma, soplando del noroeste, y el buque iría al abrigo de la costa cuando pasase el estrecho de Bass. Además de esto, habiendo ido mistress Branican de San Francisco a Sidney, la travesía de este punto a Adelaida no debía causarle ninguna inquietud.

El paquebote *Brisbane* zarparía a las once de la noche del día siguiente. Después de hacer escala en Melbourne, arribaría al puerto de Adelaida en la mañana del 27 de agosto. Fueron reservados dos camarotes, y mistress Branican dictó las órdenes oportunas para que el crédito abierto a su nombre en Sidney fuese transferido a Adelaida. Los jefes de aquel establecimiento pusieron incondicionalmente al servicio de Dolly, y la transferencia se hizo sin dificultad alguna.

Al abandonar el hospital de la Marina, mistress Branican se dirigió al hotel con el fin de elegir alojamiento, mientras llegaba el momento de la partida. Todos sus pensamientos se resumían en uno solo: ¡John está vivo! En medio del delirio de su imaginación, con los ojos obstinadamente fijos sobre el mapa y la mente perdida en aquellas soledades del centro y del noroeste del continente australiano, ella buscaba a su marido... lo encontraba... y lo salvaba al fin...

Aquel día, después de conversar un rato con ella, Zach Fren, convencido de que era conveniente dejarla sola, se había marchado a vagar por las calles de Sidney, completamente desconocidas para él. Desde luego, y esto no es de extrañar tratándose de un marinero, quiso visitar el *Brisbane*

con el objeto de asegurarse de que Dolly estaba completamente instalada. El buque pareció de excelentes condiciones para las necesidades de una navegación costera. Pidió que le enseñaran el camarote reservado a la pasajera, siendo conducido al mismo por un joven grumete. Luego tomó algunas disposiciones para hacerlo más confortable. Dado el interés de Zach Fren en este punto, parecía que se trataba de un largo viaje.

Después, y cuando ya se disponía a salir del barco, el grumete le detuvo, y con voz algo alterada le preguntó:

—Señor, ¿es cierto que mistress Branican se embarcará mañana para Adelaida...?

—Sí, mañana —respondió Zach Fren.

—¿Aquí, en el *Brisbane*...?

—Sin duda.

—¡Haga Dios que salga con éxito en su empresa y encuentre al capitán John!

—Créete que pondremos de nuestra parte cuanto podamos.

—Estoy convencido de ello, señor.

—¿Es que tú estás a bordo del *Brisbane*?

—Sí, señor.

—Bueno, muchacho... pues hasta mañana.

Las últimas horas que Zach Fren pasó en Sidney las empleó en recorrer Pitt-Street y York-Street, bordeado de bellas construcciones de asperón amarillo y rojizo; después fue a Victoria-Park y Hyde-Park, donde se eleva el monumento conmemorativo del capitán Cook. Visitó el Jardín Botánico, hermoso paseo situado a orillas del mar, cuyo ambiente está impregnado de los aromas de las plantaciones propias de los países cálidos y templados: encinas y araucarias, cactus y mangostanes, palmeras y olivos. En suma, Sidney merece la reputación de la que goza. Es la más antigua de las capitales australianas, y si bien sus construcciones ofrecen menos regularidad que las más modernas, Adelaida y Melbourne, muestra

más riqueza de bellezas imprevistas y de sitios pintorescos.

A la noche siguiente, mistress Branican y Zach Fren se embarcaron a bordo del paquebote. A las once, el *Brisbane*, saliendo del puerto, lanzóse a través de la bahía de Port-Jackson. Después de haber doblado el Inner-South-Head, puso el cabo al sur, manteniéndose algunas millas separado de la costa.

Durante la primera hora, Dolly permaneció sobre el puente, sentada en la popa, mirando cómo el litoral se dibujaba confusamente entre la bruma... En aquel continente era donde ella pensaba entrar como si entrara en una inmensa prisión, de la que John no había conseguido hasta entonces escapar. ¡Catorce años hacía que estaban separados!

—¡Catorce años! —murmuró Dolly.

Al pasar el *Brisbane* por delante de Botany-Bay y Jorris-Bay, mistress Branican se retiró para reposar un poco en su camarote. Al amanecer del día siguiente ya estaba en pie. Ya se dibujaban en el horizonte el Dromedary y, un poco más atrás, el Kosciusko, derivaciones de los Alpes australianos.

Zach Fren fue a reunirse con Dolly en el comedor del *steamer*, y hablaron de lo que constituía su única preocupación.

En este momento un joven grumete, visiblemente conmovido, se acercó a mistress Branican para preguntarle de parte del capitán si necesitaba alguna cosa.

—No, hijo mío —respondió Dolly.

—¿Eres el muchacho que me recibió ayer cuando vine a visitar el barco?  
—dijo Zach Fren.

—Sí, señor, él mismo —añadió el muchacho.

—¿Y cómo te llamas...?

—Godfrey.

—¡Vaya! Ya tienes a bordo a mistress Branican. ¿Estás satisfecho?

—Sí, señor, y todos lo están, y hacemos votos para que encuentre y salve al capitán John.

Mientras hablaba Godfrey, miraba con tanto cariño y respeto a mistress Branican, que esta se sintió profundamente conmovida. Le parecía que no era la primera vez que escuchaba aquella voz...

—Hijo mío —dijo—, ¿sois vos el que me habló en la puerta del hospital de Sidney...?

—Sí, señora.

—¿El que me preguntó si vivía aún el capitán John...?

—El mismo.

—¿Formáis parte de la tripulación?

—Sí... desde hace un año. Pero, Dios mediante, la dejaré pronto.

Y, sin duda, no atreviéndose a seguir hablando, Godfrey se retiró, a fin de dar noticias de mistress Branican al capitán del *Brisbane*.

—He aquí un muchacho que me parece que ha de tener sangre de marinero en las venas —dijo Zach Fren—. No hay más que verlo... La mirada es franca, clara, decidida... Su voz es al mismo tiempo firme y dulce...

—Su voz... —murmuró Dolly.

Y no podía explicarse la causa; parecía que acababa de oír hablar a John, con la diferencia que existe entre la voz de un hombre y la de un joven, casi un niño.

Hizo además otra observación, aún más significativa... Era una ilusión, sin duda, pero las facciones del grumete le habían recordado las de John..., ¡que no tenía más de treinta años cuando se embarcó en el *Franklin* por tanto tiempo!

—Gamo podéis notar, mistress Branican —dijo Zach Fren frotándose sus robustas manos—, todo el mundo demuestra simpatía por vos: lo mismo los ingleses que los americanos. En Australia encontraréis las mismas



adhesiones que en América... en Adelaida igual que en San Diego... Todos piensan lo mismo que este joven inglés...

—¡Ah...! ¿Es un inglés? —se preguntó mistress Branican profundamente impresionada.

Durante aquel primer día la navegación fue muy favorable. El mar se hallaba en completa calma, y un viento del noroeste soplabá de la parte de tierra. Era de esperar que sucediera lo mismo cuando el *Brisbane* hubiese doblado el cabo Howe, en el ángulo del continente australiano, para ir a buscar el estrecho de Bass.

Dolly no abandonó ni un momento la cubierta. Los pasajeros demostraban gran deferencia e interés por estar al lado de aquella mujer, cuyas desgracias habían tenido tanta resonancia, y que no vacilaba en arrostrar tantos peligros y fatigas, y desafiárló todo, animada por la esperanza de salvar a su marido, si la Providencia le había conservado la vida. Nadie, delante de ella, ponía en duda esta probabilidad. ¿Cómo no participar de aquella esperanza al escuchar de labios de Dolly todo su plan de campaña, con una entereza y una seguridad verdaderamente viriles? Todos la seguían con el pensamiento por los territorios de la Australia central, y más de uno, a ser posible, la hubiese realmente acompañado.

En su conversación con los pasajeros, Dolly muchas veces se detenía... Su mirada tomaba una expresión singular... brillaba un fuego intenso. Únicamente Zach Fren sabía la idea que ocupaba su imaginación en aquellos momentos.

Era que acababa de ver a Godfrey. La figura del joven grumete, su actitud, sus ademanes, la insistencia con la que le seguía con la mirada... aquella especie de instinto que parecía atraerle hacia ella, todo esto la emocionaba hasta el punto de que Godfrey y John se confundían en su pensamiento.

Dolly no había podido ocultar a Zach Fren que encontraba un parecido extraordinario entre Godfrey y John. El marinero sentía cierta inquietud, nada extraña, al verla entregarse a aquella impresión debida a una circunstancia puramente fortuita. Temía, y no sin razón, que aquello le recordase al hijo que había perdido, y esto, naturalmente, era suficiente motivo para inquietar al contraamaestre.

Godfrey no había vuelto a presentarse delante de ella. El oficio que desempeñaba en el barco le alejaba de la popa, sitio exclusivamente reservado a los pasajeros de primera clase. Sin embargo, sus miradas se cruzaban desde lejos con las de Dolly, y esta, en algunas ocasiones, había estado a punto de llamarle... pero siempre se había detenido. De haberlo hecho, Godfrey se hubiera apresurado a acercarse a ella.

Cuando, aquella noche, Zach Fren la acompañaba a su camarote, Dolly le dijo:

—Zach, sería preciso saber quién es este grumete... a qué familia pertenece... dónde ha nacido... Quizá no sea de origen inglés...

—Es posible, mistress —respondió Zach Fren—. Puede que sea americano. Sobre todo, si lo deseáis saber, voy a preguntarlo al capitán del *Brisbane*...

—No, Zach. Yo interrogaré al mismo Godfrey.

Y el contraмаestre pudo oír que mistress Branican murmuraba:

—¡Mi pobre hijo, mi Wat, tendría ahora esa edad...!

—¡Esto es lo que yo temía! —se dijo Zach Fren al retirarse a su camarote.

Al día siguiente, 22 de agosto, el *Brisbane*, que durante la noche había doblado el cabo Howe, continuó navegando en excelentes condiciones. La costa de Gippland, una de las principales provincias de la colonia de Victoria, después de formar una curva hacia el sudeste, se une al promontorio Wilson, la punta más avanzada que hacia el sur proyecta el continente. Este litoral es bastante menos rico en bahías, puertos, golfos y cabos que la parte que se extiende en línea recta desde Sidney hasta el cabo Howe. Allí existen inmensas llanuras, cuyos últimos límites, cerrados por montañas, están tan lejos que no pueden verse desde el mar.

Al amanecer, mistress Branican salió de su camarote, yendo a sentarse en su sitio acostumbrado de la cubierta. Zach Fren fue muy pronto a reunirse con ella, observando que su actitud no era la habitual. No atraía sus miradas la costa que se dibujaba en lontananza al noroeste; y absorta en sus ideas, apenas respondió a Zach Fren cuando este le preguntó cómo había pasado la noche.

El contraмаestre no insistió. En su opinión, lo principal era que Dolly hubiese ya olvidado aquel singular parecido entre Godfrey y el capitán John, y que no pensase en ver a aquel ni en interrogarle. Era posible que las ideas de Dolly hubieran tomado distinto rumbo, y, en efecto, no rogó a Zach Fren que fuese en busca del muchacho, al que retenía su servicio en la proa del buque.

Después del almuerzo, mistress Branican entró en su camarote, permaneciendo en él hasta las tres y media de la tarde, momento en que subió al puente.

En aquel momento, el *Brisbane* enfilaba la proa a todo vapor hacia el estrecho de Bass, que separa Australia de Tasmania, o Tierra de Van Diemen.

No hay que poner en duda que el descubrimiento del holandés Janssen Tasman haya sido provechoso a los ingleses, como tampoco que aquella isla, derivación natural del continente, haya ganado con la dominación de la raza anglosajona. Desde 1642, fecha del descubrimiento de aquella isla, de una extensión de doscientos ochenta kilómetros, de un suelo fértil en extremo y de frondosos bosques, la colonización ha adelantado a pasos gigantescos. A partir del comienzo de este siglo, los ingleses han gobernado como ellos gobiernan, importándoles poco la población indígena. Han dividido la isla en distritos, han fundado ciudades importantes, entre otras la capital Hobart-Town y Georges-Town. Han utilizado las múltiples ensenadas de la costa, transformándolas en puertos, al abrigo de los cuales entran sus buques por centenares. ¿Pero qué resta de la población negra, dueña de aquella comarca en un principio? Sin duda, aquellos infelices no merecían el honor de ser civilizados; no se veían en ellos sino las más abruptas muestras de la raza humana; eran colocados por debajo de los negros de África y de los fueguinos de la Tierra del Fuego. Si el desiderátum del progreso colonial consiste en el aniquilamiento de una raza, los ingleses pueden vanagloriarse de haber llevado a buen término su obra. Apresúrense a conservar algunos ejemplares de tasmanios para poder exhibirlos en la próxima Exposición universal de Hobart-Town, ¡porque a fines del presente siglo XIX no

quedará ninguno!

## II. Godfrey

Durante la noche, el *Brisbane* atravesó el estrecho de Bass. En aquella latitud del hemisferio austral el día no se prolonga más de cinco horas en el mes de agosto. La luna, que entraba en el primer cuarto, desapareció súbitamente entre las brumas del horizonte, y la profunda oscuridad impedía ver la costa.

El paso por el estrecho fue conocido a bordo por los fuertes balanceos que experimentó el buque, debidos a un pronunciado cabrilleo. En aquel estrecho paso abierto en las aguas del Pacífico, las corrientes y contracorrientes luchan con impetuosidad.

Al día siguiente, el 23 de agosto, al amanecer, el *Brisbane* llegó a la entrada de la bahía de Port-Phillip. Una vez en medio de esta bahía, los buques están al abrigo del mal tiempo; pero para penetrar en ella es preciso maniobrar con prudencia y precisión, sobre todo al doblar la larga punta arenosa de Nepean por un lado, y la de Queenscliff, por otro. La bahía, suficientemente cerrada, se divide en muchos puertos, donde los barcos de gran tonelaje encuentran para anclar sitios tan excelentes como Goelong, Sandrige y Williamstown; estos dos últimos forman el puerto de Melbourne. El aspecto de la costa es triste, monótono, sin atractivos. Las orillas, de pobre vegetación. En suma, el aspecto de un pantano medio desecado, y que en lugar de lagunas o estanques no muestra más que zanjas de fango endurecido y resquebrajado. Si en el porvenir se pensara modificar aquel terreno, sería preciso roturarlo y sustituir aquellos árboles raquíticos por hermosas plantaciones que, auxiliadas por el clima australiano, formarían rápidamente bosques frondosos.

El *Brisbane* fue a colocarse en uno de los muelles de Williamstown, para desembarcar allí parte del pasaje.

Como la escala en aquel puerto duraría treinta y seis horas, mistress Branican resolvió pasarlas en Melbourne. Y no porque tuviese nada que hacer en aquella ciudad, pues hasta que no llegase a Adelaida no se ocuparía de los preparativos de su expedición. ¿Por qué, pues,

abandonaba el barco? ¿Quizás por temor a ser objeto de numerosas y frecuentes visitas? Pero aun en este caso, ¿por qué salir de él? ¿No sería suficiente negarse a recibirlas, encerrándose en su camarote? Además de esto, al alojarse en uno de los hoteles de la ciudad, donde su presencia sería pronto conocida por todos, ¿no se vería expuesta a visitas más inoportunas?

Zach Fren no sabía cómo explicarse la resolución de mistress Branican. Notaba que la actitud de esta difería de la que tenía en Sidney. Entonces se mostraba afectuosa con todo el mundo, ahora se había tornado poco comunicativa. ¿Dependía acaso este cambio de que la presencia de Godfrey le traía a la memoria el recuerdo de su hijo? Esto era lo que pensaba Zach Fren, y estaba en lo cierto. El ver al joven grumete la había impresionado tan hondamente, que mistress Branican experimentaba la necesidad de estar sola. ¿Había desechado su propósito de interrogarle? Tal vez, puesto que el día anterior refrenó los deseos que tenía de hacerlo así. Su propósito al desembarcar en Melbourne y permanecer en este sitio durante las veinticuatro horas de la escala del *Brisbane* no era el de huir de las personas que de seguro irían a visitarla, sino el de huir de aquel muchacho de catorce años, hacia el que le impulsaba una fuerza instintiva. ¿Pero por qué dudaba de hablarle e inquirir todo lo que con él se relacionaba, su nacionalidad, su origen, su familia? ¿Le detenía el temor verosímil de que las respuestas del grumete destruyeran las esperanzas quiméricas a las que ella se abandonaba inconscientemente, y que su agitación había revelado a Zach Fren?

Mistress Branican, acompañada de este último, desembarcó a primera hora. No bien hubo puesto el pie sobre el pontón, se volvió hacia el barco.

Allí estaba Godfrey, apoyado sobre la borda, en la proa del *Brisbane*. Al ver que Dolly se alejaba, el joven se volvió triste e hizo un ademán tan expresivo, parecía querer con tal interés retenerla a bordo, que Dolly estuvo a punto de decirle:

—Hijo mío... ¡volveré!

Pronto se rehízo de aquella impresión, y haciendo a Zach Fren una seña de que la siguiera, se dirigieron ambos a la estación del ferrocarril que une el puerto con la ciudad.

Melbourne, en efecto, está situado tierra adentro, sobre la margen

escarpada del río Yarra-Yarra, a unos dos kilómetros, cuya distancia salva el ferrocarril en algunos minutos. Allí se eleva la mencionada ciudad, con su población de trescientos mil habitantes, capital de la magnífica colonia de Victoria, que cuenta cerca de un millón de almas, y sobre la cual puede decirse que desde 1851 el monte Alexandra ha derramado todo el oro de sus yacimientos.

De alojarse mistress Branican en alguno de los hoteles de la ciudad, aun siendo el más retirado, no le hubiera sido posible escapar a los muchos curiosos que por dondequiera que fuese le mostraban su simpatía. Prefirió, pues, recorrer las calles de la ciudad en compañía de Zach Fren, en un estado de ánimo indefinible, y preocupándose muy poco de cuanto pasaba a su alrededor.

Y esto no es nada extraño, ya que tratándose de una mujer americana, no puede asombrarse al visitar una ciudad moderna, por hermosa que sea esta. Aunque fundada doce años antes que San Francisco de California, Melbourne se parece a esta ciudad, como se parece una cosa buena a otra mediana. Anchas calles, cortándose en ángulo recto, plazas, donde faltan césped y árboles, establecimientos de crédito en gran número, oficinas donde se tratan grandes negocios, un barrio en el que se concentra el comercio al por menor, edificios públicos, iglesias, capillas, universidad, museos artísticos y de Historia Natural, biblioteca, hospital, ayuntamiento, escuelas que parecen palacios y algunos palacios más pequeños que las escuelas, un monumento erigido a los exploradores Burke y Wills, que sucumbieron al intentar atravesar de sur a norte el continente australiano. La gente se concentra en el barrio de los negocios, y por allí pululan algunos extranjeros, sobre todo judíos de origen alemán, que venden dinero, como otros venden ganado o lana, y a buen precio, para llevar alegría al corazón de Israel.

Pero los comerciantes permanecen lo menos posible en la Melbourne de los negocios. En los alrededores de la ciudad se han multiplicado las villas y hoteles, algunos regios, como los de Saint-Kilda, Hoam, Emerald-Hill y Brighton, lo que, en opinión de M. D. Charnay, uno de los más interesantes viajeros que han visitado este país, da a Melbourne una ventaja sobre San Francisco. Allí se han desarrollado los árboles de variadas especies, y los parques suntuosos están llenos de ellos; las aguas corrientes aseguran durante los largos meses de calor una agradable frescura. Así pues, pocas ciudades habrá colocadas en un cuadro más admirable de vegetación.

Poca atención prestó mistress Branican a estas maravillas, ni aun cuando Zach Fren le condujo fuera de la ciudad, al campo. Nada indicaba que aquella situación maravillosa, con sus lejanas perspectivas, atrajera su mirada. Parecía que, luchando con una idea fija, deseara hacer a Zach Fren una pregunta, que al fin y al cabo no se atrevía a formular.

Al caer la tarde, los dos se encaminaron hacia un hotel. Dolly se hizo servir en su cuarto una comida que apenas tocó. Acostóse después, no siéndole posible conciliar, más que a medias, un sueño turbado por las imágenes de su marido y de su hijo.

Al día siguiente, permaneció en su cuarto hasta las dos, y escribió una extensa carta al señor Andrew, participándole su salida de Sidney y su próxima llegada a la capital de la Australia meridional. Le repetía sus esperanzas en lo que concernía al éxito de la expedición. Grandes fueron la sorpresa e inquietud que experimentó el señor Andrew al recibir aquella carta, pues por ella pudo observar que si Dolly hablaba de John con la seguridad de encontrarlo vivo, hablaba también de su hijo, del pequeño Wat, como si no hubiese muerto. Y el honrado armador se preguntó, en vista de esto, si acaso habría que temer de nuevo la pérdida de la razón en aquella mujer tan sometida a pruebas dolorosas.

Cuando mistress Branican, acompañada de Zach Fren, volvió a bordo del *Brisbane*, ya se hallaban embarcados casi todos los pasajeros que el barco había tomado con destino a Adelaida. Godfrey espiaba su vuelta, y, al verla desde lejos, animó su semblante con una sonrisa. Corrió en seguida hacia el pontón, y allí estaba cuando ella puso el pie sobre el puente.

Zach Fren mostróse algo contrariado. ¡Qué es lo que no hubiera dado por que el grumete no estuviera ya en el barco, o porque no se hubiera cruzado nunca en el camino de Dolly, ya que su presencia despertaba en esta dolorosos recuerdos!

Mistress Branican vio a Godfrey, y se detuvo un instante, mirándolo con extraordinaria fijeza; pero no le habló, y, bajando la cabeza, fue a encerrarse en su camarote.

A las tres de la tarde, el *Brisbane* largó amarras, dirigiéndose hacia la salida del puerto, y, doblando la punta de Queenscliff, tomó rumbo directo



a Adelaida, siguiendo a unas tres millas la costa de Victoria.

Los pasajeros que se habían embarcado en Melbourne serían unos cien, la mayor parte gente de la Australia meridional que regresaba a sus hogares. También había algunos extranjeros, entre otros un chino, hombre de unos treinta a treinta y cinco años, de mirada adormecida como la de un topo, amarillo como un limón, redondo como un vaso de porcelana china, gordo como un mandarín de tres estrellas. Sin embargo, no lo era; era un simple criado al servicio de un personaje, cuyo retrato merece ser dibujado con cierta precisión.

Figuraos un hijo de Albión lo más *británico* que pueda imaginarse. Alto, delgado, huesudo, un verdadero ejemplar de osteología en todo, cuello, busto, piernas. Este tipo de anglosajón, de unos cuarenta y cinco a cincuenta años, se elevaba unos seis pies (ingleses) sobre el nivel del mar. Usaba barba corrida, rubia, rubia era también su cabellera, donde se mezclaban algunos cabellos de un amarillo oro, ojillos de hurón, nariz de grandes aberturas y deforme, de pico de pelícano o de garza y de una largura poco común, y un cráneo sobre el cual el menos observador de los frenólogos hubiera descubierto las protuberancias de la monomanía y de la tenacidad. Aquel conjunto formaba una de esas cabezas que llaman la atención y provocan la risa cuando salen del lápiz de un ingenioso dibujante.

Este inglés iba correctamente vestido con su traje tradicional: casquete de doble visera, chaleco abotonado hasta el cuello, chaqueta de innumerables bolsillos, pantalón de cuadros, altas polainas con botones de níquel, zapatos claveteados y blanquecino guardapolvo, que la brisa ceñía a su cuerpo revelando la delgadez de su esqueleto.

¿Quién era aquel ente original? Se ignoraba, y en los paquebotes de Australia nadie se cree autorizado para ciertas familiaridades, propias de un viaje, y nadie pregunta a otro de dónde viene y adonde va... Son pasajeros, he aquí todo.

Lo que el jefe del comedor de a bordo podía decir era únicamente que este inglés había ocupado un camarote bajo el nombre de Joshua Meritt (en abreviatura Jos Meritt), de Liverpool (Reino Unido), acompañado de su criado Gin-Ghi, de Hong-Kong (Celeste Imperio).

Una vez embarcado Jos Meritt, fue a sentarse en uno de los bancos de la

cubierta, de donde no se movió hasta que la campana de a bordo dio las cuatro, indicando la hora de la merienda, volviendo a ocupar su sitio media hora después. A las siete se levantó para ir a comer, y regresó a las ocho. Guardaba siempre la misma actitud: las manos abiertas sobre las rodillas, sin inclinar la cabeza ni a derecha ni a izquierda, y los ojos siempre fijos en la costa, que se perdía en las brumas de la noche. A las diez se dirigió a su camarote, con paso igual y seguro, que no alteraban los cabeceos del barco.

Durante una parte de la noche, y aunque la temperatura era algo fría, mistress Branican, que había subido al puente antes de las nueve, se paseó por la popa del *Brisbane*. Con el espíritu ilusionado, lleno de visiones (para explicamos con más claridad) le había sido imposible dormir. En la estrechez de su camarote experimentaba necesidad de respirar aquel aire puro, que traía a veces los penetrantes efluvios de la *Acacia flagrans* que anuncian la tierra australiana a cincuenta millas en el mar. ¿Pensaba buscar al grumete, interrogarle... saber de él? ¿Y qué iba a saber...? Godfrey, que a las diez había terminado su tarea, no debía volver a ella hasta las dos de la mañana, y a esa hora Dolly, fatigada por el estado de su espíritu, se había retirado a su camarote.

Hacia la medianoche sería cuando el *Brisbane* dobló el cabo Otway, al límite del distrito de Polwarth. A partir de este punto, remontaría hacia el noroeste hasta la altura de la bahía Discovery, por donde pasa la línea convencional trazada sobre el meridiano 141, línea que separa las provincias de Victoria y de Nueva Gales del Sur de los territorios de la Australia meridional.

Desde la mañana pudo verse a Jos Meritt en el banco de la cubierta, su sitio habitual, en la misma postura del día anterior, y como si no hubiera abandonado aquel puesto desde la víspera. El chino Gin-Ghi dormía, seguramente, a pierna suelta en algún rincón.

Zach Fren debía de estar acostumbrado a las manías de sus compatriotas, porque no falta gente extravagante en la confederación de los cuarenta y dos estados comprendidos bajo las iniciales USA. Y, sin embargo, no dejó de causarle cierta extrañeza aquel tipo, especie de perfecto autómatas.

¡Y cuál no sería su asombro cuando al acercarse a aquel tieso e inmóvil *gentleman* se oyó interpelar en estos términos, con voz un tanto aguda!:

—¿Qué veo! ¿Sois el contraamaestre Zach Fren...?

—Él mismo —respondió este.

—¿El compañero de mistress Branican...?

—Tal y como decís. Veo que sabéis...

—Sí... ya sé que vais en busca de su esposo... ausente desde hace catorce años... ¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien!

—¿Cómo... muy bien...?

—Sí... mistress Branican... ¡Muy bien...! Yo también... voy en busca...

—¿De vuestra mujer...?

—¡Oh! ¡No estoy casado...! ¡Muy bien...! Si hubiera perdido a mi mujer, no la buscaría...

—¿Entonces vais a...?

—En busca... de un sombrero.

—¿El vuestro...? ¿Lo habéis perdido...?

—¿Mi sombrero...? ¡No! Es el sombrero... yo me entiendo... Presentad mis respetos a mistress Branican. ¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien...!

Los labios de Jos Meritt se cerraron y no volvieron a articular una sola sílaba.

«Este hombre es un loco», se dijo Zach Fren.

Y pensó que ocuparse más tiempo de aquel tipo sería una puerilidad.

Cuando Dolly subió al puente, Zach Fren fue a reunirse con ella, y ambos se sentaron frente al inglés. Éste no movió pies ni manos; parecía el dios Término. Como había encargado a Zach Fren que presentase sus respetos a mistress Branican, pensaba, sin duda alguna, que no tenía por qué hacerlo en persona.

Dolly, por su parte, no se ocupó para nada del extravagante pasajero,

entretenida en hablar con Zach Fren acerca de los preparativos del viaje, que comenzarían a su llegada a Adelaida. No había que perder ni un día ni una hora, porque convenía que la expedición terminara antes de que los insoportables calores de la zona tórrida se dejaran sentir en los territorios centrales. Además de los peligros propios de una expedición de la naturaleza de la que se pretendía llevar a cabo, los más terribles serían indudablemente los causados por el rigor del clima; era, pues, preciso tomar toda clase de precauciones en lo que se refería a este punto. En lo referente al capitán John, Dolly no dudaba de que el vigoroso temperamento de aquel y su indomable energía podrían resistir allí donde otros menos robustos o de constitución no tan fuerte habrían sucumbido. Durante aquella conversación con Zach, Dolly no había hecho alusión a Godfrey, por lo que el primero estaba pensando que la idea del muchacho ya no la preocuparía, cuando Dolly le dijo:

—Hoy no he visto todavía al grumete. ¿Y vos, Zach?

—No, tampoco, mistress —respondió el contraamaestre, contrariado por aquella pregunta.

—¡Si yo pudiera hacer algo por esa criatura...! —continuó Dolly, adoptando cierto aire de indiferencia, que no engañó a Zach Fren.

Éste respondió:

—¡Ah! Ese muchacho tiene un buen oficio, mistress... Llegará a contraamaestre en pocos años... con inteligencia y buena conducta...

—No importa —repuso Dolly—. Me interesa, me interesa hasta el punto... ¿No os habéis fijado en ese parecido, sí... ese parecido extraordinario entre mi pobre John y él...? ¡Ah! ¡Mi Wat... el hijo de mi alma... tendría ahora la edad de ese muchacho!

Y al decir esto, Dolly se volvió pálida, su voz se alteró, y su mirada, fija en Zach Fren, era tan interrogadora que el contraamaestre tuvo que bajar los ojos.

Dolly añadió:

—Me lo presentaréis esta tarde, Zach... No lo olvidéis... Quiero hablarle... Nuestro viaje terminará mañana... Ya no lo volveré a ver más... Y antes

de abandonar el *Brisbane*... quisiera saber... ¡sí! Saber...

Zach Fren le prometió traerle a Godfrey y entonces Dolly se retiró.

Zach Fren se quedó muy inquieto, y aun alarmado, y continuó paseándose sobre cubierta hasta la hora de comer. Tropezóse con el inglés, cuyos pasos parecían acompañar a los toques de la campana, y que en aquel momento se dirigía hacia la escalera.

—¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! —dijo Jos Meritt—. ¿Habéis cumplido mi encargo y ofrecido mis respetos...? Su marido desaparecido... ¡Oh...! ¡Bien...! ¡Muy bien!

Y se alejó, a fin de ocupar el lugar que había escogido en la mesa del comedor, la mejor y más cercana a la cocina, lo que le permitía servirse el primero y elegir los mejores bocados.

A las tres, el *Brisbane* navegaba hacia Portland, el principal puerto del distrito de Normanby, donde termina el ferrocarril de Melbourne. Después, dobló el cabo Nelson, pasó a lo largo de la bahía Discovery y remontó casi directamente hacia el norte, a lo largo de la costa de la Australia meridional.

En aquel instante, Zach Fren fue a avisar a Godfrey de que mistress Branican deseaba hablarle.

—¿Hablarne? —exclamó el grumete.

Y su corazón latió con tal fuerza que casi le faltó tiempo para apoyarse en la borda a fin de no caer.

Después, en compañía del contramaestre, se dirigió al camarote, donde mistress Branican le esperaba.

Dolly estuvo mirándole un rato. Godfrey estaba de pie delante de ella, con la gorra en la mano. Dolly se hallaba sentada en un canapé. Zach Fren, de pie, apoyado en la puerta, observaba a los dos con ansiedad. Sabía lo que Dolly iba a preguntar a Godfrey, pero ignoraba lo que este respondería.

—Hijo mío —dijo mistress Branican—, desearía que me dieseis informes sobre vos... y sobre vuestra familia... Si os lo pregunto, es porque me intereso por vuestra situación... ¿Querréis responder a mis preguntas...?

—Con mucho gusto, mistress —respondió Godfrey con una voz a la que la emoción hacía temblar.

—¿Qué edad tenéis...? —preguntó Dolly.

—Mistress, no lo sé a punto fijo, pero debo tener de catorce a quince años.

—Sí... ¡De catorce a quince años...! ¿Y desde cuándo os habéis hecho a la mar...?

—Cuando tenía cerca de ocho años me embarqué en calidad de mozo, y hace ya dos años que sirvo como grumete.

—¿Habéis hecho muchos viajes...?

—Sí, mistress, por el océano Pacífico hasta Asia... y por el Atlántico hasta Europa.

—¿No sois inglés...?

—No, mistress, soy americano.

—¿Y, sin embargo, servís en un buque de nacionalidad inglesa...?

—Este barco fue vendido hace poco tiempo en Sidney; como entonces me hallaba libre, me alisté en el *Brisbane*, esperando ocasión para volver al servicio a bordo de un buque americano.

—Bien, hijo mío —repuso Dolly, haciendo seña a Godfrey para que se aproximase a ella.

El joven obedeció.

—¿Dónde habéis nacido...? —preguntó Dolly.

—En San Diego, mistress.

—¡En San Diego! —repitió Dolly, sin sorpresa alguna, como si ya esperase aquella respuesta.

A Zach Fren, por el contrario, le impresionó lo que Godfrey acababa de decir.

—Sí, mistress, en San Diego —repuso Godfrey—. ¡Ah! ¡Ya os conozco, sí! ¡Ya os conozco...! Cuando supe que veníais a Sidney, me alegré en extremo... ¡Si supieseis, mistress, cómo me interesa todo lo que concierne al capitán John Branican!

Dolly tomó la mano al grumete y la retuvo entre las suyas unos instantes. Después, con voz en la que se revelaba la exaltación de su mente, le preguntó.

—¿Y vuestro nombre...?

—Godfrey.

—Bueno, Godfrey es vuestro nombre de pila... pero ¿y vuestro apellido...?

—¿Dónde habéis nacido? —preguntó Dolly al grumete.

—No tengo más nombre, mistress.

—¿Y vuestros parientes...?

—No los tengo.

—¡Sin parientes...! —exclamó Dolly—. ¿Habéis sido criado...?

—En *Wat-House*. Sí, mistress..., y por vuestros cuidados. ¡Ah...! Yo os he visto a menudo cuando ibais a visitar a vuestros niños del hospicio... No me veíais. ¡Claro! ¡Entre tantos...! Pero yo sí a vos. ¡De qué buena gana os hubiera besado...! Después, como mis aficiones me llevaban al mar, cuando tuve la edad me alisté como mozo... Otros huérfanos de *Wat-House* también se fueron a servir a otros barcos, y ninguno olvidaremos nunca lo que debemos a mistress Branican... ¡a nuestra madre...!

—¡Vuestra madre! —exclamó Dolly, como si aquel nombre repercutiera hasta el fondo de sus entrañas.

Abrazó a Godfrey, lo cubrió de besos, que él le devolvía llorando... Se habían entregado con franqueza, lo que a ninguno de los dos extrañaba; lo que pasaba les parecía muy natural.

Y Zach Fren, al notar desde su rincón que aquel sentimiento echaba hondas raíces en el corazón de Dolly, murmuraba:

—¡Pobre mujer...! ¡Pobre mujer...! ¡Hasta qué punto se deja llevar por su imaginación!

—Marchad, Godfrey... marchad, hijo mío... Ya os volveré a ver... Necesito estar sola...

Después de dirigirle una última mirada, el grumete se retiró lentamente.

Zach Fren se disponía a seguirle, cuando mistress Branican le hizo seña de que se detuviera.

—Quedaos, Zach —le dijo.

Y con palabras entrecortadas, que demostraban la alteración de su espíritu, continuó:

—Zach... este niño ha sido criado con los acogidos en *Wat-House*. Ha nacido en San Diego... Tiene de catorce a quince años... Sus facciones se parecen a las de John... Tiene su franca fisonomía, su actitud resuelta... Es aficionado al mar... Es el hijo de un marinero... ¡Es el hijo de John...! ¡Es mi hijo...! Creíamos que había perecido en la bahía de San Diego... ¡Pero no ha muerto! ¡Le han salvado...! ¡Los que le han salvado no conocían a su madre...! ¡Su madre soy yo...! ¡Yo... que entonces había perdido la razón...! ¡Ese niño... ese niño no se llama Godfrey, no! ¡Se llama Wat...! ¡Y es mi hijo...! ¡Dios ha querido devolvérmelo antes de reunirme con su padre...!

Zach Fren había escuchado a mistress Branican sin osar interrumpirla. Comprendía que la desgraciada mujer no podía hablar de otra manera. Todas las apariencias le daban la razón, y se aferraba a aquella idea con la irrefutable lógica de una madre. El honrado marino sentía una inmensa angustia ante el pensamiento de la necesidad de destruir todas aquellas ilusiones. Era preciso detener a Dolly sobre aquella pendiente, que podía conducirla a un abismo. Como lo pensó, lo hizo, y casi brutalmente.

—Mistress Branican —dijo—, os engañáis, sí, os engañáis. No debo dejaros creer lo que no existe... Ese parecido no es sino una casualidad. Vuestro pequeño Wat... murió. ¡Sí! Pereció en la bahía de San Diego. Godfrey no es vuestro hijo...

—¿Que ha muerto...? —exclamó Dolly—. ¿Y cómo lo sabéis...? ¿Quién



puede afirmarlo...?

—Yo, mistress.

—¿Vos...?

—Ocho días después de la catástrofe de la bahía, el cuerpo de un niño fue arrojado por el mar a la playa, en la punta Loma... Yo mismo lo encontré... Le participé el caso al señor Andrew, y el pequeño Wat, reconocido por aquel, fue enterrado en el cementerio de San Diego, donde a menudo hemos llevado flores sobre su tumba...

—¡Wat...! ¡Mi pequeño Wat...! ¡Allí...! ¡En el cementerio...! ¡Y nunca lo habíais dicho!

—No, mistress, no —respondió Zach Fren—. Vos entonces habíais perdido la razón. Cuando, pasados cuatro años, la recobrasteis, se temió deciros algo... El señor Andrew tembló ante la idea de renovar vuestros dolores... y calló... Vuestro hijo, pues, murió, mistress. ¡Godfrey no puede ser... no es vuestro hijo!

Dolly volvió a caer sobre el diván, cerrando los ojos. Parecía que, en torno a ella, a una intensa luz, habían sucedido bruscamente las tinieblas.

A una señal que hizo, Zach Fren la dejó sola, abismada en sus penas, perdida en sus recuerdos.

Cuando al día siguiente, 26 de agosto, el *Brisbane*, después de haber pasado el estrecho de Backstairs, entre la isla Kangaroo y el promontorio Jervis, penetró en el golfo de San Vicente y fue a anclar al puerto de Adelaida, mistress Branican aún no había salido de su camarote.

### III. Un sombrero histórico

El orden de antigüedad de las tres capitales de Australia es Sidney, Melbourne y Adelaida. Pero si esta es la más moderna, también se puede decir que es la más bonita. Nació en 1853 de una madre, la Australia meridional, que no tiene existencia política sino desde 1837, y cuya independencia oficialmente reconocida no es anterior a 1856. Es probable que la juventud de Adelaida se prolongue indefinidamente, merced a un clima que no tiene rival, el más saludable del continente, en medio de aquellos territorios que no infestan la tisis ni el cólera, ni ninguna otra epidemia contagiosa. La mortalidad es pequeña y, como ha dicho ingeniosamente M. de Charnay, «allí se muere por excepción».

Si el suelo de la Australia meridional no es tan abundante como el de las provincias vecinas en yacimientos auríferos, en cambio es rico en mineral de cobre. Las minas de Capunda, Burra-Burra, Wallaroo y Munta, descubiertas hará unos cuarenta años, después de haber atraído a millares de emigrantes, han hecho la fortuna de esta región.

Adelaida no tiene una gran elevación sobre el límite litoral del golfo de San Vicente. Al igual que Melbourne, está situada a unos doce kilómetros al interior, y un ferrocarril la pone en comunicación con el puerto. Su jardín botánico puede competir con el de su segunda hermana. Fundado por Schumburg, posee invernaderos que seguramente no tienen rival en el mundo entero, plantaciones de rosas que forman verdaderos parques y magníficas sombras al abrigo de hermosos árboles, los más bellos de la zona templada, mezclados a las diversas variedades botánicas de la zona semitropical.

Ni Sidney ni Melbourne pueden compararse con Adelaida en cuanto a elegancia. Sus calles son amplias, muy bien distribuidas y cuidadosamente conservadas. En algunas se elevan espléndidos monumentos en arriate, tales como King-William-Street. La casa de correos y la casa del Ayuntamiento merecen ser remarcadas desde el punto de vista arquitectónico. En medio del barrio del comercio, las calles Hindley y Glenell se animan ruidosamente al soplo del movimiento comercial. Por

ellas circula multitud de personas, afanosas por sus negocios, notándose en ellas la satisfacción producida por buenas operaciones realizadas, abundantes, fáciles, sin ninguno de los descalabros que frecuentemente producen.

Mistress Branican se hospedó en un hotel de King-William-Street, al que Zach Fren la había acompañado. La madre acababa de pasar por la cruel prueba de ver hundirse sus últimas esperanzas. Era para ella tan verosímil que Godfrey era su hijo, que se había complacido enteramente en aquella idea. La decepción sufrida leíase sobre su rostro, más pálido que de costumbre, y en sus ojos enrojecidos por las lágrimas. Pero a partir del instante en el que su ilusión fue rudamente arrancada, sin esperanza de que volviese nunca, Dolly no había vuelto a ver a Godfrey ni había hablado una sola palabra referente al mismo. No quedaba en su memoria, de lo pasado, más que aquel extraordinario parecido que le traía a la mente la imagen de John.

En ese instante, Dolly se dedicaba en cuerpo y alma a su obra; organizaría la expedición. Llamaría a todos los concursos, a todos los desintereses, a todas las adhesiones, y, de ser preciso, gastaría su fortuna entera en aquellas nuevas pesquisas. Estimularía con primas considerables el celo de cuantos unieran con ella sus esfuerzos en aquella suprema tentativa.

Esperaba encontrar lo que buscaba en aquella parte de la Australia meridional, de donde se han lanzado, por los desconocidos territorios centrales, los más célebres exploradores, tales como los Warburton, los John Forrest, los Giles, los Sturt y los Lindsay, cuyos itinerarios se entrecruzan sobre los mapas de este vasto continente, itinerarios que mistress Branican iba a cortar oblicuamente con el suyo. El coronel Warburton atravesó Australia, en 1874, en toda su anchura sobre el 20° de este a noroeste hasta Nichol-Bay; John Forrest, en el mismo año, se dirigió en sentido contrario de Perth a Port-Augusta; Giles, en 1876, salió igualmente de Perth para llegar al golfo Spencer sobre el 25°.

Se convino que los diversos elementos de la expedición, tanto en lo que se refería al personal como al material, serían reunidos, no en Adelaida, sino en el punto en el que termina la vía férrea que sube hacia el norte, a la altura del lago Eyre. Ganar cinco grados en estas circunstancias equivalía a evitar fatigas y pérdida de tiempo. En medio de los distritos surcados por la cordillera de los Flinders-Ranges, se encontraría el número de carros y animales necesario para la campaña, caballos y bueyes para el transporte

de víveres y demás efectos de la expedición. En aquellos interminables desiertos e inmensas estepas de arena, desprovistos de vegetación y casi sin agua, se trataba de proveer a las necesidades de una caravana que no contaría menos de unas cuarenta personas, incluyendo la gente del servicio y la escolta de tropa destinada a velar por la seguridad de los viajeros.

Dolly reclutó la gente necesaria para la expedición en el mismo Adelaida, encontrando para ello incondicional apoyo en el gobernador de la Australia meridional. Gracias a él, unos treinta hombres, bien equipados y armados, unos de origen indígena y otros elegidos entre colonos europeos, aceptaron las proposiciones de mistress Branican, quien les garantizó un sueldo muy elevado durante la campaña y una prima consistente en cien libras para cada uno de ellos, que les serían entregadas al final de la expedición, cualquiera que fuese el resultado de esta. Toda aquella gente estaría bajo las órdenes de un antiguo oficial de la policía provincial, llamado Tom Marix, un hombre robusto y decidido, de unos cuarenta años, y del que respondía el gobernador. Tom Marix había escogido sus hombres entre los más fuertes y seguros de los muchos que se ofrecieron para la empresa, y por lo tanto se podía contar con la adhesión de aquella escolta, reclutada en tan buenas condiciones.

El personal de servicio sería puesto a las órdenes de Zach Fren, y, según sus palabras, todos habrían de andar muy derechos.

Sobre Tom Marix y Zach Fren, el jefe verdadero, estaría mistress Branican, el alma de la expedición.

Merced a las instrucciones que míster William Andrew había cuidado de dar a sus corresponsales, Dolly podía contar con un crédito considerable abierto a su nombre en el Banco de Adelaida.

Terminados aquellos preparativos, acordóse que Zach Fren partiese el 30, a más tardar, a la estación de Farina-Town, donde irían a reunirse con él mistress Branican y la gente que componía la expedición, cuando la presencia de aquella no fuese ya necesaria en Adelaida.

—Zach —le dijo—, os cuidaréis de que la caravana esté dispuesta para ponerse en marcha a principios de septiembre. Pagadlo todo al contado, sin fijaros en el precio. Los víveres os serán expedidos desde aquí por el ferrocarril y los haréis cargar en los carros en Farina-Town. No debemos

omitir medio alguno para asegurar el éxito de la expedición.

—Todo estará listo, mistress Branican. Cuando lleguéis no habrá más que esperar la señal de partida.

Fácilmente se comprende que a Zach Fren no le faltaran ocupaciones en los últimos días que permaneció en Adelaida. Hasta tal punto multiplicó su actividad el marinero, que el 29 de agosto pudo tomar su billete para Farina-Town. Doce horas después de haber llegado se lo avisó telegráficamente a mistress Branican, así como también que una parte del material de la expedición estaba ya dispuesto.

Por su parte Dolly, ayudada de Tom Marix, cumplió su cometido en lo que concernía a la escolta, su armamento y equipo. Convenía que los caballos fueran elegidos con cuidado. La raza australiana podía proporcionarlos de excelentes condiciones, de gran resistencia a prueba del clima, y de una calidad tan extraordinaria, que mientras fuesen por los bosques y prados no habría que cuidarse de su alimentación, habiendo, como hay, hierba y agua en abundancia en aquellos territorios. Pero más allá, en los terrenos arenosos, sería preciso reemplazarlos por camellos. Así se haría cuando la caravana llegase a Alice-Spring; a partir de este punto mistress Branican y sus compañeros se aprestarían a luchar contra los obstáculos materiales que hacen tan peligrosa una expedición en las regiones de la Australia central.

Las ocupaciones a las que se entregaba aquella enérgica mujer la habían distraído un poco de sus preocupaciones con motivo de los últimos incidentes ocurridos a bordo del *Brisbane*. Se había aturcido en aquella atmósfera de actividad que no le dejaba una hora de ocio. De aquella ilusión a la que se había entregado por un instante, de aquella esperanza efímera que la confesión de Zach Fren había deshecho con una sola palabra, no le quedaba más que el recuerdo. Sabía ya que su hijo reposaba allá abajo, en un rincón del cementerio de San Diego, y que podría ir a llorar sobre su tumba... Y, sin embargo, aquel parecido del grumete... La imagen de John y la de Godfrey se confundían en su alma...

Después de la llegada del paquebote, mistress Branican no había vuelto a ver al jovencito, ignorando si este había tratado de buscarla durante los primeros días siguientes al desembarco. Pero Godfrey no se había presentado en el hotel de King-William-Street. ¿Y por qué había de hacerlo? Después de la última conversación que tuvo con Dolly, esta se

encerró en su camarote y no volvió a preguntar más por él. Dolly también sabía que el *Brisbane* había retomado a Melbourne, y que ella no estaría en Adelaida en la época en la que el barco volviera a esta ciudad.

Mientras mistress Branican hacía sus preparativos, otro personaje se ocupaba no menos obstinadamente de un viaje idéntico. Este personaje se había hospedado en un hotel de Hindley-Street. Una habitación que daba a la fachada del hotel y otra al jardín interior reunían bajo el mismo techo a estos dos singulares representantes de la raza aria y de la raza amarilla: el inglés Jos Meritt y el chino Gin-Ghi.

¿De dónde venían estos dos tipos, arrancados de la extrema Asia y de la extrema Europa? ¿Dónde iban? ¿Qué hacían en Melbourne y qué venían a hacer a Adelaida? Por último, ¿en qué circunstancias este amo y este criado se habían asociado, uno pagando y el otro sirviendo, para recorrer el mundo juntos? Esto se deducirá de una conversación habida entre Jos Meritt y Gin-Ghi, en la noche del 5 de septiembre, pero antes conviene hacer una explicación sumaria.

En primer lugar, si por algunos rasgos del carácter, algunas manías, la extravagancia de sus actitudes, el estilo en el que se expresaba, se ha podido entrever la silueta del anglosajón, conviene hacer conocer también a aquel hijo del Celeste Imperio, su criado. Éste había conservado la indumentaria tradicional del país chino: la camiseta *han chaol*, la túnica *ma coual*, la especie de falda *haol*, abotonada a un lado, y el pantalón bombacho con cinturón de paño. Si se llamaba Gin-Ghi, merecía este nombre que en su más propio sentido significa *hombre indolente*. Y, en efecto, el chino era indolente hasta el último punto, tanto ante el trabajo como ante el peligro. Era tan incapaz de dar diez pasos para ejecutar una orden como de dar veinte para evitar un riesgo. Era preciso que Jos Meritt tuviese una gran dosis de paciencia para conservar tal servidor. Era esta cuestión de costumbre, pues desde hacía cinco o seis años viajaban juntos. Uno había encontrado al otro en San Francisco, donde los chinos hormiguean, y le había tomado a su servicio *para probar*, como él mismo había dicho, prueba que sin duda se prolongaría hasta la separación definitiva. No hay que olvidar tampoco que Gin-Ghi, educado en Hong Kong, hablaba inglés como un nativo de Manchester.

Pero por lo demás, a Jos Meritt le importaba poco, dado su temperamento frío y flemático, la indolencia del chino. Le amenazaba con los más crueles tormentos de los que están en uso en el Celeste Imperio, donde el

ministerio de la Justicia se llama, como verdadero nombre, el ministerio de los suplicios, pero ya en el terreno de los hechos Jos Meritt era incapaz de darle un simple capirotazo. Cuando el chino no cumplía sus órdenes, las ejecutaba él mismo, con lo que la situación se simplificaba. Tal vez no estaba lejano el día en el que el inglés sirviese a su servidor. Muy probablemente, el chino empezaba a pensar en ello, encontrando que este cambio sería muy equitativo. No obstante, mientras llegaba este cambio favorable de suerte, Gin-Ghi estaba obligado a seguir a su amo adonde la Vagabunda fantasía arrastrase a aquel ser original. En este punto no transigía Jos Meritt. Sería capaz de llevar sobre su espalda la maleta de Gin-Ghi antes que dejar a este en tierra cuando el tren o el paquebote partieran. De buena o de mala gana, el hombre indolente debía ajustarse a su paso, quedándole el derecho de dormir en el camino, justificando de esta forma su nombre. Es así como habían ido el uno en compañía del otro durante millares de millas, por el Viejo y el Nuevo Continente, y es la consecuencia de este sistema de locomoción continua por la que los dos se encontraban, en aquella época, en la capital de la Australia meridional.

—¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! —había dicho la referida noche del 5 de septiembre Jos Meritt—. Creo que nuestras disposiciones están tomadas... ¿no es cierto?

Y no se explica, en realidad, cómo le interrogaba sobre este particular a Gin-Ghi, puesto que él, con sus propias manos, había tenido que prepararlo todo.

—Diez mil veces terminadas —respondió el chino, que no había podido deshacerse, en honor al Celeste Imperio, de la fraseología propia de los habitantes del mismo.

—¿Nuestras maletas...?

—Están cerradas.

—¿Nuestras armas...?

—Están listas.

—¿Nuestras cajas de víveres...?

—Vos mismo, amo Jos, las habéis facturado en la estación. Y además,

¿acaso es necesario aprovisionarse de víveres cuando se está destinado a ser comido en persona... un día u otro?

—¿Ser comido, Gin-Ghi...? ¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! ¿Contáis, pues, con ser comido...?

—Esto sucederá tarde o temprano. Poco faltó hace seis meses para que termináramos nuestros viajes en el vientre de un caníbal... ¡Sobre todo yo!

—¿Vos, Gin-Ghi...?

—Sí, por la poderosa razón de que estoy gordo, en tanto que vos, amo Jos, estáis delgado, y esas gentes, sin duda, ¡me darán la preferencia...!

—¿La preferencia...? ¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien!

—Además, los indígenas australianos muestran una predilección particular por la carne amarilla de los chinos, ya que es mucho más delicada debido a que se nutren de arroz y legumbres.

—Por eso yo os he recomendado que fuméis, Gin-Ghi —respondió el flemático Jos Meritt—. Ya sabéis que a los antropófagos no les gusta la carne de los fumadores.

Y esto es lo que hacía sin cesar el hijo del Celeste Imperio, fumando, no opio, sino tabaco, del que Jos Meritt le proveía a discreción. Parece que los australianos, como sus compañeros en canibalismo de otros países, experimentan una invencible repugnancia hacia la carne humana cuando está impregnada de nicotina. Por esto Gin-Ghi trabajaba a conciencia para hacerse lo menos comestible que pudiera.

¿Era cierto que tanto él como su amo habían estado expuestos a figurar en un banquete de antropófagos, y no en calidad de convidados? Sí. En alguna región de la costa de África, Jos Meritt y su servidor debieron acabar de tal forma su existencia aventurera. Diez meses antes, en el Queensland, al oeste de Ronckhampton y de Gracemere, a unos cientos de millas de Brisbane, sus peregrinaciones les habían llevado en medio de las más feroces tribus de aborígenes. Allí puede decirse que el canibalismo es un estado endémico. De este modo, Jos Meritt y Gin-Ghi, que habían caído en manos de aquellos negros, hubieran perecido irremisiblemente a no ser por la intervención de la policía. Libertados a



tiempo, pudieron volver a la capital del Queensland, y después a Sidney, desde donde el buque les conduciría a Adelaida. Este contratiempo no había corregido al inglés en su afán de exponer su persona y la de su compañero, puesto que se preparaban a visitar el continente australiano.

—¡Y todo por un sombrero...! —exclamó el chino—. ¡Ay...! ¡Ay...! ¡Ay...! Cuando pienso en ello, mis lágrimas se deslizan como las gotas de rocío por los amarillos crisantemos.

—¿Cuándo acabaréis de llorar, Gin-Ghi? —respondió Jos Meritt frunciendo el entrecejo.

—Es que ese sombrero..., si por ventura lo encontráis alguna vez, amo Jos, estará convertido en un guiñapo...

—¡Eh, Gin-Ghi...! ¡Eso ya es demasiado! Os prohíbo expresaros así sobre ese sombrero y sobre cualquier otro. ¿Me entendéis...? ¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! Si eso vuelve a suceder, os haré suministrar de cuarenta a cincuenta golpes de junco en las plantas de los pies.

—No estamos en China —respondió Gin-Ghi.

—¡Os privaré de alimento...!

—Así enflaqueceré...

—¡Os cortaré al rape la trenza...!

—¿Cortar mi trenza...?

—¡Os pondré a dieta de tabaco!

—¡El dios Fo me protege!

—No os protegerá.

Y ante esta última amenaza, Gin-Ghi tomóse sumiso y respetuoso.

¿Qué sombrero era aquel detrás del cual Jos Meritt se pasaba la vida corriendo?

Este ente original era, como hemos dicho, un inglés de Liverpool, uno de esos inofensivos monomaniacos que no pertenecen únicamente al Reino

Unido. ¿Acaso no se los encuentra también en las orillas del Loira, del Elba, del Danubio o del Escalda, lo mismo que en las comarcas cruzadas por el Támesis, el Clyde y el Tweed? Jos Meritt era muy rico y muy conocido en el Lancaster y condados vecinos por su manía de coleccionador. Lo que él recogía con grandes esfuerzos y grandes gastos no eran cuadros, libros, objetos de arte ni aun juguetes. ¡No! Eran sombreros históricos, un museo de todo aquello que sirve para cubrir la cabeza: cualquier tocado de hombre o de mujer, tromblones, tricornios, bicornios, petasos, cofias, clacs, cascos, sombreros con orejeras, sombreros marinos de cuero charolado, birretes, borgoñotas, solideos, turbantes, corozas, casquetes, fez, chacós, colbac, tiaras, mitras, fez turco, chascás, birretes de presidente, gorras de los incas, capirotes que llevaban las mujeres en la Edad Media, ínfulas sacerdotales, solideos encamados de estilo oriental, cascos de los dux de Venecia, capillo de cristianar, etc., etc., cientos y cientos de piezas, más o menos estropeadas, deshilachadas, sin alas o sin bordes. A juzgar por lo que decía Jos Meritt, poseía magníficos ejemplares históricos, tales como el casco que llevaba Pairoclo cuando fue muerto por Héctor en el sitio de Troya, la boina que llevó Temístocles en la batalla de Salamina, los birretes de Galeno e Hipócrates, el sombrero de César que una grupada le arrancó de la cabeza al pasar el Rubicón, el tocado de Lucrecia Borgia en cada uno de sus tres casamientos con Sforza, Alfonso de Este y Alfonso de Aragón, el sombrero que llevaba Tamerlán cuando atravesó el Sind, el de Gengis Khan cuando este conquistador hizo destruir Bukhara y Samarkanda, el tocado de Isabel de Inglaterra en su coronación, el de María Estuardo al huir del castillo de Lockleven, el de Catalina II al ser consagrada en Moscú, el sombrero impermeable que usaba Pedro el Grande en sus trabajos en los astilleros de Saardam, el clac de Marlborough en la batalla de Ramillies, el de Olaüs, rey de Dinamarca, muerto en Sticklestad, el bonete de Gessler, al que no quiso saludar Guillermo Tell, el birrete de Guillermo Pitt cuando entró a los veintitrés años en el ministerio, el bicornio de Napoleón I en Wagram, y, en fin, otros cien no menos curiosos. La más viva pena que sentía Jos Meritt era la de no poseer el casquete que cubría la cabeza de Noé el día en el que el arca se detuvo al pie del monte Ararat, y el de Abraham en el momento en el que este patriarca se disponía a sacrificar a Isaac. Pero Jos Meritt no desconfiaba de encontrarlos algún día. En cuanto a los gorros que debían llevar Adán y Eva cuando fueron arrojados del Paraíso, había renunciado a procurárselos, toda vez que verídicos historiadores han afirmado que el primer hombre y la primera mujer tenían por costumbre llevar la cabeza

descubierta.

Como se ve por el sucinto catálogo de las curiosidades del museo de Jos Meritt, la vida de este ser original transcurría entre una serie de ocupaciones verdaderamente infantiles. Él no dudaba un momento de la autenticidad de sus hallazgos. En pos de sus deseos había recorrido diversos países, visitando villas y aldeas, registrando tiendas y puestos, frecuentado el trato de prenderos y revendedores de objetos, gastando tiempo y dinero para, al final de sus afanosas pesquisas, no encontrar más que un harapo, que le vendían a peso de oro... Había recorrido el mundo entero; en una palabra, llevado por su extraña manía, había acabado con todas las existencias de Europa, Asia, África, América y Oceanía por él mismo, por corresponsales, por corredores, por viajantes de comercio. En este momento, se aprestaba a registrar hasta en sus más inabordables escondites el continente australiano.

Había un motivo para ello, un motivo que a otros hubiera parecido insuficiente, pero que para él era de los más serios. Habiendo sido informado de que los nómadas de Australia usan para cubrirse la cabeza sombreros de hombre y de mujer indistintamente (en el estado andrajoso que puede imaginarse), así como también que se expedían con frecuencia cargamentos de estos despojos a los puertos del litoral, había deducido que tal vez allí pudiese dar un buen golpe, usando el lenguaje propio de los coleccionistas de antiguallas.

Precisamente, en aquellos momentos Jos Meritt estaba preocupado por una idea fija, atormentado por un deseo que amenazaba volverle loco completamente, ya que a medias ya lo estaba. Se trataba de encontrar un sombrero que, a dar crédito a su palabra, debería ser la más rica joya de su colección.

¿Qué maravilla era aquella? ¿Por qué fabricante antiguo o moderno había sido hecho tal sombrero? ¿Qué cabeza real, noble, burguesa o campesina había cubierto, y en qué circunstancia? A nadie le había contado nunca Jos Meritt este secreto. Como quiera que fuese, teniendo en cuenta preciosas indicaciones, siguiendo una pista con el ardor de un Chingachgook o de un Renard-Subtil, había adquirido la convicción de que dicho sombrero, después de una larga serie de vicisitudes, debía acabar su carrera sobre el cráneo de algún notable de una tribu australiana, justificando su calificativo de *cubrejefe*. Si llegaba a encontrarlo, Jos Meritt lo pagaría al precio que quisieran; si no se lo querían vender, lo robaría, y

sería el trofeo de aquella campaña que le había arrastrado al nordeste de aquel continente. No habiendo alcanzado éxito en su primera tentativa, se dispuso a desafiar los mayores peligros en su expedición por la Australia central, y si fuera necesario, a acabar su existencia entre los dientes de los caníbales... ¡Y qué caníbales...! Los más feroces de todos aquellos de cuyas mandíbulas había escapado hasta entonces. Es preciso reconocer que, en el fondo, amo y criado estaban tan completamente unidos, tanto por interés como por afección, que no hubiera sido posible separarlos.

—Mañana por la mañana saldremos de Adelaida en el expreso —dijo Jos Meritt.

—¿Al amanecer...? —preguntó Gin-Ghi.

—Al amanecer, si queréis, y haced de manera que todo esté dispuesto para la partida.

—Yo haré todo lo que pueda, amo, ¡pero os suplico que tengáis en cuenta que yo no tengo las diez mil manos de la diosa Couan-in!

—Yo no sé si la diosa Couan-in tiene diez mil manos. Lo que sí sé es que vos tenéis dos, y os ruego que las empleéis en mi servicio —respondió Jos Meritt.

—¡Sí, mientras no me las coman!

—¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien!

Sin duda, Gin-Ghi no utilizó sus manos con más actividad que de costumbre, procurando en cuanto fuese posible compartir su tarea con Jos Meritt. Al día siguiente, ambos tipos abandonaban Adelaida, y el tren les llevaba a todo vapor hacia las regiones desconocidas, donde Jos Meritt esperaba descubrir el sombrero que le faltaba a su colección.

## IV. El tren de Adelaida

Algunos días después, mistress Branican también se disponía a abandonar la capital de la Australia meridional. Tom Marix acababa de completar el personal de su escolta, compuesta por quince hombres blancos, que habían formado parte de las milicias locales, y quince indígenas, empleados al servicio de la colonia a las órdenes del gobernador. Aquella escolta estaba destinada a proteger a la caravana contra los nómadas, pero no a combatirlos, porque no había que olvidar lo que había dicho Harry Felton: debía procurarse más bien obtener la libertad del capitán John por rescate, que arrancarle por la fuerza de las manos de los indígenas que le retenían prisionero.

Dos furgones del tren fueron ocupados con víveres suficientes para cuarenta personas durante un año; dichos furgones serían descargados en Farina-Town. Dolly estaba al corriente de todos estos preparativos, pues Zach Fren le escribía diariamente. Los bueyes y caballos comprados por el contraamaestre hallábanse con los hombres destinados a servir de conductores. Los carros remitidos a la estación estaban prestos para recibir las cajas de víveres, los fardos de ropa, los utensilios, las municiones, las tiendas de campaña, en una palabra, todo lo que constituía el material de la expedición. Dos días después de la llegada del tren, la caravana podría ponerse en marcha.

Mistress Branican había decidido partir de Adelaida el día 9 de septiembre. En la última conferencia que celebró con el gobernador de la provincia, este no trató de ocultar a la valerosa mujer los peligros que encontraría, y le dijo:

—Estos peligros son de dos clases, mistress Branican, los que provienen de la ferocidad de esas tribus, que habitan en regiones en las que se desconoce nuestra autoridad, y los que provienen de la naturaleza misma de esas regiones. Sin recursos, desprovistas de agua, pues los pozos y ríos están ya secos, os reservan terribles sufrimientos. Por esta razón, quizás fuera más acertado que demoraseis vuestra expedición hasta dentro de seis meses, cuando termine el estío...

—Lo sé, señor gobernador —respondió mistress Branican—, y voy preparada para todo. Desde mi salida de San Diego he estudiado el continente australiano leyendo y releendo las narraciones de los viajeros que lo han visitado: los Burke, los Stuart, los Giles, los Forrest, los Sturt, los Gregorys y los Warburton. También he podido procurarme la relación del intrépido David Lindsay, que, desde septiembre de 1887 hasta abril de 1888 consiguió atravesar Australia entre Port-Darwin, al norte, y Adelaida, al sur. ¡No! No ignoro ni las fatigas ni los peligros propios de tal expedición, pero voy donde me llama el deber.

—El explorador David Lindsay —respondió el gobernador— se limitó a seguir por regiones ya descubiertas, puesto que la línea telegráfica transcontinental cruza su superficie. Así, no llevó con él más que un joven indígena y cuatro caballos de silla. Vos, mistress Branican, por el contrario, y puesto que vais en busca de tribus nómadas, tenéis que dirigir vuestra caravana fuera de esta línea, y aventuraros por el noroeste del continente hasta los desiertos de la tierra de Tasman y la de Witt...

—Iré donde sea necesario, señor gobernador —repuso mistress Branican—. David Lindsay y los que le han precedido han obrado en interés de la civilización, de la ciencia o del comercio. Pero lo que yo hago es para libertar a mi marido, hoy el único sobreviviente del *Franklin*. Desde su desaparición, y contra la creencia general, sostuve que John Branican no había perecido, y tuve razón. Durante seis meses, durante un año si es preciso, recorreré esos territorios, convencida de que lo encontraré, y de nuevo tendré razón. Cuento para ello con la adhesión de mis compañeros, y nuestra divisa será: ¡siempre adelante!

—Ésa era la divisa de los Douglas, mistress. Y no dudo que ella os conduzca a un feliz resultado...

—Sí... ¡con la ayuda de Dios!

Mistress Branican se despidió del gobernador, dándole las gracias por el auxilio que le había prestado desde su llegada a Adelaida. Aquella misma noche, el 9 de septiembre, salió de la capital de la Australia meridional.

Los ferrocarriles de Australia están organizados en excelentes condiciones: cómodos vagones que ruedan sin sacudida, y vías tan bien asentadas, que únicamente producen insensibles trepidaciones. El tren se

componía de seis carruajes, contando los dos furgones de equipajes. Mistress Branican ocupaba un compartimiento reservado, en compañía de una mujer llamada Harriett, de origen medio sajón, medio indígena, y que había tomado a su servicio Tom Marix, y la gente de la escolta se había distribuido por los otros departamentos.

El tren solamente se detenía para la renovación de agua y combustible, haciendo paradas muy cortas en las principales estaciones. La duración del viaje sería una cuarta parte menos que de ordinario.

Más allá de Adelaida, el tren se dirigió hacia Gawler, remontando el distrito de este nombre. Sobre la derecha de la línea se levantan algunos terrenos cubiertos de bosques, dominando aquella parte de territorio. Las montañas de Australia no se distinguen por su altura, que no excede mucho de los 2000 metros, y, por regla general, guardan relación con la peripecia del continente. Se les atribuye un origen geológico muy remoto, y están formadas de granito y vetas silúricas.

Lo escabroso del terreno, que presentaba enormes desfiladeros, era causa de las numerosas curvas de la vía; unas veces en los estrechos valles, otras en los espesos bosques, donde los eucaliptus se multiplican de un modo exuberante. Algunos grados más allá, en las extensas llanuras del centro, el ferrocarril podía seguir en línea recta, la característica del ferrocarril moderno.

Saliendo de Gawler, de donde se deriva un ramal que conduce a Great-Bend, el gran río Murray forma un recodo brusco, desviándose hacia el sur. El tren, después de haberlo pasado y de costear el límite del distrito de Light, llegó al de Stanley, a la altura del paralelo 34. A no ser de noche, se hubiera podido ver la cima del monte Bryant, la más elevada de aquellas cordilleras, y que se proyecta al este de la vía. Desde este punto y hacia el oeste, aumenta el desnivel y la línea sigue la base de aquella cadena de montañas, cuyas principales cimas son: los montes Bluff, Remarkable, Brown y Ardon. Sus ramificaciones vienen a morir en las orillas del lago Torrens, una gran cuenca en comunicación, sin duda alguna, con el golfo Spencer, que se interna profundamente en la costa de Australia.

Al día siguiente, al amanecer, el tren pasó a la vista de Flinders-Ranges, cuyo monte Serle forma la última derivación. A través de los cristales de su vagón, mistress Branican contemplaba aquellos paisajes tan novedosos

para ella. Allí estaba aquella Australia, justamente llamada la «Tierra de las paradojas», y cuyo centro no es más que una extensa depresión bajo el nivel del océano; donde los cursos de agua, que brotan en su mayor parte de la arena, son insensiblemente absorbidos de nuevo antes de llegar al mar; donde falta la humedad en el suelo y en la atmósfera; donde se multiplican las más extrañas especies de animales que existen; y donde viven en estado errante esas tribus salvajes que frecuentan las regiones del centro y del oeste. Allí abajo, al norte y al oeste, se extienden los interminables desiertos de la Tierra Alexandra y de la Australia occidental, por los cuales la expedición iba a buscar las huellas del capitán John. ¿Por qué indicios se guiaría cuando hubiese traspasado el límite de las ciudades y aldeas, y cuando no hubiera otras indicaciones que las obtenidas a la cabecera del lecho de Harry Felton?

Sobre este particular, a mistress Branican se le había hecho la siguiente objeción: ¿era verosímil que en los nueve años que el capitán John había estado prisionero de los nómadas australianos no hubiera encontrado ocasión de escapar? A esta objeción, mistress Branican sólo había respondido que, según lo dicho por Harry Felton, a su compañero y a él solamente se les había presentado durante aquel largo período una ocasión para huir, ocasión que John no había podido aprovechar. Respecto al argumento fundamentado en lo incomprensible de que aquellos salvajes respetaran la vida de sus prisioneros, por no ser esto propio de sus costumbres, mistress Branican contestaba que al menos aquella vez así había sucedido, y que Harry Felton era la mejor prueba de ello. Además ¿no existía un precedente en el explorador William Classen, desaparecido hacía treinta y ocho años, y que en el presente aún se le consideraba como prisionero de una de las tribus de la Australia septentrional? Y respecto a John Branican, no se trataba de simples conjeturas, se contaba con la declaración formal de Harry Felton. También se tiene noticia de muchos viajeros que han desaparecido, y nada demuestra que hayan muerto. ¡Quién sabe si estos misterios se esclarecerán algún día!

Mientras tanto, el tren marchaba con rapidez, sin detenerse en las pequeñas estaciones. De haber llevado la vía férrea una dirección un poco más hacia el oeste, hubiera rodeado los bordes del lago Torrens, que se recurva en forma de arco, lago estrecho y prolongado, cerca del cual son mayores las primeras ondulaciones de los Flinders-Ranges. Hacía un tiempo caluroso. La temperatura era igual a la del hemisferio boreal en el



mes de marzo, en los países que atraviesa el paralelo 30, tales como Argelia, Méjico o Cochinchina. Podían esperarse algunas lluvias, y quizás alguna violenta tempestad, cosa que seguramente no ocurriría por más votos que para ello hiciese la caravana cuando atravesase las llanuras del interior. En estas circunstancias llegó Dolly, a las tres de la tarde, a la estación de Farina-Town.

Allí termina el ferrocarril, y los ingenieros australianos se ocupan de llevarlo más adelante hacia el norte, en la dirección del Overland-Telegraf-Line, que prolonga sus hilos hasta el litoral del mar de Arafura. Si la vía férrea continúa aún más, deberá inclinarse al oeste a fin de pasar entre el lago Torrens y el lago Eyre, o, de lo contrario, se extenderá por la superficie de los terrenos situados al oriente de este lago, si no abandona el meridiano que sigue a partir de Adelaida.

Zach Fren y sus hombres estaban reunidos en la estación cuando mistress Branican bajó de su vagón, acogiéndola todos con gran simpatía y respetuosa cordialidad. El bravo marinero estaba conmovido hasta el fondo de su corazón. ¡Doce días, doce largos días, sin haber visto a la mujer del capitán John! Nunca le había pasado esto desde la última vez que el *Dolly-Hope* volvió a San Diego. Dolly sintió mucha alegría al volver a ver a su compañero y amigo Zach Fren, de cuya adhesión estaba completamente segura. Apretándole la mano, sonrió. ¡Ella, que casi había olvidado cómo se sonreía!

La estación de Farina-Town es de creación reciente; incluso en mapas modernos no figura todavía. Allí se advierte el embrión de una de esas ciudades que los ferrocarriles ingleses o americanos *producen* a su paso, como los árboles producen frutos. Pero aquellos maduran muy pronto, gracias al genio emprendedor y práctico de la raza sajona. Algunas de estas estaciones, que no son sino aldeas, muestran en el trazado de plazas, calles y bulevares, que en poco tiempo llegarán a ser ciudades.

Así era Farina-Town, que por aquel entonces era el término del ferrocarril de Adelaida.

Mistress Branican no debía permanecer mucho tiempo en aquel punto. Zach Fren se había mostrado tan inteligente como activo. El material de la expedición, reunido merced a sus cuidados, comprendía: cuatro carretas de bueyes y sus conductores, dos carruajes con dos buenos caballos cada uno, y los cocheros encargados de conducirlos.

Ya se habían acondicionado en las carretas los diversos objetos de campamento que habían sido expedidos de Adelaida. Una vez que fueran descargados los furgones del tren, todo estaría listo para emprender la marcha, y esto sería cuestión de veinticuatro o treinta y seis horas.

Aquel mismo día, mistress Branican revisó este material con todo detenimiento. Tom Marix aprobó las medidas tomadas por Zach Fren. Con estos recursos, podía llegarse cómodamente al límite de la región, en la que los caballos y bueyes encuentran el forraje y todo lo necesario para su sustento, y, sobre todo, agua, de la cual se hallaría por casualidad algún arroyuelo en los desiertos del centro.

—Mistress Branican —dijo Tom Marix—, mientras sigamos la línea telegráfica, el terreno ofrecerá recursos, y nuestros animales no sufrirán mucho. Pero más allá, cuando la caravana se interne hacia el oeste, será preciso reemplazar los caballos y bueyes por camellos de tiro y de silla. Solamente estos animales pueden soportar estas cálidas regiones, contentándose con el agua de algunos pozos distantes a varias jornadas entre sí.

—Lo sé, Tom Marix —repondió Dolly—, y me fiaré de vuestra experiencia. Cuando lleguemos a Alice-Spring, que espero será muy pronto, organizaremos la caravana.

—Los camelleros han partido hace cuatro días con el convoy de camellos, y nos esperarán en dicho punto —dijo Zach Fren.

—No olvidéis, mistress —añadió Tom Marix—, que allí comenzarán las verdaderas dificultades de la expedición...

—¡Sabremos vencerlas! —respondió resueltamente Dolly.

Siguiendo el plan minuciosamente trazado, la primera parte del viaje, que comprendía un recorrido de trescientas cincuenta millas, se llevaría a cabo con los caballos, los carruajes y las carretas con bueyes. Unos treinta hombres de la escolta, la mitad blancos, debían ir a caballo; pero como aquellos espesos bosques y aquellos terrenos tan escabrosos no permitían hacer etapas muy largas, los negros podrían muy bien seguir la caravana a pie. Una vez reforzada la expedición en Alice-Spring, los caballos se sustituirían por camellos, que serían reservados a los blancos

encargados de efectuar los reconocimientos, bien para adquirir informes sobre el paradero de las tribus errantes, bien para descubrir los pozos diseminados por la superficie del desierto.

Conviene advertir que todas las expediciones emprendidas en el continente australiano se ejecutan de esta manera desde la época en que los camellos han sido aclimatados en Australia. Los viajeros del tiempo de los Burke, los Stuart, los Giles y otros no hubieran experimentado tantas fatigas de haber tenido a su disposición estos útiles auxiliares. En 1866, míster Eider importó gran número de ellos, procedentes de la India, con sus camelleros afganos, y dicha raza de animales ha prosperado. Gracias a ellos, el coronel Warburton pudo, sin duda, poner buen término a aquella audaz campaña, que partió de Alice-Spring para llegar a Rockbonne, sobre el litoral de la Tierra de Witt, en Nichol-Bay. Y si bien es cierto que David Lindsay más tarde llegó a atravesar el continente de norte a sur, valiéndose de caballos de tiro, fue porque se alejó poco de las regiones cruzadas por la línea telegráfica, donde encontraba lo que faltaba en las soledades de Australia: agua y forraje.

Y hablando de estos exploradores que no reparan en peligros ni en fatigas, Zach Fren dijo:

—¿No sabéis, mistress Branican, que, según noticias, hay quien se ha adelantado a nosotros en el camino de Alice-Spring?

—¿Adelantado, Zach...?

—Sí, mistress. ¿No recordáis a aquel inglés y a su compañero chino, que tomaron pasaje a bordo del *Brisbane*, de Melbourne a Adelaida?

—Sí —respondió Dolly—. Pero esos pasajeros han desembarcado en Adelaida. ¿Acaso no se han quedado allí...?

—No, mistress. Jos Meritt, que así se llama, hace tres días ha llegado a Farina-Town con el ferrocarril. Me ha pedido detalles circunstanciados respecto a nuestra expedición y al derrotero que pensábamos seguir, contentándose con responderme: ¡bien...!, ¡oh...!, ¡muy bien!, en tanto que el chino, sacudiendo la cabeza, parecía decir: ¡mal...!, ¡oh...!, ¡muy mal! Al día siguiente, al amanecer, los dos han salido de Farina-Town, dirigiéndose hacia el norte.

—¿Y cómo viajan...? —preguntó Dolly.

—Van a caballo; pero cuando lleguen a Alice-Spring cambiarán, como quien dice, un barco de vapor por otro de vela. Lo que haremos nosotros.

—¿Acaso ese inglés es un explorador...?

—No lo creo. ¡Más bien parece una especie de *gentleman* maniaco, como un viento del sudeste!

—¿Y no ha dicho por qué razón se aventura en el desierto australiano?

—Ni una palabra de eso, mistress. Sin embargo, supongo que yendo solo con su chino no pensará exponerse a un mal encuentro por esas tierras de Dios. ¡Le deseo buen viaje! ¡Tal vez le encontremos en Alice-Spring!

Al día siguiente, 11 de septiembre, y a las cinco de la tarde, estaban terminados todos los preparativos. Cargáronse en los carros los víveres suficientes para tan largo viaje, que consistían en conservas de carnes y legumbres de las mejores marcas de América, harina, té, azúcar y sal, sin olvidar los medicamentos precisos que encerraba el botiquín. En pequeños toneles llevaban buena provisión de whisky, ginebra y aguardiente, toneles que más tarde serían cargados sobre los camellos. Entre los objetos de consumo figuraba un fardo de tabaco, que serviría, no sólo para las necesidades del personal de la caravana, sino además para emplearlo en los cambios con los indígenas, que lo consideran como moneda corriente. Con tabaco y aguardiente se comprarían tribus enteras de la Australia occidental. Una gran parte de este tabaco, vistosas telas y gran número de objetos de juguetería formaban el precio del rescate de John Branican.

En cuanto al material del campamento, tiendas, cobertores, las cajas que contenían ropas y lienzos, todo lo del uso personal de mistress Branican y de Harriett, los efectos de Zach Fren y del jefe de la escolta, los utensilios necesarios para preparar los alimentos, el petróleo que serviría de combustible, las municiones, consistentes en cartuchos de balas y perdigones para las escopetas y fusiles de los hombres de Tom Marix: todo esto había sido colocado en las carretas.

Sólo faltaba, pues, dar la señal de marcha.

Mistress Branican, impaciente por ponerse en camino, fijó la partida para

el día siguiente, acordándose que al amanecer saldría la caravana de la estación de Farina-Town y tomaría la dirección norte, siguiendo el Overland-Telegraf-Line. Entre boyeros, cocheros y escolta, sumaban cuarenta hombres, bajo la dirección de Zach Fren y de Tom Marix. A todos se les advirtió que estuvieran prestos para la hora indicada.

A las nueve de aquella noche, Dolly y Harriett acababan de entrar, acompañadas de Zach Fren, en la casa que ocupaban cerca de la estación. Cerraron la puerta, y ya iban a dirigirse cada una a su habitación, cuando oyeron un golpe dado en aquella.

Zach Fren se volvió, la abrió, y no pudo contener una exclamación de asombro.

Delante de él, con un hatillo bajo el brazo y el sombrero en la mano, hallábase el grumete del *Brisbane*.

Parecía que mistress Branican había adivinado que era él... ¿Cómo explicar esto...? Puesto que ella no esperaba ver de nuevo a este muchacho, ¿cómo había conservado la idea de que él la buscaría...? Fuera lo que fuere, y antes de haberle visto, instintivamente se escapó de sus labios esta exclamación:

—¡Godfrey!

Godfrey había llegado haría una media hora en el tren de Adelaida.

Algunos días antes de la partida del paquebote, y después de haber pedido su cuenta al capitán del *Brisbane*, el grumete se despidió del barco. Una vez en tierra, no había tratado de presentarse en el hotel de King-William-Street, donde se alojaba mistress Branican; pero ¡cuántas veces la había seguido sin ser visto por ella, sin pensar en hablarle! Sabía que Dolly había salido para Farina-Town, con el propósito de organizar una caravana. Y entonces tomó el tren, resuelto a reunirse con ella.

¿Qué es lo que quería? ¿Por qué daba aquel paso? Pronto lo sabría Dolly. Godfrey se encontraba ya en presencia de mistress Branican.

—¿Sois vos... hijo mío...? ¿Sois vos, Godfrey? —dijo esta tendiéndole la mano.

—Sí, es él, ¿y... qué querrá? —murmuró Zach Fren, verdaderamente

contrariado por la presencia del grumete.

—¿Qué es lo que quiero...? —respondió Godfrey—. Quiero seguiros, mistress, adonde vayáis, por lejos que sea. ¡No quiero separarme nunca de vos...! ¡Sí! Quiero ir con vos a buscar al capitán Branican para encontrarle, llevarle a San Diego, y devolverse a su país y a sus amigos.

Dolly no podía contenerse. Las facciones de aquel niño eran las de John... las de su querido John, puesto que recordaban sus miradas.

Godfrey, arrodillado ante ella y tendiéndole las manos, repetía en tono suplicante:

—¡Llebadme... mistress... llebadme...!

—¡Ven, hijo mío, ven! —exclamó Dolly oprimiéndole contra su corazón.

## V. A través de la Australia Meridional

La partida de la caravana se efectuó el 12 de septiembre a primera hora.

El tiempo era bueno y el calor moderado con una suave brisa. Algunas nubecillas atenuaban el ardor de los rayos del sol. En aquel paralelo 31 y en aquella época del año, el calor se deja sentir mucho en la zona del continente australiano. Los exploradores saben perfectamente lo terrible que es este calor cuando no es contrarrestado por la lluvia y la sombra en las llanuras del centro.

Era de lamentar que las circunstancias no hubieran permitido a mistress Branican emprender su expedición cinco o seis meses antes. Durante el invierno, las penalidades propias de un viaje como este hubieran sido más soportables. Los fríos, que hacen bajar el termómetro alguna vez a la congelación del agua, son menos de temer que estos calores que elevan la columna mercurial sobre los 40° a la sombra. Antes del mes de mayo, los vapores atmosféricos se resuelven en abundantes lluvias, que llenan las ensenadas y los pozos, no siendo preciso andar mucho para encontrar agua salobre bajo un sol abrasador. El desierto australiano es menos favorable para las caravanas que el Sahara africano, puesto que en este último se encuentran oasis, por lo que aquel podría ser llamado con justicia «el país de la sed».

Pero mistress Branican no había podido elegir ni lugar ni hora para su partida. Iba adonde era necesario ir, y desafiaba las inclemencias de aquellos territorios, porque era preciso desafiarlas. No se podía esperar. Era menester encontrar al capitán John, y si llegaba el caso, sucumbir en la empresa, como había sucumbido Harry Felton. Aunque bien mirado, las privaciones que este había soportado no estaban destinadas a la expedición, organizada de tal modo que debía vencer todas las dificultades en cuanto fuera material y moralmente posible.

Sabemos cómo se formó aquella caravana, que contaba con cuarenta y una personas desde la llegada de Godfrey. He aquí ahora el orden adoptado durante la marcha hacia el norte de Farina-Town, por aquellos

terrenos boscosos donde el camino no presentaba ningún obstáculo serio.

A la cabeza marchaban los quince australianos, vistiendo pantalón, chaqueta de algodón rayado y sombrero de paja, y los pies desnudos, según su costumbre. Iban armados cada uno con un fusil y un revólver, la cartuchera a la cintura, y formaban la vanguardia, mandada por un blanco, a guisa de explorador.

Después iban mistress Branican y Harriett, en un carruaje tirado por dos caballos, que guiaba un cochero indígena. Este ligero coche tenía capota, bajo la cual podrían guarecerse en caso de lluvia o tormenta.

Un segundo carruaje conducía a Zach Fren y a Godfrey. A pesar del disgusto que la repentina aparición del último causó a Zach Fren, era de esperar que este lo olvidase pronto, teniendo en cuenta la viva afección que mistress Branican sentía hacia el grumete.

Iban después las cuatro carretas tiradas por bueyes, guiados por cuatro boyeros, y la marcha de la caravana debía sujetarse al paso de aquellos animales, cuya reciente introducción en Australia ha proporcionado auxiliares tan preciados para el transporte y la agricultura.

A los flancos y a retaguardia de la caravana marchaban los hombres de Tom Marix, vestidos como su jefe: pantalón metido en las botas, cazadora de lana ajustada, sombrero en forma de casco, de tela blanca, llevando además un ligero impermeable de goma elástica, arrollado en forma de bandolera. Sus armas eran las mismas que las de sus compañeros indígenas. Estos hombres montados debían prestar servicio, ya reconociendo el camino, o ya eligiendo el sitio donde debía de hacer alto la caravana a mediodía o donde debía acampar por la noche, cuando tocase a su fin la segunda etapa de la campaña.

En estas condiciones, la caravana podía recorrer de doce a trece millas diarias, sobre un suelo lleno de baches, a veces por medio de espesos bosques, por los que las carretas no podían avanzar más que con suma lentitud. Llegada la noche, hombres y bestias se entregaban al descanso, siendo Tom Marix el encargado de dictar las disposiciones necesarias a este objeto, y al clarear el día se continuaba la marcha.

El trayecto comprendido entre Farina-Town y Alice-Spring, unas trescientas cincuenta millas, no ofrecía ni graves peligros ni grandes



fatigas, y exigiría aproximadamente unos treinta días. Así pues, no llegarían antes de los primeros diez días de octubre al lugar donde sería preciso organizar la caravana de otra forma, respondiendo a las exigencias de una exploración por los desiertos del oeste.

Al partir de Farina-Town, la caravana pudo seguir durante algunas millas la línea de los trabajos hechos para la prolongación del ferrocarril. Internóse al oeste de los montes de Williouran-Ranges, siguiendo la dirección ya señalada por los postes del Overland-Telegraf-Line.

Mistress Branican pidió a Tom Marix, cuyo caballo cabalgaba cerca de su coche, algunas noticias sobre aquella línea telegráfica.

—En 1870, mistress —respondió Tom Marix—, dieciséis años después de declararse independiente la Australia meridional, los colonos pensaron en crear esta línea, que uniese de sur a norte el continente, entre Port-Adelaida y Port-Darwin. Los trabajos se hicieron con tal actividad que a mediados del año 1872 estaban ya concluidos.

—Pero para esto sería preciso que el continente fuera explorado en toda esta extensión —observó mistress Branican.

—En efecto, mistress —respondió Tom Marix—, y diez años antes, en 1860 y 1861, Stuart, uno de nuestros más intrépidos exploradores, la había atravesado, practicando numerosos reconocimientos al este y al oeste.

—¿Y quién ha sido el autor de esta línea? —preguntó mistress Branican.

—Un ingeniero tan activo como inteligente, míster Todd, el director de correos y telégrafos de Adelaida, uno de nuestros conciudadanos a quien Australia honra como se merece.

—¿Y ha podido encontrar aquí mismo el material necesario para su obra?

—No, mistress —respondió Tom Marix—, tuvo que pedir a Europa los aisladores, los hilos y aun los postes de esta línea. Actualmente, la colonia está en disposición de proveer las necesidades de un proyecto industrial, sea el que sea.

—¿Y los indígenas han dejado que se hiciesen estos trabajos sin turbarlos?

—Al principio hicieron algo más que turbarlos. Destruían el material: los hilos para procurarse hierro, los postes para fabricar hachas, así es que en una extensión de mil ochocientas cincuenta millas, hubo encuentros incesantes con los australianos, y a pesar de que estos siempre sufrían descalabros, volvían a la carga. Creo que hubiera sido preciso abandonar el negocio, a no ser porque míster Todd tuvo un pensamiento que le acreditaba como verdadero ingeniero y como hombre ingenioso. Después de apoderarse de algunos jefes de tribus, les hizo aplicar, por medio de una pila, cierto número de descargas eléctricas, las cuales les asustaron de tal modo que sus camaradas no osaron aproximarse más a los aparatos, y la línea pudo concluirse, funcionando hasta el presente con regularidad.

—¿Y está vigilada? —preguntó mistress Branican.

—Sí —respondió Tom Marix—, por escuadras de la policía negra, como la llamamos en el país.

—¿Y esa policía no llega hasta las regiones del centro y del oeste?

—Nunca, o al menos muy pocas veces. En los distritos habitados tiene bastante que hacer con la persecución de ladrones y malhechores.

—¿Cómo no se ha pensado en lanzar esa policía negra sobre las huellas de los indas, desde que se tuvo noticia de que el capitán Branican había caído en su poder, haciendo de esto ya quince años...?

—Olvidáis, mistress, que no se sabía nada de esto, y que vos misma sólo lo habéis sabido por Harry Felton... ¡Hace tan sólo unas semanas!

—Sí, es verdad... algunas semanas —respondió mistress Branican.

—Además —añadió Tom Marix— tengo noticias de que la policía negra ha recibido orden de explorar las regiones de la Tierra de Tasman, y que debe de haber enviado allí un fuerte destacamento; pero me temo...

Tom Marix se detuvo sin que mistress Branican se fijase en aquella vacilación. Vacilación que significaba que Tom Marix, por decidido que estuviese a cumplir los deberes del cargo que había aceptado, consideraba muy dudoso el resultado de aquella expedición. Sabía cuán difícil era encontrar a las tribus de Australia, y no participaba ni de la

ardiente fe de mistress Branican, ni de la convicción de Zach Fren, ni de la instintiva confianza de Godfrey. Sin embargo, repetimos, él cumpliría siempre con su deber.

El 15 por la noche, al dar vuelta a las colinas Deroy, la caravana fue a acampar a la población de Boorloo. Al norte se veía la cima del monte Attraction, más allá del cual se extienden las llanuras Illusions, de cuyos nombres puede deducirse que si bien la montaña atrae, la llanura engaña. La cartografía australiana presenta algunos nombres de doble sentido.

En Boorloo, la línea telegráfica forma un codo casi en ángulo recto hacia el oeste. A unas doce millas atraviesa el Cabanna-creek, pero lo que es fácil para unos hilos telegráficos es difícil para una tropa de infantes y jinetes. Fue preciso buscar un paso accesible que el joven grumete quiso descubrir por sí mismo, arrojándose al río, de rápida y tumultuosa corriente, y encontrando por fin un paso, que permitió a los coches y carretas pasar sin problemas a la orilla izquierda y sin mojarse más allá del cubo de las ruedas.

El 17, la caravana fue a acampar en las últimas ramificaciones del monte North-West, que se extiende hasta unas diez millas al sur. En este país, mistress Branican y sus compañeros fueron favorablemente acogidos en una de las grandes granjas, cuya superficie comprendía una extensión de muchos miles de acres. Numerosos rebaños de carneros, grandes campos de trigo, sorgo y mijo, extensos barbechos, dispuestos para la próxima sementera, árboles cuidadosamente podados, plantaciones de olivos y otras propias de las latitudes cálidas, centenares de animales de labor y de silla, personal necesario para los cuidados de tales explotaciones (personal sometido a una disciplina de severidad militar, cuyas prescripciones reducen al hombre casi a la esclavitud); he aquí lo que constituye la riqueza de aquellos dominios del continente australiano. En el caso de que la caravana de mistress Branican no estuviese bien provista desde su partida, allí hubiera encontrado con qué atender a todas sus necesidades, gracias a la generosidad de aquellos ricos arrendatarios o *free-selecters*, propietarios de aquellos establecimientos agrícolas que tienden a multiplicarse día a día. Así, inmensas extensiones, antes improductivas por la falta de agua, ahora eran cultivadas. Esto podía efectuarse, porque el subsuelo de los terrenos que atravesaba la caravana estaba surcado, en unas doce millas al suroeste del lago Eyre, de grandes extensiones de agua, y los pozos artesianos, nuevamente abiertos,

expedían hasta trescientos mil galones por día.

En la noche del 18 de septiembre, y bajo la dirección de Tom Marix, la caravana acampó en la punta meridional de South-Lake-Eyre, que depende del North-Lake-Eyre, y es de una extensión muy considerable. En las orillas de aquel pudo verse una bandada de esas curiosas aves zancudas, de las que el jabirú es la especie más notable, y algunas bandadas de cisnes negros, mezclados con corvejones, pelícanos y garzas blancas, mostrando una mezcla de plumajes donde resaltaban los tonos blancos, grises y azules.

Es curiosa la disposición geográfica de estos lagos. Forman un rosario que se extiende de sur a norte de Australia, y que empieza en el lago Torrens, cuyo curso sigue el ferrocarril. Lo continúan el pequeño y el gran lago Eyre, y los lagos Frome, Blanche y Amédée. Son grandes extensiones de agua salada, en algún tiempo recipientes naturales, donde acaso se conserven restos de un mar interior.

En efecto, en opinión de los geólogos, el continente australiano hallábase antiguamente dividido en dos islas. Como antes hemos visto, la periferia de este continente, que contiene grandes elementos telúricos, tiende a alzarse sobre el nivel del mar, y no parece dudoso, por otra parte, que el centro esté sometido a un levantamiento continuo. De suerte que el antiguo valle se colmará con el tiempo, haciendo que desaparezcan los mencionados lagos, escalonados entre los 130° y 140° de latitud.

De la extremidad del South-Lake-Eyre hasta la estación de Emerald-Spring, donde llegó el 20 de septiembre por la noche, la caravana recorrió un trayecto de cerca de diecisiete millas por terrenos cubiertos de espléndidos bosques, cuyos árboles elevan sus ramas a doscientos pies de altura.

Aunque Dolly estaba acostumbrada a las maravillas forestales de California, entre otras a las secuoyas gigantescas, podría haber admirado aquella portentosa vegetación si su pensamiento no la llevara constantemente de norte a oeste, en medio de los áridos desiertos, donde la arenosa duna apenas sostiene algunos míseros arbolillos. No veía nada de aquellos helechos gigantes, de los que Australia posee las especies más notables, nada de aquellas enormes masas de eucaliptos de ramas inclinadas, agrupados sobre las ligeras ondulaciones del terreno.

Una observación curiosa: al pie de estos árboles no hay maleza, el suelo donde viven está limpio de abrojos y espinos. Las ramas no se desarrollan sino a unos doce o quince pies sobre las raíces. Sólo se nota una hierba de un amarillo dorado, que nunca se seca.

Los animalillos han destruido los retoños y el fuego de las hogueras ha consumido el matorral y los arbustos. Ahora bien, aunque no hay caminos abiertos a través de estos vastos bosques, tan diferentes de los de África, por los que se anda seis meses sin encontrar el final, la circulación es fácil, y los carruajes y carretas de la expedición caminaban cómodamente entre los árboles, bastante distanciados unos de otros, y bajo la bóveda de su espléndido ramaje.

Tom Marix conocía muy bien aquellos sitios, que había recorrido muchas veces en la época en la que era jefe de la policía provincial de Adelaida. Mistress Branican no hubiera podido confiarse a un guía más seguro y más leal. Ningún otro jefe de escolta uniría tanto celo a tanta inteligencia.

Además, para secundarle, Tom Marix encontraba un auxiliar joven, activo y resuelto en el grumete, tan unido a la persona de Dolly, y se maravillaba del entusiasmo que le inspiraba aquel muchacho de catorce años. Godfrey hablaba de lanzarse él solo, en caso de necesidad, por las regiones del interior. De haber encontrado algunas huellas del capitán John, difícil, si no imposible, sería poderle contener. Su entusiasmo cuando hablaba del capitán, su constancia en consultar los mapas de la Australia central, de tomar notas e informes en las paradas, en vez de buscar reposo después de las penosas fatigas de la jornada, todo denotaba en aquel espíritu apasionado una exaltación imposible de moderar. Muy robusto para su edad, curtido por las rudezas propias de la vida de marinero, se adelantaba con frecuencia a la caravana hasta alejarse mucho de esta. Si permanecía en su sitio, era por obediencia al mandato formal de Dolly. Lo que esta obtenía con una mirada, no podían conseguirlo ni Zach Fren ni Tom Marix, a pesar de la viva amistad que Godfrey profesaba a este último. Nada, pues, tiene de extraño que, dejándose llevar de un sentimiento instintivo en presencia de aquel niño, retrato físico y moral de John, Dolly experimentase hacia él cariño de madre. Si Godfrey no era su hijo por la naturaleza, lo sería por la adopción. Godfrey ya no le abandonaría. John participaría de la afección que esta sentía por el muchacho.

Un día, después de una prolongada ausencia, en la que se había

adelantado algunas millas a la caravana, Dolly le dijo:

—Hijo mío, quiero que me prometas que no te separarás nunca de nosotros sin mi permiso. Cuando te veo partir, estoy muy inquieta hasta que vuelves. Nos dejas, y durante horas enteras no sabemos nada...

—Mistress Dolly —respondió el grumete—, es preciso que yo recoja informes... Sabía que había una tribu de indígenas nómadas acampada sobre el Warmer-creek, y he querido ver al jefe... preguntarle...

—¿Y qué te ha dicho...? —preguntó Dolly.

—Pues que ha oído hablar de un hombre blanco que venía del oeste y se dirigía al Queensland.

—¿Y quién era ese hombre...?

—Al fin he comprendido que se trataba de Harry Felton, y no del capitán Branican. Sin embargo, ya le encontraremos... sí..., le encontraremos... ¡Ah, mistress Dolly...! ¡Le amo tanto como a vos, que sois para mí una madre!

—¡Una madre! —murmuró mistress Branican.

—A vos os conozco, pero no al capitán John..., a quien nunca he visto. Y si no fuera por este retrato que me habéis dado, y que siempre llevo sobre mí... Este retrato al que hablo... y que parece responderme...

—Ya le conocerás algún día, hijo mío —respondió Dolly—. ¡Y él te amará también tanto como yo!

El 24 de septiembre, después de haber acampado en Strangway-Spring, más allá de Warmer-creek, la expedición hizo alto en William-Spring, cuarenta y dos millas al norte de la estación de Emerald. Se ve por este título de «spring», nombre que significa manantial, que la red líquida es muy importante en la superficie de estos territorios surcados por la línea telegráfica. Sin embargo, como la estación cálida estaba bastante adelantada, estos manantiales no tardarían en secarse, no siendo difícil encontrar vados para los convoyes cuando fuera preciso atravesar algún lago.

Podía observarse, además, que la poderosa vegetación no tendía a

disminuir. Y si no se encontraban aldeas sino a grandes intervalos, las granjas, en cambio, se sucedían con frecuencia. El aire hallábase embalsamado con los aromas de las acacias espinosas y de los rosales silvestres, que formaban cercados impenetrables. En cuanto a los bosques, menos espesos, veíanse las especies de Europa, las encinas, los plátanos, los sauces, los álamos, los tamarindos, si bien lo que predominaban eran los eucaliptos y los gomeros, llamados *spottedgums* por los australianos.

—¿Qué diablo de árboles son estos? —exclamó Zach Fren la primera vez que vio un grupo de gomeros—. Se diría que su tronco está pintarrajeado con todos los colores del arco iris.

—Lo que llamáis pintura es un color natural, Zach —dijo Tom Marix—. La corteza de estos árboles se matiza según avanza o se retarda la vegetación. ¡Mirad estos de aquí, unos blancos, otros rosados y otros rojos... Y aquellos de allí tienen el tronco con rayas azules y manchas amarillas...!

—Hombre, una rareza más que añadir a las que hay en vuestro continente, Tom Marix —dijo Zach Fren.

—Rareza si queréis —contesto Tom Marix—, pero creedme, Zach, hacéis un cumplimento a mis compatriotas al decir que su país no se parece a ningún otro. Él no será perfecto...

—Hasta que no desaparezca el último indígena, ¿no es eso? —concluyó Zach Fren.

Igualmente era digno de observar el afán con el que gran número de pájaros se refugiaba en aquellos árboles, tales como urracas, cotorras, cacatúas de una blancura esplendorosa, ocelotes reidores, que, según observa C. Chamay, merecían mejor el nombre de *pájaros sollozantes*, *tandalas*, con el pecho rojo, cuyo cacareo es inagotable, ardillas volantes, que los cazadores atraen imitando el canto de los pájaros nocturnos, aves del paraíso y especialmente el *rifle-bird*, de plumaje aterciopelado, y que pasa por ser la más bella especie de la ornitología australiana; en fin, en la superficie de las lagunas y de los pantanos, bandadas de grullas y de pájaros lotos, que por la configuración de sus patas pueden correr por la superficie de las hojas del nenúfar.

También abundan las liebres, perdices y patos, lo que permitía a Tom Marix economizar los víveres de la expedición. Esta caza resultaba sabrosa a la parrilla o asada al fuego. Otras veces cogían huevos de iguana, que son excelentes, y mejores que la misma iguana, manjar muy agradable para los negros de la escolta.

Los lagos proveían de percas, lucios de largo hocico, gran número de mújoles, tan avispados que saltan por encima de la cabeza de los pescadores, y sobre todo millares de anguilas. De cuando en cuando, era preciso tener cuidado de los cocodrilos, muy peligrosos en su medio acuático. De todo esto se deduce que es muy digna de ser atendida la recomendación del coronel Warburton, que aconseja a los viajeros de Australia que se provean de anzuelos y redes.

El 29 por la mañana, la caravana salió de Umbum y se internó por un terreno muy montuoso y muy rudo para los peatones. Cuarenta y ocho horas después, al oeste de los Denison-Ranges, llegaba a The-Peak, estación telegráfica recientemente establecida.

Mistress Branican supo, por la relación que le hizo Tom Marix de los viajes de Stuart, que desde este punto dicho viajero había tomado la dirección norte, recorriendo aquellos territorios, hasta entonces casi desconocidos.

Desde aquel punto, la caravana, en un espacio de cerca de sesenta millas, comenzó a experimentar algo de las fatigas que le reservaba la travesía por el desierto. Se vio obligada a caminar sobre un terreno muy árido hasta llegar a las orillas del río Macumba, y después a atravesar un espacio no menos penoso hasta la estación de Lady Charlotte.

Sobre estas vastas llanuras accidentadas, adornadas por algunos grupos de árboles de hojas descoloridas, diseminados por diversos puntos, la caza, si merece este calificativo, era abundante. Por allí saltaban los canguros de una especie pequeña, los *wallabis*, que huían dando prodigiosos saltos. Por allí corrían las zarigüeyas, esa variedad de peramélidos que anidan, esta es la palabra, en la cima de los gomeros. Veíanse también bandadas de casuarios, de mirada provocativa y fiera como la del águila, pero que tienen sobre la reina de las aves la ventaja de que su carne es grasosa y nutritiva, muy parecida a la de vaca. Los árboles que había eran los *bungas-bungas*, especie de araucarias, que, en las regiones meridionales y centrales de Australia, alcanzan una altura de doscientos cincuenta pies. Los pinos, allí de talla más baja, producen un



fruto parecido a la almendra, muy sabroso, y del que los australianos hacen uso habitual.

Tom Marix había prevenido a sus compañeros la posibilidad de encontrar algunos osos, que se guarecen en los gruesos troncos de los gomeros. Y, en efecto, no tardaron en encontrarlos. Dichos plantígrados, designados con el nombre de *potoros*, son menos temibles que los marsupiales de largas uñas.

La caravana apenas encontró indígenas hasta entonces, cosa nada extraña, porque al norte, al este y al oeste del Overland-Telegraf-Line es donde las tribus van acampando en diferentes sitios.

Al atravesar aquellas comarcas, cada vez más áridas, Tom Marix pudo poner a prueba el instinto de los bueyes uncidos a las carretas. Este instinto, que parece haberse desarrollado en la raza bovina desde su introducción en Australia, hace que dichos animales se dirijan a las lagunas para satisfacer su sed. Raramente se engañan, y la gente no tiene que hacer más que seguirlos, por lo que este instinto presta a veces grandes servicios.

En la mañana del 5 de octubre, los bueyes de la carreta delantera se pararon bruscamente, siendo imitados al momento por los otros animales. Aunque los conductores les agujoneaban, no conseguían que adelantaran un paso.

Entonces, Tom Marix se dirigió hacia el coche de mistress Branican, y le dijo:

—Sé lo que esto significa, mistress. Si bien no hemos encontrado indígenas en nuestro camino, vamos ahora por un sendero que ellos tienen costumbre de atravesar: los bueyes han olfateado sus huellas y rehúsan avanzar.

—¿Y cuál es la razón de esta repugnancia? —preguntó Dolly.

—La razón no se conoce a punto fijo, pero el hecho es innegable. Yo supongo que los primeros bueyes importados a Australia fueron maltratados por los indígenas, y aquellos han conservado este recuerdo, que se ha transmitido de generación en generación...

Tal causa de atavismo, indicada por el jefe de la escolta, podría ser o no cierta, pero los bueyes se negaron resueltamente a avanzar. Fue preciso desuncirlos, volverlos en sentido contrario, y, a fuerza de latigazos y pinchazos, hacerles andar reculando. Transpusieron de este modo el sitio por donde sin duda habían cruzado los indígenas, y al ser uncidos de nuevo a las carretas, tomaron ya la dirección norte.

Cuando la caravana llegó a las orillas del río Macumba, todos pudieron apagar su sed. Si bien es cierto que a consecuencia de los fuertes calores el cauce estaba algo seco y no había suficiente agua para sostener un esquife, sí quedaba agua suficiente para que pudieran refrescarse cuarenta personas y veinte animales.

La expedición pasaba el día 6 el riachuelo Hamilton, sobre las piedras medio sumergidas; el 8 dejaba al este el monte Hammersley; el 10, por la mañana, hacía alto en la estación de Lady Charlotte, después de haber andado ciento veinte millas desde la salida de Farina-Town.

Mistress Branican se encontraba entonces en el límite que separa la Australia meridional de la Tierra Alexandra, llamada también Northern-Territory. Este territorio fue explorado por el intrépido Stuart en 1860, cuando llegó al meridiano 131 hasta el 21° de latitud.

## VI. Encuentro inesperado

Al llegar a Lady Charlotte, Tom Marix pidió a mistress Branican que concediese un descanso de veinticuatro horas. Aunque el camino se había efectuado sin obstáculo, el calor había fatigado a las bestias de tiro. La distancia hasta Alice-Spring era larga, y convenía que las carretas que transportaban el material pudieran llegar a dicho punto.

Dolly atendió las razones del jefe de la escolta y se instaló lo mejor posible. Lady Charlotte se componía de algunas cabañas, y la población se triplicaría con las personas de la caravana. Fue preciso, pues, fijar allí el campamento. Un arrendatario que dirigía un importante establecimiento de las cercanías vino a ofrecer a mistress Branican una hospitalidad más confortable, y fueron tales sus instancias, que aquella se vio obligada a aceptar, dirigiéndose a Waldek-Hill, punto en el que se le había preparado una cómoda habitación.

El que le hizo el ofrecimiento era solamente arrendatario de uno de los vastos dominios llamados *runs* en el campo australiano. Hay algunos de estos *runs* que comprenden hasta seiscientas mil hectáreas, particularmente los de la provincia de Victoria. Aunque el Waldek-Hill no tenía estas dimensiones, no dejaba de ser considerable. Rodeado de *paddocks*, especie de vallados, estaba destinado a la crianza de carneros, lo que hacía necesario un gran número de criados, de pastores y de perros salvajes, cuyo ladrido recuerda el aullido del lobo.

La calidad del suelo determina el sitio donde se ha de establecer un *run*, siendo preferidas las llanuras donde crece el *salt bush*, o sea el matorral verde. Estos matorrales, muy nutritivos y que se parecen a las plantas del espárrago y a las del anís, son buscados ávidamente por los carneros de la especie de los *pig faces*, o de cabezas semejantes a las del cerdo. Una vez reconocidos los terrenos como propicios para los pastos, son convertidos en prados. Se deja en ellos primeramente a los bueyes y vacas, que se contentan con la hierba natural de los mismos, mientras que los carneros, más difíciles en su nutrición, prefieren la segunda hierba.

No hay que olvidar que la lana de los cameros constituye una de las mayores riquezas de las provincias australianas. En ellas no hay, actualmente, menos de cien millones de estos ejemplares del ganado ovino.

En aquel *run* de Waldek-Hill, en torno a la casa principal y a las habitaciones destinadas a la servidumbre, existían grandes estanques, alimentados por un riachuelo que daba agua abundante, destinados al lavado de los carneros antes del esquila. Enfrente se alzaban grandes cobertizos, donde el arrendatario empaquetaba los fardos de lana que debía expedir por convoyes al puerto de Adelaide.

En aquella época, la operación del esquila estaba en todo su auge en el *run* de Waldek-Hill. Desde hacía muchos días, una cuadrilla de esquiladores nómadas, según costumbre, había ido a ejercer allí su lucrativa industria.

Cuando mistress Branican entró, acompañada de Zach Fren, no pudo menos de maravillarse de la asombrosa animación que reinaba allí. Los esquiladores, trabajando cada uno en su pieza, no perdían un momento; los más duchos, que llegaban a esquila cien cameros por día, ganaban hasta una libra de jornal. El chirrido de las largas tijeras entre las manos del esquilador, los balidos de los carneros al recibir un trasquilón, las voces de los hombres, el ir y venir de los trabajadores cargados con la lana para transportarla a los cobertizos, todo aquello era curioso de observar. Y dominando este runrún oíanse los gritos de los muchachos: ¡*Tar...!*, ¡*tar...!* Al llevar las cazuelas con breya líquida, destinada a curar las heridas causadas por los esquiladores poco diestros.

Si se quiere que el trabajo se haga en buenas condiciones, es preciso que haya personas encargadas de vigilar a toda esta gente. Y, en efecto, en el *run* de Waldek-Hill no faltaban vigilantes, habiendo además diez o doce personas, entre hombres y mujeres, empleadas en la oficina de contabilidad.

¡Júzguese la sorpresa, más que sorpresa, estupefacción, que experimentaría mistress Branican cuando oyó su nombre, pronunciado a algunos pasos detrás de ella!

Una mujer se acercaba corriendo. Llegó ante Dolly y se arrojó a sus pies, tendiéndole los brazos y dirigiéndole una mirada de súplica...

Era Jane Burker, una Jane más envejecida por las penas que por los años, con los cabellos grises, la tez curtida, completamente cambiada, pero a quien Dolly reconoció en seguida.

—¡Jane! —exclamó.

La había levantado del suelo, y las dos primas estaban ya en brazos una de otra.

¿Cuál había sido la vida de los Burker durante los doce años que habían transcurrido? Una vida miserable y criminal, al menos en lo que respecta al esposo de la infortunada Jane.

Al huir de San Diego, con el afán de escapar de las persecuciones que le amenazaban, Len Burker se había refugiado en Mazatlán, uno de los puertos de la costa occidental de Méjico. Se recordará que dejó en *Prospect-House* a la mulata Nô, con el encargo de vigilar a Dolly Branican, que por aquella época aún no había recobrado la razón. Pero, poco tiempo después, cuando la desgraciada loca ingresó en la casa de salud del doctor Brumley, por iniciativa del señor William Andrew, no teniendo ya motivo alguno que la retuviera en el chalé, Nô había partido de San Diego para reunirse con su amo, cuyo escondite conocía.

Con un falso nombre, Len Burker se refugió en Mazatlán, donde la policía de California no le pudo descubrir. No permaneció en dicho punto más que cuatro o cinco semanas. De tantas sumas dilapidadas, y en particular de la fortuna de mistress Branican, únicamente le quedaban unas tres mil piastras. No era posible volver a sus asuntos en los Estados Unidos. Len Burker resolvió, pues, abandonar América. Australia le pareció el lugar a propósito para intentar el logro de una fortuna, empleando toda clase de medios antes de verse reducido a la miseria.

Jane, siempre bajo el absoluto dominio de su marido, no contaba con fuerzas para resistirle. Dolly, su única parienta, había perdido la razón, y en lo referente al capitán John, no había duda posible sobre su suerte: el *Franklin* y su tripulación habían perecido. John no volvería nunca a San Diego... No podía, pues, arrancar a Jane de aquel triste destino, al que la arrastraba su marido, y en estas condiciones fue transportada al continente australiano.

Len Burker desembarcó en Sidney y, aprovechando sus últimos recursos, emprendió algunos negocios, cometiendo nuevas estafas, en las que desplegó no menos habilidad que en San Diego. Entregándose más tarde a especulaciones aventuradas, perdió cuanto había ganado, y dieciocho meses después de haberse refugiado en Australia, Len Burker tuvo que salir de Sidney en una indigencia que casi rayaba con la miseria. Fue a Brisbane, siguió su mala fortuna, y tuvo que refugiarse en las apartadas regiones del Queensland.

Jane le seguía. Víctima resignada de la suerte, vivía en la necesidad de trabajar con sus propias manos para subvenir a las necesidades del hogar. Maltratada por aquella mulata, que continuaba siendo el genio del mal de Len, ¡cuántas veces tuvo la idea de huir, de romper aquel lazo y acabar con sus humillaciones y deberes...! Pero su carácter débil e indeciso le impedía poner en práctica aquella idea. Era como el pobre perro al que se le pega y no se atreve a abandonar la casa de su amo.

En aquella época, Len Burker había sabido por los periódicos las tentativas hechas para encontrar a los sobrevivientes del *Franklin*. Las dos expediciones llevadas a cabo por el *Dolly-Hope*, bajo la iniciativa de mistress Branican, le habían hecho saber: 1.º que Dolly había recobrado la razón después de un período de cuatro años, durante el cual permaneció en la casa de salud del doctor Brumley; 2.º que habiendo muerto en Tennessee el tío de Dolly, Edward Starter, la fortuna de este fue a parar a manos de aquella, permitiéndole hacer las dos expediciones por los mares de Malasia y las costas de la Australia septentrional. Respecto al resultado de estas tentativas, sabía ya que los restos del *Franklin* habían sido encontrados en la isla Browse, donde había perecido el único tripulante sobreviviente a la catástrofe.

Entre la fortuna de Dolly y Jane, su única heredera, no existía más que una mujer que había perdido a su hijo y a su marido, y cuya salud debía de estar muy quebrantada por los golpes recibidos. Esto era lo que pensó Len Burker. Pero ¿qué podía intentar...? Reanudar las relaciones de familia con mistress Branican, era imposible. Desconfiaba de pedirle auxilios por conducto de Jane, estando como estaba a merced de una extradición que podía ser obtenida contra su persona. Ahora bien, si Dolly llegaba a morir, ¿qué medio podía emplear para impedir que la herencia de aquella se escapase de manos de Jane, es decir, de las suyas?

Se recordará que habían transcurrido cerca de siete años desde el retomo

a San Diego del *Dolly-Hope* después de su segunda expedición, hasta el momento en que el encuentro de Harry Felton suscitó de nuevo la cuestión relativa a la catástrofe del *Franklin*.

Durante este lapso de tiempo, la existencia de Len Burker fue más miserable que nunca. Por algunos delitos que había cometido sin escrúpulo, se veía en la pendiente del crimen. Ni aun tuvo domicilio fijo, viéndose Jane obligada a someterse a las dificultades de su vida nómada.

La mulata No había muerto, pero Jane no tuvo beneficio alguno con la muerte de aquella mujer que, en vida, fue tan funesta para su marido. Se encontraba bajo la autoridad de un malhechor, que la obligó a seguirle por aquellos sitios donde quedan impunes tanto crímenes. Una vez agotadas las minas auríferas de Victoria, y los *diggers* ya sin trabajo, fue invadido este punto por una población poco acostumbrada a la sumisión y respeto a la ley. De este modo, pronto se formó una clase terrible de estos vagabundos, gente de gavilla, conocidos en los distritos del sur de Australia bajo el nombre de *larrikins*. Eran aquellos que vagaban por los campos, donde hacían teatro de sus hazañas cuando se veían acosados por la policía de las ciudades.

Tales fueron los compañeros a los que se asoció Len Burker cuando su notoriedad le prohibió el acceso a las ciudades. Después, a medida que se internaba por las regiones menos vigiladas, se unía con las partidas de ladrones nómadas, entre otros con los terribles *bushrangers*, que datan de los primeros años de la colonización, y cuya raza no se ha extinguido.

¡He aquí el grado de la escala social al que había descendido Len Burker! Sólo él podía decir en cuántos hechos criminales había tomado parte, saqueando granjas, robando en los caminos, entregándose a todos los crímenes que la justicia llegó a ser impotente para reprimir. Fue él solo, porque Jane, casi siempre abandonada en alguna población, jamás conoció el secreto de aquellos actos abominables. ¡Quizás la mano de aquel hombre, a quien Jane aborrecía, había llegado hasta hacer derramar sangre..., y, sin embargo, ella... jamás le hubiera entregado a la policía!

Doce años habían transcurrido, cuando la aparición de Harry Felton vino a atraer de nuevo la atención pública. Aquella noticia se extendió por todo el mundo, merced a los periódicos, y especialmente a los de Australia. Len Burker lo supo al leer un número del *Sydney Morning Herald*, en una pequeña población del Queensland, donde hallábase a la sazón refugiado

después de un negocio de pillaje y de incendio frustrado merced a la oportuna intervención de la policía.

Además de conocer lo concerniente a Harry Felton, Len Burkner supo que mistress Branican había salido de San Diego para ir a Sidney, a fin de ponerse en contacto con el segundo del *Franklin*. Casi en seguida circuló el rumor de que Harry Felton había muerto después de haber podido dar ciertas indicaciones relativas al capitán John. Unos quince días más tarde, Len Burkner sabía que mistress Branican acababa de desembarcar en Adelaida con el propósito de organizar una expedición en la cual ella tomaría parte, y que tenía por objeto visitar los desiertos del centro y del noroeste de Australia.

Cuando Jane tuvo conocimiento de la llegada de su prima al continente, su primera idea fue salvarse buscando un refugio junto a aquella. Pero contuvo su deseo ante las amenazas de Len Burkner, que lo había adivinado.

El miserable pensó utilizar aquella situación sin perder tiempo. El momento era decisivo. No le era difícil encontrar a mistress Branican en su camino, congraciarse con ella merced a hipócritas estratagemas, y acompañarla por aquellas soledades. Con esto podría llegar al fin que deseaba. Aun admitiendo que el capitán John viviese, no era probable que fuera encontrado en alguna de aquellas tribus nómadas, y en cambio era fácil que Dolly sucumbiese en el curso de aquella expedición. Toda su fortuna, entonces, pasaría a manos de su única pariente, a Jane. ¡Quién sabe...! Se dan muchas de estas provechosas casualidades cuando se tiene talento para saber prepararlas...

Sin duda, Len Burkner nada dijo a Jane respecto de su proyecto de entrar nuevamente en relaciones con mistress Branican. Separóse de los bandidos, sin perjuicio de reclamar más tarde su ayuda, en caso de que fuera preciso intentar algún golpe de mano. Acompañado de Jane, salió de Queensland, dirigiéndose a la estación de Lady Charlotte, distante de allí unas cien millas, y por donde debía necesariamente pasar la caravana al dirigirse a Alice-Spring. He aquí la razón por la que hacía tres semanas Len Burkner se encontraba en Waldek-Hill, donde desempeñaba las funciones de capataz. Allí esperaba a Dolly, firmemente resuelto a no retroceder ante ningún crimen, a trueque de llegar a poseer su herencia.

Al llegar a Lady Charlotte, Jane no sospechaba nada de los pensamientos



de su marido. Así que, cuando se encontró en presencia de mistress Branican, sintió una profunda emoción y una gran sorpresa. Esta ignorancia servía perfectamente a los planes de Len Burkner. Porque, de haberlos sabido, Jane hubiera hecho allí mismo todo lo posible para evitar que más tarde se realizaran.

Len Burkner contaba entonces cuarenta y cinco años. Había envejecido poco, permaneciendo aún erguido y vigoroso, y conservando siempre la mirada huidiza y falsa, y aquella fisonomía solapada que inspiraba desconfianza. En cambio, Jane parecía haber envejecido diez años; sus facciones estaban marchitas, sus cabellos blancos, su cuerpo encorvado. Sin embargo, su mirada, apagada por la miseria, se iluminó con extraño fuego al estar ante Dolly.

Después de abrazarla, mistress Branican condujo a Jane a uno de los cuartos que el arrendatario de Waldek-Hill había puesto a su disposición. Pudieron allí entregarse a sus sentimientos. Dolly no se acordaba más que de los cuidados que Jane le había prestado en el chalé de *Prospect-House*. Nada tenía que reprocharle, encontrándose dispuesta a perdonar a su marido, con tal de que este consistiese en no separarlas nunca.

Las dos mujeres conversaron durante mucho tiempo. Jane ocultó de su pasado todo aquello que podía comprometer a Len Burkner, y mistress Branican mostróse muy reservada al interrogarla sobre este punto, comprendiendo cuánto había sufrido y sufría aún aquella desgraciada. ¿No bastaba esto para hacerla digna de toda su piedad y de todo su cariño? De lo que más habló Dolly con su prima fue de la situación del capitán John y de la seguridad que tenía de encontrarlo muy pronto, de los esfuerzos que intentaría para conseguirlo, y también habló de su hijo... de su pequeño Wat... Cuando Dolly evocó este recuerdo, Jane tornóse tan pálida, se alteró tanto su semblante, que Dolly creyó que la pobre iba a ponerse mala.

Jane consiguió dominarse. Después, a instancias de Dolly, contó su vida desde el momento en que su prima había perdido la razón hasta que Len Burkner le había obligado a abandonar la ciudad de San Diego.

—¿Es posible, mi pobre Jane —dijo entonces Dolly—, es posible que durante esos catorce meses en que me prodigaste tus cuidados no hubiera un punto de claridad en mi espíritu...? ¿Es posible que no tuviese ningún recuerdo de mi querido John..., y que yo no pronunciara nunca su

nombre... ni el de nuestro pequeño Wat...?

—¡Nunca, Dolly, nunca! —murmuró Jane, que no podía contener las lágrimas.

—Y tú, Jane, tú que llevas mi sangre, ¿no pudiste leer nada en mi alma...? ¿No pudiste notar, ni en mis palabras, ni en mis miradas, algo que revelase el recuerdo del pasado...?

—¡No... Dolly!

—Y bien, Jane, te voy a decir lo que no he dicho a nadie... Cuando he vuelto a la razón... he tenido el presentimiento de que John no había muerto, de que yo no estaba viuda. He sentido también...

—¿Qué...? —preguntó Jane.

Revelando en sus ojos un terror inexplicable, con la mirada asustada, esperaba lo que Dolly iba a decir.

—¡Sí, Jane! —continuó aquella—. He tenido el presentimiento de que no me he quedado sin hijo.

Jane se había levantado, presa de una emoción extraordinaria, y agitó sus manos como queriendo rechazar alguna horrible visión; sus labios se movían nerviosamente sin articular palabra. Dolly, concentrada en su idea, no observó aquella agitación. Y Jane consiguió al fin recobrar, o aparentar al menos, un poco de calma, cuando en aquel momento su marido se presentó ante la puerta.

Len Burker permaneció en el dintel y, clavando sus ojos en Jane, pareció preguntarle:

«¿Qué has dicho?».

Jane volvió a sentir un anonadamiento infinito ante la mirada de aquel hombre que tan singular dominio ejercía sobre su espíritu débil.

Mistress Branican lo comprendió así. La vista de Len le trajo a la memoria el recuerdo de lo pasado y de lo mucho que Jane había sufrido en compañía de su marido. Pero aquel vuelco de su corazón duró solo un instante. Dolly estaba resuelta a prescindir de reconvenciones y

acusaciones, a fin de no volverse a separar de la infortunada Jane.

—Len Burker —dijo—, sabéis lo que me trae a Australia. Es un deber que cumpliré hasta que encuentre a John, porque John vive. Puesto que la casualidad os ha colocado en mi camino, y he vuelto a encontrar a Jane, la única amiga, la única parienta que me queda, dejádmela, y permitid que me acompañe, como ella desea...

Len Burker hizo esperar su respuesta. Comprendiendo las prevenciones que existían contra él, quería que mistress Branican completase su proposición, rogándole a él que se uniese a la caravana. Sin embargo, ante el silencio de Dolly, creyó deber ofrecerse él mismo, y dijo:

—Responderé sin vacilar a vuestra petición, y añadiré que ya la esperaba. No rehúso y consiento muy voluntariamente en que mi mujer se quede a vuestro lado... ¡Ah! ¡No hemos llevado muy buena vida desde que salimos de San Diego! ¡Hemos sufrido mucho durante estos últimos catorce años! Y como veis, tampoco la tierra australiana me ha favorecido mucho, puesto que me veo en la necesidad de ganar el pan de cada día. Cuando la operación del esquileo termine en Waldek-Hill, no sé dónde voy a poder procurarme trabajo. Y como al mismo tiempo me sería muy doloroso separarme de Jane, a la vez solicito de vos el permiso para unirme desde ahora a vuestra expedición. Conozco a los indígenas del interior, con los que he tenido ocasión de tratar, y estoy, por lo tanto, en condiciones de prestaros algún servicio. No lo dudéis, Dolly, me complacerá unir mis esfuerzos a los de vuestros compañeros para libertar a John...

Dolly comprendió que aquello era una condición impuesta por Len Burker para dejarle a Jane. No era posible discutir con semejante hombre. Y si iba de buena fe, tal vez les sería útil su presencia, puesto que durante algunos años de su vida errante le había llevado por las regiones centrales del continente. Mistress Branican limitóse, pues, a responder fríamente:

—Conforme, Len Burker, seréis de los nuestros; estad presto a partir, porque mañana a primera hora abandonaremos la estación de Lady Charlotte...

—Estaré dispuesto —respondió Len, y se retiró sin haberse atrevido a tender la mano a mistress Branican.

Cuando Zach Fren supo que Len Burker formaría parte de la expedición,

mostróse un tanto contrariado. Conocía a Len, sabía por el señor William Andrew cómo había abusado de sus funciones de tutor, dilapidando los bienes del patrimonio de Dolly. Y como no ignoraba tampoco las circunstancias que obligaron a aquel tutor infiel y negociante aventurero a abandonar San Diego, sospechaba cuál había debido de ser su existencia durante aquel período de catorce años que pasó en Australia... Sin embargo, no hizo observación alguna, por considerar como una feliz circunstancia que Jane acompañase a Dolly. Pero, en su fuero interno, prometiéndose vigilar y no perder de vista a Len Burker.

Acabó el día sin otro incidente. Len Burker, que no volvió a aparecer más, se ocupó de sus preparativos de marcha, después de haber arreglado su cuenta con el arrendatario de Waldek-Hill, operación que se practicó sin dificultad, encargándose el arrendatario de procurar un caballo a su antiguo empleado con objeto de que pudiera seguir la caravana hasta la estación de Alice-Spring, donde sería reorganizada.

Dolly y Jane permanecieron juntas tarde y noche en la casa de Waldek-Hill. Dolly evitaba hablar de Len Burker, no aludiendo a lo que esta había hecho desde su partida de San Diego, pues comprendía que había cosas de las que Jane no podía hablar.

Durante aquella noche, ni Tom Marix ni Godfrey, por estar encargados de recoger informes acerca de los indígenas que habitaban en las cercanías de Lady-Charlotte, fueron al *run* de Waldek-Hill. Por lo tanto, hasta el día siguiente Dolly no pudo presentar Godfrey a Jane, diciéndole que era su hijo adoptivo.

Jane se asombró del parecido que existía entre el capitán John y el grumete. Su impresión fue tan profunda, que apenas se atrevía a mirarlo. ¿Cómo expresar lo que ella experimentó cuando Dolly le participó todo lo relativo a Godfrey, las circunstancias en que le había encontrado a bordo del *Brisbane*...? Era un niño abandonado en las calles de San Diego... Fue educado en *Wat-House*... Contaba catorce años...

Jane, con la palidez de una muerta, el corazón apenas latiendo bajo la opresión de la angustia, había escuchado aquel relato muda, inmóvil...

Al marcharse Dolly, cayó de rodillas, tendiendo al vacío las manos en actitud de súplica. Sus facciones se transformaron... animadas por una extraña expresión.

—¡Él, él...! —exclamó con voz entrecortada—. ¡Él... cerca de ella...! ¡Dios lo ha querido...!

Un instante después, Jane abandonó la casa de Waldek-Hill, y, atravesando el patio interior, se precipitó hacia el chiribitil, que le servía de habitación, para decírselo todo a su marido.

Allí estaba Len Burker arreglando sus enseres de viaje. Tembló al ver llegar a Jane en aquella actitud.

—¿Qué hay? —le preguntó bruscamente— ¡Habla...! ¿No hablarás...? ¿Qué hay...?

—¡Vive! —exclamó Jane—. ¡Y está aquí... junto a su madre...! Y nosotros que habíamos creído...

—¿Que está con su madre...? ¿Que vive él...? —respondió Len Burker anonadado ante aquella revelación.

Demasiado había comprendido a quién debía aplicarse la palabra *él*.

—¡Él, él...! —repetía Jane—. ¡El segundo hijo de John y Dolly Branican!

Una corta explicación bastará para dar a conocer lo que había acontecido en *Prospect-House* catorce años antes.

Un mes después de su instalación en el chalé de San Diego, el matrimonio Burker había notado que Dolly privada de razón durante el cruel suceso, se encontraba en un estado que ella misma ignoraba. Estrechamente vigilada por la mulata No, Dolly, a pesar de las súplicas de Jane, fue sustraída de las miradas de sus vecinos y amigos so pretexto de enfermedad. Siete meses más tarde, aún loca, y sin que de ello hubiese quedado huella alguna en su memoria, había dado a luz a su segundo hijo. En aquella época, la muerte del capitán John era generalmente admitida, y el nacimiento de aquel niño venía a desbaratar los planes de Len Burker, referentes a la fortuna de Dolly. Resolvió, pues, guardar absoluto secreto de aquel nacimiento. Por esta razón, algunos meses más tarde fueron despedidos, como se recordará, los criados del chalé, y alejadas las visitas. Jane, precisada a doblegarse ante las criminales exigencias de su marido, no pudo impedir sus planes. El niño, apenas nacido, fue abandonado por Nô en la vía pública, y por fortuna recogido por un

transeúnte e ingresado en un hospicio. Después, fue trasladado al de *Wat-House*, del que salió para embarcarse en calidad de grumete a la edad de ocho años. Todo se explica, pues; tanto el parecido de Godfrey con el capitán John, como los instintivos presentimientos de Dolly.

—¡Dolly... madre sin saberlo...!

—¡Sí, Len! —exclamó Jane—. ¡Es él..., su hijo...! ¡Será preciso confesárselo todo...!

Pensando que el reconocimiento de aquel hijo comprometería el plan que fraguaba, Len Burker hizo un gesto amenazador y lanzó horribles juramentos. Cogió a la infeliz Jane por un brazo y, mirándola fijamente, le dijo con voz sorda:

—¡En interés de Dolly y en interés de Godfrey... te aconsejo el silencio más absoluto!

## VII. En dirección al Norte

No había error posible. Godfrey era el segundo hijo de John y Dolly Branican. La afección que esta experimentaba por él era debida al instinto maternal. ¡Y la infeliz ignoraba que el grumete era su hijo! Quizás no lo sabría nunca, porque Jane, ante la amenaza de su marido, permanecería callada en interés del mismo Godfrey. Hablar era poner a Godfrey en manos de Len Burker, que, habiendo abandonado al niño una vez, no titubearía en deshacerse de él durante aquella expedición... Era necesario, pues, que ni la madre ni el hijo supiesen nunca el vínculo que les unía.

Len Burker, combinando los acontecimientos y viendo el parecido extraordinario que existía entre John y Godfrey, no tuvo duda de la identidad de este. Si bien consideraba la pérdida de John Branican como definitiva, la aparición de aquel niño dificultaba sus planes. ¡Ay de aquel niño si Jane llegaba a hablar...! Pero Len Burker estaba tranquilo; Jane no hablaría.

El 11 de octubre, después de un descanso de veinticuatro horas, la caravana se puso en camino. Jane tomó sitio en el carruaje ocupado por mistress Branican. Len Burker, que montaba un brioso caballo, iba y venía de un lado a otro, conversando afablemente con Tom Marix respecto a los terrenos que ya había recorrido a lo largo de la línea telegráfica.

No buscaba de ningún modo la compañía de Zach Fren, que daba prueba de la antipatía que le inspiraba. También evitaba encontrarse con Godfrey, cuya mirada no podía resistir. Y si el grumete se aproximaba para hablar con Dolly y Jane, Len se retiraba prudentemente.

A medida que la expedición avanzaba hacia el interior, el paisaje se iba modificando. Acá y allá se veían algunas granjas y extensas praderas, donde pacían infinitas manadas de carneros. Había también, formando grupos aislados, gomeros y eucaliptos muy diferentes de los de la Australia meridional.

El 12 de octubre, a las seis de la tarde, después de una larga jornada que el calor hacía muy fatigosa, Tom Marix fue a acampar a la orilla del río Finke, no lejos del monte Daniel, cuya altura se recortaba al oeste.

Los geógrafos están de acuerdo en considerar hoy a este río Finke, llamado Larra-Larra por los indígenas, como la principal vía fluvial del centro de Australia. Durante la noche, Tom Marix atrajo la atención de mistress Branican sobre este particular, mientras que Zach Fren, Jane y Len Burker le hacían compañía en la tienda de campaña.

—Hay que saber —dijo Tom Marix— si el río Finke desemboca en el gran lago Eyre, que hemos rodeado al pasar de Farina-Town. David Lindsay consagró el fin del año de 1885 a resolver esta cuestión. Después de llegar a The-Peak, que nosotros ya hemos pasado, siguió el río hasta el punto en que se pierde bajo las arenas, al nordeste de Dalhousie. Pero supuso que en las grandes crecidas de la estación de las lluvias sus aguas debían llegar hasta el lago Eyre.

—¿Y qué extensión tendrá el río Finke? —preguntó mistress Branican.

—Se cree que no baja de novecientas millas —respondió Tom Marix.

—¿Debemos seguirlo mucho tiempo...?

—Sólo algunos días, porque ese río, después de dar numerosas vueltas, acaba por dirigirse hacia el oeste, a través de los montes James-Ranges.

—Yo he conocido a ese David Lindsay del que habláis —dijo entonces Len Burker.

—¿Que lo habéis conocido? —repitió Zach Fren con acento que denotaba una cierta incredulidad.

—Sí, ¿qué hay en eso de particular? —respondió Len Burker—. Encontré a Lindsay en la época en que acababa de llegar a la estación de Dalhousie. Se dirigía a la frontera oeste del Queensland, que entonces visitaba yo por cuenta de una casa de Brisbane.

—Efectivamente —repuso Tom Marix—, ese fue el itinerario que siguió. Después, habiendo vuelto a Alice-Spring, y rodeado los montes Mac-Donnell-Ranges por su base, hizo un reconocimiento muy completo del río Herbert, y subió hacia el golfo de Carpentaria, donde acabó su viaje de sur



a norte a través del continente.

—Y añadiré —dijo Len Burker— que David Lindsay iba acompañado de un botánico alemán llamado Dietrich. Su caravana se servía de camellos como bestias de transporte, como, según tengo entendido, Dolly, pensáis hacer en Alice-Spring, y estoy seguro de que tendréis el mismo éxito que David Lindsay...

—Sí, sí, lo obtendremos, Len —dijo mistress Branican.

—Aquí nadie lo duda —añadió Zach Fren.

Parecía, pues, indudable que Len Burker hubiera encontrado a David Lindsay en las circunstancias que había indicado, cosa que confirmó Jane. Si Dolly le hubiera preguntado por qué casa de Brisbane viajaba su marido en aquella época, con seguridad no habría sabido qué responder.

Durante las horas que mistress Branican y sus compañeros pasaron a orillas del Finke, se tuvo noticias indirectas del inglés Jos Meritt y de su criado chino Gin-Ghi. Ambos precedían a la caravana unas doce jornadas; sin embargo, esta no tardaría en alcanzarlos siguiendo el mismo itinerario.

Por medio de los indígenas se supo lo que le había sucedido a aquel famoso coleccionador de sombreros. Cinco días antes, Jos Meritt y su criado habían pernoctado en la aldea de Kilna, situada a una milla de la estación.

Cuenta Kilna una población de algunos centenares de negros, hombres, mujeres y niños, que viven en chozas informes, hechas de corteza de árboles. Estas chozas se conocen en el lenguaje australiano con el nombre de *villums*, lo que da lugar a observar la analogía de esta palabra con las de villas, *villes* y *villages* de las lenguas de origen latino.

Estos aborígenes, entre los que hay notables figuras, altos, esculturalmente proporcionados, robustos y ágiles, de un temperamento infatigable, son dignos de ser observados. La mayor parte están caracterizados por la configuración, propia de las razas salvajes, del ángulo facial comprimido; tienen las cejas muy prominentes, la cabellera ondulada, cuando no encrespada, una frente estrecha, oculta bajo los rizos, la nariz chata y de anchas aberturas, la boca enorme, con una fuerte dentadura, como la de las fieras. No se observa en ellos que sean

ventrudos y contrahechos, ni la deformidad, excepción bastante rara entre los negros australianos.

¿De dónde proceden los indígenas de aquella quinta parte del mundo? ¿Existía en otro tiempo, según pretenden algunos sabios, demasiado sabios acaso, un continente del Pacífico, del que no quedan más que las cimas en forma de islas esparcidas en la superficie de aquella vasta cuenca? ¿Son estos australianos sucesores de las numerosas razas que poblaron este continente en épocas remotas? Tales teorías permanecerán verosímilmente en el estado de hipótesis. Pero, admitiendo tal aplicación será preciso deducir que la raza autóctona ha degenerado notablemente, tanto en la parte moral como en la física. El australiano ha permanecido salvaje en las costumbres y en los gustos, y, por sus arraigados hábitos de canibalismo (al menos en algunas tribus), está en el último grado de la escala humana, casi al nivel de los animales carniceros. En un país donde no se encuentran ni leones, ni tigres, ni panteras, puede decirse que los reemplaza bajo el punto de vista antropofágico. No cultivando el suelo, que es ingrato, apenas vestidos con un harapo, careciendo de los utensilios más sencillos de la casa, no teniendo más que armas rudimentarias, la lanza de punta endurecida, el hacha de piedra, el *nolla-nolla*, especie de maza de madera muy dura, y el famoso *boomerang*, que por su forma helicoidal obliga a volver después de haber sido lanzado por una mano vigorosa, el negro australiano, repetimos, es un salvaje en toda la acepción de la palabra.

La naturaleza ha dado a tales seres la mujer que les conviene, la *lubra*, bastante vigorosamente constituida para resistir las fatigas de la vida nómada, se somete a los más penosos trabajos y a llevar a los niños de poca edad y el material del campamento. Estas desdichadas criaturas son, a los veinticinco años, no solamente viejas, sino horrorosas. Mascan hojas de *pituri*, que las sobreexcita durante las interminables marchas, y a veces las ayuda a soportar largas abstinencias.

A pesar de esto, ¿podrá creerse que las que se encuentran en las poblaciones en contacto con los europeos comienzan a seguir las modas de estos? Así es, en efecto. Todas desean vestidos de cola y sombreros adornados con plumas. Tampoco los hombres son indiferentes en lo que concierne a sus tocados, y para satisfacer estos caprichos despojan a los vendedores de las galas que llevan.

Jos Meritt había tenido, sin duda, conocimiento del potable viaje efectuado

por Cari Lumholtz a Australia. ¿Cómo no retener aquel pasaje del viajero noruego, que permaneció más de seis meses en medio de los feroces caníbales del nordeste? Así se expresa este viajero:

«A mitad de camino encontré a mis dos indígenas... Estaban muy guapos: El uno se pavoneaba en camisa, la otra se había cubierto con un sombrero de mujer. Estos atavíos, muy apreciados por los negros australianos, pasan de tribu en tribu, de las más civilizadas que viven en contacto con los colonos, a las otras, las que jamás han tenido relación con los blancos. Muchos de mis hombres (indígenas) pidieron el sombrero, desplegando cierta fiereza en apoderarse cada uno a su turno de aquel tocado. Uno de los que me precedían, *in puris naturalibus*, sudando bajo el peso de mi fusil, era digno de ser visto con el sombrero de mujer puesto de través. ¡Qué peripecias habría atravesado aquella capota en el curso de su largo viaje del país de los blancos a las montañas de los salvajes!».

Jos Meritt recordaba perfectamente este pasaje. Y pensaba que tal vez, en medio de una tribu australiana, sobre la cabeza de alguno de aquellos jefes de los territorios del norte o del noroeste de Australia, encontraría aquel sombrero perdido, cuya conquista le había ya arrastrado, con peligro de su vida, hasta las tribus de antropófagos del continente australiano. Es de observar que si Jos Meritt no había obtenido éxito entre las hordas del Queensland, tampoco le debió de ser muy próspera la fortuna con los indígenas de Kilna, puesto que continuaba su expedición, dirigiéndose a los desiertos del centro.

El 13 de octubre, al salir el sol, Tom Marix dio la señal de partida. La caravana volvió a ordenarse en la forma acostumbrada. Para Dolly era una verdadera satisfacción tener a Jane a su lado, y para Jane un gran consuelo el haber encontrado a mistress Branican. El coche que las conducía, y en el cual podían hablar sin que nadie se enterase, les permitía comunicar sus pensamientos y hacer sus confidencias. ¿Por qué era preciso que Jane no pudiera decir a mistress Branican todo lo que pasaba? A veces, cuando veía aquel doble cariño maternal y filial entre Dolly y Godfrey, expresado por palabras, gestos y miradas, le parecía que su secreto iba a escapársele... Pero el recuerdo de las amenazas de Len Burker se posesionaba de nuevo de su ánimo, y el temor de perder al grumete le hacía mostrar por él una indiferencia que mistress Branican observaba con pena.

Fácilmente se comprenderá lo que debió sufrir el día que Dolly le dijo:

—Tú debes comprenderme, Jane. Con aquel parecido que me impresionó tan vivamente, con aquellos instintos que persistían en mi alma, llegué a creer que mi hijo había escapado de la muerte, que ni míster William Andrew ni ninguno de mis amigos lo habían sabido... Y de ahí el pensar que Godfrey era nuestro hijo... de John y mío... ¡Pero no...! ¡Mi pobrecito Wat reposa ahora en el cementerio de San Diego...!

—¡Sí...! Allí le hemos llevado, querida Dolly —respondió Jane—. Allí está su tumba, rodeada de flores...

—¡Jane...! ¡Jane...! —exclamó Dolly—. Ya que Dios no me ha devuelto a mi hijo... que me devuelva a su padre... ¡a mi John!

El 15 de octubre, a las seis de la tarde, después de haber quedado atrás el monte Humphries, la caravana se detuvo a orillas del Palmer-creek, uno de los afluentes del río Finke. Estaba casi seco, puesto que, como la mayor parte de los ríos de estas regiones, se alimentaba con las aguas pluviales. Fácil fue, pues, atravesarlo, lo mismo que pasó, a los tres días, con el Hughes-creek, treinta y cuatro millas más al norte.

En aquella dirección, el Overland-Telegraf-Line continuaba tendiendo sus hilos aéreos, los hilos de Ariadna, que bastaba seguir para ir de estación en estación. Encontrábanse allá y acá algunas casas y granjas, aunque estas últimas con menos frecuencia, en las que Tom Marix, a buen precio, se procuraba carne fresca. Godfrey y Zach Fren procuraban adquirir informes acerca de las tribus nómadas que recorrían aquellos territorios, informes que los arrendatarios les daban de buen grado. ¿Habían oído hablar de un blanco hecho prisionero por los indas del norte o del oeste? ¿Sabían si recientemente se habían aventurado algunos viajeros por aquellas apartadas regiones? Respuestas negativas. Ningún indicio, por vago que fuese, podía poner sobre las huellas del capitán John. De aquí la necesidad de apresurarse con el objeto de llegar lo antes posible a Alice-Spring, de donde aún distaban por lo menos ochenta millas.

Desde el Hughes-creek el camino se hizo más difícil y, como consecuencia, la marcha disminuyó notablemente. El país era muy montuoso. Sucediáanse estrechas gargantas, formando barrancos apenas practicables, entre las ramificaciones de los montes Water-House-Ranges. Tom Marix y Godfrey marchaban en cabeza de la caravana, buscando los mejores pasos. Y, gracias a ellos, infantes y jinetes podían pasar

fácilmente, y aun los mismos coches eran arrastrados por los caballos sin grandes esfuerzos.

Pero los bueyes no arrastraban las carretas, cargadas con mucho peso, sino con gran dificultad. Lo esencial era evitar percances, tales como la rotura de una rueda o de un eje, que hubiera causado un gran trastorno al necesitar largas reparaciones, y quizás la necesidad del abandono definitivo del vehículo.

El 19 de octubre por la mañana entró la caravana en terrenos donde los hilos telegráficos no podían seguir una línea recta. Por lo que la disposición del terreno había obligado a inclinarlos hacia el oeste, dirección que Tom Marix tuvo que imponer a su personal.

De cuando en cuando, aquella región, que presentaba variados accidentes de terreno que dificultaban la marcha, convertíase en un espeso bosque, lo que indicaba la proximidad de macizos montañosos. Había necesidad de rodear continuamente *brigalows-scrubs*, especie de frondas impenetrables, donde domina la prolífica familia de las acacias. A las orillas de los arroyos erguíanse grupos de casuarinas, despojadas de sus hojas como si el viento de invierno hubiese sacudido sus ramas. A la entrada de las gargantas veíanse algunas calabaceras, cuyo tronco se ensancha en forma de botella, y que los australianos denominan *bottle trees*. A la manera del eucalipto, que absorbe el agua de un pozo al sumergir en él sus ramas, la calabacera chupa toda la humedad del suelo y hállase hasta tal punto impregnada su esponjosa madera que el almidón que contiene puede servir para alimento del ganado.

Los marsupiales vivían en gran número bajo estas frondas de *brigalows-scrubs*, entre otros los *wallabis*, tan rápidos en su carrera que los indígenas, con mucha frecuencia, cuando quieren apoderarse de ellos se ven en la necesidad de encerrarlos en un círculo de llamas pegando fuego a las hierbas más altas. En algunos sitios, abundaban los canguros enanos y los canguros gigantes, que el hombre blanco no persigue más que por afán cinegético, siendo preciso ser negro, y negro australiano, para comer su áspera carne. Tom Marix y Godfrey no pudieron disparar más que sobre dos o tres pares de estos animales, cuya velocidad iguala a la de un caballo al galope. Hay que advertir que con la cola de estos canguros se hace una excelente sopa, como pudieron apreciar todos los de la caravana en la cena.

Aquella noche hubo un poco de alarma. La tranquilidad del campamento fue turbada por una verdadera invasión de esas ratas que no se ven más que en Australia, en la época en la que emigran dichos roedores. Nadie hubiese podido dormir sin correr el riesgo de ser mordido, y no se durmió.

Mistress Branican y sus compañeros emprendieron la marcha al día siguiente, 22 de octubre, maldiciendo a aquellos ruines animales. Al ponerse el sol, la caravana llegó a las últimas ramificaciones de los Mac-Donnell-Ranges. El viaje iba, desde entonces, a efectuarse en condiciones más favorables. Cuarenta millas más, y la primera parte de la expedición habría terminado en Alice-Spring.

El 23 la expedición recorrió inmensas planicies, de tal extensión que se perdían de vista. Algunas ondulaciones rizaban aquellos terrenos. Grupos de árboles daban cierta variedad al monótono aspecto. Las carretas seguían sin dificultad la estrecha ruta señalada al pie de los postes telegráficos, y que comunicaban unas con otras las lejanas estaciones. Parecía increíble que la línea, tan poco vigilada en aquellas desiertas comarcas, fuese respetada por los indígenas.

A las observaciones que sobre este particular se hicieron a Tom Marix, este respondió:

—Ya he dicho que estos nómadas, castigados mediante la electricidad por nuestro ingeniero, se figuran que el rayo corre por estos hilos, y se guardan bien de tocarlos. Hasta creen que sus dos cabos van a parar al sol y a la luna, y que, si llegasen a tirar de ellos, ambos astros caerían sobre su cabeza.

A las once, según costumbre, hicieron un alto en el camino. Instalóse la caravana cerca de una plantación de eucaliptos, cuyo follaje, cayendo como las almendras de cristal de una araña, daba muy poca sombra. Por allí corría un arroyuelo, con tan poca agua que apenas bastaba para mojar los guijarros de su lecho. En la orilla opuesta el suelo se levantaba formando una especie de barrera a lo largo de la llanura, en muchas millas de este a oeste. Detrás percibíase el lejano perfil de los Mac-Donnell-Ranges, limitando el horizonte.

El descanso solía durar hasta las dos, evitando de este modo la fatiga de caminar durante los más fuertes calores del día. A decir verdad, era un alto, no una acampada. Tom Marix no hacía desuncir los bueyes ni

desenganchan los caballos, que comían en tal disposición. Ni se plantaban las tiendas, ni se encendía la lumbre. La carne de caza fría y las conservas constituían la comida de aquella hora; el desayuno tomábase al salir el sol.

Cada uno fue, como de ordinario, a echarse sobre la hierba que cubría el suelo. Media hora después, los boyeros y la gente de la escolta, negros y blancos, satisfecho su apetito, dormían esperando la partida.

Mistress Branican, Jane y Godfrey formaban un grupo aparte. La sirvienta indígena Harriett les había llevado una cesta que contenía algunas provisiones. Mientras comían, hablaron de su próxima llegada a la estación de Alice-Spring. El joven grumete participaba absolutamente de la esperanza que jamás había abandonado Dolly, y aun cuando no había en realidad motivo para esperar, nada hubiese disipado sus convicciones. Los demás también sentían una gran fe por el éxito de la campaña, teniendo la formal resolución de no abandonar la tierra australiana mientras no adquiriesen completa seguridad de la suerte del capitán John.

No hay que decir que Len Burker, fingiendo tener las mismas ideas, aprovechaba toda ocasión de hacerlo de este modo. Esto entraba en sus planes, dado su interés de que mistress Branican no volviese a América, donde a él le estaba vedado ir. Dolly, sin sospechar nada de sus odiosas tramas, daba crédito a lo que decía Len.

Durante dicha parada, Zach Fren y Tom Marix habían tratado la forma de organizar la caravana antes de salir de Alice-Spring. Grave cuestión, puesto que desde este punto comenzarían las verdaderas dificultades de una expedición a través de la Australia central.

Sería la una y media cuando hacia el norte dejóse oír un ruido sordo, especie de bramido prolongado, cuyos lejanos rumores se propagaban hasta el campamento.

Mistress Branican, Jane y Godfrey se habían levantado, prestando atención.

Tom Marix y Zach Fren acababan de aproximarse a ellos, y escuchaban también, mirando en dirección norte.

—¿De dónde puede venir ese ruido? —preguntó Dolly.

—¿Será una tempestad? —añadió Zach Fren.

—Más bien parece la resaca de las olas sobre la playa —hizo observar Godfrey.

Sin embargo, no había indicio de tempestad, y la atmósfera no indicaba saturación eléctrica alguna. Un desbordamiento de agua no hubiera podido ser producido sino por una súbita inundación por efecto de alguna crecida. Zach Fren quiso explicar el fenómeno de este último modo.

—¿Una inundación de esta parte del continente y en esta época de sequía...? —respondió Tom Marix—. ¡Creed que eso es imposible!

Y tenía razón.

Durante la mala estación se ve con cierta frecuencia que por efecto de violentas tempestades sobrevienen grandes crecidas, y el agua, oculta bajo el terreno, sube a la superficie. Pero esto era inadmisibile en aquella época, a finales de octubre.

Tom Marix, Zach Fren y Godfrey se habían subido sobre el borde del terraplén, y desde allí dirigían su mirada inquieta de norte a este.

Nada se veía en la inmensa extensión de las llanuras, tristes y desiertas. Sin embargo, a lo lejos pudieron distinguir una nube de extraño aspecto, que no podía confundirse con los vapores que los prolongados calores acumulaban en la línea periférica de la tierra y del cielo. No era tampoco un montón de brumas en estado vesicular; era una aglomeración de esas nubes de contornos recortados, parecidas a las que se forman después de una descarga de artillería. El ruido que se escapaba de aquella aglomeración polvorienta, que sin duda sería un inmenso torbellino, crecía por momentos; parecía ir a galope desenfrenado, repercutido por el suelo elástico de la inmensa pradera. ¿De dónde venía?

—¡Ah! Sí... yo lo he visto otras veces —dijo Tom Marix—. ¡Son carneros!

—¿Carneros...? —repitió Godfrey riendo—. ¡Dice que son carneros...!

—No os riais, Godfrey —replicó el jefe de la escolta—. Quizás hay allí miles y miles de carneros, atrapados por el pánico... Y si no me engaño, van a pasar, destrozándolo todo, como un alud.



Tom Marix no exageraba. Cuando estos animales se espantan por una causa o por otra (lo que sucede con frecuencia en el interior de los *runs*), nada puede contenerlos, rompen las barreras y se escapan. Un viejo refrán dice que «delante de los carneros se detiene el coche del rey...». Y es cierto que un rebaño de estas estúpidas bestias se deja aplastar antes que ceder el sitio; pero si se dejan aplastar, también aplastan cuando se precipitan en masa. Y este era el caso. A la vista de aquella inmensa nube de polvo que se extendía en un espacio de dos a tres leguas, podía calcularse que no bajaría de cien mil el número de carneros que, ciegos por el pánico, corrían en dirección a la caravana. Arrastrados de norte a sur, más bien rodaban que corrían por la llanura, como una inundación, y sólo se detendrían al caer muertos de fatiga por tan loca carrera.

—¿Qué hacemos? —preguntó Zach Fren.

—Guarecernos, bien o mal, al pie de la trinchera —respondió Tom Marix.

No había otro partido mejor que tomar, y los tres volvieron a bajar. Por insuficientes que fueran las precauciones indicadas por Tom Marix, se tomaron al momento. El tropel de carneros no estaba ya a más de dos millas del campamento. La nube subía, formando gigantescas espirales por el espacio, y de aquella nube surgía un tumulto formidable de balidos.

Resguardáronse las carretas junto al talud, obligándose a los caballos y bueyes a tenderse en el suelo, a fin de resistir mejor aquel alud, que tal vez pasaría por encima de ellos sin tocarles. Los hombres también se guarecieron contra el talud. Godfrey se colocó junto a Dolly para protegerla más eficazmente, y esperaron.

Tom Marix acababa de subir sobre la trinchera. Quería observar una vez más la llanura aborregada, como el mar bajo una fuerte brisa. El rebaño llegaba con gran velocidad, extendiéndose sobre una tercera parte del horizonte. Como Tom Marix había dicho, el número de carneros se cifraba en unos cien mil. Antes de dos minutos, estarían sobre el campamento.

—¡Eh...! ¡Cuidado...! ¡Ya están aquí...! —gritó Tom Marix, dejándose caer a lo largo del talud hasta el sitio donde mistress Branican, Jane, Godfrey y Zach Fren se encontraban apretados unos contra otros.

Casi inmediatamente, la primera fila de carneros apareció sobre la cresta. No se detuvo, esto era imposible. Los que iban al frente cayeron,

apilándose algunos centenares de ellos al faltarles tierra... A los balidos uníanse los relinchos de los caballos y los mugidos de los bueyes atrapados por el miedo. Todo se había borrado en medio de la espesa nube de polvo, mientras el tropel de carneros se lanzaba al otro lado de la trinchera con irresistible impulso. Aquello era un verdadero torrente de bestias.

Duró cinco minutos, y los primeros que se levantaron, Tom Marix, Godfrey y Zach Fren, vieron hacia el sur la espantosa masa, cuyas últimas líneas se perdían en el horizonte.

—¡Arriba...! ¡Arriba! —gritó el jefe de la escolta.

Todos se pusieron en pie. Algunas contusiones, y algún desperfecto en las carretas, es a lo que se limitaban los daños personales y materiales, gracias al abrigo del talud.

Tom Marix, Zach Fren y Godfrey volvieron a subir.

Hacia el sur, la banda fugitiva desaparecía tras de una nube de polvo. Por el lado norte se extendía la llanura, en cuya superficie se advertían claramente las huellas de la pasada inundación de bestias.

—¡Mirad allí...!, ¡allí abajo...! —gritó Godfrey.

A unos cincuenta pasos del talud, yacían en tierra dos cuerpos. Sin duda, dos indígenas derribados, arrastrados y probablemente machacados por los carneros...

Tom Marix y Godfrey corrieron hacia ellos...

¡Qué sorpresa la suya! Jos Meritt y su criado Gin-Ghi estaban allí, inmóviles, inanimados...

Respiraban, sin embargo, y merced a algunos cuidados se repusieron muy pronto de aquel rudo asalto. Apenas abrieron los ojos, a pesar de sus contusiones, ambos se levantaron.

—¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! —exclamó Jos Meritt.

Después, mirando en torno suyo, preguntó:

—¿Y Gin-Ghi?

—Aquí está Gin-Ghi... ¡o lo que queda de Gin-Ghi! —respondió el chino, frotándose los riñones—. En definitiva, son demasiados carneros, amo Jos. ¡Demasiados mil y mil veces!

—Nunca están de más las chuletas y las piernas de carnero, por muchas que sean, Gin-Ghi —respondió el *gentleman*—. Lo lamentable es no haber podido atrapar ni uno solo de pasada...

—Consolaos, míster Meritt —respondió Zach Fren—. Bajo el talud tenéis centenares de ellos a vuestra disposición.

—¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! —concluyó gravemente el flemático personaje.

Después, dirigiéndose hacia su servidor, que, terminados sus frotamientos en los riñones, pasaba a efectuar la misma operación en su espalda, le dijo:

—¿Gin-Ghi...?

—¿Amo Jos...?

—Dos chuletas para esta noche. Dos chuletas... ¡sangrientas!

Jos Meritt y Gin-Ghi contaron lo que les había sucedido. Caminaban a tres millas delante de la caravana, cuando fueron sorprendidos por aquella irrupción de cameros. Sus caballos habían huido, a pesar de los esfuerzos que amo y criado hicieron para detenerlos. Derribados y pisoteados, no fueron aplastados, por milagro, y no fue mala suerte que mistress Branican y sus compañeros llegasen a tiempo de socorrerlos.

Todos habían escapado al peligro. Pusiéronse, pues, en camino, y a las seis de la tarde la caravana llegó a Alice-Spring.

## VIII. Más allá de Alice-Spring

Al día siguiente, 24 de octubre, mistress Branican se ocupó de organizar la caravana para la segunda parte de la expedición, que sería probablemente larga, difícil y peligrosa, pues había de tener por teatro las regiones casi desconocidas de la Australia central.

Alice-Spring no es más que una estación de Overland-Telegraf-Line, formada por una veintena de casas, cuyo conjunto apenas merece el nombre de aldea.

Lo primero que hizo mistress Branican fue dirigirse a míster Flint, jefe de aquella estación, pensando que tal vez le pudiera suministrar algún informe sobre los indas. Aquella tribu, que retenía prisionero al capitán John, ¿no bajaba alguna vez de la Australia occidental hasta las regiones del centro?

Míster Flint no pudo decir nada en concreto, como no fuera que estos indas recorrían de vez en cuando la parte oeste de la Tierra Alexandra. Nunca había oído hablar de John Branican. En cuanto a Harry Felton, sólo sabía que había sido recogido a ochenta millas al este de la línea telegráfica, en la frontera del Queensland. Según él, lo mejor era ceñirse a los informes, bastante precisos, que el desgraciado había dado antes de morir. Era preciso, pues, continuar aquella campaña, dirigiéndose oblicuamente hacia los distritos de la Australia occidental. Míster Flint esperaba que mistress Branican tuviese buen éxito en el mismo punto que él había sido vencido seis años antes cuando fue en busca de Leichhardt, proyecto que la guerra entre las tribus indígenas le había obligado pronto a abandonar. Púsose a disposición de mistress Branican para procurarle todos los recursos que ofrecía aquella estación. Era lo que había hecho por David Lindsay cuando este viajero se detuvo en Alice-Spring, en 1886, antes de dirigirse al lago Nash y al macizo oriental de los Mac-Donnell-Ranges.

He aquí lo que era en aquella época la parte del continente australiano que la expedición se preparaba a explorar subiendo hacia el noroeste.

A doscientas sesenta millas de la estación de Alice-Spring, sobre el meridiano 127, se extiende la frontera rectilínea que de sur a norte separa la Australia meridional, la Tierra Alexandra y la Australia septentrional, de la provincia designada con el nombre de Australia occidental, cuya capital es Perth. Es la más vasta, la menos conocida y la menos poblada de las siete grandes divisiones del continente. En realidad, no se halla determinada geográficamente más que por el perímetro de sus costas, que comprenden las tierras de Nuyts, Lieuwin, Wlaming, Endrack, Witt y Tasman.

Los cartógrafos modernos indican en el interior de este territorio, únicamente recorrido en sus lejanas soledades por los indígenas nómadas, tres desiertos distintos, a saber:

1.º Al sur, el desierto comprendido entre los 30° y 28° de latitud, que exploró Forrest en 1869 desde el litoral hasta el meridiano 123, y que Giles atravesó en toda su extensión en 1875.

2.º El desierto Gibson, comprendido entre los 28° y 23°, y cuyas inmensas llanuras recorrió el mismo Giles durante el año 1876.

3.º El desierto Great-Sandy, comprendido entre el 23° y la costa septentrional, y que, a costa de grandes peligros, como se sabe, logró atravesar de este a noroeste, en 1873, el coronel Warburton.

Ahora bien, precisamente sobre este territorio era donde iba a hacer sus indagaciones la expedición de mistress Branican. Dados los informes de Harry Felton, el itinerario que convenía seguir era el del mencionado coronel Warburton. Desde la estación de Alice-Spring hasta el litoral del océano índico, dicho intrépido explorador no empleó menos de cuatro meses en su viaje, o sea quince meses de duración total entre septiembre de 1872 y enero de 1874. ¿Cuánto tiempo costaría el que mistress Branican y sus compañeros se preparaban a emprender...?

Dolly recomendó a Zach Fren y a Tom Marix no perder un día, y ellos, activamente secundados por míster Flint, pudieron cumplir sus órdenes.

Quince días después habían sido reunidos en la estación de Alice-Spring treinta camellos, adquiridos a alto precio por cuenta de mistress Branican, y con sus camelleros afganos.

La introducción de los camellos en Australia data de unos treinta años, desde que en 1860 míster Eider importó de la India cierto número de ellos. Estos últimos animales, sobrios y robustos, de complexión recia, pueden soportar una carga de ciento cincuenta kilos y hacer cuarenta kilómetros por día *sin salir de su paso*, como se dice vulgarmente. Y no solamente es eso, pueden pasar una semana sin comer, y sin beber seis días en invierno y tres en el estío. He aquí por qué están llamados a prestar, en este árido continente, los mismos servicios que en las abrasadoras regiones de África. Allí, como aquí, sufren casi impunemente las privaciones de la falta de agua y de los calores excesivos. ¿Acaso el desierto de Sahara y el de Great-Sandy no se hallan atravesados por los correspondientes meridianos de ambos hemisferios?

Mistress Branican disponía de treinta camellos, veinte de silla y diez de tiro. El número de machos era más considerable que el de hembras. En su mayoría eran jóvenes, hallándose en buenas condiciones de fuerza y salud. Así como la escolta tenía por jefe a Tom Marix, aquellos animales tenían por jefe a un camello macho, el más viejo, al que los demás obedecían de buen grado. Él los dirigía, los reunía en las paradas y les impedía huir con las hembras. Muerto o enfermo aquel animal, se corría el riesgo de que se desbandasen los demás, siendo en tal caso inútiles los esfuerzos de los conductores para mantener el orden entre ellos. No hay que decir que tan precioso animal fue cedido a Tom Marix, y aquellos dos jefes, llevado el uno por el otro, ocupaban el primer puesto a la vanguardia de la caravana.

Se convino en que los caballos y bueyes que habían transportado el personal desde la estación de Farina-Town hasta la de Alice-Spring, fueran confiados a míster Flint. A la vuelta se los encontraría con los carruajes y las carretas, puesto que lo más probable era que la expedición, en su viaje de vuelta hacia Adelaida, tomara la ruta marcada por los postes del Overland-Telegraf-Line.

Dolly y Jane ocuparían juntas una *kibitka*, especie de tienda casi idéntica a la de los árabes, y que llevaba uno de los más robustos camellos. Tras sus espesas cortinas se resguardarían de los rayos del sol y se protegerían contra las lluvias, efecto de las fuertes tormentas, que, si bien raras, azotan algunas veces las llanuras centrales del continente.

Harriett, la mujer al servicio de mistress Branican, acostumbrada a las

largas marchas de los nómadas, prefería seguir a pie. Aquellas grandes bestias de dos jorobas le parecían más a propósito para transportar fardos que criaturas humanas.

Tres camellos de silla fueron reservados para Len Burkner, Godfrey y Zach Fren, teniendo que amoldarse a la marcha dura e ingrata de aquellos. Por otra parte, no había que pensar en otro paso que no fuese el regular de estos animales, puesto que una parte del personal iría a pie. El trote no sería necesario, a no ser que la caravana tuviese que avanzar para descubrir algún pozo o manantial en el trayecto del Great-Sandy-Desert.

Los quince camellos de silla restantes fueron destinados a los blancos de la escolta. Los negros, encargados de la conducción de los diez camellos de tiro, debían hacer a pie las doce o catorce millas que comprendían las dos etapas cotidianas, lo que no sería excesivo para ellos.

De esta forma fue reorganizada la caravana, en expectativa de lo que pudiera acontecer en el segundo período del viaje. Todo había sido combinado, con aprobación de mistress Branican, para atender las necesidades de hombres y bestias de aquella expedición, por larga que fuese. Mejor provista de medios de transporte, de víveres y enseres de campamento, funcionando en condiciones más favorables que ningún otro de los exploradores precedentes del continente australiano, era de esperar que la caravana llegase a su término.

Falta decir qué iba a ser de Jos Meritt. ¿El *gentleman* y su criado Gin-Ghi pensaban permanecer en la estación de Alice-Spring? ¿Y si la abandonaban, sería para continuar, siguiendo la línea telegráfica en dirección norte? ¿Se dirigirían, bien al este, o al oeste, en busca de las tribus indígenas? Allí era, en efecto, donde el coleccionador tendría probabilidades de descubrir el incógnito gran sombrero, cuya pista hacía tanto tiempo seguía. Pero, hallándose privado de montura, sin equipaje, desprovisto de víveres, ¿cómo iba a continuar su camino?

Muchas veces, desde que habían entrado en relación, Zach Fren había interrogado a Gin-Ghi sobre este particular. Pero el hijo del Celeste Imperio le respondía que ignoraba absolutamente lo que decidiría su amo, especialmente cuando su mismo amo no lo sabía. Lo que él podía afirmar era que Jos Meritt no consentiría en manera alguna retroceder, mientras no fuese satisfecha su monomanía, y que él, Gin-Ghi, natural de Hong Kong, ya no volvería a ver el país «donde las jóvenes chinas, vestidas de

seda, cogen con sus afilados dedos la flor de los nenúfares».

Era la víspera de la partida, y Jos Meritt no había dicho nada aún de sus proyectos, cuando mistress Branican fue avisada por Gin-Ghi de que el *gentleman* solicitaba de ella el favor de una entrevista particular.

Mistress Branican, deseosa de servir en lo posible a aquel ser original, le contestó que rogaba al honorable Jos Meritt que tuviese la bondad de ir a casa de míster Flint, donde ella estaba desde su llegada a la estación.

Jos Meritt fue allí en seguida; sucedió en la tarde del 25 de octubre. Así que estuvo sentado frente a Dolly, entró en materia con estos términos:

—Mistress Branican... ¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! No dudo, no, ni por un instante, que encontraréis al capitán John... ¡Tan seguro estuviese yo de poner mi mano sobre ese sombrero a cuyo descubrimiento tienden todos los esfuerzos de una existencia ya muy agitada...! ¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! Debéis saber por qué he venido a registrar las más secretas regiones de Australia.

—Lo sé, míster Meritt —respondió mistress Branican—, y, por mi parte, no dudo tampoco de que algún día será recompensada tanta perseverancia.

—¡Perseverancia...! ¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! Considerad, mistress, que ese sombrero es único en el mundo.

—¿Falta en vuestra colección...?

—Desgraciadamente... ¡y daría mi cabeza por poderla poner debajo!

—¿Es un sombrero de hombre? —preguntó Dolly que se interesaba, más bien por bondad que por curiosidad, por las inocentes fantasías de aquel maníaco.

—No, mistress, no... Es un sombrero de mujer... ¡Ah...! ¡Pero de qué mujer...! Excusadme si guardo el secreto de su nombre y calidad... Temo excitar la competencia... Pensad, pues, mistress... que si otro...

—¿Y tenéis algún indicio...?

—¿Un indicio...? ¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! Lo que he sabido, a fuerza de correspondencias, de pesquisas, de peregrinaciones, es que ese sombrero



ha emigrado a Australia, después de penosísimas vicisitudes, y que viene de arriba... ¡sí, de muy arriba...! A la sazón debe adornar la cabeza de un soberano de tribu indígena...

—Pero... ¿qué tribu?

—Una de las que recorren el norte o el oeste del continente. ¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! Si es preciso las visitaré todas... las registraré todas. Y puesto que es indiferente que comience por una o por otra, yo os pido permiso para seguir vuestra caravana hasta la tribu de los indas.

—Con mucho gusto, míster Meritt —respondió Dolly—, y voy a dar orden de que os procuren, si es posible, otros dos camellos más...

—Uno solo bastará, mistress... Uno solo para mi criado y para mí... puesto que yo me propongo montar en la bestia... y Gin-Ghi se contentará con ir a pie.

—¿Sabéis que debemos partir mañana por la mañana, míster Meritt?

—¿Mañana...? ¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! Por mí no se retardará la marcha, mistress Branican. Pero queda convenido que yo no me ocuparé, en manera alguna, de lo que atañe al capitán John... Éste es vuestro asunto... Yo no me ocupo más que de mi sombrero...

—Conformes... de vuestro sombrero... —respondió Dolly.

Con esto, Jos Meritt se retiró, declarando que aquella inteligente, enérgica y generosa mujer merecía el premio de encontrar a su marido, por lo menos como él merecía echar mano a aquella joya con cuya conquista se completaría la colección de tocados históricos.

Gin-Ghi, avisado de estar presto a la mañana siguiente, debió ocuparse en ordenar los pocos objetos salvados del desastre después de la aventura de los carneros. En cuanto al animal que debía compartir el *gentleman* con su servidor (del modo que el primero dijo), míster Flint consiguió procurárselo, lo que le valió un ¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! del reconocido Jos Meritt.

Al día siguiente, 26 de octubre, se dio la señal de marcha, después que mistress Branican se hubo despedido del jefe de la estación. Tom Marix y Godfrey precedían a los blancos de la escolta que iban montados. Dolly y

Jane se instalaron en la *kibitka*, a ambos lados de la cual iban Len Burker y Zach Fren. Después, majestuosamente montado entre las dos jorobas de un camello, iba Jos Meritt, seguido de Gin-Ghi. En seguida iban los camellos de tiro y los negros que formaban la segunda mitad de la escolta.

A las seis de la mañana, la expedición, dejando a la derecha el Overland-Telegraf-Line y la estación de Alice-Spring, desaparecía tras una de las derivaciones de los Mac-Donnell-Ranges.

En Australia, en el mes de octubre, el calor es ya excesivo, por lo que Tom Marix había aconsejado no viajar sino durante las primeras horas del día, de cuatro a nueve, y por la tarde de cuatro a ocho. Las noches comenzaban también a ser sofocantes, y hacíanse precisas grandes paradas con el fin de ir aclimatando la caravana a las fatigas de las regiones centrales.

Aún no se mostraba el desierto con la aridez de sus interminables llanuras, con sus lagunas completamente secas, con sus pozos de agua salobre, si es que la sequedad del suelo no la ha absorbido del todo. En la base de las montañas se extendía la quebrada región en la que estriban las ramificaciones de los Mac-Donnell y de los Strangways-Ranges, y que surca la línea telegráfica describiendo una línea curva hacia el noroeste. La caravana tuvo que abandonar aquella dirección a fin de dirigirse más directamente hacia el oeste, casi sobre el paralelo que se confunde con el trópico de Capricornio. Era poco más o menos el itinerario de Giles en 1872, y que cortaba el de Stuart a veinticinco millas al norte de Alice-Spring.

Los camellos marchaban a paso lento sobre aquellos escabrosos terrenos, cruzados aquí y allá por algunos arroyuelos, aunque pocos. La gente podía encontrar allí, bajo los árboles, agua corriente y muy fresca, de la que las bestias hacían provisión para muchas horas.

Al pasar por los matorrales diseminados por allí, los tiradores de la caravana, encargados de proveerla de caza, mataron varias piezas comestibles, entre otras conejos.

Es sabido que el conejo en Australia es lo que es la langosta en África. Estos prolíficos roedores acabarían por destruirlo todo si no se tuviese cuidado en impedirlo. Hasta entonces, el personal de la caravana los había desdeñado un tanto, desde el punto de vista alimentario, porque la caza

abundaba en las llanuras y bosques de la Australia meridional, y consideraban que quedaba tiempo para hartarse de aquella carne un poco insípida, liebres, perdices, avutardas, patos, pichones y demás animales de pelo y pluma, cuando les hiciera falta. Mas, en aquella región montañosa de los Mac-Donnell-Ranges, era preciso contentarse con lo que se encontraba, es decir, los conejos, que tanto abundaban.

Y a este propósito, en la noche del 31 de octubre, estando reunidos Godfrey, Jos Meritt y Zach Fren, la conversación recayó sobre lo urgente que era destruir aquella plaga. Y habiendo preguntado Godfrey si había habido siempre conejos en Australia, Tom Marix respondió:

—No, buen mozo; su importación debe datar de unos treinta años. ¡Un lindo regalo que nos han hecho! Esos animales se han multiplicado hasta tal punto que devastan nuestros campos, y ciertos distritos se hallan tan infestados que no puede criarse en ellos ganado de ninguna especie. Los campos están llenos de madrigueras, y parecen cedazos con tantos agujeros. La hierba está roída hasta las raíces... Es una ruina completa. Creo firmemente que los colonos no se comerán los conejos, sino los conejos a los colonos.

—¿No se han empleado medios poderosos para librarse de ellos? —Hizo observar Zach Fren.

—Decid mejor medios inútiles —respondió Tom Marix—, porque, en vez de disminuir, aumentan. Sé de un propietario que se ha gastado más de cuarenta mil libras en destruir los conejos que arruinaban su propiedad. El gobierno ha puesto precio a la cabeza de los animales, como se hace con los tigres y serpientes en la India inglesa. Pero ¡quién! Cuanto más se cortan, sus cabezas, semejantes a la de una hidra, más retoñan. Se ha usado la estricnina, que los ha emponzoñado por cientos de miles, y que ha debido traer la peste al país, pero no se ha conseguido nada.

—He oído decir —repuso Godfrey— que un sabio francés, monsieur Pasteur, había propuesto destruir a esos roedores inoculándoles el cólera de las gallinas.

—Sí, y quizá el medio fuese eficaz... Pero era preciso emplearlo y no se ha hecho, aunque con este fin se ofreció una prima de veinte mil libras. Queensland y Nueva Gales del Sur acaban de poner un alambrado de ochocientas millas de largo para proteger el este del continente contra la

invasión de los conejos. Es una verdadera calamidad.

—¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! ¡Una verdadera calamidad...! —repitió Jos Meritt—. Y otra calamidad son los hombres de raza amarilla, que acabarán por invadir las cinco partes del mundo. Los chinos son los conejos del porvenir.

Afortunadamente, Gin-Ghi no se encontraba presente; de haberlo estado, no hubiese dejado pasar aquella comparación sin protestar, ofensiva a los hijos del Celeste Imperio. O, por lo menos, habría contestado encogiéndose de hombros y riéndose con la risa peculiar de su raza, que es más bien una larga y ruidosa aspiración.

—¿De manera —dijo Zach Fren— que los australianos renunciarán a continuar la lucha...?

—¡Qué recurso les queda! —respondió Tom Marix.

—Me parece, no obstante —dijo Jos Meritt—, que hay un medio para acabar con esos conejos.

—¿Cuál? —preguntó Godfrey.

—Obtener del Parlamento inglés un decreto concebido en estos términos: «En todo el Reino Unido y las colonias que de él dependan no se usarán más que sombreros de castor». Y como el sombrero de castor no se hace más que con piel de conejo... ¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien!

Y así acabó Jos Meritt su frase con su exclamación habitual.

De todos modos, y mientras el Parlamento expedía el decreto, lo mejor era ir matando conejos por el camino y comérselos. Así quedarían menos en Australia; y, verdaderamente, su caza no requería un gran trabajo. En cuanto a los demás animales que se encontraban no hubieran podido servir para la alimentación. Viéronse algunos mamíferos de una especie particular, y de los más interesantes para los naturalistas. Uno de ellos era un equidna, de la familia de los monotremas, de hocico en forma de pico, con labios córneos, el cuerpo erizado de púas como un erizo, y cuyo principal alimento se compone de insectos, que pilla con su lengua filiforme, y que saca fuera de su madriguera. El otro era un ornitorrinco, con mandíbulas como el pato, pelo de color ocre que cubre un cuerpo

deprimido, de un pie de largo. Las hembras de estas dos especies ofrecen la particularidad de ser ovovivíparas: ponen sus huevos y amamantan a las crías.

Un día, Godfrey, que se distinguía entre los cazadores de la caravana, mostróse muy contento por haber visto y tirado a un *iarri*, especie de canguro, de aspecto salvaje, que, no habiendo sido más que herido, consiguió refugiarse en las cercanas espesuras. Godfrey no tuvo gran pena de ello, porque, según Tom Marix, el único provecho de este mamífero estriba en la satisfacción de cogerlo, por la dificultad de hacerlo, y no en sus propiedades comestibles. Lo mismo aconteció con un *bungari*, animal de gran talla, de pelo negruzco, que se introduce entre las altas ramas como los marsupiales, agarrándose con sus uñas de gato y balanceando su larga cola. Esencialmente noctámbulo, se oculta tan diestramente entre las ramas que es muy difícil encontrarlo.

Tom Marix hizo observar que el *bungari* es una excelente pieza, de carne muy superior a la del canguro, cuando se hace asar en las brasas. Sintióse mucho no poderlo experimentar, máxime cuanto que era muy probable que los *bungaris* no volviesen a presentarse a medida que la caravana se fuese aproximando al desierto. Evidentemente, avanzando hacia el oeste, se verían obligados a vivir de sus propios recursos.

No obstante las dificultades del terreno, Tom Marix continuaba manteniendo la marcha reglamentaria de doce a catorce millas por día, término medio de la marcha uniforme de la expedición. Aunque el calor era muy fuerte, de 30° a 35° a la sombra, el personal lo soportaba valientemente, si bien es verdad que durante el día se encontraban aún algunos grupos de árboles, bajo los que podían acampar en condiciones aceptables. Tampoco faltaba el agua, aunque no había más que algunos arroyuelos que corrían por los cauces de las lagunas. Las paradas que ordinariamente se hacían, de las nueve a las cuatro de la tarde, restablecían suficientemente a hombres y bestias de las fatigas de la marcha.

El país estaba inhabitado. Los últimos *runs* ya habían quedado atrás. Nada de *paddocks*, ni de vallados, ni de aquellos innumerables carneros, ya que no hubieran podido nutrirse con la hierba seca y corta. Apenas se encontraban de vez en cuando indígenas, que se dirigían hacia las estaciones de Overland-Telegraf-Line.

El 7 de noviembre por la tarde, Godfrey, que se había adelantado cerca de media milla, volvió, indicando la presencia de un hombre a caballo. Este jinete seguía por una estrecha senda al pie de los Mac-Donnell-Ranges, cuya base está formada de cuarzo y gres metamórficos. Al ver la caravana, picó espuelas y dirigióse hacia ella al galope.

La caravana acababa de instalarse bajo un grupo de dos o tres delgados eucaliptos que apenas daban sombra. Deslizábase por allí un pequeño arroyo alimentado por los manantiales que encierra la cordillera central, y cuya agua casi había sido absorbida por las raíces de los eucaliptos.

Godfrey condujo a aquel hombre en presencia de mistress Branican, que ordenó primero le diesen un vaso lleno de whisky, agasajo del que el recién llegado se mostró muy agradecido.

Era un blanco australiano de unos treinta y cinco años, uno de esos excelentes jinetes acostumbrados a la lluvia, que corre sobre su piel brillante como sobre un tafetán encerado, y al sol, que no tiene ya nada que curtir en aquella tez completamente tostada. Era un correo de su estado, y cumplía sus funciones con celo y buen humor; recorría los distritos de la provincia distribuyendo cartas, llevando las noticias de estación en estación, hasta las aldeas diseminadas al este y al oeste de Emu-Spring, donde estaba la estafeta de correos de la vertiente meridional de los Bluff-Ranges, después de haber atravesado la región que se extiende hasta la base de los Mac-Donnell.

A este correo, perteneciente a la clase de los *roughmen*, se le podía comparar con el simpático tipo de los antiguos postillones de Francia. Sabía aguantar el hambre y la sed, y, seguro de ser recibido cordialmente donde se detuviera, aun no teniendo carta que entregar, resuelto, valiente, vigoroso, con el revólver al cinto y el fusil en bandolera, montado en fogoso y rápido caballo, corría día y noche sin temor a un mal encuentro.

Mistress. Branican se alegró mucho de poder hablar con él y de pedirle informes sobre las tribus aborígenes, con las cuales el correo se encontraba en relación.

El valiente hombre respondió con extrema afabilidad y sencillez. Como todo el mundo, había oído hablar de la catástrofe del *Franklin*, aunque ignoraba que hubiese salido de Adelaida una expedición, organizada por la mujer de John Branican, con el objeto de explorar las regiones centrales

del continente australiano. Mistress Branican le manifestó que, por las revelaciones de Harry Felton, sabía que el capitán John estaba en poder de las hordas de la tribu de los indas desde hacía catorce años. Después, le preguntó:

—En vuestros continuos viajes, ¿habéis tenido relaciones con los indígenas de esta tribu?

—No, mistress, aunque muchas veces esos indas han estado cerca de la Tierra Alexandra, y muchas veces también he oído hablar de ellos.

—¿Podrías decirnos dónde se encuentran actualmente? —preguntó Zach Fren.

—Tratándose de esos nómadas, es difícil... Tan pronto están en una parte como en otra, según la época del año...

—Pero ¿y últimamente...? —preguntó mistress Branican, insistiendo en la cuestión.

—Creo poder afirmar, mistress —respondió el correo—, que esos indas estaban, hace seis meses, al noroeste de la Australia oriental, en la parte del río Fitz-Roy. Son los territorios que más frecuentan las hordas de la Tierra de Tasman. ¡Mil diablos! Ya sabéis que para llegar a ese sitio es preciso atravesar los desiertos del centro y del oeste, y excuso decirnos a lo que se expone... Después de todo, con valor y energía, se va lejos... Por consiguiente, proveeos de todo ello, y ¡buen viaje, mistress Branican!

El correo aceptó otro vaso de whisky y algunos botes de conservas que colocó en sus pistoleras. Después, volvió a montar en su caballo y desapareció tras los Mac-Donnell-Ranges.

Dos días después, la caravana traspasó las últimas derivaciones de aquella cordillera que domina la cuenca del monte Liebig. Había, pues, llegado al confín del desierto, a ciento treinta millas al noroeste de la estación de Alice-Spring.

## IX. Diario de mistress Branican

La palabra «desierto» evoca siempre en nuestro espíritu el recuerdo del Sahara, con sus inmensas sabanas de arena, cortadas por frescos y verdes oasis. Sin embargo, las regiones centrales del continente australiano nada tienen de común con las regiones septentrionales de África, como no sea la escasez de agua: «El agua está en la sombra», según frase de los indígenas, y el viajero se ve obligado a ir errando de pozo en pozo, por lo general muy distantes unos de otros. Por más que la arena se extienda, ya en superficie plana, ya formando pequeños montículos, cubriendo en gran parte el suelo australiano, este no es completamente árido. Se ven árboles con algunas flores, de cuando en cuando grandes arbustos como gomeros, acacias y eucaliptos. El desierto de Australia resulta, pues, menos triste que la desnudez del de Sahara. Pero dichos árboles ni dan hojas ni frutos comestibles, y las caravanas se ven obligadas a llevar sus víveres, no habiendo en aquellas soledades más señal de vida animal que el fugaz vuelo de las aves de paso.

Mistress Branican llevaba con regularidad y exactitud perfectas un diario de viaje. Algunas notas de este diario harán conocer, más claramente que una sencilla narración, los incidentes de aquella penosa expedición. Ellas expresarán mejor también lo que era el alma ardiente de Dolly, su firmeza en medio de tantas pruebas, la tenacidad con que se aferraba a sus esperanzas, hasta cuando la mayoría de sus compañeros desesperaba. Se verá en ellas, en fin, de lo que es capaz una mujer cuando se entrega en cuerpo y alma al cumplimiento de su deber.

\* \* \*

*10 de noviembre.* —A las cuatro de la mañana hemos levantado el campamento del monte Liebig. Los informes que nos suministró el correo son preciosos; concuerdan con los del pobre Felton. Al noroeste, y más especialmente junto al Fitz-Roy, hay que buscar la tribu de los indas. ¡Es preciso atravesar cerca de ochocientas millas...! Las atravesaremos. Llegaré, aunque deba llegar sola, aunque caiga prisionera de aquella tribu. ¡Al menos estaré prisionera con John!



Subimos hacia el noroeste, muy cerca del itinerario del coronel Warburton. Nuestra ruta se confundirá con la suya hasta el Fitz-Roy. ¡Quiera Dios que no suframos las penalidades que él sufrió, ni dejemos atrás a ninguno de nuestros compañeros, muerto de fatiga! Por desgracia, las circunstancias son menos favorables. El coronel Warburton salió de Alice-Spring en abril, que corresponde al mes de octubre en América del Norte, es decir, a finales del estío. Nuestra caravana, por el contrario, ha salido de Alice-Spring a fines de octubre, y ahora estamos en noviembre, es decir, cuando en Australia empieza el verano. Ya es excesivo el calor, 35° centígrados a la sombra, cuando la hay, pues no podemos esperarla más que al paso de alguna nube o al abrigo de los árboles...

El orden de marcha adoptado por Tom Marix es muy práctico. La duración y las horas de las etapas son muy proporcionadas. Entre las cuatro y las ocho de la mañana, primera etapa; después parada hasta las cuatro. Segunda etapa de cuatro a ocho de la tarde, y descanso toda la noche. De esta manera, evitamos caminar durante las horas de los fuertes calores. ¡Pero cuánto tiempo se pierde! ¡Qué tardanzas! Aun admitiendo que no sobrevenga obstáculo alguno, desde aquí hasta las orillas del Fitz-Roy tardaremos más de tres meses...

Estoy muy satisfecha de los servicios de Tom Marix. Tanto este como Zach Fren son dos hombres resueltos, con los que puedo contar en toda circunstancia.

Admiro a Godfrey, por su temperamento vivo. Siempre va delante, y con frecuencia lo perdemos de vista. Apenas si puedo retenerlo cerca de mí... Este niño me quiere tanto como si fuera mi hijo. Tom Marix le ha hecho observar varias veces su temeridad. Espero que lo tenga en cuenta.

Len Burkner, casi siempre a retaguardia de la caravana, parece buscar más la compañía de los negros de la escolta que la de los blancos. Conoce desde hace tiempo sus gustos, instintos y costumbres. Cuando nos encontramos con los indígenas, nos es muy útil, porque habla su lengua lo bastante bien como para comprenderlos y ser comprendido. Quizás el marido de mi pobre Jane se haya enmendado formalmente, pero temo... Su mirada no ha cambiado. Es una mirada poco franca...

\* \* \*

*13 de noviembre*

. —Durante estos tres días, nada ha habido de nuevo. ¡Qué alegría y qué consuelo experimento al ver a Jane a mi lado! ¡Qué de propósitos cambiamos en la *kibitka*, donde estamos las dos solas! Jane participa de mi seguridad, y no pone en duda que encontraré a John. Pero la pobre está siempre triste... Yo no la molesto con preguntas sobre su pasado desde el día en que Len Burkner la obligó a seguirle a Australia. Comprendo que no puede tenerme toda la confianza que quisiera. Me parece que algunas veces quiere decirme cosas... Diríase que Len Burkner la vigila... Cuando ella le ve, cuando se aproxima su marido, el semblante de Jane se altera, su actitud cambia... Le tiene miedo... Sin duda le domina este hombre, y a un gesto suyo ella le acompañaría al fin del mundo.

Jane parece tener cariño a Godfrey, y, sin embargo, cuando este querido niño se acerca a nuestra *kibitka* con ánimo de hablarnos, no se atreve a dirigirle la palabra, ni aun a responderle... Vuelve la vista, baja la cabeza... Parece que su presencia la hace sufrir.

Hoy atravesamos una larga llanura pantanosa. Se encuentran algunos charcos de agua salobre, casi salada. Tom Marix nos dice que estos pantanos son restos de antiguos lagos, unidos en otros tiempos a los lagos Eyre y Torrens, formando un mar que atravesaba el continente. Por fortuna, en nuestra parada de ayer pudimos hacer provisión de agua, y nuestros camellos han quedado bastante satisfechos.

Parece que se encuentran muchas de estas lagunas, no solamente en la parte deprimida del suelo, sino también en las regiones más elevadas.

El terreno es húmedo. Al pasar los camellos, y después de aplastar la costra salina de los pantanos, sale de estos un cieno viscoso. Alguna vez, esa costra resiste a la presión, y cuando los camellos meten bruscamente sus patas, salpica un cieno más líquido.

Nos ha costado gran trabajo atravesar estos pantanos, que se extienden cerca de unas diez millas al noroeste.

Desde que salimos de Adelaida ya hemos encontrado algunas serpientes, y en mayor número en las superficies de estas lagunas, sembradas de arbolillos y arbustos. Uno de nuestros hombres de la escolta ha sido mordido por uno de esos venenosos reptiles de tres pies de largo, de color pardo, y cuyo nombre científico, según me han dicho, es *Trimesurus ikaheca*. Tom Marix cauterizó en seguida la herida con un poco de pólvora

vertida sobre el brazo, e inflamada después. El hombre, que era un blanco, no ha lanzado un solo grito. Yo le cogía el brazo durante la operación. Me lo ha agradecido. Le hice dar un suplemento de whisky. Creemos que la herida no tendrá funestas consecuencias.

Hay que mirar dónde se pone el pie. Aunque se vaya sobre un camello, no se está por completo al abrigo de estas serpientes. Siempre estoy temiendo por si Godfrey comete alguna imprudencia, y tiemblo cuando oigo a los negros gritar: *¡Vin'dohe!*, palabra que en lengua indígena significa serpiente.

Por la noche, cuando estaban montándose las tiendas dos de nuestros indígenas han matado un reptil de gran tamaño. Tom Marix dice que, si bien dos terceras partes de las serpientes que se arrastran por Australia son venenosas, no hay, sin embargo, más que cinco especies cuyo veneno sea peligroso para el hombre. La serpiente que acaban de matar mide unos doce pies de longitud. Es una especie de boa. Nuestros australianos han querido guisarla para su comida de la noche. No he tenido más remedio que consentírselo.

He aquí cómo lo hacen.

Abren un hoyo en la arena, un indígena pone allí piedras calentadas de antemano en un brasero, y sobre ellas se extienden hojas olorosas. La serpiente, cuya cabeza y cola han sido cortadas, es colocada en el fondo del agujero y recubierta con las mismas hojas, sostenidas por piedras calientes. Lo cubren todo con una capa de tierra aplastada, lo bastante para que no pueda escapar el vapor de la cocción.

Hemos asistido, no sin algún disgusto, a la operación culinaria; pero hay que convenir en que cuando la serpiente, ya en sazón, fue retirada del horno improvisado, exhalaba un aroma delicioso. Ni Jane ni yo quisimos probarla, por más que Tom Marix asegurase que, aunque la carne blanca de estos reptiles era muy insípida, su hígado es considerado en Australia como un manjar de los más sabrosos.

—Puede compararse —nos dijo— con la carne más fina, y particularmente con la ortega.

—¡Ortega...! ¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! ¡Deliciosa, la ortega! —exclamó Jos Meritt.

Y después de haberse hecho servir un pequeño trozo de hígado, volvió a pedir otro mayor, y hubiese acabado por comerse todo el hígado. ¡Qué queréis! La grosería británica.

En cuanto a Gin-Ghi, no se hizo de rogar. Después de saborear como un *gourmet* un hermoso trozo humeante de carne de serpiente, se puso de muy buen humor.

—*Ay ya!* —exclamó, no sin un largo suspiro de pena—. Con algunas ostras de Ning-Po y una botella de vino de Tao-Ching, uno se creería en el Tie-Coung-Yuan.

Y Gin-Ghi añadió que allí estaba el famoso depósito de té del *Arco de Hierro*, en Pekín.

Godfrey y Zach Fren, sobreponiéndose a su repugnancia, comieron algunos trozos de la serpiente. Según decían, es muy comestible... Yo he preferido creerlos bajo su palabra. No hay que decir que los indígenas de la escolta se comieron hasta el último bocado del reptil. No dejaron perder la poca grasa que el animal había dado durante la cocción.

Durante la noche, han turbado nuestro sueño siniestros aullidos, que se dejaban oír a cierta distancia. Era una manada de dingos. El dingo podría ser llamado el chacal de Australia, ya que tiene algo de perro y de lobo. Tiene piel amarillenta, o de un color rojo oscuro, y una larga cola muy tupida. Afortunadamente, aquellas fieras se limitaron a aullar, sin tratar de atacarnos. De haberse presentado en gran número, hubieran podido ser muy temibles.

\* \* \*

*19 de noviembre.* —El calor es cada vez más sofocante, y los *creeks* que aún encontramos se hallan casi secos. Es necesario cavar su cauce para encontrar agua con la que poder llenar nuestros toneles. Dentro de poco, los *creeks* habrán desaparecido y sólo encontraremos pozos.

No puedo menos de reconocer que entre Len Burker y Godfrey existe una antipatía verdaderamente inexplicable, podría decirse que instintiva. Jamás se dirigen la palabra, y evitan, siempre que pueden, verse juntos.

Hablando con Godfrey, le he preguntado:

—¿No quieres a Len Burkner?

—No, mistress Dolly —me ha respondido—. No me pidáis que le quiera...

—Pero es una persona de mi familia... —repuse—. Al fin y al cabo es mi pariente, Godfrey, y puesto que tú me quieres...

—Mistress Dolly, a vos os quiero, pero a él no le querré nunca.

¡Querido Godfrey! ¿Qué presentimiento le hará hablar así?

\* \* \*

27 de noviembre. —Aparecen hoy ante nuestros ojos grandes espacios, inmensas estepas monótonas, cubiertas de *spinifex*, planta espinosa, llamada con propiedad hierba puerco espín. Hay que caminar entre matorrales algunos de los cuales alcanzan una altura de cinco pies y cuyas agudas puntas amenazan, a cada paso, herir a nuestros camellos. Ya las plantas de *spinifex* tienen un color que indica que no pueden servir para la alimentación de las bestias. Cuando están amarillas o verdes, los camellos no las rehúsan. Mas cuando están como ahora sólo se preocupan de no rozarse con ellas al pasar.

En tales condiciones, la marcha va haciéndose muy penosa. Es preciso tomar alguna resolución, porque tenemos que atravesar cientos de millas por estas llanuras de *spinifex*. Es el arbusto del desierto, el único que puede vegetar sobre los áridos terrenos del centro de Australia.

El calor aumenta por instantes; no hay ni un trozo de sombra. Nuestros peatones sufren mucho con esta temperatura excesiva. ¿Cómo puede creerse que, como ha hecho constatar el coronel Warburton, seis meses antes el termómetro descendía bajo cero, y los *creeks* estaban cubiertos de una capa de hielo del grueso de una pulgada?

En dicha época los *creeks* se multiplican; pero ahora, sea la que sea la excavación que en sus cauces se haga, no se encontrará una sola gota de agua.

Tom Marix ha dado orden a los jinetes de que cedan de cuando en cuando sus camellos a los peatones. Tal medida ha sido tomada a fin de satisfacer las reclamaciones de los negros. Veo con disgusto que Len Burkner ha sido

el portavoz de ellos para hacer esta petición. Ciertamente, estos hombres son dignos de lástima: andar con los pies desnudos por una llanura de *spinifex*, con una temperatura tan alta, es extremadamente penoso. Pero de todas maneras, Len Burker no debía excitar la envidia de los negros contra la escuadra de los blancos. Se mezcla en lo que no le importa. Rogándole yo que se reportase, me ha respondido:

—Lo que hago, Dolly, es en interés común.

—Así quiero creerlo —he replicado.

—Es necesario repartir equitativamente las cargas...

—Eso es cuenta mía, señor Burker —dijo entonces Tom Marix, interviniendo en la discusión—. Ya tomare yo las medidas necesarias.

Después pude ver que Len Burker se retiró con un mal encubierto despecho, lanzándonos una aviesa mirada. Jane lo notó en el momento en que los ojos de su marido se fijaron en ella, y la pobre mujer ha vuelto la cabeza.

Tom Marix me promete hacer cuanto de él dependa a fin de que los hombres de la escolta, blancos o negros no tengan que quejarse de nada.

\* \* \*

*5 de diciembre.* —Durante nuestras paradas hemos sufrido mucho con las hormigas blancas. Estos insectos nos asaltan por miríadas. Invisibles bajo la fina arena, basta la presión del pie para que aparezcan en la superficie.

—Tengo la piel dura y coriácea —me ha dicho Zach Fren—, una verdadera piel de tiburón, ¡y por eso estos bichos no me hacen mella!

Incluso los animales que llevamos, no obstante la dureza de su piel, son sensibles a las mordeduras de estos insectos. No podemos echarnos en tierra sin vernos en seguida cubiertos por ellos. Para librarnos sería preciso exponerse a los rayos del sol, cuyo calor no pueden soportar. Pero esto sería cambiar un mal por otro mayor.

El que parece menos sensible a estas hormigas es el chino. ¿Será acaso que las picaduras no pueden triunfar sobre su pereza? No sé; pero mientras nosotros cambiamos de sitio, agitándonos medio rabiosos, el

privilegiado Gin-Ghi, instalado a la sombra de una mata de *spinifex*, permanece inmóvil y duerme tranquilo, como si estos picaros bichos respetasen su piel amarilla.

Jos Meritt se muestra tan paciente como su criado. Aunque su largo cuerpo ofrece a los invasores un extenso campo que devorar, él no se queja. Con un movimiento automático y regular levanta sus dos brazos, los deja caer y aplasta maquinalmente miles de hormigas; después, mirando a su servidor, indemne de toda mordedura, se contenta con decir:

—Los chinos son verdaderamente seres favorecidos por la naturaleza: ¿Gin-Ghi...?

—¿Amo Jos?

—¿Tendremos que cambiar de piel...?

—Con mucho gusto —responde el hijo del Celeste Imperio—, siempre que al mismo tiempo cambiemos de condición.

—¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! Pero para operar el cambio de piel habrá que despellejar a uno de los dos, y tendréis que ser el primero...

—Ya volveremos a hablar de este asunto en la tercera luna —respondió.

Y se volvió a dormir hasta la quinta vigilia, para emplear su poético lenguaje, es decir, hasta el momento en que la caravana volviera a ponerse en camino.

\* \* \*

*10 de diciembre.* —Este suplicio no cesó sino hasta después de la partida, efectuada a una señal de Tom Marix. Afortunadamente, las hormigas no se atreven a subir por las patas de los camellos. En cuanto a nuestros peatones, aún no se han librado de tan insoportables insectos.

Ya en marcha, nos vemos expuestos a los ataques de enemigos de otro género, y no menos desagradables: los mosquitos, que constituyen una de las más terribles plagas de Australia. Bajo su aguijón, sobre todo en la época de las lluvias, las bestias, como si estuvieran afectadas por una epidemia, enflaquecen, languidecen, y hasta mueren sin que nada pueda salvarlas.

Sin embargo, ¿qué es lo que no habríamos dado por estar entonces en la estación de las lluvias? Pero no son nada los tormentos de las plagas de hormigas o de los mosquitos, junto a los de la sed provocada por los calores del mes de diciembre en Australia. La falta de agua acaba por producir el aniquilamiento de las facultades intelectuales y de todas las fuerzas físicas. Además, nuestras reservas se acaban, los toneles suenan a hueco... Después de haberlos llenado en el último creek, contienen ya un líquido caliente, espeso, agitado por el movimiento, y que no basta para extinguir la sed. Nuestra situación es semejante a la de los fogoneros árabes que atraviesan el mar Rojo a bordo de los *steamers*: los desgraciados caen desfallecidos ante las calderas de las máquinas.

Lo que es aún más alarmante, es que nuestros camellos empiecen a arrastrarse, en vez de caminar con aquel noble paso que los caracteriza. Sus largos cuellos se tienden hacia el horizonte, trazado por la amplia llanura que no tiene ondulación alguna. Siempre la inmensa estepa, cubierta de árido *spinifex* que, merced a sus profundas raíces, se sostiene sobre la arena. No se divisa un árbol, ni indicio alguno por el que pueda esperarse La aparición de un pozo o manantial.

\* \* \*

*16 de diciembre.* —En dos etapas, nuestra caravana no ha recorrido hoy nueve millas. He notado que desde hace algunos días la media de nuestra marcha ha bajado mucho. A pesar de su vigor, las bestias andan con paso perezoso, sobre todo las que transportan el material.

Tom Marix se pone furioso al ver que sus hombres se detienen bruscamente antes que él haya dado la señal de alto. Se aproxima a los camellos de carga y los golpea con un látigo, pero los latigazos producen poco efecto sobre la piel de estos rústicos animales, lo que hace decir a Jos Meritt, con la flema que le caracteriza:

—¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien, señor Marix! Pero os voy a dar un consejo: a quien hay que pegar no es al camello sino al conductor.

Y, ciertamente, Tom Marix hubiera puesto en práctica el consejo, de no haber intervenido yo para impedirlo. Tengamos la prudencia de no unir los malos tratos a las fatigas que experimenta esta gente. Algunos de ellos acabarían por desertar. Temo que esto llegue, sobre todo en lo que se



refiere a los negros, aunque Tom Marix no cesa de tranquilizarme sobre este particular.

\* \* \*

*Del 17 al 27 de diciembre.* —El viaje prosigue en las mismas condiciones.

Durante los primeros días de la semana, el tiempo se ha modificado por un viento que sopla más vivamente. Algunas nubes que se ven hacia el norte presentan sus redondeados contornos semejanado bombas, que una chispa bastaría para hacer estallar.

El día 23 un relámpago surcó el espacio. Los estampidos estridentes del trueno se produjeron con intensidad, pero sin ser seguidos de esos ruidos prolongados que los ecos repiten en los países montañosos. Al mismo tiempo, las corrientes atmosféricas se han desarrollado con tal violencia que nos ha sido imposible tenernos sobre nuestras bestias, siendo preciso apearse y extenderse en el suelo. Zach Fren, Godfrey, Tom Marix y Len Burker, a costa de grandes esfuerzos, han podido proteger nuestra *kibitka* contra la impetuosidad del viento. Imposible pensar en acampar en tales condiciones, en armar las tiendas entre las matas de *spinifex*. En un instante, todo el material hubiera sido estropeado, quedando inservible.

—Esto no es nada —dijo Zach Fren, frotándose las manos—. Una tormenta pasa pronto.

—¡Viva la tempestad si nos da agua! —gritó Godfrey.

Godfrey tiene razón. ¡Agua, agua...! Éste es nuestro grito... Pero... ¿lloverá? Ésta es la cuestión.

Una lluvia abundante sería para nosotros el maná del desierto. Por desgracia, el aire era tan seco (lo que se conocía en la corta duración de los truenos), que era fácil que el agua de las nubes continuase en estado de vapor, sin condensarse en lluvia. No obstante, era difícil imaginar una tempestad más terrible, un cambio de truenos y rayos más ensordecedor...

Pude observar entonces lo que se me había dicho acerca de la actitud de los aborígenes australianos en presencia de estos meteoros. No temen ser muertos por el rayo, no cierran los ojos ante el relámpago, no les hacen temblar los estallidos del trueno. Lo que los negros de nuestra escolta

lanzaban era exclamaciones de alegría. No experimentaban esa impresión física que recibe todo ser viviente cuando la atmósfera está cargada de electricidad, en el momento en que este fluido se manifiesta por el desgarramiento de las nubes en las alturas de un cielo rojo.

Decididamente, el sistema nervioso de estos seres primitivos es poco sensible. ¿Acaso aclamaban, en aquella tormenta, el diluvio que podía contener? Aquella espera era el suplicio de Tántalo en todo su rigor.

—Mistress Dolly... mistress —me decía Godfrey—. Sobre nuestra cabeza tenemos agua... agua buena, ¡agua pura!, ¡agua del cielo! Pero aún no cae nada... No se ven más que relámpagos que cruzan las nubes.

—¡Un poco de paciencia, hijo mío! —le respondí—. No desesperemos...

—En efecto —exclamó Zach Fren, acercándose a nuestra *kibitka*—. Las nubes se espesan y bajan, al mismo tiempo. Si se apaciguara el viento, ¡todo ese zafarrancho acabaría en cataratas!

De hecho, lo más temible era que el huracán arrastrase el cúmulo de vapores hacia el sur, sin dejar que cayera una gota de agua...

Hacia las tres de la tarde, parece que el horizonte empieza a despejarse hacia el norte, y que pronto terminará la tormenta. ¡Esto será una cruel decepción!

—¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien!

Es Jos Meritt, que acaba de lanzar su habitual exclamación. Y nunca, en verdad, ha podido estar más justificada esta frase de aprobación. Nuestro inglés, con la mano extendida, hace constar que le han caído en ella algunas grandes gotas.

El chaparrón no se hizo esperar. Tuvimos que cubrirnos a toda prisa con nuestros impermeables. Después, sin perder un momento, fueron puestos sobre el suelo todos los recipientes de la expedición, de forma que pudieran recibir aquella inundación. Tendiéronse también lienzos, fundas y cobertores, con el objeto de exprimirlos una vez que estuvieran bien mojados, y dar de beber a las bestias.

Los camellos pudieron templar en seguida la sed que les torturaba. Entre las matas de *spinifex* se formaron rápidamente arroyos y charcos. La

llanura amenazaba en transformarse en una gran laguna... Hubo agua para todos. Permanecíamos contemplando con deleite aquella abundante sabana de agua que la tierra absorbería como una esponja, tanto más cuanto que el sol que aparecía en el horizonte no tardaría mucho en evaporar las últimas gotas.

Al fin habíamos asegurado provisión de agua para muchos días. Esto significaba la posibilidad de volver a emprender nuestras jornadas con un personal reanimado en cuerpo y alma y con unos animales ya repuestos. Se llenaron los toneles hasta los bordes. Todo lo que estaba vacío fue empleado como recipiente. Los camellos no se descuidaron en llenar el bolsillo interior que la naturaleza les ha dado, y en el cual pueden aprovisionarse de agua para mucho tiempo. Y es una cosa verdaderamente sorprendente: ese depósito tiene cabida para unos quince galones.

Desgraciadamente, las tormentas que inundan la superficie del continente australiano son muy raras, al menos en aquella época del año en la que el calor estival está en todo su apogeo. Son, pues, una eventualidad favorable, con la cual es una imprudencia contar para más adelante. La tormenta duró apenas tres horas, y el cauce caliente de los *creeks* pronto habría absorbido lo que el agua de las nubes había vertido en ellos. Es cierto que los pozos la conservarán más tiempo, y si esta tormenta no ha sido local, nos podemos felicitar de ello. Esperemos que haya refrescado en algunos cientos de millas la llanura australiana.

\* \* \*

*25 de diciembre.* —En estas condiciones, y acomodándonos en lo posible al itinerario del coronel Warburton, hemos llegado sin nuevo incidente a Waterloo-Spring, a ciento cuarenta millas del monte Liebig. Nuestra expedición llega al 126° de latitud, según han demostrado Tom Marix y Godfrey con el mapa en la mano. Acabamos de atravesar el límite convencional fijado por una línea rectilínea, trazada de sur a norte, entre las provincias cercanas y aquella vasta porción del continente que se denomina Australia occidental.

## X. Algunas notas más

Waterloo-Spring no puede calificarse ni como villa, ni aun como aldea. Algunas chozas de indígenas, en este momento abandonadas, era lo único que había. Las tribus indígenas no permanecen allí más que durante las épocas en las que la lluvia aumenta las vías de agua de esta región, lo que les permite fijar su residencia en ella durante cierto tiempo. Waterloo no justifica en manera alguna la adjunción de la palabra *spring*, que es común a todas las estaciones del desierto. Ningún manantial brotaba del suelo, y, como ya hemos dicho, en vano se buscaría en el desierto australiano los frescos oasis cubiertos de árboles, con aguas corrientes, propios del desierto del Sahara.

Tal es la observación anotada en el libro de memorias de mistress Branican, del que aún vamos a reproducir algunas notas más. Éstas darán a conocer el país mejor que la precisa descripción, y mostrarán en todo su horror las pruebas reservadas a los audaces que por este desierto se aventuran. Permitirán también apreciar la fuerza moral, la indomable energía de su autora, y su firme resolución de llegar hasta el fin, cualesquiera que fueran los sacrificios necesarios para ello.

\* \* \*

*30 de diciembre.* —Hay que permanecer cuarenta y ocho horas en Waterloo-Spring. Estas demoras me desconsuelan cuando pienso en la distancia que nos separa aún del valle por donde corre el Fitz-Roy. ¿Y quién sabe si aún será necesario buscar la tribu de los indas más allá de este valle? Desde el día en que Harry Felton escapó, ¿cuál habrá sido la existencia de mi pobre John...? ¿Acaso los indígenas no se habrán vengado en él de la huida de su compañero...? No debo pensar en ello... ¡Esta idea me mataría!

Zach Fren trata de tranquilizarme.

—Puesto que durante tantos años —me dice— han estado prisioneros de los indas, es que les interesaba retenerlos. Así os lo ha hecho comprender

Harry Felton, mistress. Esos indígenas han reconocido en el capitán John un jefe blanco de gran valor, y esperan entregarlo a cambio de un rescate proporcional a su importancia. A mi juicio, la huida de su compañero no debe haber empeorado la situación del capitán.

¡Quiera Dios que así sea!

\* \* \*

*31 de diciembre.* —Hoy se ha acabado el triste año 1890. Hace quince años que el *Franklin* salió de San Diego... ¡Quince años! ¡Y sólo cuatro meses y cinco días que nuestra caravana ha salido de Adelaida! El año que empieza para nosotros en el desierto, ¿cómo acabará?

\* \* \*

*1 de enero.* —Mis compañeros no han querido pasar este día sin felicitarme el año nuevo. Mi querida Jane me ha besado, presa de la más viva emoción, y durante mucho rato la he retenido en mis brazos. Zach Fren y Tom Marix han querido estrecharme la mano. Sé que en ambos tengo dos amigos que se sacrificarían por mí hasta la muerte. Todas nuestras gentes me han rodeado dirigiéndome afectuosas felicitaciones. Digo todos, menos los negros de la escolta, cuyo descontento aumenta día a día. Es evidente que Tom Marix no los mantiene en las filas más que a la fuerza.

Len Burker me ha dirigido la palabra con su habitual frialdad, asegurándome que nuestra empresa tendrá éxito. Cree que llegaremos sanos al final. Sin embargo, duda de que el camino derecho para ello sea el que conduce al río Fitz-Roy. En su opinión, los indas, como nómadas, están más frecuentemente en las regiones del Queensland, es decir, al este del continente. Es verdad que vamos en dirección al sitio donde Harry Felton dejó a su capitán... ¿pero quién puede asegurar que los indas no se hayan movido de allí...? Todo esto lo dice Len en un tono que no inspira confianza, ese tono que toman algunas personas cuando hablan sin mirar cara a cara.

Godfrey ha tenido conmigo una atención que me ha impresionado profundamente. Ha hecho un ramo con las florecillas silvestres que nacen entre los *spinifex*, y me lo ha ofrecido de modo tan amable y con frases tan cariñosas, que se me han saltado las lágrimas. ¡Cuántos besos he dado a

mi Godfrey, y cómo ha respondido a mis besos con los suyos...! Me acordé de que mi Wat tendría su edad... y sería tan bueno como él...

Jane estaba presente... ¡Qué pálida y qué emocionada se ha puesto en presencia de Godfrey...! He creído que iba a perder el conocimiento. Pero pudo reponerse, y su marido se la llevó... Yo no me atreví a impedirlo.

Hemos vuelto a emprender la marcha, en este día, a las cuatro de la tarde. Gracias a estar el cielo cubierto, el calor era un poco más soportable. Tanto los camellos de carga como los de silla, suficientemente repuestos de su fatiga, han caminado con paso más sostenido, hasta el punto de ser necesario moderar sus ímpetus, a fin de que los peatones pudieran seguirlos.

\* \* \*

*15 de enero.* —Durante algunos días, hemos conservado este paso rápido. Dos o tres veces han caído de nuevo abundantes lluvias. No hemos sufrido sed, y nuestra provisión de agua ha sido repuesta por completo. La más grave de todas las cuestiones es la referente al agua, sobre todo cuando se trata, como en nuestro caso, de atravesar desiertos. En el itinerario que seguimos parece que los pozos han de ser escasos. El coronel Warburton lo hace constar así, refiriéndose a su viaje, que terminó en la costa oeste de la Tierra de Tasman.

Aún vivimos únicamente de nuestras provisiones. No se puede contar con la caza, porque aquí no la hay. ¡Ha huido de estas tristes soledades! Tan sólo se ve de cuando en cuando alguna bandada de palomas, pero muy a lo lejos. No se posan sobre las matas de *spinifex* sino después de un largo vuelo y cuando sus alas no tienen ya fuerzas para sostenerlas. Sin embargo, nuestra alimentación está asegurada para muchos días y, por esta parte, estoy tranquila. Zach Fren vigila escrupulosamente para que los alimentos, conservas, harina, té y café sean distribuidos con regularidad y método. Nosotros mismos nos sometemos a este plan común. No hay excepción para nadie. Los negros de la escolta no pueden quejarse de que seamos mejor tratados que ellos.

Acá y allá revolotean también algunos gorriones perdidos en la superficie de estas regiones; pero no merecen el trabajo de ser perseguidos.

Las hormigas blancas, en infinito número, siguen haciendo muy dolorosas

nuestras paradas. En cuanto a los mosquitos, este país es demasiado seco para que puedan molestarnos... Los encontraremos en los sitios húmedos... ha hecho observar Tom Marix. No importa, ¡más vale sufrir sus picaduras! No será esto pagar demasiado cara el agua que han de traer.

Hemos llegado a Mary-Spring, a ochenta millas de Waterloo, en la jornada del 23 de enero.

Un grupo de árboles raquíticos se levanta en este sitio. Son eucaliptos medio marchitos, por haber agotado ya toda la humedad del suelo.

—Sus ramas penden como lenguas secas por la sed —dice Godfrey.

Esta comparación es muy exacta.

Observo que este muchacho, ardiente y resuelto, no ha perdido nada de la alegría de su edad. Su salud no se ha alterado, aunque yo lo temía por estar en la época en que empieza la adolescencia. ¡Y aquel increíble parecido que me turbaba...! Es la misma mirada, cuando sus ojos se fijan en mí. ¡Las mismas entonaciones cuando me habla...! Tiene una manera de decir las cosas y de expresar sus ideas, ¡que me recuerda al pobre John!

Un día he llamado la atención de Len Burkner sobre este particular, y me ha respondido:

—No, Dolly, es pura ilusión vuestra. Por mi parte confieso que de ninguna manera me ha llamado la atención ese parecido. En mi entender, no existe más que en vuestra imaginación. Pero, después de todo, ¿qué más da? Y si por ese motivo sentís interés por ese muchacho...

—No, Len —he contestado—. Si he sentido una viva afección por Godfrey es porque lo he visto apasionarse por lo que es el único afán de mi vida... encontrar y salvar a John. Me ha suplicado que le permitiera acompañarme, e, impresionada por sus instancias, he consentido en ello. Además, es uno de mis hijos de San Diego, uno de esos pobres seres sin familia que han sido educados en *Wat-House*... Godfrey es como un hermano de mi pequeño Wat...

—Lo sé... lo sé, Dolly —ha contestado Len Burkner—, y hasta cierto punto os comprendo. ¡Haga el cielo que no os tengáis que arrepentir de un acto

en el que vuestra sensibilidad ha tenido más parte que vuestra razón!

—No me gusta oírlos hablar así, Len Burker —he replicado vivamente—. Tales observaciones me hieren. ¿Tenéis algo que reprochar a Godfrey?

—No, nada... hasta ahora nada. Pero ¡quién sabe...! Más tarde... quizá... querrá abusar de la afección profunda que le profesáis... Al fin y al cabo es un niño encontrado... no se sabe de dónde viene... quién es... qué sangre corre por sus venas...

—¡Sangre de valientes y honradas gentes, respondo de ello! —exclamé yo—. A bordo del *Brisbane* era querido por todos, por sus jefes y por sus camaradas, y, según me dijo el capitán, ¡Godfrey no ha merecido nunca el menor reproche! Zach Fren, que también lo conoce, lo aprecia como yo. Decidme, Len Burker: ¿por qué no queréis a este niño...?

—¡Yo... Dolly! Ni lo quiero ni lo dejo de querer... me es indiferente, he ahí todo. No doy mi amistad al primero que llega. Por otra parte, yo no pienso más que en John y en arrancarlo de los indas...

Si esto es una lección que Len Burker me ha querido dar, no la acepto. No conduce a nada. No es que yo olvide a mi marido por este niño, pero me place pensar que Godfrey unirá sus esfuerzos a los míos. Además, estoy segura de que John aprobará lo que he hecho y pienso hacer por el porvenir de este muchacho.

Al referir a Jane la conversación que he tenido con Len, la pobre ha bajado la cabeza sin responderme nada.

En adelante, no insistiré más. Jane no quiere, no puede contrariar a Len Burker. Comprendo esta reserva, cumple con su deber.

\* \* \*

29 de enero. —Hemos llegado a la orilla de un pequeño lago, que Tom Marix supone que es el White-Lake. Justifica su nombre de lago blanco, porque en vez del agua, que se ha evaporado, lo cubre una costra de sal. Es un resto aún del mar interior que en otro tiempo dividía Australia en dos grandes islas.

Zach Fren ha renovado nuestra provisión de sal; nosotros hubiéramos preferido encontrar agua potable.



En las cercanías hay una gran cantidad de ratas más pequeñas que las ordinarias. Preciso es prevenirse contra sus ataques, pues son tan voraces, que roen cuanto encuentran.

Los negros, por su parte, han encontrado en ellas una caza muy aceptable. Habiendo conseguido atrapar unas cuantas docenas de estos bichos, los han preparado y, después de asarlos, se han dado un banquete con tan repugnante carne. Sería preciso que estuviéramos muy escasos de víveres para resignarnos a este alimento. ¡Quiera Dios que no lleguemos a tal extremo!

Estamos ya lindando con el desierto conocido bajo el nombre de Great-Sandy-Desert.

Durante las últimas veinte millas, el terreno se ha ido modificando. Las matas de *spinifex* son menos espesas y tienden a desaparecer. ¿Tan árido es este suelo que ni aquella vegetación, tan poco exigente, puede vivir sobre él? Cualquiera lo comprende al ver la extensa llanura ondulada de rojiza arena y sin huella alguna de cauces de *creeks*. Esto hace suponer que ni en la estación de invierno llueve sobre estos terrenos devorados por un sol abrasador.

Ante esta aridez lamentable, ante esta inquietante sequedad, no hay uno solo de nosotros que no se sienta sobrecogido de los más tristes presentimientos. Tom Marix me enseña sobre el mapa aquellas soledades... figuradas por un espacio en blanco que surcan los itinerarios trazados por Giles y Gibson. Hacia el norte, el del coronel Warburton muestra las incertidumbres de su marcha por las múltiples vueltas y rodeos que exige la búsqueda de los pozos. Aquí, sus gentes enfermas, hambrientas, se encuentran sin fuerzas... Allá, sus bestias son diezmadas, más allá, sus hijos se mueren... ¡Vale más no leer la narración de este viaje, si se intenta recomenzarlo después de él...! Los más intrépidos retrocederían... Pero yo lo he leído, lo he vuelto a leer... No dejaré que el miedo se apodere de mí... Lo que aquel explorador desafió para estudiar las desconocidas regiones de este continente yo lo desafío para encontrar a John... En esto está el único fin de mi vida, ¡y yo lo alcanzaré!

\* \* \*

3 de febrero. —Desde hace cinco días, hemos tenido que disminuir la

marcha de nuestras jornadas. ¡Cuánto tiempo perdido! Nada más penoso. Nuestra caravana, retardada por la naturaleza del terreno, no puede seguir la línea recta. El suelo está muy quebrado, lo que nos obliga a subir y bajar de continuo empinadas pendientes. Por varios sitios se ven algunos montículos, por entre los que tienen que caminar los camellos. También hay colinas arenosas que se elevan a unos cien pies, y que separan intervalos de seis a setecientos. Los peatones se hunden en esta arena, y la marcha se hace cada vez más difícil.

El calor es asfixiante. Uno no puede formarse idea de la intensidad con la que el sol lanza sus rayos. Son flechas de fuego que hieren en todo el cuerpo. Jane y yo apenas podemos permanecer en la *kibitka*. ¡Cuánto deben sufrir nuestros compañeros durante las etapas de la mañana y la tarde...! Zach Fren, aunque muy robusto, está muy enervado por las fatigas; pero este amigo desinteresado, cuya vida está unida a la mía, ni se queja ni ha perdido su buen humor.

Jos Meritt soporta estas pruebas con un valor tranquilo y con una resistencia a las privaciones digna de envidia. Gin-Ghi, menos paciente, se queja, sin conseguir impresionar a su amo. ¡Cuando se piensa que este ser original se somete a semejantes pruebas por conquistar un sombrero!

—¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! —responde cuando se le hace tal observación...— ¡Pero qué sombrero más raro...!

—Algún viejo sombrero de saltimbanqui —murmuró Zach Fren, encogiéndose de hombros.

—Un pingajo —añade Gin-Ghi—, un pingajo que no querría ni por zapatos.

En la jornada de las ocho a las cuatro, imposible sería dar un paso. Se acampa no importa dónde; se levantan dos o tres tiendas. Las gentes de la escolta, blancos y negros, se tumban en el suelo, como pueden, a la sombra de los camellos. Lo más espantoso es que el agua nos va a faltar de un momento a otro. ¿Qué va a suceder si encontramos los pozos secos? Comprendo que Tom Marix se halle muy inquieto, aunque procura ocultarme su ansiedad. Mejor haría en no ocultarme nada. Yo no temblaré... puedo entenderlo todo.

\* \* \*

14 de febrero

. —Han transcurrido once días, durante los que sólo hemos tenido dos horas de lluvia. Apenas hemos podido volver a llenar nuestros toneles; pero los hombres han apagado su sed y las bestias han rehecho su provisión de agua. Hemos llegado a Emily-Spring, cuyo manantial está completamente seco. Las bestias están aniquiladas y Jos Meritt no sabe qué medio emplear para hacer andar a su camello. Sin embargo, no le pega; trata de convencerlo, para que avance, con buenas razones. Oigo que le dice:

—¡Vamos, si tienes penas, no tengas pereza, mi pobre animal!

Y el pobre animal no parece comprender la distinción de la que es objeto.

Emprendemos la marcha más inquietos que nunca.

Dos camellos están enfermos. Se arrastran, y no podrán continuar el viaje. Los víveres que llevaba un camello de carga han tenido que ser colocados sobre uno de silla, privando de él a un hombre de la escolta.

El camello que monta Tom Marix y guía a los demás, hasta ahora conserva su vigor. Sin él, los otros, y sobre todo las camellas, se desbandarían sin que nadie pudiera retenerlos.

Hay necesidad de dar fin a los pobres animales que han caído enfermos. Dejarlos morir de hambre y sed con una larga agonía sería más inhumano que acabar de un golpe con sus miserias.

La caravana se aleja, rodeando una colina arenosa... Se oyen dos disparos... Al poco tiempo, Tom Marix se reúne con nosotros, y el viaje continúa.

Lo más alarmante es la salud de dos de nuestros hombres, lo que me produce vivas inquietudes. Están atacados por la fiebre, que no les ha quitado el sulfato de quinina, del que el botiquín está abundantemente provisto. Los devora una ardiente sed. Se ha agotado nuestra provisión de agua, y nada indica la proximidad de un pozo.

Los enfermos son extendidos, cada uno sobre el lomo de un camello, que sus compañeros llevan del ramal. No se puede abandonar a los hombres como se abandona a las bestias. Les prodigaremos todos los cuidados que sean precisos; es nuestro deber y no faltaremos a él... Pero esta

despiadada temperatura les consume poco a poco...

Tom Marix, por habituado que esté a estas pruebas, y aunque muchas veces haya sido muy provechosa su experiencia de cuando andaba con sus compañeros de la policía provincial, no sabe ya qué hacer... ¡Agua...! ¡Agua...! Es lo que pedimos al cielo, porque del suelo no podemos esperarla ya.

Los que resisten mejor estas fatigas, los que soportan sin demasiado sufrimiento estos fuertes calores, son los negros de la escolta.

Esto no obstante, día a día crece su descontento. En vano Tom Marix hace lo posible por calmarlos. Los más levantiscos hacen grupo aparte en las paradas; se forman conciliábulos, manifestándose síntomas de un próximo levantamiento.

En la jornada del 21, todos, de común acuerdo, se han negado a continuar el viaje en dirección noroeste, dando como razón que se mueren de sed. ¡La razón, por desgracia, es justa! Desde hace doce horas no hay una gota de agua en los toneles, viéndonos obligados a hacer uso de las bebidas alcohólicas, cuyo efecto es deplorable, ya que se suben a la cabeza.

He tenido que intervenir para convencer a estos indígenas, aferrados a su idea, de que detenerse en las presentes circunstancias no era el medio más adecuado para poner término a sus sufrimientos.

Uno de ellos me ha respondido:

—Lo que queremos es volver atrás.

—¿Atrás...? ¿Adónde...?

—A Mary-Spring.

—En Mary-Spring no hay agua —he respondido—, y lo sabéis bien.

—Si no hay agua en Mary-Sprint —replicó el otro—, la encontraremos cerca, junto al monte Wilson, hacia Sturt-creek.

Miro a Tom Marix. Va a buscar el mapa donde figura el desierto Great-Sandy. Lo consultamos, y, en efecto, al norte de Mary-Spring existe un

curso de agua importante, que quizá no esté completamente seco. Pero ¿cómo este indígena ha podido saberlo? Le interrogo sobre este particular. Al principio duda, y acaba por responderme que míster Burker es quien se lo ha dicho. De él también proviene la proposición de subir hacia Sturt-creek.

Me encuentro contrariada por la imprudencia cometida por Len Burker de influir en la escolta para volver hacia el este. De esto resultarían no sólo demoras, sino una modificación en nuestro itinerario, separándonos del río Fitz-Roy.

Entro en explicaciones con Len Burker, y me responde:

—¡Qué queréis, Dolly! Es preferible dar rodeos, que obstinarse en seguir un camino donde faltarán los pozos.

—En todo caso, señor Burker —dice vivamente Zach Fren—, debíais haber hecho esa observación a mistress Branican, y no a los indígenas.

—Os comportáis de un modo tal con los negros, que yo no puedo tenerles a raya —añadió Tom Marix—. ¿Quién es su jefe...? ¿Vos o yo, señor Burker...?

—Me parecen muy inconvenientes esas observaciones, Tom Marix —replicó Len Burker.

—Inconvenientes o no, están justificadas por vuestra conducta. ¡Y debéis tenerlo en cuenta!

—Yo no tengo que recibir aquí órdenes de nadie más que de mistress Branican...

—Está bien, Len Burker —he respondido—. De ahora en adelante, si tenéis algunas observaciones que presentar, os ruego me las dirijáis a mí, y no a los demás.

—Mistress Dolly —dijo entonces Godfrey—, ¿queréis que me adelante a la caravana para buscar un pozo...? Acabaré por encontrarlo...

—¡Pozos sin agua! —murmuró Len Burker, que se alejó encogiéndose de hombros.

Comprendo lo que ha debido de sufrir Jane, que se hallaba presente en tal discusión. La manera de proceder de su marido, tan perjudicial para el buen acuerdo que debe reinar en nuestro personal, puede crearnos serios conflictos. Tuve que unirme a Tom Marix para conseguir que los negros no perseverasen en su idea de volver atrás, lo que obtuvimos, no sin grandes esfuerzos. Sin embargo, declararon que, si antes de cuarenta y ocho horas no habíamos encontrado un pozo, volverían a Mary-Spring, a fin de llegar a Sturt-creek.

\* \* \*

23 de febrero. —¡Qué indecibles sufrimientos durante los dos días siguientes! El estado de los dos compañeros enfermos ha empeorado. Otros tres camellos han caído, para no levantarse, con la cabeza sobre la arena y el vientre hinchado. Fue preciso matarlos. Eran dos bestias de silla y una de carga. Ahora cuatro hombres blancos de la escolta se ven obligados a seguir a pie este viaje, ya tan fatigoso para la gente montada.

¡Ni una criatura humana en este desierto de Great-Sandy! ¡Ni un australiano de esas regiones de la Tierra de Tasman que pueda informarnos sobre la situación de los pozos! Evidentemente, nuestra caravana se ha debido separar del itinerario del coronel Warburton, porque este jamás atravesó tan largas etapas sin rehacer su provisión de agua. Y si bien es verdad que, según él dice, los pozos no contenían muchas veces más que un líquido espeso, caliente, apenas potable, ya nos contentaríamos con él...

Hoy, al fin, y al término de la primera etapa, hemos podido apagar nuestra sed... Godfrey ha descubierto un pozo a corta distancia.

En la mañana del 23, el bravo muchacho se adelantó algunas millas, y dos horas después, lo hemos visto que volvía hacia nosotros a todo correr.

—¡Un pozo...! ¡Un pozo...! —gritaba desde tan lejos que apenas podíamos oírle.

A este grito, nuestra gente se ha reanimado. Los camellos se han levantado sobre sus patas. Parecía como si el que montaba Godfrey les hubiera dicho al llegar:

—¡Hay agua...! ¡Hay agua...!

Una hora después, la caravana se detenía bajo un grupo de árboles, cuyas ramas secas daban sombra a un pozo. Afortunadamente eran gomeros y no eucaliptos, ¡pues estos hubieran absorbido hasta la última gota!

Pero los contados pozos diseminados por la superficie del continente australiano contienen tan poca agua, que unas cuantas personas los vaciarían en un instante. Fue preciso ir a sacar el agua bajo la arena. Estos pozos no son obra de la mano del hombre; son cavidades naturales que se forman en la época de las lluvias, en la estación de invierno, y que apenas alcanzan una profundidad de cinco a seis pies, lo que basta para que el agua, resguardada de los rayos solares, no se evapore y se conserve aun durante los prolongados calores del estío.

Alguna vez, estos pozos no se señalan por un grupo de árboles, siendo muy fácil pasar cerca de ellos sin verlos. Es necesario, pues, observar el terreno con gran cuidado, recomendación que hace muy acertadamente el coronel Warburton, y que nosotros tenemos en cuenta.

Esta vez, Godfrey ha tenido buena mano. El pozo, cerca del cual hemos acampado a las once de la mañana, contenía agua más que suficiente para abreviar nuestros camellos y rehacer por completo nuestra reserva.

Esta agua, clara por haber sido filtrada por la arena, había conservado su frescura, porque la cavidad que la contenía, situada al pie de una duna, no recibía directamente los rayos del sol.

Cada uno de nosotros pudo refrescarse con delicia en aquella especie de cisterna. Fue preciso tener a raya a nuestros compañeros para que bebiesen con moderación; de lo contrario, hubieran acabado por enfermar.

Nadie puede imaginarse los efectos bienhechores del agua después de haber estado tanto tiempo torturados por la sed. El resultado es inmediato; los más abatidos cobran ánimos, las fuerzas aparecen instantáneamente, y con las fuerzas el valor. Mejor que reanimarse, ¡pudiera decirse que se vuelve a la vida!

Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, reemprendemos la marcha, dirigiéndonos al noroeste, a fin de llegar por el camino más corto a Joanna-Spring, a unas ciento noventa millas de Mary-Spring.

\* \* \*

Estas notas, sacadas del diario de mistress Branican, bastan para demostrar que su energía no la había abandonado un instante. Conviene que ahora reanudemos la narración de este viaje, al que estaban reservadas tantas eventualidades, imposibles de prever, y de grandes consecuencias.



## **XI. Indicios e incidentes**

Como se desprende de las últimas líneas del diario de mistress Branican, el valor y la confianza habían vuelto a la caravana. El alimento no había faltado un instante, quedando aún conservas para muchos meses. Sólo el agua había faltado durante algunas etapas; pero el pozo descubierto por Godfrey proveyó de ella más allá de las necesidades, y se repartió con hilaridad.

Se trataba de afrontar aún mayores calores, de respirar un aire sofocante en aquellas interminables llanuras, donde no se vislumbraba un árbol ni una sombra. Pocos son los viajeros que pueden soportar estas temperaturas devoradoras cuando no son originarios del país australiano. Donde el indígena resiste, el extranjero sucumbe. Es preciso habituarse a este clima mortífero.

Siempre las montañas y las arenas rojas con sus ondulaciones de largos pliegues simétricos. Parece un suelo incendiado, cuya intensa coloración, aumentada por los rayos solares, abrasa los ojos. El suelo estaba tan caldeado, que hubiera sido imposible a los blancos marchar con los pies desnudos. En cuanto a los negros, su epidermis endurecida se lo permitía; no tenían, pues, motivo para quejarse por aquello. Sin embargo, se quejaban. Su disgusto iba manifestándose por momentos de una manera muy clara. De no serle preciso a Tom Marix conservar íntegra su escolta para el caso de ser necesario defenderse contra alguna tribu nómada, seguramente hubiera suplicado a mistress Branican que despidiese a los indígenas puestos a su servicio.

Él, por su parte, veía crecer a cada paso las dificultades inherentes a tal expedición, y era preciso que supiera dominarse muy bien para no dejar comprender que pensaba que aquellas fatigas y peligros se corrían en vano. Zach Fren era el único que había adivinado estas ideas, lamentándose de que no participara de su confianza. Un día le dijo:

—Verdaderamente, Tom, nunca os hubiera creído tan falto de ánimos.

—¿Falto de ánimos...? Os engañáis, Zach. El valor no me faltará para cumplir hasta el fin con mi deber. No temo atravesar estos desiertos; lo que temo es que, después de atravesarlos, tengamos que volver sobre nuestros pasos sin haber obtenido éxito.

—¿Creéis, pues, Tom, que el capitán John haya sucumbido después de la partida de Harry Felton?

—No sé nada, Zach, ni tampoco vos...

—Sí... yo lo sé, ¡lo mismo que sé que cuando se pone el timón a babor se va el barco a estribor!

—Habláis como mistress Branican y Godfrey, tomando vuestras esperanzas como certidumbres. Deseo que tengáis razón. Pero si el capitán John vive y está en poder de los indas... ¿dónde están estos?

—Están donde están, Tom. Y allí irá la caravana, aunque deba ronzar durante seis meses más. ¡Qué diablo! ¡Cuando el viento es contrario, se marcha contra él, siguiendo siempre el camino...!

—En el mar, sí, Zach, porque se sabe a qué puesto se dirige el barco. Pero a través de estos territorios, ¿se sabe adónde se va?

—Desesperando, no se sabrá.

—¡Yo no desespero, Zach!

—Sí, Tom, y lo más grave es que acabaréis por descubrirlo. El capitán que no sabe ocultar sus temores no es buen capitán, y desanima a la tripulación. Tened cuidado con lo que dice vuestro semblante, Tom, no por mistress Branican, cuyo valor es conocido, ¡sino por los blancos de la escolta! Si llegasen a hacer causa común con los negros...

—Respondo de ellos como de mí...

—Y yo de vos, Tom, como de mí mismo. No hablemos, pues, de arriar el pabellón mientras los mástiles estén en pie.

—Quien habla de ello, Zach, es Len Burker...

—¡Ah...! Ése... Tom... si yo mandara aquí, hace tiempo estaría al fondo

de la bodega con una bala en cada pie. Pero que tenga cuidado, porque no le pierdo de vista.

Razón tenía Zach Fren para vigilar a Len Burkner. Si el desorden nacía en la expedición, sería por su causa. Los negros, con los que Tom Marix creía poder contar, eran excitados por Len Burkner a la desobediencia. Ésta era una de las causas que amenazaban el éxito de la expedición. Pero, aun descartando este punto, Tom Marix no se hacía ilusiones sobre el posible encuentro con los indas y la libertad del capitán John.

Admitiendo que la caravana no caminase a la ventura, dirigiéndose, como se dirigía, hacia el Fitz-Roy, podía suceder que alguna circunstancia hubiese obligado a los indas a abandonar la Tierra de Tasman, y esta circunstancia podía ser por motivo de guerra. Es raro que la paz reine entre tribus que cuentan de doscientas cincuenta a trescientas almas. Existen odios inveterados, rivalidades que exigen sangre, y ventilan sus querellas con tanto más ardor, cuanto que para aquellos caníbales la guerra es la caza. A decir verdad, el enemigo no es solamente enemigo, es la presa, y el vencedor se come al vencido. De aquí grandes luchas y grandes persecuciones, que obligan a trasladarse a estas gentes a grandes distancias. Lo primero, por lo tanto, era saber si los indas habían abandonado sus territorios, y esto no era fácil saberlo más que por algún australiano que viniera del noroeste.

A esto tendían los esfuerzos de Tom Marix, asiduamente secundado por Godfrey, quien, a pesar de las recomendaciones y aun las órdenes expresas de mistress Branican, se adelantaba con frecuencia a una distancia de muchas millas. Cuando no iba en busca de un pozo, iba en busca de algún indígena, pero hasta entonces no había obtenido ningún resultado. Toda aquella parte estaba desierta, y, en verdad, ¿qué ser humano, por rústico que fuese, hubiera podido subvenir allí a las necesidades de la existencia? En todo caso podrían aventurarse en las cercanías de las líneas telegráficas, pero también a costa de grandes trabajos.

Por fin, el 9 de marzo, hacia las nueve y media de la mañana, oyóse resonar a poca distancia un grito formado por estas palabras:

—¡Coo-eeh!

—¡Por aquí hay indígenas! —dijo Tom Marix.

—¿Indígenas...? —preguntó Dolly.

—Sí, mistress, esa es su manera de llamarse.

—¡A ver si los alcanzamos! —exclamó Zach Fren.

La caravana avanzó unos cien pasos, y Godfrey descubrió, entre las dunas, dos negros. No era fácil apoderarse de ellos, porque los australianos huyen a la vista de los blancos, por lejos que estén. Los negros trataban de ocultarse tras una alta duna rojiza, entre las matas de *spinifex*. Pero las gentes de la escolta los rodearon, y fueron cogidos y llevados ante mistress Branican.

El uno tendría unos cincuenta años; el otro, su hijo, unos veinte. Ambos se dirigían a la estación del lago Woods, que pertenece al servicio de la red telegráfica. Les fueron ofrecidos diversas telas y paquetes de tabaco, con lo que se mostraron dispuestos a responder a las preguntas que les dirigió Tom Marix, respuestas que este traducía inmediatamente a mistress Branican, Godfrey, Zach Fren y sus compañeros.

Los australianos dijeron, desde luego, adonde iban, lo que importaba poco. Pero Tom Marix les preguntó de dónde venían, que era lo más importante.

—Venimos de muy lejos... muy lejos... —respondió el padre, señalando hacia el noroeste.

—¿De la costa...?

—No... del interior.

—¿De la Tierra de Tasman?

—Sí... del río Fitz-Roy.

Hacia este río era, como se sabe, adonde precisamente se dirigía la caravana.

—¿De qué tribu sois? —preguntó Tom Marix.

—De la tribu de los *goursis*.

—¿Sois nómadas...?

El indígena pareció no comprender lo que quería decir el jefe de la escolta, por lo cual este añadió:

—¿Es una tribu que va de un sitio a otro? ¿Una tribu que no habita en ninguna aldea...?

—Habita la aldea de Goursi —respondió el hijo, que parecía ser bastante inteligente.

—Y esa aldea, ¿está cerca del Fitz-Roy...?

—Sí, a diez jornadas largas del sitio por donde desemboca en el mar.

En el golfo del Rey, donde desemboca el Fitz-Roy, era precisamente donde había finalizado la segunda campaña del *Dolly-Hope*, en 1883. Las diez jornadas, indicadas por el joven, demostraban que la aldea de Goursi debía estar situada a unas cien millas del litoral.

Esto fue señalado por Godfrey sobre el mapa de la Australia occidental, en el que se indicaba el curso del río Fitz-Roy en un trayecto de doscientas cincuenta millas, desde su nacimiento en medio de las incultas regiones de la Tierra de Tasman.

—¿Conocéis la tribu de los indas? —preguntó entonces Tom Marix a los indígenas.

Cuando oyeron este nombre, las miradas del padre y del hijo parecieron inflamarse súbitamente.

—Sin duda, los indas y los goursis son dos tribus enemigas, dos tribus que están en guerra —hizo observar Tom Marix, dirigiéndose a mistress Branican.

—Es muy probable —respondió esta—, que estos goursis sepan dónde se encuentran actualmente los indas. Interrogadles sobre este particular, Tom Marix, y tratad de obtener una respuesta lo más exacta posible. De esta respuesta depende quizás el éxito de nuestra expedición.

Tom Marix hizo la pregunta, y el más viejo de los indígenas afirmó, sin vacilar, que la tribu de los indas ocupaba entonces el curso superior del río Fitz-Roy.

—¿A qué distancia se encuentran de la aldea Goursi? —volvió a preguntar Tom Marix.

—A veinte jornadas hacia levante —respondió el joven.

Consultado el mapa, viose que el sitio donde se hallaba el campamento de los indas distaba unas doscientas cincuenta millas del lugar en que se encontraba la caravana. Los informes concordaban con los que había dado Harry Felton.

—Vuestra tribu —añadió Tom Marix— ¿suele estar en guerra con la de los indas?

—¡Siempre! —respondió el hijo.

Y su acento y su gesto indicaban la violencia de esos odios que existen entre los caníbales.

—Y los perseguiremos —añadió el padre, cuyas mandíbulas chasquearon por el deseo—. Serán cazados cuando no esté allí el jefe blanco que los aconseja.

¡Imagínese cuál sería la emoción de mistress Branican y sus compañeros cuando Tom Marix les tradujo aquella respuesta! ¿Quién podía dudar de que aquel jefe blanco no fuese el capitán John?

A instancias de Dolly, Tom Marix apremió a preguntas a los indígenas. Éstos no pudieron dar más que informes indecisos sobre este jefe blanco. Lo que afirmaron rotundamente es que tres meses antes, durante la última lucha entre los goursis y los indas, estaba aún en poder de estos últimos.

El joven australiano añadió:

—¡Sin él, los indas no serían más que mujeres!

Poco importaba que hubiera exageración en lo que los indígenas decían. Se sabía de ellos todo lo que se quería saber. John Branican y los indas se hallaban a menos de trescientas millas en dirección noroeste... Era preciso, pues, reunirse con ellos sobre las riberas del Fitz-Roy.

En el momento en que el campamento iba a ser levantado, Jos Meritt

detuvo a los indígenas que mistress Branican acababa de despedir, haciéndoles nuevos regalos. Entonces el inglés rogó a Tom Marix que les dirigiese una pregunta respecto a los sombreros de ceremonia que llevaban los jefes de la tribu de los goursis y los de la tribu de los indas.

Mientras esperaba la respuesta, Jos Meritt estaba tan conmovido como Dolly por el interrogatorio anterior.

Muchas exclamaciones se escaparon de los labios del coleccionador. ¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien!, cuando supo que los sombreros de fabricación extranjera no eran muy raros entre las hordas del noroeste. En las grandes ceremonias, los sombreros cubren habitual mente la cabeza de los principales jefes australianos.

—Comprended, mistress Branican —observó Jos Meritt—, que encontrar al capitán John será muy hermoso... pero echar mano al tesoro histórico que persigo por las cinco partes del mundo, es todavía mejor...

—Evidentemente —respondió mistress Branican, ya acostumbrada a las monomanías de su extravagante compañero de viaje.

Después añadió Jos Meritt, volviéndose hacia su servidor:

—Gin-Ghi, ¿habéis oído?

—He oído, amo Jos —respondió el chino—, y cuando lleguemos a encontrar ese sombrero...

—Volveremos a Inglaterra, entraremos en Liverpool, y allí, vos, Gin-Ghi, con vuestro elegante casquete negro, vuestra hermosa falda de seda roja, y vuestro *macoual* de seda amarilla, no tendréis otra misión que enseñar mi colección a los *amateurs*. ¿Estáis satisfecho...?

—Como la flor *haïtang*, que se abre al soplo de la brisa, cuando el conejo de Jade ha descendido hacia Occidente —respondió el poético Gin-Ghi.

Sin embargo, sacudía la cabeza con aire tan poco convencido de su futura felicidad, como si su amo le hubiese afirmado que iba a ser nombrado mandarín de siete botones.

Len Burker había asistido a la conversación de Tom Marix con los dos indígenas, cuyo lenguaje conocía. Pero no tomó parte en ella, ni hizo

pregunta alguna relativa al capitán John. Escuchaba con atención, procuran guardar en su memoria los detalles referentes a la situación actual de los indas. Consulté en el mapa el sitio que probablemente ocuparía la tribu hacia el curso superior del río Fitz-Roy, calculando la distancia que la caravana tendría que recorrer para ir a dicho punto, y el tiempo que emplearía en atravesar las regiones de la Tierra de Tasman.

En realidad, esto sería cuestión de algunas semanas a no ser que surgiese algún obstáculo, que los medios de locomoción no faltasen, y siempre que las fatigas de camino y los sufrimientos ocasionados por la elevada temperatura fuesen soportados felizmente. Len Burker experimentaba sorda ira pensando que los informes suministrados por los indígenas iban a volver los ánimos a todos. La libertad del capitán John sería un hecho, pues gracias al rescate que mistress Branican llevaba, sería arrancado de manos de los indas.

En tanto que Len Burker reflexionaba sobre esta sucesión de eventualidades, Jane, que lo observaba, veía nublarse su frente, inyectarse sus ojos, en suma, reflejarse en su fisonomía las detestables ideas que la agitaban. Sintió un profundo espanto, teniendo el presentimiento de una próxima catástrofe, y en el momento en que las miradas de su marido se fijaron en ella, sintióse desfallecer...

La desgraciada había comprendido lo que pasaba en el alma de aquel hombre, capaz de todos los crímenes, a trueque de apoderarse de la fortuna de mistress Branican.

En efecto, Len Burker pensaba que si Dolly y John se reunían, su porvenir se desbarataba. Más pronto o más tarde, reconocerían a Godfrey. Jane acabaría por dejar escapar el secreto, a menos que la pusiera en la imposibilidad de hablar. Y, sin embargo, la existencia de Jane le era necesaria, puesto que por ella le llegaría la fortuna, después de la muerte de mistress Branican.

Era, pues, necesario, separar a Jane de Dolly, y después, con objeto de hacer desaparecer a John Branican, adelantarse a la caravana y llegar antes a la tribu de los indas.

Tratándose de un hombre tan resuelto y tan sin conciencia como Len Burker, aquel plan era muy factible, y, por otra parte, las circunstancias no tardarían en venir en su ayuda.



Aquel día, a las cuatro de la tarde, Tom Marix dio la señal de partida, y la expedición volvió a ponerse en marcha en el orden habitual. Olvidáronse las fatigas pasadas. Dolly había impartido a sus compañeros la energía de la que se hallaba animada. Se aproximaba el fin... El éxito estaba fuera de duda... Los negros de la escolta parecían someterse más voluntariamente, y quizá Tom Marix hubiese podido contar con ellos hasta el fin de la expedición, de no estar allí Len Burkner para impulsarles el espíritu de traición y de rebeldía.

La caravana iba a buen paso, tomando otra vez el itinerario del coronel Warburton. El calor aumentaba y las noches eran sofocantes. Sobre aquella llanura, sin un solo grupo de árboles, no se hallaba otra sombra que la proyectada por las altas dunas, y aun aquella era muy reducida, porque los rayos del sol caían casi perpendicularmente.

Y no obstante, en aquella latitud, más baja que la del trópico, es decir, en plena zona tórrida, no eran los excesos del clima lo que más hacía sufrir. La cuestión más grave era la carencia de agua, que se presentaba a cada instante. Había que ir buscando pozos a grandes distancias, lo que desviaba el itinerario, alargándolo con muchos rodeos. Muchas veces, Godfrey, siempre dispuesto, y Tom Marix, siempre infatigable, se dedicaban a ello. Mistress Branican no los veía alejarse sin sentir el corazón oprimido. No podían esperarse más tormentas, muy raras en aquella época del año. Sobre el límpido cielo no se vislumbraba un jirón de nube. El agua no podía venir más que del suelo.

Descubierto un pozo por Tom Marix y Godfrey, a él se encaminaba la caravana. Apresuraban la marcha aguijoneando a las bestias, bajo la angustia de la sed. ¿Qué es lo que se encontraba con más frecuencia...? Un líquido cenagoso en el fondo de una cavidad donde hormigueaban las ratas. Si los negros y los blancos de la escolta no hacían escrúpulos a esta agua, Dolly, Jane, Godfrey, Zach Fren y Len Burkner esperaban con paciencia que Tom Marix hubiese hecho limpiar el pozo, quitar la costra de su superficie y cavar en la arena para extraer agua más pura. Entonces bebían, llenándose en seguida los toneles, que debían bastar hasta el próximo pozo.

Éste fue el viaje durante ocho días, del 10 al 17 de marzo, sin otro incidente, pero con un aumento de fatigas que no podía prolongarse. No se mejoraba el estado de los dos enfermos; por el contrario, había motivo

para temer un resultado funesto. Faltaban ya cinco camellos, y Tom Marix tropezaba con serias dificultades en lo referente al transporte.

El jefe de la escolta comenzaba a estar muy inquieto. Mistress Branican no lo estaba menos, aunque no lo aparentase. La primera en la marcha, la última en la parada, daba ejemplo del más extraordinario valor, unido a una confianza inalterable.

¡Qué sacrificios no hubiera hecho para evitar tardanzas, para abreviar aquel interminable viaje!

Un día preguntó a Tom Marix por qué no se dirigían directamente al curso superior del Fitz-Roy, donde, según los informes de los indígenas, habían acampado últimamente los indas.

—Ya he pensado en ello —respondió Tom Marix—, pero la cuestión del agua me sigue preocupando, mistress. Yendo hacia Joanna-Spring, debemos encontrar algunos pozos, ya indicados por el coronel Warburton.

—¿No los hay hacia el norte? —preguntó Dolly.

—Quizá, pero no estoy seguro. Y además, es preciso admitir la posibilidad de que estén secos, mientras que continuando nuestra marcha hacia el oeste hemos de llegar seguramente al río Okaover, donde hizo alto el coronel Warburton. Allí encontraremos, pues, agua corriente, con la que podremos rehacer nuestra provisión antes de llegar a la cuenca del Fitz-Roy.

—Pues así sea, Tom Marix —respondió mistress Branican—. Ya que es preciso, dirijámonos a Joanna-Spring.

Y así se hizo. Pero las fatigas de aquella parte del viaje fueron aún mayores que las que la caravana había soportado hasta entonces. Por más que ya estuviesen en el tercer mes del estío, la temperatura no bajaba, por término medio, de 40° centígrados a la sombra. Y por esta sombra entiéndase la de la noche, pues durante el día en vano se habría buscado ni una nube en el cielo, ni un árbol en la superficie de la llanura. La marcha sí hacía en medio de una atmósfera sofocante. Los pozos no contenían agua suficiente para las necesidades del personal. Apenas se hacían diez millas por etapa. Los peatones iban casi arrastrándose. Los cuidados de Dolly, auxiliad; por Jane y Harriett, bastante debilitada ya, no

bastaban para aliviarlos. Hubiera sido preciso detenerse, acampa: en alguna aldea, descansar durante largo tiempo, esperar que la temperatura fuese más benigna... Pero nada de esto era posible.

En la tarde del 17 de marzo, perecieron otros dos camellos de carga. Uno de ellos era precisamente de los que llevaban los objetos de cambio destinados a los indas. Tom Marix ordenó poner esta carga sobre otros camellos de silla, por lo que fue preciso desmontar a otros dos blancos de la escolta, que no se quejaron, y aceptaron sin decir palabra aquel exceso de sufrimiento, a diferencia de los negros, cuyas exclamaciones continuas causaban a Tom Marix los más serios enojos. ¿Acaso no podía temerse que el día menos pensado los negros abandonaran la caravana, no sin haberla saqueado antes...?

Por fin, en la noche del 19 de marzo, y junto a un pozo cuya agua estaba a seis pies de profundidad, la caravana se detuvo a unas cinco millas de Joanna-Spring. No había habido medio de alargar más allá la jornada.

La temperatura era pesadísima. El aire quemaba los pulmones como bocanadas de un horno. El cielo, muy puro, de un azul intenso, tal como el que aparece en las regiones del Mediterráneo en el momento de desencadenarse el mistral, ofrecía un aspecto amenazador.

Tom Marix lo contemplaba con aire de ansiedad, lo que no escapó a Zach Fren.

—Algo oléis —dijo este—, y alguna cosa que no...

—Sí, Zach —respondió Tom Marix—. Temo que tengamos un simún del estilo de los que barren los desiertos de África.

—¿Y si después... del viento... viene agua? —observó Zach Fren.

—De ninguna manera, Zach, la sequedad será aún mayor, y nadie sabe de lo que es capaz ese viento en el centro de Australia.

Aquella observación, por venir de un hombre tan experimentado, era natural que causara una profunda impresión a mistress Branican y a sus compañeros.

Se tomaron, pues, todas las precauciones adecuadas para evitar un cordonazo, según expresión familiar de los marinos. Eran las nueve de la

noche. Las tiendas no se habían armado, cosa por otra parte inútil, dado el calor de las noches. Después de haber apagado su sed con el agua de los toneles, cada uno tomó la parte de víveres que Tom Marix había hecho distribuir. Apenas si se pensaba en satisfacer el hambre. Lo que todos necesitaban era aire fresco; más que el estómago, sufrían los pulmones. Más provechoso les hubiese sido a aquellos infelices unas horas de sueño que unos bocados de comida. ¿Pero era posible dormir en una atmósfera tan ahogada y casi enrarecida?

Hasta medianoche no ocurrió nada de extraordinario. Tom Marix, Zach Fren y Godfrey velaban, turnándose. De cuando en cuando, observaban el horizonte hacia el norte. Aquel horizonte era de una claridad y de una pureza siniestras. La luna, puesta casi al mismo tiempo que el sol, desapareció tras las montañas arenosas del oeste. Centenares de estrellas se veían en torno de la Cruz del Sur, que brilla en el polo antártico del globo.

Un poco antes de las tres, aquella iluminación se desvaneció del firmamento. La llanura, de un horizonte a otro, quedó envuelta en un repentina oscuridad.

—¡Alerta...! ¡Alerta...! —gritó Tom Marix.

—¿Qué pasa? —preguntó mistress Branican, que se había levantado rápidamente.

Junto a ella, Jane y Harriett, Godfrey y Zach Fren trataban de encontrarse entre aquellas tinieblas. Las bestias, extendidas en el suelo, levantaban sus cabezas despavoridas y resoplando con espanto.

—Pero... ¿qué pasa? —volvió a preguntar mistress Branican.

—¡El simún! —respondió Tom Marix.

Y estas fueron las últimas palabras que pudieron oírse. Un gigantesco torbellino ocupó todo el espacio, apagando cualquier otro sonido, nublando la vista con espesas tinieblas...

Sí, aquello era el simún, como había dicho Tom Marix. Uno de esos súbitos huracanes que devastan los desiertos de Australia en grandes extensiones. Hacia el sur se levantó una nube azotando la llanura, una

nube formada, no sólo de arena, sino de ceniza arrancada de los terrenos calcinados por el sol.

Alrededor de la caravana, las dunas se movían como las olas del mar, rompiéndose, ya que no en agua, en impalpable polvo. Esto cegaba, ensordecía, ahogaba. Parecía que la llanura iba a nivelarse con aquella ráfaga al ras del suelo. De haber sido armadas las tiendas, no hubiese quedado de ellas ni un jirón.

Todos sentían que aquel irresistible torrente de aire y arena pesaba sobre ellos como lluvia de metralla. Godfrey tenía a Dolly cogida de las manos, por si este formidable ímpetu barría la caravana hacia el norte.

Así sucedió, en efecto, no había poder humano que resistiese el vendaval.

Durante aquel espantoso ciclón que duró una hora (tiempo suficiente para cambiar totalmente el aspecto de la llanura, desplazando las dunas y modificando el nivel del suelo), mistress Branican y sus compañeros, incluso los dos enfermos de la escolta, fueron arrastrados a una distancia de cuatro o cinco millas, levantándose para volver a caer, arrollados como fragmentos de hojas en medio de un torbellino. No podían ni verse ni oírse, y corrían el riesgo de no volverse a ver. De esta manera, llegaron cerca de Joanna-Spring, junto al Okaover-creek, en el momento en que, desenvuelto de las últimas brumas, empezaba el nuevo día bajo los rayos del sol de levante.

¿Estaban todos...? ¿Todos...? No.

Mistress Branican, Harriett, Godfrey, Jos Meritt, Gin-Ghi, Zach Fren, Tom Marix, los blancos cada uno en su puesto, y con ellos cuatro camellos de silla. ¡Pero los negros habían desaparecido...!, y también los veinte camellos restantes, los que llevaban los víveres y el rescate del capitán John...

Cuando Dolly llamó a Jane, esta no respondió.

Len y Jane Burker no estaban allí.

## XII. Últimos esfuerzos

La desaparición de los negros y de los camellos de silla y de los de carga colocaba a mistress Branican y a los que le permanecían fieles en una situación desesperada.

—¡Traición! Fue la primera palabra que se escapó de labios de Zach Fren y de Godfrey. En efecto, dadas las circunstancias en que se había efectuado la desaparición de aquella parte del personal, la traición era evidente. Tal fue también la opinión de Tom Marix, que había comprendido, a su vez, la funesta influencia ejercida por Len Burker sobre los indígenas de la escolta...

Dolly aún quería dudar. ¡No podía creer tanta doblez, tanta infamia!

—Quizás Len Burker ha sido arrastrado por el simún —dijo.

—¿Arrastrado precisamente con los negros y con los camellos que llevaban nuestros víveres? —observó Zach Fren.

—¿Y mi pobre Jane? —murmuró Dolly—. ¡Separada de mí sin haberlo yo notado!

—Len Burker no ha querido que se quedase cerca de vos... ¡Miserable! —dijo Zach Fren.

—¿Miserable...? ¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! —añadió Jos Meritt—. Si esto no es traición, que no encuentre yo nunca el sombrero histórico que...

Y después, volviéndose hacia el chino, le dijo:

—¿Qué pensáis de esto, Gin-Ghi?

—¡*Ayya!* Amo Jos. Pienso que hubiese sido mil y diez mil veces mejor no haber puesto nunca el pie en un país tan poco confortable.

—¡Quizá! —replicó Jos Meritt.

La traición era realmente tan manifiesta, que mistress Branican tuvo que rendirse a la evidencia, y se preguntaba:

—Pero ¿por qué me ha engañado? ¿Qué he hecho yo a Len Burker...? ¿Acaso no olvidé su pasado...? ¿No los acogí como mis parientes, a su desgraciada mujer y a él...? Y sin embargo, nos abandona... ¡nos deja sin recursos, robándome el precio de la libertad de John! Pero ¿por qué?

Nadie conocía el secreto de Len Burker, y nadie, por lo tanto, podía responder a mistress Branican. La única que hubiera podido revelar lo que sabía de los abominables proyectos de su marido era Jane, y no estaba allí.

En efecto, Len Burker acababa de poner en práctica un plan preparado durante largo tiempo, un plan que parecía tener todas las probabilidades de un buen éxito. Los negros de la escolta, bajo promesa de ser bien pagados, se prestaron fácilmente a sus proyectos. En el fragor de la tormenta, y mientras dos indígenas arrastraban a Jane, sin que fuese posible oír sus gritos, los otros se habían llevado hacia el norte los camellos dispersados alrededor de la caravana.

En medio de aquella profunda oscuridad, espesada por los torbellinos de polvo, nadie los había visto. Len Burker y sus cómplices, antes de amanecer, se encontraban a algunas millas al este de Joanna-Spring.

Separada Jane de Dolly, Len Burker no debía temer que su mujer, bajo el peso de los remordimientos, descubriese el secreto del nacimiento de Godfrey. Por otra parte, careciendo de víveres y medios de transporte, debía esperarse que mistress Branican y sus compañeros pereciesen en aquellas soledades del Great-Sandy-Desert.

En Joanna-Spring la caravana se encontraba a unas trescientas millas del Fitz-Roy. En tan largo trayecto, ¿cómo se las arreglaría Tom Marix para subvenir a las necesidades del personal, por reducido que fuese ahora?

El Okaover-creek es uno de los principales afluentes del río Grey, que desemboca en uno de los golfos de la Tierra de Witt, en el océano índico.

En las orillas de aquel río, nunca seco a pesar de los excesivos calores,

Tom Marix encontró las mismas arboledas, los mismos sitios elogiados con tanto entusiasmo por el coronel Warburton.

Verdor, aguas corrientes, después de las llanuras arenosas cubiertas de *spinifex*. ¡Qué feliz cambio! Pero si al llegar a aquel punto el coronel Warburton tenía casi asegurado el buen éxito de su expedición, puesto que no tenía más que volver a bajar al Okaover-creek hasta los establecimientos de Rockbonne, en el litoral, mistress Branican no podía decir lo mismo. Por el contrario, la situación iba a empeorar cuando atravesasen las áridas regiones que separan el Okaover del río Fitz-Roy.

De las cuarenta y tres personas que componían la caravana al salir de Alice-Spring, sólo quedaban veintidós: Dolly y la indígena Harriett, Zach Fren, Tom Marix, Godfrey, Jos Meritt, Gin-Ghi y los quince blancos de la escolta, dos de los cuales continuaban gravemente enfermos. Sólo les quedaban cuatro camellos, los demás se los había llevado Len Burker, entre ellos el macho que servía de guía y el que llevaba la *kibitka*. La bestia usada por Jos Meritt, cuyas buenas cualidades había este podido apreciar, tampoco estaba allí, lo que obligaba al inglés a viajar a pie, como su criado. En lo referente a víveres, sólo restaba un pequeño número de botes de conservas, encontrados en una caja que había dejado caer una de las camellas. No tenían harina, ni azúcar, ni café, ni té, ni sal, ni bebidas alcohólicas, ¡ni tampoco el botiquín de viaje! ¿Cómo curaría Dolly a los dos hombres consumidos por la fiebre? Esto era la desnudez absoluta en medio de un país que no ofrecía recurso alguno.

Al amanecer, mistress Branican pasó revista a su personal. Aquella valiente mujer conservaba su extraordinaria energía, y con sus palabras llegó a reanimar a sus compañeros, haciéndoles ver cercano el fin de todos sus trabajos.

El viaje se continuó en tan penosas condiciones, que nadie podía esperar un buen resultado. De los cuatro camellos que restaban, dos habían sido destinados a los enfermos, que no podían ser abandonados en Joanna-Spring, una de tantas estaciones inhabitadas de las que señala el coronel Warburton en su itinerario. Pero ¿tendrían aquellos infelices fuerzas para soportar el viaje hasta el Fitz-Roy, de donde quizás sería posible mandarles a algún punto de la costa...? Era dudoso, y el corazón de mistress Branican se destrozaba al pensar que habría que añadir otras dos víctimas más a las causadas por la catástrofe del *Franklin*...



Y, sin embargo, ¡Dolly no renunciaría a sus proyectos! ¡No suspendería sus investigaciones! Nada la detendría en el cumplimiento de su deber, ¡aunque se quedase sola!

Vadearon la orilla derecha del Okaover-creek, una milla hacia Joanna-Spring, y la caravana se dirigió después al nornordeste, con lo que Tom Marix esperaba llegar al Fitz-Roy, en el punto más próximo de la curva irregular trazada por este río, antes de desembocar en el golfo del Rey.

El calor era más soportable. Fue preciso insistir, casi ordenar, por parte de Tom Marix y Zach Fren, para que Dolly montase en uno de los camellos. Godfrey y Zach Fren andaban a buen paso, y también Jos Meritt, cuyas largas piernas tenían la rigidez de un par de zancos. Cuando mistress Branican le ofreció su montura, desechó el ofrecimiento diciendo:

—¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! El inglés siempre es inglés, mistress, pero el chino siempre es chino y no veo inconveniente en que hagáis esa proposición a Gin-Ghi... sólo que le prohíbo que acepte.

Así pues, Gin-Ghi iba a pie, aunque no sin quejarse, y pensando en las lejanas delicias de Sou-Tcheou, la ciudad adorada de los hijos del Celeste Imperio.

Del cuarto camello, unas veces se servía Tom Marix, otras veces Godfrey, cuando tenían que adelantarse a la caravana. La provisión de agua tomada en el Okaover-creek no tardaría en acabarse, y entonces sería preciso volver a la búsqueda de pozos, cuestión siempre de extraordinaria gravedad.

Al abandonar las orillas del Okaover-creek, se caminó hacia el norte, sobre una llanura ligeramente ondulada, donde apenas se veían dunas arenosas, y que se extendía hasta el límite del horizonte. Las matas de *spinifex* formaban grupos más apretados, y algunos arbustos amarillos por el otoño daban a la región un aspecto menos monótono. Tal vez un cambio favorable permitiese encontrar allí algo de caza. Tom Marix, Godfrey y Zach Fren, que no se separaban jamás de los fusiles y revólveres, afortunadamente conservados, sabrían hacer buen uso de ellos cuando llegase el caso, por más que las municiones debían gastarse con prudencia, por lo limitadas que eran.

Así continuó el viaje por algunos días, haciendo una etapa por la mañana y

otra por la tarde. El cauce de los *creeks* que surcaban estos terrenos estaba lleno de guijarros calcinados y hierbas sin color por la sequía. La arena no tenía la menor huella de humedad. Era, pues, necesario descubrir pozos, uno cada veinticuatro horas, puesto que carecían de toneles.

En busca de ellos lanzábase Godfrey a derecha e izquierda del itinerario, cuando creía encontrar la pista de alguno.

—Hijo mío —le recomendaba mistress Branican—. No hagas imprudencias, no te expongas...

—¿No exponerme cuando se trata de vos, mistress Dolly, de vos y del capitán John...? —respondió Godfrey.

Gracias a su adhesión, y al instinto que le guiaba, descubría algunos pozos, apartándose a veces muchas millas al sur.

Así, los sufrimientos de la sed, si no se extinguieron por completo, no fueron muy excesivos en aquella parte de la Tierra de Tasman, comprendida entre el Okaover-creek y el Fitz-Roy. Lo que ponía colmo a la fatiga era la insuficiencia de los medios de transporte, la escasez de víveres, reducidos a algunos restos de conservas, la falta de té y café, la privación de tabaco, tan penosa para la gente de la escolta, y la imposibilidad de añadir al agua casi salobre algunas gotas de alcohol. Después de dos horas de marcha, los más animosos caían, llenos de laxitud, de cansancio, de miseria.

Además, las bestias apenas encontraban alimento en aquella maleza que no les daba ni un tallo, ni una hoja comestible. Ya no había acacias enanas cuya resina, muy nutritiva, es buscada por los indígenas en época de escasez. Nada más que las espinas de las delgadas mimosas, entrelazadas con las matas de *spinifex*. Los camellos, con el cuello alargado, los riñones hinchados, arrastraban los pies, caían de rodillas, y sólo a costa de grandes esfuerzos se lograba levantarlos.

El 25 por la tarde, Tom Marix, Godfrey y Zach Fren pudieron proporcionarse algo de caza. Había pasado una bandada de pichones salvajes, que se escondían entre las matas de mimosas, poniéndose fuera de tiro rápidamente. Sin embargo, pudieron matar algunos. Aun cuando no hubiesen sido, como eran, una excelente caza, aquellos desgraciados

hambrientos los hubieran apreciado como la pieza más sabrosa. Los asaron en un fuego de raíces secas, y durante dos días Tom Marix pudo ir economizando las conservas.

Pero lo que podía servir de alimento a los hombres no lo era para los animales. En la mañana del 26, uno de los camellos que transportaba un enfermo cayó pesadamente en tierra. Hubo que abandonarlo en aquel sitio, por la imposibilidad de hacerlo andar.

Tom Marix lo remató de un balazo en la cabeza. Después, no queriendo desaprovechar aquella carne, que representaba muchos días de alimentación, aunque la bestia estaba excesivamente flaca por las muchas privaciones sufridas, la descuartizó según el método de los australianos.

Tom Marix no ignoraba que el camello podía ser utilizado entero y servir de alimento. Haciendo cocer los huesos y el pellejo en la única vasija que les quedaba, obtuvo un caldo, que fue muy bien recibido por aquellos desfallecidos estómagos. Los sesos, la lengua y las mandíbulas del animal, en trozos convenientemente preparados, formaron un alimento más sólido. La carne, cortada en estrechas lonjas y secada al sol, fue conservada, así como las patas, que forman la parte más sabrosa del camello. Era, sin embargo, de lamentar que faltase sal, porque con ella la carne se hubiera conservado más fácilmente.

El viaje continuó en estas condiciones a razón de algunas millas por día. Por desgracia, no mejoraba el estado de los enfermos, faltos de remedios y de cuidados. ¡Ah! No llegarían todos al fin al que tendían los esfuerzos de mistress Branican: al río Fitz-Roy, donde las penalidades acaso se atenuarían.

En efecto, el 28 y 29 de marzo los dos enfermos sucumbieron después de una prolongada agonía. Eran naturales de Adelaida: el uno tenía apenas veinticinco años, el otro, unos cuarenta. La muerte les cogió a los dos en el camino del desierto australiano.

¡Infelices! Eran los primeros que perecían en la empresa, y su muerte conmovió mucho a sus compañeros. ¿Acaso no les esperaba a todos la misma suerte, después de la traición de Len Burker, y abandonados en aquellos parajes, donde los mismos animales no podían vivir?

Y qué habría podido responder Zach Fren cuando Tom Marix le dijo:

—¡Dos hombres muertos por salvar a uno, sin contar los que aún sucumbirán...!

Mistress Branican dio rienda suelta a su dolor, en el que todos tomaron parte. Rezó por las dos víctimas, y se señalaron sus tumbas con una crucecita, que los ardores del clima harían polvo bien pronto.

La caravana volvió a ponerse en camino.

Los hombres más cansados montaban alternativamente en los tres camellos restantes, a fin de no ocasionar tardanza. Mistress Branican rehusó montar en ellos. Durante las paradas se utilizaba a estos animales, ya por Godfrey, ya por Tom Marix, para la búsqueda de pozos, puesto que no se encontraba un solo indígena que se prestara a facilitar informes respecto a este punto. Esto parecía indicar que las tribus se habían retirado hacia el nordeste de la Tierra de Tasman. Sería preciso, pues, buscar las huellas de los indas hasta el fondo del valle de Fitz-Roy, circunstancia penosa, que equivalía a alargar el viaje algunos cientos de millas.

Desde los comienzos de abril, Tom Marix notó que la provisión de conservas tocaba a su fin. Había, pues, necesidad de sacrificar uno de los tres camellos. De esta manera, asegurando los alimentos por algunos días, sería posible llegar al río Fitz-Roy, distante unas quince jornadas del sitio en que se encontraban.

Fue preciso resignarse a ello, y se eligió el animal que parecía menos vigoroso. Fue muerto, desollado y hecho lonjas. Éstas, después de cocidas y secas al sol, poseían cualidades muy nutritivas; el resto del animal, especialmente el corazón y el hígado, fue conservado cuidadosamente.

Entretanto, Godfrey mataba pichones silvestres a bandadas; débil contingente tratándose de proveer las necesidades de veinte personas. Tom Marix notó que las matas de acacias empezaban a aparecer sobre la llanura, siendo posible aprovechar sus granos previamente asados al fuego.

¡Sí! Ya era tiempo de llegar al valle de Fitz-Roy, donde encontrarían los recursos que en vano habían pedido a aquel ingrato país. Un retraso de

algunos días, y la mayor parte de esta pobre gente no tendría fuerzas para llegar.

El 5 de abril se habían agotado las provisiones, las conservas y la carne de camello. A algunos granos de acacia era a lo que mistress Branican y sus compañeros se veían reducidos.

Tom Marix dudaba en sacrificar los dos últimos camellos, pensando en el camino que aún faltaba recorrer. Sin embargo, era preciso decidirse, y decidirse aquella misma noche, porque nadie había comido desde hacía quince horas.

Mas he aquí que en el momento de la parada uno de los hombres corrió hacia él gritando:

—¡Tom Marix...! ¡Tom Marix...! Los dos camellos acaban de caer en tierra.

—Tratad de levantarlos —dijo Tom Marix.

—¡Imposible!

—Entonces, matadlos antes que...

—¡Matarlos! —respondió el hombre—. ¡Si se van a morir, si es que no se han muerto ya!

—¡Muertos...! —exclamó Tom Marix.

Y no pudo contener un grito de desesperación, porque una vez muertos, la carne de estos animales no sería comestible.

Seguido de mistress Branican, Godfrey, Zach Fren y Jos Meritt, Tom Marix se dirigió al sitio en que los camellos acababan de caer.

Allí, echados sobre el suelo, se agitaban convulsivamente, los músculos contraídos, la respiración anhelante. Iban a morir, pero no de muerte natural.

—¿Qué les ha pasado? —preguntó Dolly—. Esto no es la fatiga... no es el cansancio...

—No —respondió Tom Marix—. Temo que esto sea por efecto de alguna

hierba nociva.

—¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien! Yo sé lo que es —respondió Jos Meritt—. He visto esto en las provincias del este, en Queensland. Estos camellos han sido envenenados...

—¿Envenenados...? —exclamó Dolly.

—Sí, envenenados —respondió Tom Marix.

—Y bien —repuso Jos Meritt—. Puesto que no tenemos otro recurso, no hay más remedio que seguir el ejemplo de los caníbales... o morimos de hambre... ¿Qué queréis...? Cada país tiene sus costumbres, ¡y hay que amoldarse a ellas!

El *gentleman* decía esto con tal ironía que daba miedo verlo con los ojos hundidos y más delgado que nunca por la abstinencia.

Los dos camellos acababan de morir víctimas de la ponzoña, y esta ponzoña (Jos Meritt no se engañaba) era procedente de una ortiga venenosa, muy rara sin embargo, de las llanuras del noroeste: la *Moroides laportea*, que produce una especie de frambuesa, y cuyas hojas están guarnecidas de espinas. Su contacto causa dolores muy vivos y de gran duración. En cuanto al fruto, es mortal, si no se le combate con el jugo de la *Colocasia macrorhiza*, otra planta que se cría con frecuencia en los mismos terrenos que la ortiga venenosa.

El instinto, que impide a los animales tocar las plantas venenosas, aquella vez había sido vencido, y las dos bestias, no pudiendo resistir a la necesidad, devoraron aquellas ortigas, sucumbiendo entre horribles sufrimientos.

¿Qué sucedió en los dos días siguientes? Ni mistress Branican ni ninguno de sus compañeros guardó recuerdo de ello. Fue preciso abandonar los dos animales muertos, pues una hora después se hallaban en completa descomposición, ya que es muy rápido el efecto de este veneno vegetal. Después, la caravana, arrastrándose en dirección del Fitz-Roy, trataba de descubrir alguna señal que indicase la proximidad de la cuenca... ¿Podrían llegar todos...? No, y algunos de ellos pedían ya que se les matase allí mismo, a fin de evitar una agonía más espantosa... Mistress Branican iba de unos a otros tratando de reanimarlos, suplicándoles que

hiciesen un último esfuerzo... El fin no estaba lejos... Algunas jornadas más, las últimas... y encontrarían la salvación. Pero ¿qué podía obtener de aquellos infortunados?

En la noche del 8 de abril nadie tuvo fuerzas para establecer el campamento. Los desgraciados se arrastraban en tomo a los *spinifex* para mascullar sus hojas llenas de polvo. Ya no podían hablar... ya no podían ir más allá... Todos cayeron en aquella última parada.

Mistress Branican resistía aún. Godfrey, arrodillado junto a ella, la envolvía en una suprema mirada... llamándola ¡madre...!, ¡madre...! Como un hijo que suplica, a la que le ha dado el ser, que no le deje morir...

Y Dolly, de pie en medio de sus compañeros, recorría con la mirada el horizonte, gritando:

—¡John...! ¡John...!

Parecía que imploraba de este el último auxilio.

### **XIII. Entre los indas**

La tribu de los indas, compuesta de muchos centenares de indígenas entre hombres, mujeres y niños, ocupaba en aquel entonces las orillas del Fitz-Roy, a unas ciento cuarenta millas de su desembocadura. Estos indígenas volvían de las regiones de la Tierra de Tasman, cruzadas por el alto curso del río. Los azares de su vida nómada los habían llevado a veinticinco millas de aquella parte del desierto de Great-Sandy, donde la caravana había hecho su última parada después de un encadenamiento de desventuras que traspasaba el límite de las fuerzas humanas.

Con estos indas era con los que el capitán John y su segundo, Harry Felton, habían vivido durante nueve años. Con los sucesos que vamos a seguir se completará la verídica narración, hecha por Harry Felton en su lecho de muerte, respecto de lo acaecido en este período de nueve años.

No se habrá olvidado que desde el año 1875 al 1881 la tripulación del *Franklin* se había refugiado en una isla del océano Índico, la isla Browse, situada a unas doscientas cincuenta millas del cabo York-Sund, el punto más próximo del litoral que se extiende al noroeste del continente australiano. Dos de los marineros habían perecido durante la tormenta, y los doce restantes habían vivido en la mencionada isla, sin medio alguno de poderse repatriar, cuando una chalupa sin rumbo vino a encallar en aquella parte.

Queriendo el capitán John emplear aquella chalupa para la salvación de todos, la hizo preparar para alcanzar la tierra australiana, avituallándola para una travesía de algunas semanas. Pero como la chalupa no podía contener más que siete pasajeros, embarcáronse en ella el capitán John y Harry Felton con cinco marineros, dejando a los otros cinco en la isla Browse, donde esperarían el barco que les habría de recoger. Se sabe también cómo aquellos infortunados sucumbieron antes de haber sido recogidos, y en qué circunstancias el capitán Ellis encontró sus restos en la segunda campaña del *Dolly-Hope* en el año 1883.

Después de una peligrosa travesía por entre aquellos terribles parajes del



océano Índico, la chalupa abordó en el continente, a la altura del cabo Lévéque, y llegó a penetrar en el golfo en que desemboca el río Fitz-Roy. Pero la mala suerte del capitán John hizo que fuesen atacados por los indígenas, ataque durante el cual cuatro de los hombres fueron muertos defendiéndose.

Aquellos indígenas, que pertenecían a la tribu de los indas, llevaron hacia el interior al capitán, al segundo, Harry Felton, y al último marinero escapado de la matanza. Éste, malherido, no debía curarse de sus heridas, y algunas semanas más tarde John Branican y Harry Felton eran los únicos supervivientes de la catástrofe del *Franklin*.

Entonces comenzó para ellos una nueva existencia, seriamente amenazada durante los primeros días. Ya se ha dicho que estos indas, así como las demás tribus errantes o sedentarias de la Australia septentrional, son sanguinarias y terribles. Matan despiadadamente y devoran los prisioneros que hacen en las guerras incesantes de unas tribus con otras. No hay costumbre más profundamente arraigada que el canibalismo entre estos aborígenes, verdaderas bestias feroces.

¿Por qué el capitán John y Harry Felton se libraron de ella? Por las siguientes circunstancias.

No se ignora que entre los indígenas del litoral y del interior, el estado de guerra se transmite de generación en generación. Los sedentarios se atacan de aldea en aldea, se destruyen, y se reparten los prisioneros que hacen. Entre los nómadas hay las mismas costumbres: se persiguen de campamento en campamento, acabando la victoria con espantosas escenas de antropofagia.

Estas masacres producirán inevitablemente la destrucción de la raza australiana, con tanta eficacia como los procedimientos anglosajones, por más que en determinadas circunstancias estos procedimientos hayan sido de una barbarie inconcebible. ¿Cómo calificar de otra manera semejantes actos? Los negros, cazados por los blancos como piezas, con todos los refinamientos que puede procurar esta clase de deporte; los incendios, propagados por todas partes con el fin de que los habitantes no se libren ni en los *gunyos* que les sirven de habitación. Los conquistadores han llegado a utilizar la estricnina, lo que permitía obtener una destrucción más rápida. Así ha podido citarse aquella frase escapada de la pluma de un colono australiano: «A todos los hombres que encuentro en mis campos

los mato a tiros, porque son asesinos; a todas las mujeres, porque dan al mundo asesinos, y a todos los hijos, porque llegarán a ser asesinos».

Se comprende, pues, el odio que los australianos sienten por sus verdugos, odio conservado por atavismo. Es raro que los blancos que caen entre sus manos no sean sacrificados sin piedad. ¿Por qué los naufragos del *Franklin* habían sido perdonados por los indas?

Muy probablemente, el marinero hubiera sufrido la misma suerte, de no morir a poco de haber caído prisionero. Mas el jefe de la tribu, un indígena llamado Willi, por sus relaciones con los colonos del litoral, comprendió desde el primer momento que el capitán John y Harry Felton eran dos oficiales, de los que podía sacar doble partido. En su calidad de guerrero, Willi podía poner a contribución los talentos de entrambos para su provecho en sus luchas con las otras tribus; como negociante, veía en ellos la manera de hacer un buen negocio, devolviéndoles su libertad a cambio de un pingüe rescate. Ambos, pues, salvaron su vida, pero tuvieron que acomodarse a aquella existencia de los nómadas, tanto más penosa cuanto que los indas les sometían a una incesante vigilancia. Con centinelas de vista día y noche no podían alejarse de los campamentos, y en vano habían intentado evadirse dos o tres veces, lo que casi les costó la vida.

En los incesantes encuentros de unas tribus con otras, tenían que intervenir, por lo menos, en sus consejos, consejos realmente valiosos, y de los que Willi supo aprovecharse, pues desde entonces siempre tuvo la victoria asegurada. Gracias a sus éxitos, aquella tribu era actualmente una de las más poderosas de las que frecuentan los diversos territorios de la Australia occidental.

Las poblaciones del noroeste tienen su origen en la mezcla de australianos e indígenas de la Papuasía. A imitación de sus congéneres, los indas llevan los cabellos largos y rizados; el color de su tez es menos oscuro que el de los indígenas de las provincias meridionales, que forman una raza más vigorosa; su estatura es menos elevada, manteniéndose el término medio en 1,30 m. Los hombres están físicamente mejor constituidos que las mujeres; su frente es un poco huidiza, con los arcos superciliares muy pronunciados, lo que es signo de inteligencia, si hay que creer a los etnólogos; sus ojos, cuyo iris es oscuro, tienen una brillante pupila; sus cabellos, de color muy oscuro, no son rizados como los de los negros africanos; su cráneo es poco voluminoso, la naturaleza no ha prodigado en

ellos, generosamente, la materia cerebral. Se les llama negros, aunque no son de un negro nubio: son *achocolatados*, si es permitido introducir esta palabra, que da una idea exacta de su color general.

El negro australiano se halla dotado de un olfato extraordinario, que rivaliza con el de los mejores perros de caza. Reconoce las huellas de una persona o de un animal husmeando u olfateando las matas y los abrojos. Su nervio auditivo es también de una sensibilidad extrema, y puede percibir hasta el ruido de las hormigas al trabajar en el fondo del hormiguero. Podrían ser colocados, sin cometer injusticia, en el orden de los trepadores, porque no hay gomero, por alto y liso que sea, a cuya cima no suban, sirviéndose de una caña de rota, o caña de Indias, flexible, que llaman *kamin*, y gracias a la conformación ligeramente prensil de los dedos de sus pies.

Como hemos anotado anteriormente, al tratar de los indígenas del río Finke, la mujer australiana envejece pronto, y apenas llega a los cuarenta años, mientras que los hombres, en alguna parte de Queensland, mueren a los cincuenta. Aquellas desgraciadas criaturas tienen por misión las más rudas faenas del hogar; son esclavas sometidas al yugo de amos de extraordinaria crueldad. Están obligadas a llevar los fardos, los utensilios, las armas, a buscar las raíces comestibles, los lagartos, las lombrices, las serpientes, que sirven de alimento a la tribu. Pero lo que no se ha dicho es que educan con esmero a sus hijos, algo descuidados por los padres; y allí un hijo es una carga para su madre, impidiéndole dedicarse a las atenciones de aquella vida nómada, cuya responsabilidad cae sobre ella. Así pues, en determinadas hordas, algunos negros obligan a sus mujeres a cortarse los pechos, con el fin de imposibilitarlas para criar.

Y sin embargo (costumbre horrible y que parece estar en desacuerdo con la precaución tomada para disminuir la población), aquellos tiernos seres, en tiempo de escasez, son devorados, en diversas tribus indígenas, donde el canibalismo ha llegado al último extremo.

Para los negros australianos (apenas dignos de pertenecer a la humanidad), la vida está concentrada en un acto único: *ammeri*. Esta palabra se repite mucho entre ellos, y significa hambre. El movimiento más habitual de estos salvajes consiste en golpearse el vientre, vacío con frecuencia. En estos países, sin caza y sin cultivo, se come a cualquier hora del día o de la noche, siempre que hay ocasión, con el constante aguijón de un ayuno próximo y prolongado. Y, en efecto, ¿de qué pueden

alimentarse estos indígenas, los más míseros de cuantos la naturaleza ha diseminado por el mundo? De una especie de grosera torta, llamada *dampier*, hecha de trigo sin levadura y cocida, no al horno, sino bajo cenizas ardientes; de miel que recolectan a veces, tirando el árbol en cuya cima forman las abejas su colmena; de *kadjerah*, especie de potaje blanco, que obtienen machacando los frutos de la palmera venenosa, cuya ponzoña extraen después mediante una delicada manipulación; de huevos de gallinas de selva, esparcidos por el suelo y que el calor del sol incuba artificialmente; de palomas propias de Australia, que cuelgan sus nidos en la extremidad de las ramas de los árboles. También utilizan algunas larvas de coleópteros: unas recogidas entre el ramaje de las acacias; otras sacadas del suelo entre leña podrida, que amontonan en ciertos sitios.

Y esto es todo. He aquí por qué en aquella lucha por la existencia, hora a hora, se explica el canibalismo con todas sus odiosas monstruosidades. No indica, pues, una ferocidad innata; es la consecuencia de una necesidad imperiosa la que empuja al negro australiano a satisfacerla cuando se muere de hambre. ¿Qué ha de pasar en tales condiciones?

En la parte interior del río Murray, en los pueblos de la región del norte, hay costumbre de matar a los niños para repartírselos; y también suele cortarse a la madre una falange por cada niño que tiene que entregar a estos festines de antropófagos. Un detalle espantoso: en caso de gran necesidad, y no teniendo nada que comer, la madre llega hasta devorar al tierno ser salido de sus entrañas. Los viajeros han oído a estos desgraciados hablar de esta abominación como del acto más natural.

Sin embargo, no es únicamente el hambre lo que lanza a los australianos al canibalismo; tienen una afición muy pronunciada por la carne humana, carne que llaman *talgoro*, «la carne que habla», según una de sus expresiones, de espantoso realismo. También se dedican a cazar hombres fuera de su tribu. Merced a sus guerras incesantes, sus expediciones no tienen otro fin que procurarse *talgoro*, tanto la que comen fresca, recién muerta, como la que ponen en conserva. He aquí lo que afirma el doctor Cari Lumholtz: durante un atrevido viaje por las provincias del nordeste, los negros de su escolta no cesaban de tratar la cuestión del alimento, diciendo «para los australianos no vale nada la carne humana». Esto era refiriéndose a la carne de los blancos, porque le encuentran un gusto salado muy desagradable.

Hay, además, otros motivos que predisponen a estas tribus a destruirse

unas a otras. Los australianos son excesivamente crédulos. Tiemblan a la voz del *kwi'ngan'*, el mal espíritu que corre por los campos y frecuenta las gargantas de las montañas, aunque aquella voz no sea más que el canto melancólico de una hermosa ave, uno de los más curiosos ejemplares de la ornitología australiana. Aunque admiten la existencia de un ser superior y malo, según los viajeros más autorizados, jamás un indígena hace una plegaria, y en ninguna parte se encuentran vestigios de prácticas religiosas.

En realidad, son muy supersticiosos, y, como tienen la creencia de que sus enemigos pueden hacerles morir por medio de sortilegios, se apresuran a matarlos; lo que, unido a sus hábitos de canibalismo, somete a estas regiones a un régimen de destrucción sin límites.

Los australianos tienen respeto a los muertos. No los ponen en contacto con la tierra; rodean sus cuerpos de hojarasca o cortezas, y los depositan en fosas poco profundas, con los pies en dirección a levante, a menos que no los entierren de pie, como se practica en algunas tribus. La tumba de un jefe se recubre con una choza, cuya entrada está orientada hacia el este. Hay que añadir que entre los menos salvajes se advierte esta extraña creencia: que los muertos deben renacer bajo la forma de hombres blancos, y, siguiendo la observación de Cari Lumholtz, la lengua del país usa la misma palabra para designar *el alma* y *el hombre de color blanco*. Según otra superstición indígena, los animales han sido anteriormente criaturas humanas, lo cual viene a ser la teoría de la metempsicosis invertida.

Así son las tribus del continente australiano, destinadas, sin duda, a desaparecer un día, como han desaparecido los habitantes de Tasmania. Así eran los indas en cuyas manos habían caído John Branican y Harry Felton.

Después de la muerte del marinero, John Branican y Harry Felton habían seguido a los indas en sus continuas peregrinaciones a través de las regiones del centro y del noroeste. Tan pronto atacando como defendiéndose, la tribu de los indas obtenía notoria superioridad sobre sus enemigos, merced a los consejos de sus prisioneros, tenidos muy en cuenta por Willi. Atravesaron cientos de millas desde el golfo del Rey hasta el de Van Diemen, entre el valle de Fitz-Roy y el de Victoria, llegando a las llanuras de la Tierra Alexandra. De esta manera, el capitán John y su segundo cruzaron regiones desconocidas para los geógrafos, en blanco aún en los mapas modernos, al este de la Tierra de Tasman, de la de

Arnheim y de los territorios del desierto de Great-Sandy.

Los indas no parecían preocuparse mucho de las penalidades de tan interminables viajes. Es su costumbre vivir así, sin cuidarse de distancias ni de tiempo, cuyas nociones apenas tienen. Así es que, por ejemplo, se trata de un acontecimiento que debe efectuarse a los cinco o seis meses, y el indígena dice de muy buena fe que sucederá a los dos o tres días, o en la semana próxima. Ignoran la edad y la hora. Diríase que el australiano es una especie sin clasificar en la escala general, como lo son ciertos animales de su país.

A estas costumbres tuvieron que conformarse John Branican y Harry Felton, sufriendo las fatigas, debidas a las continuas mudanzas de un punto a otro. Tenían que contentarse con un alimento, escaso algunas veces, repugnante siempre, y esto sin mencionar las espantosas escenas de canibalismo, cuyos horrores no pudieron evitar nunca, después de las terribles batallas en que caían los enemigos por centenares.

Sometiéndose de este modo, la intención de John Branican y su segundo era la de atenuar la vigilancia de la tribu, a fin de huir en cuanto la ocasión se presentase. Y sin embargo, ya se ha visto, por lo que se refiere a Harry Felton, las penalidades anejas a una evasión a través de los desiertos del noroeste. Pero ambos prisioneros eran vigilados muy de cerca. Las ocasiones de huir fueron tan raras, que en el transcurso de nueve años apenas pudieron intentar aprovechar alguna. Una sola vez (el año antes de la expedición de mistress Branican a Australia) la evasión hubiera podido alcanzar un feliz éxito. He aquí en qué circunstancias.

Después de algunos combates con las tribus del interior, los indas acamparon a orillas del lago Amedee, al suroeste de la Tierra Alexandra. Era extraño que se hubiesen internado tanto en el centro del continente. El capitán John y Harry Felton, sabiendo que no estaban más que a trescientas millas del Overland-Telegraf-Line, vieron allí una ocasión favorable para sus proyectos, y resolvieron aprovecharla. Después de reflexionarlo, les pareció conveniente huir por separado, sin perjuicio de reunirse algunas millas más allá del campamento. Burlada la vigilancia de los indígenas, Harry Felton llegó felizmente al sitio en que debía esperar a su compañero. Desgraciadamente, John acababa de ser llamado por Willi para que le curase una herida recibida en el último encuentro. John no pudo, pues, huir, y Harry Felton le esperó en vano durante algunos días... Entonces pensó que si conseguía llegar a una de las poblaciones del

interior o del litoral, podría organizar una expedición con objeto de libertar a su capitán. Dirigióse, pues, al sudeste. Pero fueron tales las fatigas, privaciones y penalidades que tuvo que sufrir, que cuatro meses después de su huida fue a caer moribundo a las orillas del Parra, en el distrito de Ulakarara, en la Nueva Gales del Sur. Transportado al hospital de Sidney, languideció durante muchas semanas, y al fin, como sabemos, murió, no sin haber dicho antes a mistress Branican cuanto concernía al capitán John.

¡Terrible prueba para John no tener ya a su compañero junto a él! Sometiéndose de este modo, fue preciso que su energía moral se hallase a la altura de su energía física, para no entregarse a la desesperación. ¿A quién hablaría entonces de lo que le era tan querido, de su país, de San Diego, de los adorados seres que estaban tan distantes, de su valerosa mujer, de su hijo Wat, que crecía lejos de él, y que tal vez nunca le conocería, de mister William Andrew, de todos sus amigos íntimos...? Nueve años ya que John era prisionero de los indas... ¿Y cuántos transcurrirían antes de que recobrase la libertad? Sin embargo, no perdió la esperanza. Sosteníale la idea de que si Harry Felton lograba entrar en una de las ciudades del litoral australiano, haría cuanto humanamente fuese posible para libertarle...

Al principio de su cautiverio, John había aprendido la lengua indígena, que, por su dialéctica, precisión de sus términos y delicadeza de sus frases, parece indicar que los australianos han gozado en otros tiempos de cierta civilización. Varias veces había conversado con Willi sobre las ventajas que le proporcionaría dar libertad a sus prisioneros para que volvieran a Queensland o a la Australia meridional, desde donde podrían enviarle el rescate que exigiera. Pero Willi, desconfiado por temperamento, no quiso oír nada respecto al particular. Cuando el rescate llegase, devolvería la libertad al capitán John y a su segundo. Jamás había querido consentir conformarse con sus promesas, pues juzgaba a todos por lo que él era.

La evasión de Harry Felton, que le causó violenta furia, tornó a Willi más severo aún respecto al capitán John; prohibióle ir y venir durante las marchas o las paradas, y este tuvo que sufrir la vigilancia de un indígena, que respondía, con su cabeza, del prisionero.

Transcurrieron muchos meses sin que este último supiera nada de su compañero. ¿No era, pues, verosímil que este hubiera sucumbido en su huida? Y si el fugitivo había logrado llegar a Queensland o a la provincia

de Adelaida, ¿cómo no hacía alguna tentativa para arrancarle de manos de los indas?

Durante el primer trimestre del año 1891 (es decir, al comienzo del estío australiano), la tribu fue al valle del Fitz-Roy, donde Willi tenía la costumbre de pasar la parte más rigurosa de la estación, y donde encontraba los recursos necesarios para su tribu.

Allí estaban los indas en los primeros días de abril, acampados en un recodo del río, en la desembocadura de un pequeño afluente que bajaba de las llanuras del norte.

Desde que la tribu se fijó en este sitio, el capitán John, no ignorando que se hallaba más cerca del litoral, había pensado en llegar a él. Si lo conseguía, acaso no le fuese imposible refugiarse en algún punto más al sur, hacia el sitio donde el coronel Warburton dio por terminado su viaje.

John estaba decidido a arriesgarlo todo, hasta la vida, para concluir con aquella odiosa existencia.

Desgraciadamente, una modificación en los proyectos de los indas vino a desbaratar los planes y esperanzas que el prisionero había concebido. En la segunda quincena de abril, vio que Willi se preparaba a partir con objeto de trasladar su campamento de invierno a la parte superior del río.

¿Qué había pasado? ¿Cómo se explicaba aquel cambio en las costumbres de la tribu?

El capitán John logró saberlo, aunque no sin esfuerzo: se había tratado de remontar el curso del río hacia el este, porque la policía negra acababa de presentarse en el curso inferior del Fitz-Roy.

No se habrá olvidado lo que Tom Marix había dicho respecto a aquella policía negra, que después de las revelaciones hechas por Harry Felton en lo que se refería al capitán John, había recibido orden de dirigirse hacia los territorios del noroeste.

Tal fuerza, muy temida por los indígenas, despliega en su persecución un encarnizamiento, del que no se puede tener idea. Está mandada por un capitán o *mani*, que tiene a sus órdenes un sargento, treinta agentes blancos y ochenta negros, montados sobre buenos caballos y armados de



fusiles, sables y pistolas. Esta institución, conocida con el nombre de *native pólíce*, basta para garantizar la seguridad de los habitantes de las regiones que visita en diversas épocas. Despiadada en la represión que ejerce sobre los indígenas, si es vituperada por unos en nombre de la humanidad, es alabada por otros en nombre de la seguridad pública. El servicio que hace es muy activo, pues su personal se traslada con extraordinaria rapidez de un punto a otro del territorio. He aquí por qué las tribus nómadas temen encontrarlos, y por qué Willi, habiendo sabido que estaba en las cercanías, se disponía a remontar el curso del Fitz-Roy.

Pero lo que constituía un peligro para los indas podía ser la salvación para el capitán John. Si conseguía unirse a un destacamento de esta policía, su libertad estaba asegurada, su repatriación sería un hecho. ¿Le sería posible burlar la vigilancia de los indígenas al levantar estos el campamento?

Había motivos para creer que Willi comprendía los proyectos de su prisionero, puesto que en la mañana del 2 de abril no se abrió a la hora habitual la puerta de la choza donde John estaba encerrado. Junto a la choza había un centinela. John le dirigió algunas preguntas, sin obtener respuesta. Cuando pidió ser conducido ante Willi, su pretensión fue denegada, sin que tampoco recibiera la visita del jefe.

¿Qué pasaba, pues? ¿Los indas hacían a toda prisa sus preparativos para levantar el campamento? Era probable... John les oía ir y venir tumultuosamente en torno a su choza, donde Willi le mandó algunos alimentos.

Pasaron dos días sin que se produjese cambio alguno en su situación. El prisionero continuaba siendo vigilado de cerca. Mas, en la noche del 22 al 23 de abril, notó que el ruido había cesado, y preguntóse si acaso los indas habrían abandonado definitivamente el campamento del Fitz-Roy.

Al amanecer del día siguiente abrióse bruscamente la puerta de la choza.

No fue un negro, sino un blanco, el que apareció ante el capitán John. Era Len Burker.

## **XIV. El plan de Len Burkner**

Treinta y dos días habían transcurrido desde que Len Burkner se había separado de mistress Branican y sus compañeros, en la noche del 22 al 23 de marzo. Aquel simún, tan terrible para la caravana, le había dado ocasión para ejecutar sus proyectos. Arrastrando a Jane, y seguido de los negros de la escolta, había lanzado delante de él los camellos útiles, y entre ellos los que conducían el rescate del capitán John.

Hallábase, pues, Len Burkner en condiciones más favorables que Dolly para llegar junto a los indas, en el valle surcado por el Fitz-Roy. Ya en su anterior vida errante había tenido frecuentes relaciones con los australianos nómadas, cuya vida y costumbres conocía. El rescate robado le aseguraba una buena acogida por parte de Willi. Una vez libertado, el capitán John estaría en su poder, y entonces...

Después de abandonar la caravana, Len Burkner tomó la dirección noroeste, y al rayar el día sus compañeros y él se hallaban a muchas millas de distancia.

Entonces Jane quiso suplicar a su marido que no abandonase a Dolly y a sus compañeros en medio del desierto, hacerle ver que todo aquello era un crimen más, añadido al que cometió con el nacimiento de Godfrey, suplicarle que borrara su pasado devolviendo el hijo a la madre, y secundando los esfuerzos de esta para encontrar al capitán John... Pero todo fue en vano. Nadie conseguiría que Len Burkner abandonase sus proyectos cuando faltaban tan pocos días para realizarlos. Dolly y Godfrey muertos de hambre, John Branican desaparecido, la herencia de Starter pasaría a manos de Jane, es decir, a las suyas... ¡Ah! ¡Ya daría Len buena cuenta de aquellos millones!

Nada había que esperar de este miserable. Impuso silencio a su mujer, precisada a doblegarse ante sus amenazas, con la certeza de que, de no serle necesaria como le era, Len ya la hubiera abandonado. ¿Y cómo pensar en huir y unirse a la caravana? Sola, ¿qué le sucedería? Además, dos de los negros tenían orden de vigilarla.

No hay para qué insistir sobre los incidentes del viaje de Len Burkner. Ni bestias ni víveres le faltaban, y pudo, por lo tanto, llegar sin grandes dificultades al Fitz-Roy, contando con gente acostumbrada a aquellas jornadas, y menos fatigada, por lo tanto, que los blancos en lo que llevaban de viaje.

A los diecisiete días, el 8 de abril, es decir, el mismo día en que mistress Branican y sus compañeros caían en su última parada, Len Burkner pudo alcanzar la orilla izquierda del río.

Allí encontró a algunos indígenas que le dieron informes sobre el actual paradero de los indas. Sabiendo que la tribu había seguido hacia el oeste del valle, resolvió tomar la misma dirección, a fin de verse con Willi.

El camino no ofrecía dificultad alguna. Durante el mes de abril, en la Australia septentrional, el clima es menos riguroso, por hallarse a menor latitud. Era evidente que si la caravana de mistress Branican hubiese podido llegar al Fitz-Roy, encontraría el fin de sus fatigas. Algunos días después hubiera podido entrar en comunicación con los indas, pues apenas separaban ochenta y cinco millas a John de Dolly.

Al tener Len Burkner la certeza de que no distaba más que dos o tres jornadas del punto al que se dirigía, resolvió detenerse, porque, de llevar a Jane con él en presencia del capitán John, corría el riesgo de ser denunciado por ella. Acampó, pues, en la orilla izquierda, y allí dejó a Jane al cuidado de dos negros, sin hacer caso de las súplicas de la desventurada.

Él continuó, seguido por sus compañeros, hacia el oeste, llevando los camellos de silla y los dos que conducían los objetos del rescate.

El 20 de abril, Len encontró a la tribu, cuando los indas se mostraban tan inquietos por la aparición de la policía negra, a diez millas más abajo. Willi entonces se preparaba a abandonar su campamento y buscar refugio en las altas regiones de la Tierra de Arnheim, que pertenece a la Australia septentrional.

John había sido encerrado en la choza, bajo las órdenes de Willi, y con el objeto de evitar toda tentativa de huida. Nada, pues, podía saber de las relaciones que iban a establecerse entre Len Burkner y el jefe de los indas.

Estas negociaciones se efectuaron sin dificultad. Len Burker conocía de antes a Willi, y no hubo más que tratar de la cuestión del rescate del capitán John.

Willi se mostró muy dispuesto a entregar a su prisionero a aquel precio. El ofrecimiento que le hizo Len Burker de telas, juguetes y tabaco le impresionó favorablemente. Sin embargo, como negociante avisado, hizo constar que no se separaría sin pena de un cautivo tan importante como el capitán John, que tantos años había vivido en la tribu, que tantos servicios le había prestado, etc. Sabía, además, que el capitán era americano, y que se había formado una expedición para libertarlo... A esto, Len Burker dijo que él era precisamente el jefe de la expedición. Después, cuando Willi le manifestó los temores que tenía por la aparición de la policía negra en la parte inferior del Fitz-Roy, aprovechó aquella circunstancia para cerrar el trato sin tardanza. Mucho le importaba que nadie se enterase de la libertad del capitán, y alejándose los indas, había toda clase de probabilidades de que sus tratos permaneciesen ignorados. La desaparición definitiva de John Branican no podría serle imputada si las gentes de su escolta callaban y si él sabía asegurar ese silencio.

Aceptado el rescate por Willi, se terminó el negocio el 22 de abril. Aquella misma noche, los indas abandonaron su campamento.

He aquí lo que había hecho Len Burker, he aquí cómo había llegado a su fin, y ahora se verá el partido que pensaba sacar de aquella situación.

Ya sabemos que el 23, hacia las ocho de la mañana, el capitán John se hallaba en presencia de Len Burker.

Catorce años habían transcurrido desde el día en que el capitán había estrechado por última vez la mano de Len al zarpar el *Franklin* del puerto de San Diego. El capitán no reconoció a Len Burker, pero este se asombró de lo relativamente poco que el primero había cambiado. Algo envejecido estaba, pero menos de lo que podía esperarse después de su larga permanencia entre los indígenas; aún conservaba sus enérgicas facciones y el fuego de su resuelta mirada no se había extinguido. Sin embargo, su espesa cabellera era blanca. Permanecía robusto y fuerte. John, mejor que Harry Felton quizás, hubiera resistido las fatigas inherentes a una evasión a través de los desiertos de Australia, fatigas que su compañero no había podido resistir y había sucumbido.

Al ver a Len Burkner, el capitán retrocedió. Era la primera vez que se encontraba frente a un blanco desde que era prisionero de los indas. La primera vez que un extranjero le iba a dirigir la palabra.

—¿Quién sois? —le preguntó.

—Un americano de San Diego.

—¿De San Diego...?

—Soy Len Burkner...

—¡Vos...!

Y el capitán John se dirigió hacia Len Burkner y le oprimió entre sus brazos. ¿Aquel hombre era Len Burkner...? ¡No... no era posible! Aquello era una ilusión... John había oído mal... Estaba bajo la influencia de una alucinación... Len Burkner... El marido de Jane...

En aquel momento, el capitán John no pensaba en la antipatía que en otro tiempo le inspiraba aquel hombre, del que tan justamente había desconfiado.

—¡Len Burkner! —repitió.

—Él mismo, John.

—¿Aquí... en este sitio...? ¿También vos habéis sido hecho prisionero...?

¿Cómo John podía explicarse, si no, la presencia de Len Burkner en el campamento de los indas?

—No, John —se apresuró a responder Len Burkner—. He venido a tratar de vuestro rescate con el jefe de la tribu... a libertaros...

—¡A libertarme! —exclamó John, que sólo con un violento esfuerzo pudo dominarse. Le parecía que se iba a volver loco.

Cuando fue dueño de sí mismo, sintió impulsos de lanzarse fuera de la choza... No se atrevía... Len Burkner le había hablado de su libertad... ¿Pero era cierto...? ¿Estaba libre...? ¿Y Willi...? ¿Y los indas...?

—Hablad, Len, hablad —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho como si temiera que este estallase.

Entonces Len Burkner, fiel a su plan de no decir más que una parte de las cosas y atribuirse todo el mérito de aquella campaña, iba a empezar su narración, cuando John, con una voz estrangulada por la emoción, clamó:

—¿Y Dolly...?

—Vive, John.

—¿Y mi hijo Wat...?

—Los dos viven... Los dos están en San Diego...

—¡Mi mujer! ¡Mi hijo! —murmuró John cuyos ojos se inundaron de lágrimas.

Después añadió:

—Ahora, hablad... Len... hablad... ¡Tengo fuerzas para oíros!

Len Burkner, mirándole cara a cara, le dijo:

—John, hace algunos años, cuando ya nadie podía poner en duda la pérdida del *Franklin*, mi mujer y yo tuvimos que salir de San Diego, y aun de América. Graves asuntos me llamaban a Australia, y me dirigí a Sidney, donde fundé una oficina. Desde nuestra partida, Jane y Dolly estuvieron en continua correspondencia, pues ya sabéis el cariño que las une, afecto que ni el tiempo ni la distancia podrían borrar...

—Sí... lo sé —respondió John— se querían entrañablemente, y la separación ha debido serles cruel.

—Muy cruel, John —repuso Len Burkner—. Mas después de algunos años, llegó el día en que la separación iba a terminar. Hará unos once meses nos dispusimos a volver a San Diego, cuando una inesperada noticia impidió nuestra partida. Acababa de saberse lo que le había sucedido al *Franklin*, y en qué paraje se había perdido, esparciéndose también el rumor de que el único sobreviviente del naufragio había caído prisionero de una tribu australiana... y que ese hombre erais vos...

—Pero ¿cómo ha podido saberse eso, Len...? ¿Acaso Harry Felton...?

—Sí, la noticia procedía de Harry Felton. Casi al término de su viaje, vuestro compañero fue recogido a orillas del Parru, al sur de Queensland, y conducido a Sidney...

—¡Harry...! ¡Intrépido Harry...! —exclamó el capitán John...—. Ya sabía yo que no me olvidaría. ¿Al llegar a Sidney, organizaría una expedición...?

—Murió —respondió Len Burker—, murió por efecto de las fatigas que había experimentado.

—¡Muerto...! —repitió John—. ¡Muerto Harry Felton...! ¡Dios mío...! ¡Harry...! ¡Harry!

Y abundantes lágrimas brotaron de sus ojos.

—Pero antes de morir —continuó Len Burker—, Harry Felton pudo referir los sucesos que siguieron a la catástrofe del *Franklin*. El naufragio en los arrecifes de la isla Browse, cómo habíais llegado al oeste del continente... Yo mismo, a su cabecera, lo oí todo de sus labios... ¡Todo...! Después, sus ojos se cerraron, mientras pronunciaba vuestro nombre...

—¡Harry...! ¡Mi pobre Harry...! —murmuraba John pensando en los trabajos que había pasado aquel hombre al que no podría ver nunca más.

—John, la pérdida del *Franklin*, del que hacía catorce años no se tenían noticias, tuvo mucha resonancia. Juzgad del efecto que produjo la noticia de que vivíais... y de que Harry Felton os dejó algunos meses antes en poder de una tribu del norte... Telegrafíé inmediatamente a Dolly participándole que iba a ponerme inmediatamente en camino con el fin de obtener vuestra libertad, que, según las manifestaciones de Harry Felton, no debía ser más que cuestión de rescate. Después, habiendo organizado una caravana, de la que tomé la dirección, Jane y yo salimos de Sidney... De esto hará siete meses... Nos ha sido imposible llegar antes al Fitz-Roy... Al fin, con la ayuda de Dios, hemos podido llegar al campamento de los indas...

—¡Gracias, Len, gracias...! —exclamó John—. Lo que habéis hecho por mí...

—Vos lo hubieseis hecho por mí en semejantes circunstancias

—respondió Len Burker.

—¡Ciertamente...! ¿Y vuestra mujer? La valerosa Jane, a quien los trabajos de esta expedición no han abrumado, ¿dónde está...?

—A tres jornadas de aquí, con dos de mis hombres —respondió Len Burker.

—¿La veré, pues...?

—Sí, John. Si no está aquí, es porque no he querido que me acompañase, pues ignoraba la acogida que estos indígenas harían a mi pequeña caravana...

—¿Entonces no habéis venido solo? —preguntó John.

—No, tengo ahí mi escolta, compuesta de doce negros. Hace dos días que hemos llegado a este valle...

—¿Dos días...?

—Sí, que los he empleado en concluir el trato... Ese Willi conocía lo que valíais... Fue preciso discutir mucho para obtener que os diese la libertad a cambio del rescate...

—¿Soy libre, pues...?

—Tan libre como yo.

—Pero ¿y los indígenas...?

—Se han marchado con su jefe... No hay nadie más que nosotros en el campamento.

—¡Se han marchado...! —exclamó John.

—¡Mirad...!

El capitán se lanzó, de un salto, fuera de la choza.

En aquel momento, a orillas del río, no había más gente que los negros de la escolta de Len Burker: los indas no estaban allí.



Se habrá notado lo que había de verdad y de mentira en el relato de Len Burker. No dijo nada de la locura de mistress Branican, ni de la fortuna transmitida a esta tras la muerte de Edward Starter. También había omitido las tentativas hechas por el *Dolly-Hope* durante los años 1879 y 1882, por los mares de Filipinas y el estrecho de Torres. Nada de lo que pasó entre mistress Branican y Harry Felton en su lecho de muerte; nada, en fin, de la expedición organizada por aquella intrépida mujer, a la sazón abandonada en las soledades de Great-Sandy-Desert, y cuyos méritos se atribuía el indigno Burker... Él lo había hecho todo... ¡Él era el que, a riesgo de su vida, libertaba al capitán John!

¿Cómo poner en duda la veracidad de sus palabras? ¿Cómo no agradecer con efusión al que después de tantos peligros acababa de sacarle del poder de los indas? ¿Al que iba a devolverle a su mujer y a su hijo?

Esto fue lo que hizo John, y de tal modo, que hubiera conmovido a un ser menos desnaturalizado. Pero los remordimientos no habían hecho presa en la conciencia de Len Burker, y nada impediría que consumase sus criminales proyectos. ¿Qué podría hacer ahora John Branican más que apresurarse a seguir a Len al sitio donde esperaba Jane...? ¿Por qué dudar...? Durante este trayecto, Len encontraría ocasión para hacer desaparecer a John, sin ser sospechoso para los negros de la escolta, que no podrían atestiguar contra él...

Como el capitán sentía viva impaciencia de marchar, se convino en que saldrían aquel mismo día. Su más vivo deseo era volver a ver a Jane, la amiga tan querida de su mujer, para hablar con ella de Dolly, de su Wat, de míster William Andrew, de los amigos de San Diego...

Aquella tarde pusiéronse en camino. Len Burker tenía víveres para algunos días. Durante el viaje, el Fitz-Roy proveería el agua necesaria a la pequeña caravana. Los camellos que montaban John y Len les permitían adelantarse a la escolta algunas etapas. Esto facilitaba los propósitos de Len Burker... El capitán John no debía llegar al campamento... y no llegaría.

A las ocho, Len Burker acampó a la orilla izquierda del río para pernoctar allí. Todavía no era tiempo de llevar a término su proyecto de adelantarse a la escolta por estos terrenos donde siempre es fácil tener un mal encuentro.

Así pues, al día siguiente, al alba, continuó su marcha con sus compañeros.

Aquella jornada se dividió en dos partes, interrumpidas por un descanso de dos horas. No era siempre fácil seguir el curso del Fitz-Roy, cuyos ribazos se hallaban a veces cortados por profundos abismos, y a veces interrumpidos por intrincables laberintos de gomeros y eucaliptos, lo que obligaba a dar grandes rodeos.

La jornada había sido muy ruda, y los negros se durmieron después de la comida.

Algunos instantes después, también el capitán John había caído en un profundo sueño.

Había allí una ocasión de la cual Len Burker podía aprovecharse, porque él velaba. ¡Matar a John...! ¡Arrastrar su cadáver a veinte pasos de allí, precipitarle en el río...! Parecía que todas las circunstancias se reunían para facilitar la perpetración de aquel crimen. Al día siguiente, en el momento de la partida, se buscaría en vano al capitán John...

Hacia las dos de la madrugada, Len Burker, levantándose sin ruido, blandiendo un puñal, se acercó cautelosamente a su víctima... Iba ya a golpearlo cuando John se despertó.

—Pensé que me llamabais —dijo Len Burker.

—No, querido Len —respondió John—. Al despertarme estaba soñando con mi querida Dolly y con nuestro hijo.

A las seis, el capitán y Len Burker volvieron a tomar su camino a lo largo del Fitz-Roy.

Len Burker decidió acabar durante el descanso del mediodía, puesto que aquella misma noche llegarían al campamento. Propuso, pues, a John que se adelantasen a la escolta.

John aceptó; deseaba estar cerca de Jane, poderle hablar más íntimamente que como lo había hecho con Len.

Ambos iban ya a partir, cuando uno de los negros señaló a unos cien pasos un blanco que venía hacia ellos, no sin tomar ciertas precauciones...

Len Burker dejó escapar un grito.

Había reconocido a Godfrey.

## XV. El último campamento

Atraído por una especie de instinto, casi sin conciencia de lo que hacía, el capitán John se precipitó hacia Godfrey.

Len Burker se había quedado inmóvil, como si sus pies estuvieran clavados en el suelo.

¡Godfrey allí...! ¡Godfrey! ¡El hijo de Dolly y de John! ¿No había, pues, sucumbido la caravana...? ¿Estaba allí, a algunas millas..., a algunos pasos quizá? ¿Sería Godfrey el único sobreviviente de aquellos que el miserable había abandonado...?

De todos modos, este inesperado encuentro podía desbaratar el plan de Len Burker. Si el joven hablaba, diría que mistress Branican estaba a la cabeza de la expedición... Diría que Dolly había afrontado innumerables peligros y fatigas para correr en socorro de su marido... Que estaba allí... que le seguía avanzando por la orilla del Fitz-Roy...

Y así era, en efecto.

En la mañana del 22 de marzo, después de la fuga de Len Burker, la pequeña caravana se había puesto en marcha en dirección al noroeste. El 8 de abril, estas pobres gentes, desfallecidas de hambre, extenuadas por el calor, habían caído medio muertas.

Sostenida por una fuerza superior, mistress Branican intentó reanimar a sus compañeros, suplicándoles que continuasen la marcha, haciendo un último esfuerzo para llegar al río, donde podrían encontrar algunos recursos... Pero aquello era dirigirse a cadáveres. Hasta el mismo Godfrey había perdido los ánimos.

Pero el alma de la expedición sobrevivía en Dolly, y Dolly hizo lo que sus compañeros no hubieran podido hacer. Dirigióse hacia el noroeste, hacia donde Tom Marix y Zach Fren extendían sus desfallecidos brazos...

A través de la llanura que se dilataba hasta perderse de vista en el occidente, sin víveres ni medios de transporte, ¿qué esperaba aquella enérgica mujer...? ¿Sería su objeto llegar al Fitz-Roy y pedir auxilio, bien entre los blancos del litoral o entre los indígenas nómadas...? No lo sabía, pero anduvo así algunas millas, unas veinte en tres días. Al fin, las fuerzas la abandonaron; cayó en el suelo, y hubiera muerto de no haberle llegado a tiempo un recurso que podemos llamar providencial.

A la sazón, la policía negra exploraba el límite del desierto Great-Sandy. Después de haber dejado una escuadra cerca del Fitz-Roy, su jefe, el *mani*, habíase dirigido con unos sesenta hombres a operar un reconocimiento en aquella parte de la provincia.

Éste fue el que encontró a mistress Branican. Ésta, en cuanto pudo recobrar el conocimiento, dijo dónde se hallaban sus compañeros, y la llevaron hasta ellos. El *mani* y sus hombres consiguieron reanimar a aquellos desgraciados, de los que veinticuatro horas después no hubiese vivido ninguno.

Tom Marix, que ya en otro tiempo había entablado relaciones con el *mani* en la provincia de Queensland, le relató cuanto les había sucedido desde la salida de Adelaida. El oficial sabía perfectamente que una caravana, dirigida por mistress Branican, hallábase entonces aventurada en aquellas lejanas regiones del noroeste, y puesto que la Providencia quería que él estuviese allí para socorrerles, les ofreció unirse a ellos. Cuando Tom Marix le habló de los indas, el *mani* respondió que la tribu ocupaba entonces las orillas del Fitz-Roy, a unas sesenta millas de allí.

No había tiempo que perder si se quería desbaratar los proyectos de Len Burker, a quien el *mani* había tenido orden de perseguir, cuando aquel recorría con una banda de ladrones la provincia de Queensland. ¿Pero no era muy dudoso encontrar las huellas de Len Burker, si este conseguía libertar al capitán John, que no tenía motivo para desconfiar de él?

Mistress Branican podía contar con el *mani* e incluso sus hombres, quienes repartieron sus víveres con los compañeros, les prestaron sus caballos. La tropa partió aquella misma noche, y en la tarde del día 21 de abril vieron las alturas del valle, junto al límite del paralelo 17.

En aquel sitio encontró a los agentes que vigilaban a lo largo del Fitz-Roy. Éstos manifestaron a su jefe que los indas habían acampado a cien millas,

río arriba. Era necesario, pues, llegar allí cuanto antes, por más que a mistress Branican no le quedase ninguno de los objetos de cambio destinados al rescate del capitán. Por otra parte, el *mani*, contando con toda su brigada, ayudado por Tom Marix, Zach Fren, Jos Meritt, Godfrey y sus compañeros, no vacilaría en emplear la fuerza para arrancar a John de manos de los indas. Pero cuando llegaron al campamento de los indígenas, estos ya lo habían abandonado. El *mani* los siguió de etapa en etapa, y así se explica que en la tarde del 25 de abril, Godfrey, que se había adelantado media milla, se encontrase de repente en presencia del capitán John.

Len Burker consiguió reponerse, mirando a Godfrey sin pronunciar palabra, y a la expectativa de lo que el grumete dijese o hiciese.

Godfrey no se había fijado en él. Sus miradas no se separaban del capitán. Aunque él no lo había visto nunca, conoció sus facciones merced a la fotografía que mistress Branican le había dado. No había duda... aquel hombre era el capitán John.

Por su parte, este miraba a Godfrey con una emoción no menos extraordinaria. Aunque no podía adivinar quién era aquel joven, lo miraba fijamente, le tendía sus manos... lo llamaba con voz trémula... ¡sí! Lo llamaba como si hubiese sido su hijo.

Godfrey se precipitó en sus brazos, gritando:

—¡Capitán John...!

—¡Sí, soy yo...! —respondió este—. Pero, tú, niño, ¿quién eres...? ¿De dónde vienes...? ¿Cómo sabes mi nombre...?

Godfrey no respondió. Al ver a Len Burker se puso extraordinariamente pálido, no pudiendo reprimir el horror que su presencia le causaba.

—¡Len Burker! —exclamó.

Len Burker, después de reflexionar en las consecuencias de este encuentro, no pudo menos de felicitarse. ¿Acaso por un azar afortunado no tenía a su merced al padre y al hijo...? Volviéndose hacia los suyos, les hizo señas de separar a Godfrey y a John, y sujetarlos...

—¡Len Burker...! —repitió Godfrey.

—Sí, querido niño —respondió John—. Es Len Burker, quien me ha salvado...

—¡Salvado! —exclamó Godfrey—. No... Len Burker no os ha salvado. ¡Quiere perderos! Nos ha abandonado, después de robar vuestro rescate a mistress Branican...

A este nombre, John respondió con un gesto, y apretando la mano de Godfrey:

—¿Dolly...? ¿Dolly...? —repitió.

—¡Sí...! Mistress Branican, vuestra esposa, que está cerca de aquí...

—¿Dolly...? —exclamó John.

—¡Este muchacho está loco...! —dijo Len Burker, aproximándose a Godfrey.

—¡Sí...! ¡Loco...! —repuso John—. ¡El pobre niño está loco!

—Len Burker —gritó Godfrey temblando de cólera...— ¡sois un traidor, un asesino...! Este hombre está aquí, capitán, porque ha querido deshacerse de vos, tras abandonar a mistress Branican y a sus compañeros...

—¡Dolly! —repitió John—. No... tú no eres un loco, querido niño... ¡Te creo... te creo...! ¡Ven, ven...!

Len Burker y sus negros se precipitaron sobre John y Godfrey. Entonces este, quitándose el revólver de la cintura, disparó sobre uno de los negros, matándole de un balazo en el pecho. Pero a pesar de sus esfuerzos, John y Godfrey fueron sujetos, y los negros los arrastraron hacia la ribera.

Por fortuna, la detonación fue oída. Se oyeron algunos gritos a unos cien pasos... y casi en seguida aparecieron el *mani* y sus agentes, Tom Marix y sus compañeros, mistress Branican, Zach Fren, Jos Meritt y Gin-Ghi.

Len Burker y los negros eran pocos para resistirse. Poco después, John estaba entre los brazos de Dolly.

Len había perdido la partida. Si se apoderaban de él, no podía esperar

piedad alguna... Seguido de sus negros huyó a lo largo del Fitz-Roy.

El *mani*, Tom Marix, Zach Fren, Jos Meritt y unos doce agentes se lanzaron en su persecución.

¿Cómo pintar los sentimientos, la viva emoción que Dolly y John sentían en aquel instante? Lloraban, y Godfrey unía sus abrazos, sus besos y sus lágrimas a los de los esposos.

Tanta alegría produjo entonces sobre Dolly lo que tantas pruebas no habían podido motivar. Sus fuerzas la abandonaron, y perdió el conocimiento.

Godfrey, arrodillado junto a ella, ayudaba a Harriett para que Dolly volviese en sí. John lo ignoraba, pero ellos sabían que el acceso del dolor le había hecho perder la razón una vez... ¿No podía causar el mismo efecto el acceso de placer?

—¡Dolly... Dolly! —repitió John.

Godfrey, teniendo entre las suyas las manos de mistress Branican, gritaba:

—¡Madre mía! ¡Madre mía...!

Se entreabrieron los ojos de Dolly... Estrechó la mano de John, el cual, con suprema alegría, tendía los brazos hacia Godfrey, diciendo:

—¡Ven, Wat...! ¡Ven, hijo mío!

Dolly no podía dejarle en el error de creer que Godfrey era su hijo...

—No, John —dijo—. Godfrey no es nuestro hijo... Nuestro pequeño Wat murió... murió poco después de tu partida...

—¡Muerto...! —gritó John, sin dejar de mirar a Godfrey.

Dolly iba a referirle lo sucedido quince años antes, cuando se oyó una detonación de la parte por donde el *mani* y su gente habían ido en persecución de Len Burker.

¿Significaba aquello que la justicia había caído sobre Len Burker, o un nuevo crimen de este...?



Casi en seguida, todos aparecieron en grupo sobre la orilla del Fitz-Roy. Dos de los agentes conducían una mujer... De una herida de esta se escapaba a borbotones la sangre, que caía al suelo, ensangrentándolo...

Era Jane.

He aquí lo que había sucedido.

A pesar de lo rápido de la huida de Len Burkner, no pudo ocultarse un momento de los que le perseguían. Ya no les separaba más que unos cien pasos... De pronto, Len se detuvo al ver a Jane en su presencia...

La víspera esta desgraciada mujer había conseguido escapar, caminando al azar a lo largo del Fitz-Roy... Al sonar las primeras detonaciones, Jane se encontraba a un cuarto de milla del sitio donde John y Godfrey acababan de encontrarse. Ella apresuró sus pasos, viéndose pronto en presencia de su marido, que huía por aquel lado.

Len Burkner la sujetó por un brazo, queriendo llevarla consigo. Al pensamiento de que Dolly encontrara a Jane, y esta le revelara el secreto del nacimiento de Godfrey, su furor no tuvo límites. Y como Jane se resistía, le atravesó el pecho con un puñal.

En este momento sonó un tiro de fusil, seguido de estas palabras, acordes esta vez con la situación:

—¡Bien...! ¡Oh...! ¡Muy bien!

Era Jos Meritt, que apuntando tranquilamente a Len Burkner, lo hizo rodar al fondo del Fitz-Roy.

Éste fue el fin del miserable. La bala del *gentleman* le había atravesado el corazón.

Tom Marix se acercó a Jane, que respiraba con dificultad. Dos agentes tomaron en brazos a la desventurada mujer y la condujeron al sitio en que mistress Branican se encontraba.

Al ver a Jane en tal estado, Dolly lanzó un grito desgarrador. Inclínose sobre la moribunda con el fin de oír los latidos de su corazón y ver si aún respiraba. La herida de Jane era mortal: el puñal le había atravesado el

pecho.

—¡Jane, Jane...! —gritaba Dolly.

A esta voz, que le recordaba el único afecto de su vida, Jane entreabrió los ojos, mirando a Dolly. Después sonrió mientras murmuraba:

—¡Dolly... querida Dolly!

Al ver al capitán, animóse su mirada.

—¡John, vos...! ¡John...! —dijo con voz tan débil, que apenas pudo oírsele.

—Sí... Jane —respondió el capitán—. Yo, yo... a quien Dolly ha salvado...

—¡John... John... está ahí...! —murmuró Jane.

—Sí, cerca de nosotros, Jane mía —respondió Dolly—. Ya no nos abandonará más... Iremos todos contigo... contigo, allí...

Jane no escuchaba. Sus ojos parecían buscar a alguien... y pronunció su nombre:

—¡Godfrey, Godfrey...!

Una angustia infinita se retrataba en su semblante, ya descompuesto por la agonía.

Mistress Branican hizo seña a Godfrey de que se aproximara.

—¡Él! ¡Él... al fin! —exclamó Jane, rehaciéndose con un supremo esfuerzo.

Después, cogiendo la mano de Dolly, dijo:

—Acércate... acércate, Dolly —repitió—. Escuchad... John y tú, lo que aún tengo que deciros.

Los dos se inclinaron sobre Jane para no perder una sola palabra.

—John... Dolly... —dijo Jane—. Godfrey... Godfrey es vuestro hijo...

—¡Nuestro hijo...! —exclamó Dolly, tornándose tan pálida como la moribunda. Toda su sangre afluyó violentamente a su corazón.

—¡Nosotros no tenemos más hijos! —respondió— ¡Wat murió...!

—Sí —añadió Jane—. El pequeño Wat murió en la bahía de San Diego... Pero tuvisteis un segundo hijo... ¡es Godfrey!

Y en algunas frases entrecortadas por la agonía, Jane pudo explicar cuanto había pasado después de la partida del capitán John. El nacimiento de Godfrey en *Prospect-House*... Dolly, privada de razón, había sido madre sin saberlo... El pequeño ser, arrojado de allí por Len Burkner, recogido algunas horas después y educado más tarde en *Wat-House* bajo el nombre de Godfrey...

Jane acabó diciendo:

—Si yo soy culpable de no haber tenido coraje para revelártelo todo, perdóname, querida Dolly... perdonadme, John.

—¿Acaso tienes tú necesidad de perdón? ¿Tú, que acabas de entregarnos a nuestro hijo? —respondió Dolly.

—¡Sí, vuestro hijo! —exclamó Jane—. Delante de Dios... John... Dolly... yo lo juro... ¡Godfrey es vuestro hijo!

Y viendo que los dos estrechaban en sus brazos a Godfrey, en los labios de Jane dibujóse una sonrisa de satisfacción, que se extinguió con su último suspiro.

## XVI. Desenlace

Inútil es tratar de los incidentes con que terminó aquel aventurado viaje por el continente australiano, y de las distintas condiciones en que se hizo el retorno a la provincia de Adelaida.

Todo quedó reducido a una cuestión. ¿Debían llegar a los establecimientos del litoral, entre otros a los de Rockbonne, descendiendo por el río Fitz-Roy, o dirigirse hacia el puerto de Prince-Frederik, en el York-Sund? Pero, considerando que transcurriría mucho tiempo antes de que se pudiera expedir un navío hacia aquel litoral, decidieron, como más ventajoso, volver por el camino ya recorrido. Escoltada por los agentes de la policía negra, abundantemente provista de víveres, gracias al maní, teniendo a su disposición los camellos de carga y silla recuperados de Len Burker, la caravana no podía temer un mal encuentro.

Antes de la partida, se depositó el cuerpo de Jane en una tumba abierta al pie de un grupo de gomeros. Dolly, arrodillándose, oró por el alma de aquella mujer.

El capitán John, su mujer y sus compañeros abandonaron el campamento de Fitz-Roy el 25 de abril, bajo la dirección del *mani*, que se ofreció a acompañarlos hasta la estación más próxima del Overland-Telegraf-Line.

Era tanta la alegría de todos, que no sentían las fatigas del viaje, y Zach Fren, en su contento, solía repetir a Tom Marix:

—Y bien, Tom, ¡hemos encontrado al capitán!

—Sí, Zach, pero ¿a qué se ha debido?

—A un golpe de timón que la Providencia dio a tiempo; Tom, hay que contar siempre con la Providencia...

Sin embargo, para Jos Meritt aún quedaba un punto negro. Si mistress Branican había hallado al fin a John, el célebre coleccionador no había

encontrado el sombrero cuya búsqueda le costaba tantas penalidades y sacrificios. ¡Haber llegado junto a los indas y no haber podido avistarse con Willi, que tal vez se cubría con aquel precioso sombrero histórico! ¡Qué desgracia! Bien es verdad que Jos Meritt se consoló un poco al saber por el *mani* que la moda de los tocados europeos no había llegado aún a las hordas del noroeste, contrariamente a lo que Jos Meritt había observado en las del nordeste. No hubiese podido, pues, realizar su desiderátum entre los indígenas de la Australia septentrional. En cambio, podía felicitarse del certero disparo que había desembarazado a la familia Branican de aquel abominable Len Burkner, como decía Zach Fren.

Se hizo el retorno con la mayor rapidez posible. La sed ya no atormentó a la caravana, porque, por efecto de las grandes lluvias de otoño, los pozos estaban llenos, manteniéndose la temperatura en un grado soportable. Además, siguiendo las instrucciones del *mani*, se dirigieron directamente a las regiones atravesadas por la línea telegráfica, donde no faltan ni estaciones convenientemente provistas, ni medios de comunicación con la capital de la Australia meridional. Bien pronto, el telégrafo extendió por el mundo entero la noticia de que mistress Branican había llevado a feliz término su audaz expedición.

Pronto llegaron a una de las estaciones del Overland-Telegraf-Line, a la altura del lago Wood. Allí, el *mani* y los agentes de la policía negra se despidieron de John y Dolly Branican, no sin que antes el capitán y Dolly les mostraran su más vivo agradecimiento por su eficaz auxilio y les prometieran que desde Adelaida les remitirían el premio de sus esfuerzos.

Ya no restaba más que bajar por la Tierra de Alexandra hasta Alice-Spring, donde llegó la caravana e hizo alto en la noche del 19 de junio, después de siete semanas de viaje.

Allí, Torn Marix encontró el material que había dejado al cuidado de mister Flint, el jefe de la estación. Estaba todo: bueyes, carretas, carruajes y caballos para las jornadas que quedaban por recorrer.

Todo el personal llegó el 3 de julio a Farina-Town, tomando el ferrocarril y llegando al día siguiente a Adelaida.

¡Qué acogida se dispensó al capitán John y a su valerosa compañera! Toda la ciudad salió a recibirles, y cuando el capitán, teniendo a ambos lados a su mujer y a su hijo, se acercó al balcón del hotel de King-William-

Street, los vítores y hurras estallaron con tal intensidad que, según Gin-Ghi, debían oírse desde el último rincón del Celeste Imperio.

La permanencia en Adelaida no fue muy larga. John y Dolly tenían prisa de volver a San Diego, de ver a sus amigos, de volver a reunirse en su chalé de *Prospect-House*, donde entraría con ellos la felicidad que creyeron perdida. Despidiéronse, pues, de Torn Marix y de sus hombres, que fueron recompensados con generosas recompensas, y cuyos servicios jamás debían olvidar.

Tampoco olvidarían al original Jos Meritt, que a su vez se decidió a salir de Australia con su fiel criado.

Puesto que *su sombrero* no estaba allí, ¿dónde debía él buscarlo?

¿Dónde...? En una morada regia, en la que estaba conservado con el debido respeto. ¡Sí! Jos Meritt, perdido por falsas pistas, había recorrido inútilmente las cinco partes del mundo para encontrar este sombrero... Un sombrero que se hallaba en el castillo de Windsor... Así lo supo seis meses después. Aquel sombrero era el que llevaba Su Graciosa Majestad en su visita al rey Luis Felipe en 1845. ¡Era preciso estar loco para suponer que aquella obra maestra de una célebre modista parisiense hubiese ido a parar a la encrespada cabeza de un salvaje de Australia!

Cesaron, pues, con gran alegría de Gin-Ghi, las peregrinaciones de Jos Meritt, pero con gran dolor del célebre monomaniaco, que volvió a Liverpool muy contrariado por no haber podido completar su colección con la adquisición de aquel sombrero, único en el mundo.

Tres semanas después de salir de Adelaida, donde se embarcaron a bordo del *Abraham Lincoln*, John, Dolly y Godfrey Branican llegaron a San Diego, acompañados de Zach Fren y de la indígena Harriett.

Allí les recibieron míster William Andrew y el capitán Ellis, en medio de los habitantes de aquella ciudad, orgullosa del encuentro del capitán John Branican, que fue aclamado como uno de sus más gloriosos hijos.

## Julio Verne



Jules Gabriel Verne, conocido en los países hispanohablantes como Julio Verne (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), fue un escritor, poeta y dramaturgo francés célebre por sus novelas de aventuras y por su profunda influencia en el género literario de la ciencia ficción.

Nacido en el seno de una familia burguesa en la ciudad portuaria de Nantes, Verne estudió para continuar los pasos de su padre como

abogado, pero muy joven decidió abandonar ese camino para dedicarse a escribir. Su colaboración con el editor Pierre-Jules Hetzel dio como fruto la creación de Viajes extraordinarios, una popular serie de novelas de aventuras escrupulosamente documentadas y visionarias entre las que se incluían las famosas Viaje al centro de la Tierra (1864), Veinte mil leguas de viaje submarino (1870) y La vuelta al mundo en ochenta días (1873).

Julio Verne es uno de los escritores más importantes de Francia y de toda Europa gracias a la evidente influencia de sus libros en la literatura vanguardista y el surrealismo, y desde 1979 es el segundo autor más traducido en el mundo, después de Agatha Christie. Es considerado, junto con H. G. Wells, el «padre de la ciencia ficción». Fue condecorado con la Legión de Honor por sus aportes a la educación y a la ciencia.